



# Bad BLOOD

*USA Today Bestselling Author*  
**CORA KENBORN**

*International Bestselling Author*  
**CATHERINE WILTCHER**

# Bad BLOOD



## Nota

La traducción de este libro es un proyecto de Erotic By PornLove. No es, ni pretende ser o sustituir al original y no tiene ninguna relación con la editorial oficial, por lo que puede contener errores.

El presente libro llega a ti gracias al esfuerzo desinteresado de lectores como tú, quienes han traducido este libro para que puedas disfrutar de él, por ende, no subas capturas de pantalla a las redes sociales. Te animamos a apoyar al autor@ comprando su libro cuanto esté disponible en tu país si tienes la posibilidad. Recuerda que puedes ayudarnos difundiendo nuestro trabajo con discreción para que podamos seguir trayéndoles más libros

Ningún colaborador: Traductor, Corrector, Recopilador, Diseñador, ha recibido retribución alguna por su trabajo. Ningún miembro de este grupo recibe compensación por estas producciones y se prohíbe estrictamente a todo usuario el uso de dichas producciones con fines lucrativos.

Erotic By PornLove realiza estas traducciones, porque determinados libros no salen en español y quiere incentivar a los lectores a leer libros que las editoriales no han publicado. Aun así, impulsa a dichos lectores a adquirir los libros una vez que las editoriales los han publicado. En ningún momento se intenta entorpecer el trabajo de la editorial, sino que el trabajo se realiza de fans a fans, pura y exclusivamente por amor a la lectura.

**¡No compartas este material en redes sociales!**

**No modifiques el formato ni el título en español.**

**Por favor, respeta nuestro trabajo y cuídanos así podremos hacerte llegar muchos más.**

**¡A disfrutar de la lectura!**



# Bad BLOOD

3

## Staff



### TRADUCCIÓN

CHQUIBABY  
MAJA  
SLEEPY-BEAUTY  
PRINCESS-SEELIE  
RAVEN



LECTURA  
FINAL  
LA SOCIA



### CORRECCIÓN

CRAYBABY

### REVISIÓN

LANA MAYE



### DISEÑO

BLONDE-BOMSHELL  
DARK-QUEEN



E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E





## Aclaración del staff:

Erotic By PornLove al traducir ambientamos la historia dependiendo del país donde se desarrolla, por eso el vocabulario y expresiones léxicas cambian y se adaptan.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E



## ***ORDEN DE LA SERIE SANTIAGO***

**TRILOGÍA SANTIAGO (DANTE-EVE)**  
HEARTS OF DARKNESS  
HEART DIVINE  
HEARTS ON FIRE

**MAFIA STANDALONES:**  
DEVIL & DUST (RICK-NINA)

**DÚOLOGIA GRAYSON (JOSEPH-ANNA)**  
SHADOW MAM  
RECKLESS WOMAN

**CORRUP GODS**  
0.5 BORN SINNER (SAM-LOLA)  
1 BAD BLOOD (SANTI-THALIA)  
2 TAINTED BLOOD (SANTI-THALIA)

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E



# *Bad* **BLOOD**

*“Los pecados del padre recaerán sobre los hijos”*

*—William Shakespeare*

# *Bad* **BLOOD**

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E



# Sinopsis



*Un Santiago es una lección de ruina.*

*Un Carrera sangra por venganza.*

Thalia Santiago es la hija de mi enemigo.

Una hermosa rebelde con una sola causa.

Impulsiva.

Intrépida.

Y lista para la perdición de su padre.

La reconocí en el momento en el que entró en mi casino. La vi encender los fuegos que quemaban sus bonitos dedos, y luego echó gasolina a las llamas.

Ahora ella está en deuda conmigo, y su cuota es un anillo de oro brillante y un voto de engaño.

La doblegaré.

La romperé.

Convertiré nuestra burla de matrimonio en un campo de batalla.

¿Y ese río de mala sangre que fluye entre nuestras dos familias?

Lo convertiré en un océano de odio.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E





# Índice

Prólogo	Capítulo 18
Capítulo 1	Capítulo 19
Capítulo 2	Capítulo 20
Capítulo 3	Capítulo 21
Capítulo 4	Capítulo 22
Capítulo 5	Capítulo 23
Capítulo 6	Capítulo 24
Capítulo 7	Capítulo 25
Capítulo 8	Capítulo 26
Capítulo 9	Capítulo 27
Capítulo 10	Capítulo 28
Capítulo 11	Capítulo 29
Capítulo 12	Capítulo 30
Capítulo 13	Capítulo 31
Capítulo 14	Capítulo 32
Capítulo 15	Epílogo
Capítulo 16	Sobre la autora
Capítulo 17	





## NOTA DEL AUTOR

Querido lector,

Bad blood (Mala Sangre) es el Libro 1 de Dioses Corruptos, un oscuro dúo romántico de mafia. Aunque termina en suspenso, el libro 2, Sangre contaminada (Tainted Blood), sale a la venta el 9 de junio.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E



# *Bad* **BLOOD**

*“Estas violentas delicias tienen violentos finales...”*

-William Shakespeare

xoxo,

Cora y Catherine

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E



Bad  
BLOOD

## PRÓLOGO



EL FOLCLORE MEXICANO LO LLAMA *LA BODA ROJA*. Un día destinado a la celebración, pero que terminó en muerte y traición.

Una vez hechos los brindis, las balas empezaron a volar, aunque la persona que disparó primero, sigue siendo un misterio. Los leales a Valentin Carrera afirman que la desafortunada tregua entre los dos carteles más poderosos del mundo fue rota por un tirador colombiano, mientras que los hombres de Dante Santiago sostienen que la guerra fue declarada por la traición mexicana.

Otros dicen que toda historia tiene dos caras, y en algún lugar del medio se encuentra la verdad.

Para la siguiente generación, su odio se convirtió en un nuevo odio. Su dolor se convirtió en un nuevo dolor. *La Boda Roja* se convirtió en algo tan real para ellos, como si hubieran estado en el campo de batalla ese día.

Eventualmente, ellos llevaron su mala sangre al otro lado de la frontera.

Nueva York cayó ante el nuevo orden del Cartel Santiago y Nueva Jersey cayó en manos del régimen de los Carrera.

Hace veinte años, dos reyes se declararon la guerra...



# *Bad* **BLOOD**

Y solo un príncipe oscuro puede ponerle fin.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E





Bad  
BLOOD

## 1

## THALIA



*Diez años atrás.*

EMPEZÓ A NEVAR HACE UNA HORA.

Una niebla blanca y espesa, como animales hambrientos con dientes blandos, caía sobre nuestro auto robado. Edier encendió los limpiaparabrisas y luego los apagó de nuevo cuando las cortinas de la vieja casa de enfrente empezaron a moverse.

En este momento, la tormenta es un remolino interminable mientras nos sentamos y esperamos, aunque todavía no me han explicado qué es lo que estamos esperando. Los copos de nieve en el cristal son tan grandes como mi puño. Las corrientes se forman contra la línea de grandes autos negros aparcados fuera de la iglesia abandonada un poco más arriba de la calle. Nuestras ventanas se empañan, pero nada más parece estar sucediendo allí.

—¿Crees que están rezando? —pregunto dubitativa.

—No, a menos que estén rezando por sus vidas —bromea Sam desde el asiento trasero.



—Cierra la boca, imbécil —murmura Edier, metiendo un nuevo chicle Juicy Fruit en su boca—. Thalia tiene nueve años, no diecinueve. No vayas a darle pesadillas, o si no...

—¿O si no qué?

—O si no, puedes encontrar tu propio camino de vuelta a Nueva York.

—Ellos han estado ahí dentro por *años* —digo, poniendo mala cara—. Los vimos entrar hace una hora.

Edier me lanza una mirada de reojo.

—¿Estás preocupada, bicho?

Sacudo mi cabeza.

—Nunca me preocupo por *papá*. Es indestructible. "I-n-d-e-s-t-r-u-c-t-i-b-l-e" —deletreo la palabra un par de veces en voz baja. Escuché a un hombre decirle sobre él una vez, y se me quedó pegada en la cabeza como un trozo de chicle de Edier.

—Yo tampoco —él murmura.

No es solo mi *papá* el que está ahí; el suyo y el de Sam también.

Estoy tentada de decirle que no me importa lo que está pasando, y que solo estoy aquí porque dormir es aburrido. Los vi salir a escondidas del apartamento antes y los hice traerme. Les dije que si no me traían, gritaría.

Nunca lo habría hecho. Estos chicos son mis hermanos por un tipo diferente de sangre.

Sangre de cartel.



Bad  
BLOOD

C-a-r-t-e-l.

No entendí lo que significaba hasta que vi a nuestros *papás* golpear a un hombre hasta la muerte el año pasado, hasta que vi el mismo tono carmesí en sus nudillos.

Los nuestros están limpios, pero es solo cuestión de tiempo.

Lo sé de la misma manera que sé que mi hermana, Ella, está realmente enferma, y puede que no mejor.

Mirando de nuevo por la ventana del auto, veo cómo las gárgolas de las paredes exteriores de la iglesia pasan del gris-piedra, al blanco. Empiezan a parecer ángeles enfadados. Supongo que papá tenía razón, algunos monstruos pueden ser hermosos por la noche.

—¿Por qué demonios hace tanto frío en Nueva Jersey?

Edier tira de su gorro gris hacia abajo sobre su cara, hasta que está cerca de sus pestañas. Es nueve años mayor que yo, pero nunca me trata como una niña pequeña. Una vez me dijo que la mayor parte de su crecimiento fue a mi edad. Sé que le pasaron cosas malas antes de ser adoptado por uno de los amigos de *papá*, pero no sé qué. A veces solo hay que mirar a los ojos de un chico para ver su verdad, y los suyos están nadando en ella.

Está encorvado en el asiento del conductor, mascando su chicle. Hay un cuaderno sobre su rodilla, y está dibujando la iglesia. Sus dibujos son irreales. Las paredes de mi habitación en casa están cubiertas de ellos. En otra vida, él podría haber sido un artista, pero está atrapado en esta ahora, y solo hay una *profesión* que puede ejercer.

—Cualquier lugar es frío fuera de Colombia, tontos. —Sam aparece de nuevo en el hueco entre los dos asientos delanteros,



apartando su desaliñado pelo castaño de los ojos—. Este clima es tan frío... *es un chiste de "nieve"* —dice, sonriendo de forma tonta.

—Ugh, Sam, eres tan patético.

—Tollido-o, mismo-o —Se ríe. Él solo es feliz cuando rompe las reglas y hemos roto muchas esta noche. Salir a escondidas del apartamento de *papá* después de una fiesta familiar, robar el auto del guardaespaldas de Edier, conducir a través del estado a un lugar que está prohibido...

Edier no lo dejaría pasar. Después que nuestros padres se fueran durante el postre, él quería seguirlos, y nada lo detendría.

—Basta —digo con tono de enfado, mientras Sam intenta despeinarme.

—¿Dónde van las ovejas a cortarse el cabello? A la tienda de baa baa. —Se derrumba de la risa, así que le golpeo el hombro un par de veces con mi guante—. ¡Ay! ¡Para! ¡Thalia, eso duele!

Odio cuando toma nuestra diferencia de edad y la llena de chistes malos. Se cree muy gracioso, pero no es ni de lejos tan gracioso como su padrastro.

—¿Qué es eso? —dice de repente, su cara volviéndose seria.

—¿Qué es qué?

Señala con un dedo pasando entre nosotros.

—Eso.

Edier se inclina hacia adelante en el asiento del conductor para pasar la manga de su suéter por el cristal empañado. Una de las puertas del auto negro se ha abierto. Y miramos una forma oscura salir y caminar lentamente en nuestra dirección. Su cabeza rodeada





por la tormenta, sus brazos envueltos alrededor de su cuerpo. Mientras tanto, el auto negro se aleja por la calle y desaparece en la noche. Se detiene bajo una farola más amarilla que ámbar, a un par de metros de nosotros. Él mira a ambos lados y luego lleva un celular a su oreja.

Es la conversación más corta de la historia. Antes que pueda parpadear, lo guarda de nuevo.

—¿Crees que él es parte de la reunión, Sam? —susurro.

—Estaría dentro de la iglesia si lo fuera.

—¿Puede vernos?

—Lo dudo. —Aun así, Edier se inclina y mete su cuaderno en la guantera, por si acaso tenemos que hacer una escapada rápida.

—¿Y si tiene frío? —Pienso en voz alta—. Parece que tiene frío. Hace mucho frío ahí fuera.

—No se puede saber desde esta distancia si una persona tiene frío o no, tontita —murmura Sam.

—Pero, ¿si su transporte se fue y lo dejó?

Justo en ese momento, una violenta ráfaga de viento divide la nieve que conduce como si fueran cortinas. Al mismo tiempo, la figura encorvada se vuelve en nuestra dirección, y nuestros ojos se encuentran en la oscuridad.

—Es un niño —jadeo, sorprendida—. Tiene la misma edad que tú, Sam.

—No soy un niño —resopla, sonando ofendido.

—Doce años no es un hombre —replico, lanzándole una mirada.



—Trece el mes pasado, en realidad.

—Silencio —sisea Edier—. Soy el mayor aquí, yo conduzco, así que son mis reglas.

Veo al chico en la nieve sacudir la cabeza de derecha a izquierda de nuevo. Es casi como si estuviera esperando algo.

Bueno, no puede esperar ahí fuera. Está helado.

Antes que Edier pueda detenerme, abro la puerta del pasajero. El mal tiempo amortigua el sonido, pero el movimiento llama la atención del chico.

—Bicho, regresa —sisea Edier de nuevo, buscando la parte trasera de mi chaqueta, pero lo único que le doy son las puntas de sus dedos que se deslizan.

Pateo mis botas en el suelo a través de la nieve que está casi llegándome a las rodillas.

—¿Estás esperando a alguien? —le grito—. ¿Quieres venir a sentarte con nosotros?

El chico no se mueve. Él me mira con ojos penetrantes y oscuros como planetas lejanos.

—¿Has oído lo que...?

—Vete —gruñe, saltando hacia mí de repente—. Vete de aquí. ¡No es seguro!

Su inglés es titubeante, su acento es como una sopa.

—¡Vete! —vuelve a decir, empujándome hacia atrás.

La fuerza me hace tropezar. Sus palabras me confunden.



—¡Déjala en paz! —Oigo a Edier gritar mientras el chirrido de los neumáticos corta a través de la tormenta. Segundos después, el sonido de los disparos dentro de la iglesia estalla en la noche como las llamas de una hoguera.

Los siguientes minutos transcurren con fuerza y rapidez.

Veo a Sam empujando a Edier hacia el asiento del conductor mientras otros dos autos negros vienen de la nada gritando delante de nosotros.

Siento algo vicioso pasar zumbando junto a mi gorro rojo de lana.

Saboreo el hielo en mi boca mientras el chico me agarra por la cintura y me empuja hacia la nieve, el calor de su cuerpo presionándome en la nieve mientras se acurruca a mi alrededor, protegiéndome como lo haría un valiente caballero.

Más disparos desde la iglesia.

Más gritos.

Edier vuelve a gritar mi apodo. Él gira el auto robado lejos de la acera, lo hace girar y se detiene en la acera en la que estoy tirada ahora.

—Bicho...

Sus siguientes palabras se interrumpen cuando una bala impacta en el maletero.

—¡Mierda!

Sam abre la puerta trasera de una patada. Siento que su mano me arrastra hacia el auto, con el niño aún pegado a mí, pero él se aleja en el último segundo, dejándome libre para ser arrastrada hacia el calor y la seguridad.



—Vete —le oigo decir con su extraño acento desde el suelo blanco.

—No debes estar aquí, *muñequita*... ¡Vete!

—¡Cierra la puerta! ¡Tenemos que salir de aquí! —Sam suena asustado cuando me rodea para agarrar la manija.

—¡No podemos dejarlo!

—Él es un Carrera. —Escupe la palabra como si fuera veneno—. Él es su vigilante. Él dio la señal. ¿No lo ves? Toda esta reunión fue una trampa. Merece morir como un perro por eso.

El chico en la nieve suelta una ráfaga de palabras en español, furioso contra Sam.

Él no parece asustado. No como nosotros. *Tal vez sea un caballero, después de todo.*

Otra bala rebota en el maletero. A 30 metros, los hombres siguen luchando y matando.

Hombres que incluyen a *papá*.

Pero él es indestructible, ¿verdad?

*¿Los Carrera también son indestructibles?*

Carrera.

Deletreo la palabra en voz baja: C-a-r-r-e-r-a.

*Sam está equivocado. Él no merece morir. Trató de advertirme. Trató de salvarme.*

—¡Ven con nosotros! —Extiendo mi mano hacia él mientras Edier acelera el motor en advertencia.





# Bad BLOOD

El chico sacude la cabeza, sus ojos oscuros parpadean algo ilegible en los míos.

—No puedo. No lo haré... Esta no es nuestra guerra todavía. Pero lo será pronto.

Abro la boca para decir más, pero él saca el pie y cierra la puerta de una patada. Sam me tira hacia atrás justo a tiempo. Edier pisa el acelerador con el sonido de los autos de la policía elevándose por encima del ruido de los disparos.

Nadie habla hasta que llegamos al puente.

Planeamos nuestras coartadas antes de llegar a Manhattan.

Todo el tiempo, estoy pensando en un caballero en la nieve y en una guerra que viene por mí.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E



Bad  
BLOOD

## 2

## THALIA



*Presente.*

VIVIR DE ACUERDO CON LAS EXPECTATIVAS DE TUS PADRES  
ES UN JUEGO PERDIDO.

Los dados están tirados. Las probabilidades se acumulan. Pero, ¿cuándo eres la hija del rey de un cartel colombiano y de un ángel americano...? Es como sobrevivir a un nido de serpientes con una linterna y una pistola de agua.

Tal vez por eso, a los diecinueve años, me encuentro varada en la isla de Manhattan, en algún lugar entre romper todas las reglas y hacer lo correcto.

Varada entre la duda y la determinación.

El miedo y la furia.

—Él quiere hablar contigo, Thalia —dice una voz ronca cuando intento entrar en el apartamento que comparto con mi hermana mayor, Ella, sin ser detectada—. Y para que lo sepas, ya ha llamado tres veces esta mañana.



*Atrapada entre la opresión de mi padre y las llaves de mi libertad.*

Girando sobre los tacones de la noche anterior, encuentro la alta figura de Reece Costello que me hace sombra. Es nuestro jefe de seguridad en Nueva York. Un irlandés duro de unos cincuenta años, que perdió cualquier rastro de acento al mismo tiempo que perdió el cabello.

Me tiende un celular, pero bien podría ser una pistola cargada.

—Llámallo —me insta.

—Al menos déjame tomar un café doble antes.

—Esta vez no.

—Por favor, Reece. —Junto mis manos—. Es demasiado temprano en la mañana para lidiar con la desaprobación de mis padres.

—Escupes en la cara del diablo cuando haces esperar a un hombre como él.

Pero se guarda el celular con una mueca. Sin embargo, puedo decir que le duele físicamente hacerlo.

—Gracias —susurro aliviada, deseando por enésima vez que mi padre fuera más como él. Hay una capa de simpatía detrás de esos fríos ojos grises, con la que nunca bendijeron el ADN de Dante Santiago.

—Además —añado, con una sonrisa esperanzada—, diez minutos más no van a doler.

—¿Quieres apostar?



Bad  
BLOOD

Veó cómo sus cejas se juntan al contemplar mi vestido de cóctel de diseño plateado, extra corto y excesivamente caro, con un profundo escote en “v” de encaje que besa mi ombligo. Reece lleva trabajando para mi familia más tiempo del que yo he estado jodiendo la mierda en este planeta, así que sé lo que está pensando. Este conjunto es un anatema para todos los skinnies rasgados y los Chucks de leopardo que suelo llevar. La cosa es que estoy al borde de un precipicio vital y está lanzando todas mis normas en el caos. Si eso significa recurrir a todos los trucos baratos en el libro, que así sea.

—Tienes que ser más inteligente que esto —me advierte, inclinándose para abrir la puerta del apartamento—. Él sabe que volviste a escaparte de tus guardaespaldas anoche. Incluso antes de que hiciera la llamada.

—Por supuesto que lo sabe —digo rotundamente—. Él lo sabe todo. —*Excepto por qué estoy actuando tanto*—. Escucha, me ocuparé de él más tarde. Lo juro.

Su gruñido de incredulidad dice más verdad de la que yo jamás diré. No he hablado con mi padre en más de un mes. Nuestras últimas palabras estaban envenenadas con la culpa y la ira, y no me atrevo a probar el antídoto del perdón, todavía.

Cambio mi peso de un pie a otro para compensar el dolor de las ampollas.

—¿Él te ha hecho pasar un mal rato?

Se ríe con sorna.

—Las amenazas de Santiago pierden su filo cuando se pronuncian a miles de kilómetros de distancia. —Su sonrisa se desvanece. Las arrugas en su cara se profundizan—. No puedo





mantenerte a salvo si sigues volando hacia el sur sobre mí, cariño. Si estás en algún tipo de problema...

—No lo estoy —digo rápidamente.

—¿A dónde fuiste anoche?

—A algún bar.

*Otra mentira.*

—Sabes los peligros...

—No crucé el puente de Brooklyn, Reece. No fui a ningún lugar cerca de Nueva Jersey, si eso es lo que estás insinuando.

—Entonces, ¿dónde...?

—Fui a cazar... Oh, Dios, no para eso —gimo, viendo las cosas oscuras que se reflejan en su cara—. No ocurrió nada que A: estuviera relacionado con el amor, o B: con el sexo.

—Ahora estás diciendo estupideces.

*No, soluciones, Reece.*

*Malas soluciones a malos problemas.*

*Como los cuarenta mil dólares que están quemando un agujero en el fondo de mi Bolso de seda Gucci.*

—¿Has estado bebiendo? —dice con suspicacia.

—No. Me tengo que ir. Tengo que hacer una llamada.

Doy un portazo y apoyo mi frente contra la madera fría, mi pánico sube como una bandada de pájaros. Tengo un secreto: una cosa oscura y peligrosa que me está destrozando poco a poco. Pero tengo



Bad  
BLOOD

un plan para hacerlo desaparecer, también. Está acunado en mi pecho, y puedo sentirlo revolotear salvajemente mientras espero a que los pájaros se dispersen.

Encuentro a mi hermana sentada con las piernas cruzadas en el sofá del salón, sus dedos trabajando en las tareas universitarias de última hora entre una ráfaga de clics furiosos en el portátil y un ceño de concentración arrugando su hermoso rostro.

No me ha oído entrar, así que tengo un extraño momento para observarla sin que nadie se dé cuenta. Es un copia de nuestra madre, con la misma cascada de cabello oscuro y brillante que le roza los hombros, la misma mirada reflexiva, el mismo carácter discreto y ambicioso... En cuanto supimos que mamá era una reportera galardonada, nunca hubo otro futuro para Ella. Consiguiendo ser aceptada en la Universidad de Nueva York para luego especializarse en Periodismo: fueron los dos mejores días de su vida. Ni siquiera el peso de la corona que conlleva ser de la realeza del cartel iba a aplastarlos para ella.

*Ni siquiera un mal secreto iba a desbaratarlos.*

Mi hermana elige cuidadosamente sus batallas familiares.

Yo también lucho con todo mi corazón de tigre, pero siempre me quedo corta, incluso cuando estoy ganando. Rogué durante años para asistir a una universidad estadounidense como Ella, y luego lo abandoné después de un semestre.

Un semestre entero.

Sam lo llama el Especial de Jodido Novato. Él duró dos años enteros antes de tirar las llaves de su fraternidad a la basura. Solo había un camino que iba a tomar, y era directamente al negocio familiar...



El negocio del Cartel Santiago.

En cuanto a mí, soy como uno de esos insectos que bailan sobre las copas de los árboles en una tarde de verano, con demasiada energía y sin lugar a donde ir.

—¿Anoche fue una buena noche? —Ella finalmente levanta la vista de la pantalla mientras tropiezo en la habitación, dejando un rastro de mis Louboutins sangrantes detrás de mí.

—Estuvo bien. —Alcanzo el control de volumen del altavoz portátil, pulsando el botón de silencio con el ceño fruncido—. Sabes que eres la única persona menor de cuarenta y cinco años que piensa que Fleetwood Mac son geniales, ¿verdad?

—No desprecies a los Mac —susurra en tono de horror, recorriendo con sus ojos enrojecidos mi inexistente vestido de cóctel—. ¿Y qué diablos llevas puesto? Le vas a dar un ataque al corazón a Reece.

“Diablos” es lo más cerca que está Ella de maldecir.

—Reece ya estaba en el pasillo con la cabeza plana por otra cosa. —Voy a recoger su iPhone de la mesa de café.

Ahora le toca a Ella gruñir con desaprobación.

—¿No me digas que has vuelto a dejar de lado tu seguridad? Sabes que no es seguro en la Costa Este. Edier nos advirtió sobre estar demasiado cerca del fuego mexicano. —Ella agita su mano—. O algo así.

Ignorándola, ojeo su lista de reproducción de Spotify en busca de algo que no haya nacido y crecido en la era del mal sentido de la moda.





—¿Sabe Edier que eres un alma con flores atrapada en el cuerpo de una diosa de veintiún años?

Ella se sonroja.

—¿Por qué rayos le importaría a Edier lo que soy, o lo que llevo puesto?

“Rayos” es su segunda palabra más cercana a una maldición. De alguna manera, ella terminó con todos los genes de niña buena.

Ella me hace sentir culpable de nuevo. El rojo en su rostro es como una declaración de amor con un megáfono. Ha tenido un enamoramiento secreto y duradero con otro de nuestros amigos de la infancia, Edier Grayson, durante más tiempo del que ha soñado con ser reportera.

Por desgracia, Edier no sabe que ella existe más allá de los parámetros de su amistad. O si lo sabe, es lo suficientemente inteligente como para no cruzar esas líneas. Él es otro hombre que está totalmente arraigado en el cartel de mi padre. Dirige el territorio Santiago en Nueva York con Sam como su segundo, y a pesar de sus personalidades de yin y yang, no hay mucha piedad entre ellos. Sam es el arrogante cabeza caliente, con tratos suaves y encanto fatalista. En comparación, Edier es como la belladona, aparentemente guapo, pero letal como el infierno. En algún momento de la última década, mis amigos de la infancia se convirtieron en asesinos y pecadores, y supongo que todavía estoy llorando las pérdidas de sus inocencias.

—¿De qué trata tu tarea? —le pregunto.

Mi hermana está tan fuera de lugar en este peligroso mundo nuestro, y me preocupo por ella constantemente. El más mínimo





golpe la hace caer en espiral. Una vez escuché a Sam describirla como una flor frágil tratando de florecer en una montaña de mierda.

Ella también tiene problemas de salud. Hace diez años, la encontré llorando en el piso del baño, acurrucada en una bola de agonía. Cada músculo de su cuerpo estaba en llamas. Después, sus rodillas y dedos se hincharon, y luego vino el salpullido, las úlceras y la fiebre. Después de siete médicos, finalmente tuvimos un diagnóstico, y nuestro padre tenía un nuevo enemigo: el lupus.

Su futuro es impredecible, una remisión prolongada condenadamente imposible... Vuelvo a tirar el iPhone sobre la mesa de café con mucha más fuerza de la necesaria. No puedo pensar en eso ahora mismo. No puedo pensar en una existencia sin mi hermana. Es la persona que más adoro. La única persona por la que haría cualquier cosa.

Mis pensamientos se desvían a la mesa de blackjack de anoche.

Estoy ganando.

*Estoy perdiendo.*

—El fascismo durante la segunda guerra mundial —responde con el ceño fruncido. *¿Mencioné que también estudia historia?*— Por cierto, *papá* llamó.

—El fascismo, ¿eh? —Qué ironía—. Hablando de eso...

—Vas a tener que hablar con él en algún momento, Thalia. —Cubre su censura con una sonrisa, pero todo lo que veo es su tristeza. Ella odia cuando nos peleamos, pero es la única cosa en la que me niego a comprometerme—. Es eso, a menos que quieras que aparezca aquí en Nueva York...



Un escalofrío de miedo golpea mi columna vertebral. Él es demasiado perspicaz. Sabrá que algo va mal en cuanto sus botas crucen el umbral de nuestro apartamento.

—Voy a ducharme —digo, saliendo de la habitación.

—¿Sabes cuál es tu problema? —Sus suaves palabras me siguen hasta el pasillo—. Tú y él son demasiado parecidos.

Me detengo en seco, agarrándome al marco de la puerta mientras un dolor profundo se apodera de mi estómago y se retuerce... *con fuerza.*

—Mamá tampoco va a dejar pasar esto. Si nosotras podemos ver lo bueno en él, tú también.

—Sabes lo que él es, ¿verdad? —Me giro, luchando por mantener la calma—. Esas cicatrices en su pecho no son solo tatuajes, Ella. Cuando papá hace algo malo, no se encoge de hombros y aprende la lección. Él es la lección... Te sugiero que hagas tu tarea sobre los dictadores colombianos sedientos de sangre. Ya tienes una tonelada de investigación. Veintiún años, para ser exactos.

Su cara palidece.

—Déjalo, Thals.

—Nunca va a suceder.



Bad  
BLOOD

## 3

## THALIA



CRUZO EL PASILLO HACIA MI DORMITORIO BAJO UNA NUBE DE OSCUROS PENSAMIENTOS. La mayoría de los días me siento como si estuviera luchando bajo el agua, aunque, contra qué o quién estoy luchando, está usualmente en debate.

Hoy, tengo una cara y un nombre.

Marco Bardi.

Él es un mafioso de poca monta de la calle Canal con una polla aún más pequeña, mejor conocido como mi última batalla, y el hombre en la cúspide de la ruina de mi hermana mayor. Él también está explotando mi celular mientras cierro de golpe la puerta de mi habitación, su aura de pegajoso filtrándose en mi vida de nuevo.

—¿Cuánto? —exige en cuanto se conecta la llamada.

—Cuarenta mil. —Saco los fajos de dólares arrugados de mi bolso y los arrojo sobre la cama. Los billetes se esparcen, manchando las blancas y limpias sábanas con un verde sucio.

—No es suficiente —afirma sin rodeos.



Mis dientes marcan líneas sangrientas en mi labio inferior. Cuando todo esto termine, le daré su nombre, dirección y número de seguridad social a Edier. Después de eso, Marco Bardi no volverá a ver otra puesta de sol.

—Necesito más tiempo. Demasiados casinos en Pensilvania están asociados a Santiago. Me estoy quedando sin...

—No es posible. Prueba en otro estado.

*Malditos sean los imbéciles que revocaron las leyes de apuestas en Nueva York hace cinco años.*

—¡La seguridad de mi padre está sobre mí! No puedo viajar a Massachusetts.

—Hay una respuesta obvia, perra. —Él se ríe, pero es un sonido sucio, hostil, como encontrar arena no deseada en mi sopa de almejas favorita—. ¿Vas a decirlo tú, o debo hacerlo yo?

*Mierda.*

—¿Cómo vas a conseguir tus cincuenta mil si me cortan la garganta? —digo desesperadamente.

—No te hagas la graciosa conmigo, Thalia Santiago. Lo único que tengo que hacer es pulsar ese botón y Pornhub se pondrá súper jugoso.

El pánico me llena la boca.

—¡Está bien, espera! —No lo digas. No lo digas—. Bien. Atlantic City, entonces. Siempre y cuando esté allí y vuelva en una noche, Bardi.





Hay una larga pausa. Incluso Marco, el súper asqueroso, sabe que estoy jugando con mi vida por aventurarme en un territorio del cartel rival controlado por Valentin Carrera y su hijo.

*¿Se está arrepintiendo?*

—¿Quieres tu dinero o no? —digo, ahora forzando esta decisión en su garganta tanto como yo la estoy forzando en la mía—. Me he quedado sin opciones. Atlantic City es la meca de las apuestas de la Costa Este.

*Una oportunidad para ganar todo el dinero que necesito.*

*Una noche para salvar la reputación de mi hermana.*

Todo el mundo se cae, y Bardi fue el borde del acantilado alto que Ella nunca vio venir.

Es mi culpa. *Hice* que ella se uniera a mí en ese bar el pasado mes de junio donde él compró sus bebidas toda la noche. No debí dejar que se acercara a ella. Prácticamente la arrastré allí en camisón.

Él fue el único momento en que mi hermana probó la imprudencia, un estúpido error, y ahora hay imágenes de ello, imágenes grabadas manchando algo dulce y precioso.

Ella no sabe de la cinta, todavía. Bardi vino directamente a mí. Si yo puedo conseguir el medio millón que pide, su gran error nunca tiene que ver la luz del día. Pero, como dijo, me faltan cincuenta mil dólares y mi plazo está a un día de distancia.

Sam y Edier me ayudarían en un santiamén, pero tengo demasiado miedo para pedirselos. Un desliz... una palabra suelta... Eso es todo lo que se necesita para manchar los colores de un arco iris.



Conozco a mi hermana. Este tipo de humillación la desfigurará con cortes que nunca, nunca se desvanecerán.

Si se lo dijera a papá, él dispararía primero y diseccionaría las consecuencias después, y para entonces sería demasiado tarde: las imágenes habrían desangrado su suciedad por todo el Internet, ensuciando las páginas de su historia para siempre. En cuanto a mí, no tengo esa cantidad de dinero. Ella y yo nunca estuvimos destinadas a ser juguetes maniobrados alrededor de un tablero de poder del cartel, pero nuestro padre encajó collares invisibles alrededor de nosotras de todos modos. Tenemos un apartamento genial, coches, conductores, pero nunca tendremos suficiente dinero en el banco para meternos en problemas.

*O para salir de ellos...*

Cuando Bardi comenzó a chantajearme, no tuve más remedio que mentir y distanciarme de mi familia, meterme de cabeza en un mundo para el que ni siquiera soy lo suficientemente legal a los ojos de la ley.

Las apuestas.

Ella debe haberle dicho a Bardi que tengo el tipo de memoria que retiene las cosas de un solo vistazo: páginas de libros, imágenes, los patrones y secuencias de cartas... El verano pasado en Montecarlo, mi padre me dejó sentarme en una de las mesas privadas del Casino Black Skies. Al cabo de media hora, podía predecir qué cartas iba a repartir el croupier<sup>1</sup>.

Aun así, hay 101 cartas para contar y no ser atrapado. Nunca me pongo codiciosa, empiezo con poco y solo juego con seis barajas. Me muevo de un casino a otro y me mantengo a la sombra de los

---

<sup>1</sup> El crupier o croupier, también llamado tallador o repartidor de casino, es la persona designada en una mesa de juego para ayudar en la conducción del mismo.



grandes jugadores, llevando vestidos cada vez más cortos como camuflaje, y la sonrisa blanca y brillante de la juventud y la inexperiencia.

En cuatro días, he ganado cuatrocientos cincuenta mil dólares.

—Entonces, será Nueva Jersey. —Acepta Bardi.

Me siento con fuerza en la cama, agarrando en un puño los dólares sueltos, sintiéndome como un animal acorralado.

*Tengo que estar loca para considerar esto.*

—¿La influencia de los Carrera se extiende a los casinos?

—No por elección, pero creo que su hijo tiene conexiones.

*Mierda.*

—¿Sabes cuáles?

—Ni idea. ¿Por qué no le haces una visita a la comisión de apuestas? Si te pones de rodillas y les besas la polla, puede que consigas tu respuesta.

*Bastardo.*

—Como dije, ¿quieres tu dinero o no?

—Te faltan cincuenta mil dólares, dulzura. Y tienes un día más para conseguírmelos.

Lo siguiente que oigo son los gemidos de una mujer en la agonía de la follada más dura de su vida.

Podría ser porno regular.

Podría ser Ella.



Independientemente, es un incentivo de escopeta.

—Encuéntrame fuera de The Haven a las ocho de la noche —le digo, tan pronto como el sexo se silencia—. Si yo hago esto, tú conduces.

—Estaré allí.

—En cuanto llegue a los cincuenta mil, quiero esa grabación, Bardi.

En lugar de responder, la línea se corta, dejándome sola en el malvado páramo de la falta de garantías.

Con una maldición, lanzo el celular al otro lado de la habitación y golpea la alfombra con un ruido sordo. En el pasillo, oigo a Ella charlando con una de sus amigas. Su risa entra en mi habitación a través de la rendija de la puerta.

Tengo que proteger ese sonido.

No puedo dejar que se desvanezca.

*Esta noche, es jugar o pagar.*





Bad  
BLOOD

## 4

## SANTI



—LOS HOMBRES BUENOS SIGUEN LAS REGLAS. LOS HOMBRES INTELIGENTES SIGUEN SUS INSTINTOS.

Mirando fijamente al director del casino de Legado, alzo mi copa, dejando que las palabras cuelguen en el aire.

La cara del hombre palidece, y con razón. Aunque es ligeramente entretenido, la patética rutina de canto y baile que acaba de realizar rompe dos de mis tres reglas cardinales.

*Nunca me mientas.*

*Nunca me hagas perder el tiempo.*

No puedo decidir si es porque está asustado, es estúpido, o es astuto. Las tres cosas pueden ser peligrosas con un hombre como yo, por lo que no me importa ahondar en lo que lo llevó a cometer su primer pecado.

*Nunca robes a un Carrera.*

—Santi... —Él traga con fuerza, su manzana de Adán se balancea en su garganta—. No entiendes...



—Ves, ahí es donde te equivocas —le ofrezco con calma—. Te entiendo perfectamente, Ashford. Llevas semanas apestando a desesperación.

Una gota de sudor rueda por su sien.

—Santi...

—Tus prioridades pasaron de la línea de fondo a una línea blanca. —Un tinte de ira se filtra a través de mi fría fachada.

Él levanta la barbilla.

—Un poco hipócrita de parte de un hombre que importa y distribuye.

*Vaya, mira a quién le han crecido un par de huevos.*

—La vendo, *cabrón*, no la esnifo. Esa mierda pudre el cerebro, y como dije, los hombres inteligentes siguen sus instintos. Si hubieras seguido los tuyos, habrías venido a pedirme un préstamo. En cambio, te auto-ayudaste.

He sabido durante meses que el hombre estaba hasta el culo de deudas y adicción. No es mi problema. Mientras viniera a trabajar, hiciera su trabajo, y mantuviera la boca cerrada, podía esnifar putas sales de baño para lo que me importaba.

Pero, metió la mano en mi bolsillo y lo convirtió en mi problema.

—Sí —resopla, con más sudor brillando en su frente—. Al cuarenta por ciento de interés.

—Esto es Atlantic City, *pendejo*. Si juegas, pagas. —Termino mi bebida, pongo el vaso en la mesa antes de añadir—: De una forma u otra.



Bad  
BLOOD

No doy más detalles. Mi reputación habla por mí. A los veintidós años, he logrado más que los hombres que me doblan la edad. El parque infantil de Nueva Jersey se inclina ante mí. Durante dos años, he sido dueño de su distribución de cocaína, y ahora he tomado el control de otro de sus vicios.

*El juego.*

Es una aventura paralela que alimenta mi hambre de poder y venganza. Lo único que me gusta más que el olor del dinero es el olor de la sangre.

Ninguno de los dos enmascara el olor de un traidor.

¿Cuarenta mil dólares hacen la diferencia en mi cuenta de resultados? Ni en lo más mínimo. He ganado el doble de eso durante el lapso de nuestra conversación.

¿Podría perdonarlo? *Probablemente.*

¿Lo haré? *No.*

—Lo juro, señor Carrera —suplica, sus rodillas rebotan con la frenética cadencia de sus palabras—. Nada como esto volverá a suceder.

Más promesas vacías salen de sus labios, más rápido que un subastador. Sin sentido, por supuesto. No son más que energía desperdiciada y ruido blanco.

Es entonces cuando oigo una risa familiar y gutural detrás de mí. Una que lo sabe mejor que aparecer tres horas antes.

*Los buenos hombres siguen las reglas. Los hombres inteligentes siguen sus instintos.*



Mis propias palabras se me graban en la mente mientras me levanto de la silla, ignorando el frenético regateo que aún se está llevando a cabo. Ashford se está lanzando a la misericordia de la corte del diablo, y en cualquier otro momento, disfrutaría dictando su sentencia.

Pero hoy no.

Él obtiene un indulto.

Ella no.

Sacando mi celular, me dirijo hacia ella, sin sorprenderme cuando RJ contesta antes de que suene, una característica de su educación.

—Bar Platino —digo antes de desconectar la llamada y volver a guardar el dispositivo dentro de mi chaqueta. En cinco amplios pasos, me dirijo a la barra con las manos envueltas a mi lado—. Veo que sigues sin poder seguir las instrucciones.

Dos hombros delgados se endurecen bajo una cortina de cabello largo y oscuro.

—¿Por qué empezar ahora?

—Se suponía que no ibas a estar aquí hasta las cinco de la tarde. Explicate.

—Jefe. —Como un fantasma, RJ, mi segundo al mando, aparece a mi lado.

Anunciar su presencia no era necesario. Supe que había llegado por la repentina oleada de susurros que recorren el bar. El hombre es físicamente un tanque metido en un traje de diseño. Es lo que le





hace tan peligroso. La gente se centra en los músculos que dan forma a su cuerpo, ignorando el más letal de todos.

Su cerebro.

Una máquina diabólica con el coeficiente intelectual de un genio.

A pesar de su apariencia, RJ Harcourt se integra mejor que cualquiera de nosotros. Nacido en Ciudad de México y criado en Houston, es un camaleón cultural, capaz de parecer un narco endurecido y hablar con la elocuencia y el civismo de un director general alimentado con cuchara de plata.

Asiento con la cabeza a mi malogrado ex jefe de planta del casino, que sigue sentado inmóvil en el lugar donde lo dejé.

—Por favor, acompaña al señor Ashford abajo.

*Donde pagará hasta que su piel gotee de rojo.*

RJ cruza la habitación y envuelve el brazo de Ashford en su agarre. Impresionantemente, el condenado hombre no dice una palabra, simplemente tropieza con la trayectoria de su destino, con la cara del color de la leche estropeada.

Una vez que ambos están fuera de la vista, cambio mi atención hacia mi izquierda y al imbécil universitario de la barra con los ojos pegados al pecho de mi hermana.

—Vete.

Enarcando una ceja rubia, ofrece un escrutinio desinteresado a mi traje italiano hecho a mano.

—Hombre, vete a la mierda. Voy a invitar a la señorita una copa.

No discuto; actúo.



Basta con una mirada al bartender. Con un sutil movimiento de cabeza, él discretamente me da una tarjeta de crédito.

Miro hacia abajo.

—Channing Yeager. —*Un nombre estúpido para un maldito estúpido.*

—Santi... —una voz suave gime a mi lado.

—Silencio —le digo—. Me ocuparé de ti en un minuto. Ahora, señor Yeager... —digo, redirigiendo mi atención—. Tiene treinta segundos para abandonar las instalaciones por su propia voluntad. —Inclinándome, bajo la voz—. Y en una pieza.

Esa arrogante sonrisa se derrite de su cara como un crayón al sol.

—T-tú eres Santi Carrera... —Tengo que admitir que mi sangre canta ante el terror que mi nombre graba en su cara. Con una mano temblorosa, él recupera su tarjeta. Mirando brevemente a la mujer que echa humo a su lado, corre hacia la salida—. Estás por tu cuenta.

El silencio baila a un ritmo desordenado entre nosotros mientras me deslizo en el taburete recién desocupado. Ambos esperamos a que el otro hable primero, ninguno quiere empezar.

Sin pedirlo, un vaso de tequila Añejo aparece frente a mí. Esperando mi tiempo, levanto mi vaso, saboreando el sabor familiar al son de las máquinas tragamonedas de fondo.

—Eso fue un poco exagerado, ¿no crees? —dice ella finalmente.

Dejando mi vaso, lucho contra una sonrisa.

—No.



—¿Qué vas a hacer? —Me mira por debajo de esas pestañas oscuras—. ¿Echar de la ciudad a todos los tipos que me miran?

Rara vez me cuestionan, y menos aún en un tono tan petulante. Mordiendo una respuesta brusca, filtro mis palabras a través de los dientes apretados.

—Si, si tengo que hacerlo.

Hay una larga pausa antes de que mi hermana pequeña incline su rostro hacia mí, la terquedad de su mandíbula me resulta frustrantemente familiar.

—Ha pasado un año y medio. ¿Cuánto tiempo vas a castigarme?

*Hasta que todo rastro de Sam Sanders desaparezca y se olvide.*

*Hasta que arrase Nueva York y no deje más que un mal recuerdo.*

La miro fijamente, negándome a dar voz a mi dolor. La emoción es igual a debilidad, y todo lo que el enemigo de un hombre necesita es una grieta.

—No te estoy castigando, Lola —le digo solemnemente—. Te estoy protegiendo.

Ella me mira fijamente, con esos ojos azules brillantes abiertos con algo peligrosamente cercanos a la lástima.

—¿Sabes la diferencia?

—¿Qué se supone que significa eso? —Con un gruñido, golpeo el vaso hacia abajo con tanta fuerza que un trozo se desprende del fondo y resbala por la barra.

Ella suspira.



Bad  
BLOOD

—Santi, eres mi hermano mayor. Te amo, pero soy de la familia, no uno de tus hombres. —Bajando la mirada, hace girar una pulsera de plata en su muñeca—. Yo también llevo el apellido Carrera —añade en voz baja.

—Y la marca Santiago.

Lola se pone rígida y la palma de su mano baja de la muñeca para cubrir su cadera derecha.

—Eso no es justo.

Tiene razón. Ella no pidió ser acosada y secuestrada por uno de nuestros enemigos de la familia. Ella no grabó la inicial de un cartel rival en su propia piel.

Nada de eso fue su culpa.

Mi hermana puede haber crecido como una princesa del cartel, pero es irremediablemente idealista. Ella todavía ve el bien en la gente.

—La vida no es justa, *chaparrita*. Cuanto antes te des cuenta de eso, mejor estarás.

Me preparo para otra discusión. Para mi sorpresa, inhala un suspiro y exhala resignación.

—Ugh. Hace años que superé ese apodo, Santi.

No lo hizo, pero a la *chaparrita* le gusta pensar en sí misma como una malvada del cartel con tacones de aguja.

—Lástima que tu altura no haya seguido el ejemplo.

Gimiendo por la burla, se inclina y me golpea el hombro.





—Te he echado de menos, gran imbécil.

Mis labios se mueven, una rara sonrisa amenaza con aparecer en mi cara.

—Puede que haya notado tu ausencia, una o dos veces.

—Cuidado —dice, haciendo girar perezosamente una servilleta de cóctel con la punta de su uña—. Eso casi ha sonado como una emoción real.

Cualquier otra persona se recogería los dientes después de semejante atrevimiento, pero mi hermana pequeña tiene libertades que a nadie más se le permiten.

En Estados Unidos, soy una isla, una extensión solitaria del subterráneo de México. *Un imperio de uno*. Los hombres de mi círculo íntimo son inestimables, pero no insustituibles. Lola es diferente.

La familia no tiene precio. Aparte del poder y la venganza, es la única cosa por lo que vivo, y por lo que moriría. Y, por muy peligrosa que sea la presencia de mi hermana, también trae consuelo.

Alcanzándola sobre el mostrador del bar, inclino su barbilla hacia mí.

—No más sorpresas, ¿de acuerdo? Cuando te doy una orden, es por una razón. —*Su protección y mi cordura*.

Asiente de mala gana, así que lo dejo pasar.

Levantando mi vaso, hago un gesto alrededor de la barra.

—Entonces, ¿cuánto tiempo has estado aquí?



Su mirada se dirige a la silla vacía del que pronto será mi ex gerente de piso.

—Bastante tiempo.

Crecer como el hijo de uno de los hombres más temidos del mundo no permite el lujo de la ignorancia. Ella conoce su destino.

Ese silencio fuera de ritmo baila entre nosotros de nuevo, y esta vez está mezclado con tensión.

Como si estuviera desesperada por cambiar de tema, Lola examina el bar.

—Un lugar muy lujoso, Santi. Es diferente.

Y por diferente, quiere decir llamativo.

*No es del agrado Carrera.*

Legado Casino es una compra en la que mi padre y yo no nos pusimos de acuerdo. El capo del Cartel Carrera de México es de la vieja escuela. Él prefiere volar bajo el radar. Mantener un perfil bajo. Seguir siendo un fantasma internacional y pasar desapercibido.

*Al diablo con eso.*

He dirigido nuestra operación en la Costa Este a su manera durante dos años. Todo lo que he conseguido es una distribución de cocaína en un puerto y el ridículo al otro lado del río. Ahora, es el momento de hacer las cosas a mi manera. Estoy haciendo ruido y encendiendo cañones. Cuando haya terminado, todo el mundo sabrá el nombre de Santi Carrera.

—Diferente —repito—. También lo es ese vestido. —Entrecierro los ojos ante el escaso material negro que se adhiere a su cuerpo como el papel film—. ¿Dónde está el resto?



Esos ojos azul pálido se oscurecen. *Ojos de trofeo*, los llama mi padre. Unos que dejaron una cadena de corazones destrozados y huesos rotos allá en México.

—No empieces.

No pienso hacerlo.

*Por ahora.*

—Vamos... —Colocando mi vaso vacío en la barra, me pongo de pie y le ofrezco mi mano—. Te daré un recorrido.

Lola se levanta de su silla con una sonrisa.

—¿Incluye una parada gratis en la mesa de blackjack?

—No —murmuro, arrastrándola detrás de mí.

*Va a ser un maldito verano muy largo.*



Media hora después, he paseado a Lola por la planta principal del casino Legado, cuatro bares más, un restaurante de renombre mundial, dos spas, y finalmente las oficinas ejecutivas de la tercera planta.

En cuanto abro la puerta, una rubia bajita y alegre se aparta de su escritorio y se levanta de la silla.

—Buenas tardes, señor Carrera, El señor Spader ha confirmado su cita para esta noche.



*Ya era hora.*

El Comisionado de apuestas de Atlantic City me ha hecho esperar durante cuarenta y ocho horas. Así no es como hago negocios. La gente espera por mí, no al revés.

—Gracias, Audrey. —Presionando mi palma contra la espalda de Lola, la maniobro hacia mi oficina, añadiendo por encima de mi hombro—. Por cierto, estás despedida.

—Yo no... —tartamudea, con los ojos desorbitados—. ¿Qué he...?

¿Hecho? Nada. Ella simplemente no es necesaria, y yo siempre recorto el exceso.

Mi atención vuelve a centrarse en Lola, que pasea tranquilamente por el vestíbulo de la oficina ejecutiva.

—Qué buen montaje tienes aquí. —Cruza los brazos sobre su pecho mientras observa la combinación de colores dominantes. Uno que se extiende a todas las oficinas, especialmente a la mía.

Negro y rojo.

Dos colores que no solo combinan con mi estado de ánimo, sino que esconden más colores incriminatorios.

*Sin embargo, no le debo una explicación, así que no la ofrezco.*

—Así que, me has tenido en suspenso lo suficiente. —Dando vueltas a mi alrededor, se posa en la esquina del escritorio—. ¿Qué voy a hacer aquí todo el verano? ¿Directora de Marketing? ¿Vicepresidente de Operaciones?

—Secretaria.

Una palabra y la cara de mi hermana se cae.





—¡Santi! Soy tu hermana, no tu maldita secretaria.

*Dios mío. ¿No le acabo de ordenar que deje de cuestionarme?*

Ella necesita unas prácticas para obtener créditos universitarios, así que se las voy a dar.

Estoy sobre ella en menos de dos pasos, mis manos agarrando sus delgados hombros.

—Así es; *eres* mi hermana. Y es por eso que no puedo tenerte exhibiendo tu culo por todo mi casino. Eres un lastre, Lola. Te necesito en una posición que te mantenga fuera del ojo público, pero siempre a mi vista.

Un resoplido ahogado me hace mirar por encima de mi hombro, donde encuentro a Audrey observándonos con ojos vidriosos y labios temblorosos.

—¿Por qué sigues aquí? —exijo.

Parpadeando, retrocede, casi tropezando con sus propios pies.

—¿Estás bien? —pregunta Lola. Cuando Audrey asiente, vuelve a dirigir su mirada acalorada hacia mí—. No quiero pasar tres meses encerrada en una oficina, Santi.

—Es el lugar más seguro para los dos —digo, pellizcando el puente de mi nariz—. Tienes que admitir que eres un maldito imán para los problemas.

Eso es decir poco. Las mujeres Carrera son las sirenas del inframundo.

—Santi, tú...



Un estruendo la interrumpe, y ambos nos giramos para encontrar a Audrey sobre sus manos y rodillas, empujando frenéticamente el contenido desparramado de su bolso como si su vida dependiera de ello. Observamos en silencio cómo se levanta a trompicones y se pone en pie, apretando el bolso contra su pecho y temblando mientras cierra la puerta detrás de ella.

Lola suspira.

—Eres un cabrón.

—No empieces —le advierto, poniendo un dedo en su cara antes de girar hacia mi despacho con ella pisándome los talones—. Ella será bien compensada por sus problemas.

—Si sigues tratando a la gente así, vas a morir solo.

Las palabras serpentean alrededor de mi cuello, hundiendo su verdad en mi yugular.

—¿No aprendiste nada al crecer? —digo, con tono afilado—. Los Carrera no pueden escapar del destino.



Bad  
BLOOD

## 5

## THALIA



LEGADO ES MÁS EXTRAVAGANTE DE LO QUE ESPERABA, Y MÁS ALTO... Como un castillo de oro rosa del pecado, que se eleva desde las profundidades del infierno hasta el cielo.

La puerta de entrada está llena de hiedra verde y es lo suficientemente grande como para que quepan al menos una docena de autos. Bardi se detiene detrás de un Porsche Cayenne y nos sentamos en silencio, observando cómo un desfile de dinero sale de los vehículos de gente rica y suben los escalones de mármol negro hasta el vestíbulo acristalado.

No hay ni una pizca de cliché de Las Vegas en todo esto. Todos los grupos de novias que merodean han sido agrupadas y encerradas en algún otro casino menos exclusivo.

Los *músculos en trajes* de la puerta principal tienen un aspecto de gánster malvado que hace rebotar el malestar en mi estómago. Conozco la seguridad de esa clase, he estado rodeada de ellos toda mi vida. De hecho, ignoro directamente la mía...

Mi celular ya tiene dieciocho llamadas perdidas de Reece. No voy a ser capaz de bromear para salir de esta. Los nuevos chicos que



había puesto a cargo de mi seguridad estaban haciendo un gran trabajo, hasta que usé la ruta de escape de la ventana del baño de un bar en la Avenida 16. Como se acordó, Bardi estaba en el frente esperando por mí.

*Treinta minutos después...*

—¿Por qué aquí? —pregunto, tirando del dobladillo del vestido de diseño de esta noche, un modelo rojo claro con detalles en granate adornado que sube y baja con las curvas de mi cuerpo como las olas de un océano. Lo odio, pero no tanto como odio al imbécil que se sienta a mi lado. Bardi ha estado mirando mis piernas durante todo el viaje, y la atención no deseada me ha dejado con los puños cerrados.

No ayuda el hecho de que esté corriendo en vacío. La adrenalina no me ha permitido dormir mucho esta semana, pero es un pequeño precio a pagar. Solo quiero salir de este desastre y volver a jugar a la política familiar y cuidar de mi hermana de nuevo.

*Cincuenta mil. Es todo lo que necesito.*

—Legado es el mejor en el Campo de apuestas de América. —Bardi me da una de sus irritantes risas—. Pensé que podías empezar con oro puro y terminar con los bronce de mierda donde los viejos se dedican a las máquinas tragamonedas como drogadictos.

Vuelvo a mirar la entrada del casino. En un lugar como este, si juego de forma inteligente, estaré llegando a casa con un tanque de alivio a medianoche.

—Bonito vestido. —Se mueve en su asiento y percibo el mal olor de una nueva ola de sordidez—. Tal vez podamos llegar a algún acuerdo si te quedas corta... Creo que valdrías un par de miles.





Bad  
BLOOD

Aprieto los dientes antes que uno de mis puños le haga otra mella en la cuenca del ojo. Él tiene veinticinco años y no está tan guapo como cree.

Pero es inteligente... Como un plan de respaldo inteligente. Algo así como: no jodas conmigo, perra, porque apretaré ese botón a pesar de todo. Sabe que esta noche no hay otra salida para mí que subir esos malditos escalones de mármol.

—¿Seguro que no está afiliado a Carrera? —Por alguna razón, este lugar me pone nerviosa.

—La vida es una maldita apuesta, ¿verdad, nena? —Me evalúa con ojos entrecerrados que se atreven a desviarse de nuevo hacia el sur—. Pensándolo bien, nunca estarás tan buena como tu hermana. Ahora, cuando ella envolvió sus labios alrededor de mi polla...

—¡Vete a la mierda, Bardi! —Con rabia, golpeo el pomo de la puerta. ¿Cómo se atreve a faltarle el respeto a Ella de esa manera? *¿Cómo me atreví a llevarla por el mal camino y meterla en este lío en primer lugar?*

Salgo del asiento del copiloto y piso con mis tacones de 10 centímetros la calzada de piedra gris.

—Un pequeño consejo para ti —digo, inclinándome hacia el interior del vehículo—. No me mires a las piernas, o te enseñaré un truco de cuchillos muy bueno que me enseñó mi padre.

Me arrepiento de mis palabras al instante.

*¿Un pequeño consejo para mí? No cabrees al tipo con la reputación de mi hermana en sus manos.*



—Ve a contar tus cartas, Thalía Santiago —dice desde el asiento del conductor—. Ve a hacer que papi esté orgulloso.

Con sus palabras picándome los oídos, doy un portazo y me dirijo al casino, tensando los músculos del estómago al pasar por el control de seguridad. Afortunadamente, mi identificación falsa es válida. Ellos ni siquiera me miran a la cara mientras revisan mi bolso en busca de bombas ocultas.

Quienquiera que sea el dueño de este lugar tiene el mercado agarrado por el cuello. La planta principal de apuestas es un montaje suave como la seda, con una decoración en negro y oro, paredes y lámparas de cristal que cuelgan de los altos techos abovedados. La acústica amplifica el sonido de la obra, haciéndome sentir que estoy entrando en una arena de gladiadores, donde el éxito pende de la misericordia de las cartas y los leones del fracaso que merodean constantemente por el perímetro.

Me tomo mi tiempo, comprando un par de fichas de gran valor, voy a la deriva entre las mesas, con mi cóctel gratis en la mano, captando miradas calientes y devolviéndolas con una frialdad que congela sus esperanzadas pelotas. Eventualmente, me acomodo en una mesa, deslizándome en el asiento de la tercera base de siete, y reprimiendo mi sonrisa. Es una posición estupenda. La que estaba esperando. Puedo ver todas las cartas de los demás jugadores repartidas antes que las mías y siempre soy la última en dar, dividir o rendirse.

—¿Cuántas barajas? —le pregunto al croupier, haciendo una señal a una de las camareras que dan vueltas, para pedir otra copa.

—Ocho —dice secamente, cargando el zapato de reparto—. Solo usamos ocho en Legado.



Se me escapa la sonrisa al verle introducir una tarjeta de plástico roja en la baraja. Estoy acostumbrada a contar seis. La ventaja de la casa aquí acaba de hacer mi trabajo mucho más difícil.

Las sillas no tardan en llenarse.

Pierdo mil en las primeras cinco partidas, en parte intencionadamente y en parte por los nervios. Hay un tejano fornido y su esposa trofeo a mi lado que están decididos a ser los grandes apostadores de la mesa, apostando cada vez más alto para igualar sus egos, como suele hacer el dinero nuevo.

Me acomodo a la rutina y mantengo mis apuestas por debajo de los quinientos cuando empiezo a ver el ritmo de las cartas. Al poco tiempo, ya he apostado diez mil y me he tomado tres copas.

Media hora más tarde, he ganado otros diez después de una pérdida táctica y de distracción de cuatro.

—¡Píntalo, píntalo! —grita el tejano, arañando la mesa detrás de sus cartas como si fuera un gato. La carta solicitada le hace caer en picado con una mano estropeada de veintidós y una andanada de blasfemias de Dallas.

Echo un vistazo a la “carta superior” del croupier y a la que acaba de revelar. Es un brillante as de corazones rojo y un nueve de tréboles.

Un total de veinte.

Vuelvo a mirar mis cartas.

Otra mano de blackjack.

*Veintiuno.*

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E





La saludo y deslizo las cartas bajo mi apuesta, calculando que acabo de ganar otros tres mil, cuando hay un destello de negro y azul a mi izquierda.

Dos hombres se mueven a través del piso de apuestas en una trayectoria rápida que los llevará a escupir la distancia de mi mesa. Uno es bajo y anodino, lleva un traje azul marino barato y unas gafas que le hacen parecer un Pro Bono del culo de Queens, pero el otro... Se me corta la respiración... *El otro es la mismísima realeza pecadora.*

Él es más alto que la mayoría, lo que lo hace aún más difícil de ignorar. Cabello oscuro despeinado, ojos marrones duros y penetrantes que golpean mis sentidos, un traje negro diabólicamente bien diseñado a juego... Su piel es de un rico color dorado que no hace más que aumentar esa misteriosa aura de dinero y poder, y el corte alto de sus pómulos proyecta una sombra seria sobre una expresión feroz.

Sus movimientos son elegantes y precisos. Una mano cuelga suelta del bolsillo del pantalón del traje, pero me doy cuenta que es más por costumbre que por una declaración masculina. Está tirando de su camisa blanca de vestir tensa contra la parte inferior del torso, destacando la pared de músculo que hay debajo y que apenas se mueve cuando camina.

*Acecha.*

El miedo se enciende en mis venas de nuevo, y esta vez es del tipo que ninguna cantidad de bebidas gratis puede extinguir.

—Señora —suelta el croupier, perdiendo la paciencia conmigo.





Juego mis cartas sin dejar de mirar al hombre, sin prestar atención a los gritos de entusiasmo que me rodean mientras reclamo otra victoria.

Ahora, él está cerca. Puedo ver el giro satisfecho de su boca cruelmente sensual. Es más joven de lo que me imaginaba, quizá de unos veinte años, pero es de los que ven su edad como una desventaja. Tal vez por eso está promoviendo demasiado su peligrosa vibración.

En el último segundo, dejo caer mis ojos sobre la mesa. Siento el calor de su mirada pasando por mi cabeza baja como una ráfaga en un horno, y entonces, él me ofrece su amplia espalda como una especie de “jódete, no estoy interesado”.

Pasa por delante de las mesas de póker, y luego él y el otro tipo desaparecen en una puerta marcada como “privada”, adyacente a la larga barra.

Su sombra sigue rondando por el suelo.

Miro a mis compañeros para ver si alguien más está afectado por el tornado de peligro que acaba de pasar por el casino, pero todos los ojos están fijos en el croupier.

Sin pensarlo, lanzo un par de miles de fichas en el círculo de apuestas y me apresuro a recordar las últimas cartas que se han jugado. *Vamos, Thalia... mantén la calma.* Pero es como si mi concentración hubiera desaparecido a través de una puerta marcada como “privada”, también. Las ganas de correr son tan fuertes que mis dedos empiezan a agarrar el borde de la mesa. Mi padre siempre juró que el instinto era su mejor arma.

*Sea quien sea ese hombre, tengo que alejarme de él a toda costa.*



Es entonces cuando hago algo que nunca había hecho en una mesa de blackjack; tomo una decisión estúpida y precipitada que pone mi destino en el curso de colisión con el mismísimo Príncipe de las Tinieblas.

Agrego cada ficha que he ganado esta noche a mi pila en el círculo de apuestas antes de que se reparta una sola carta.

Necesito salir de aquí y hacerlo rápido.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E



# Bad BLOOD

## 6

SANTI



ANOCHÉ VOLVÍ A SOÑAR CON ELLA.

La joven del gorro rojo con los ojos marrones.

Como siempre, la veo saliendo del sedán negro, la nieve crujendo bajo sus botas mientras un apodo es susurrado tras ella, pero no le presta atención. Estamos demasiado encerrados en nuestro propio mundo: su brillante curiosidad contaminada por mi oscuro propósito.

—*¿Estás esperando a alguien?* —pregunta.

*Sí, a ti...*

—*¿Quieres venir a sentarte con nosotros?*

Quiero que se mueva para poder disparar dos balas al auto que está detrás de ella, pero me quedo congelado, al igual que la barrera de nieve entre nosotros.

Ella no debería estar aquí... No es seguro. Soy un halcón: ojos, oídos, y un muro de protección para los hombres dentro de esa iglesia. Y ahora mismo, lo único que quiero proteger es a ella.



Anoche fue diferente.

En lugar de correr hacia adelante y protegerla de los disparos, el sueño que he tenido durante casi diez años se extendió en algo nuevo. Algo tan inquietante que no puedo quitármelo de la cabeza.

La joven del gorro rojo era una mujer con un vestido blanco. Su cabeza estaba inclinada, su rostro oculto tras una espesa cortina de cabello de ónix. Una luz parpadeante se balanceaba sobre el rincón de la húmeda y oscura habitación donde ella estaba arrodillada con las manos atadas a la espalda. Incluso en su vulnerable posición, nunca lloró. Sus hombros nunca temblaron de miedo.

*—Confíe en ti —susurró ella—. Nos has fallado.*

*A nosotros.*

Ella susurra las palabras cada vez que la veo, solo que siempre está sola... esta mujer desconocida por la que no debería perder ni un momento de mi tiempo libre pensando en ella. Sin embargo, su acusación se clava como una daga en mi corazón.

La imagen me ha perseguido todo el día, acechándome como un fantasma. Ocupa un espacio indeseado en mi mente, desbordando su caos en mis asuntos.

Me quedo en silencio cuando las puertas del ascensor se abren, mi mirada se posa en la puerta de acero a unos metros delante de mí. Aquí es donde todo cobra sentido. Cuatro pisos por debajo del casino más exclusivo de Atlantic City se encuentran las puertas del infierno.

Aquí abajo no importa nada más que lo que hay detrás de esa puerta. Mi enfoque debería estar en la lenta acumulación de





adrenalina bombeando a través de mis venas, pero no es así. Todavía está bloqueado en esa maldita mujer, y me está enojando.

*Ella me enoja.*

*Una manifestación de mi propia culpa.*

Mi mente devora la palabra mientras presiono mi pulgar contra el teclado de acceso, y un débil clic me permite entrar. Abriendo la puerta de un empujón, entro en mi santuario del pecado.

*A la mierda.*

Ahogarse en un mar de culpa es una pérdida de tiempo, y los errores no son más que agua estancada: nunca fluirán de otra manera. La venganza, en cambio es una urgencia que, sin previo aviso, se precipita por la ladera de un acantilado.

Es la venganza lo que alimenta mi apetito de poder y mi sed de sangre.

Está en el aire esta noche. Puedo oler su aroma cobrizo.

*Es hora que cierto traidor se ahogue con él.*

Hay un rastro de sonrisa en mis labios mientras cierro la puerta tras de mí.

—¿Un día duro, Ashford?

Un eufemismo. Ser atropellado por un camión de dieciocho ruedas habría sido *duro*. Diez horas de estar atado a una silla y ser lentamente mutilado es un destino peor que la muerte.

Por desgracia para él, ese fue solo el preludio.



Mi antiguo jefe de planta del casino levanta la barbilla, y me tomo un momento para apreciar la obra de arte de RJ. El hombre tiene habilidades. Moretones furiosos pintan la piel de alabastro de Ashford como un lienzo del maldito Picasso.

—Santi, por favor... —suplica, con sangre brotando de las dos esquinas de su boca—. Te daré tu dinero. Lo juro...

No me digno a responder.

Me quito la chaqueta, la tiendo sobre una mesa cercana y me subo las mangas mientras él se arrastra por su vida.

Entonces le doy un puñetazo en lo que queda de su nariz.

La cabeza de Ashford se repliega con un satisfactorio chasquido, un nuevo río de sangre cubriendo su cara.

—Cuchillo —ordeno, abriendo mi mano ahora manchada.

Mis ordenes necesitan pocas palabras. Una palabra es suficiente para que RJ coloque un cuchillo de carne en la palma de mi mano. Como mi segundo, su trabajo es anticiparse y actuar. Por supuesto, que sea también mi primo, añade una capa de profundidad que rara vez se encuentra en nuestra línea de trabajo.

Profundidad, no confianza.

Yo requiero de unos pocos. No *confío* en nadie.

Mirando hacia abajo, aflojo mi agarre alrededor del mango desgastado del cuchillo y le doy un ligero giro. Simple, pero efectivo. Normalmente prefiero juguetes más sofisticados, pero llego tarde a una reunión. Tendrá que bastar con lo probado.



Lo sostengo solo para ver cómo los ojos hinchados de Ashford se llenan de lágrimas, y una mancha húmeda aparece en su entrepierna mientras se orina.

—Estás haciendo un puto lío en mi casino, Ashford.

—P-por favor... —gorjea.

—Mi padre siempre creyó en que el castigo se ajustaba al crimen. —Doblando mis brazos sobre mi pecho, golpeo el extremo plano de la cuchilla contra mi barbilla—. Me robaste, así que tal vez debería asegurarme que nunca vuelva a ocurrir. —Sin quitarle los ojos de encima, asiento con la cabeza. Antes que pueda parpadear, RJ tiene una mesa plegable colocada entre Ashford y yo.

—N-no. ¡No, por favor!

RJ desaparece detrás de él con una navaja, cortando la atadura en las manos de Ashford en segundos. Envolviendo sus dedos alrededor de la muñeca del hombre, golpea su palma sobre la mesa y la mantiene firmemente en su lugar.

Ashford está tan jodidamente aturdido que no se molesta en usar su brazo libre para luchar. El *cabrón* se limita a dejarlo colgando a su lado como un fideo demasiado cocido.

*Quién soy yo para rechazar una invitación abierta.*

Sin vacilar ni tener remordimientos, le doy un golpe con el cuchillo, sin importarme que su dedo meñique y anular se esparzan por la lona. Miro fijamente los dedos cortados, pateando el que está aprisionado por una banda de oro fuera de mi vista.

*Ya está. Nos he hecho un favor a los dos.*





Los gritos de Ashford son como una melodía tranquilizadora, y yo tarareo la conocida melodía. Aquí es donde bailan mis demonios. Desencadenados, cantan sus juramentos al diablo mientras se deleitan en su propio pecado.

Cuatro pisos más arriba, soy un tiburón con traje de diseño.

Bajo sus pies, soy *El Muerte*.

Mi camisa ya no es blanca. Las rayas rojas empapan la parte delantera, sellándola en mi pecho como una segunda piel.

RJ agarra un puñado del cabello rubio oscuro de Ashford, jalando hacia atrás la cabeza del hombre como si fuera una goma elástica. Apenas consciente, me mira fijamente a través de ojos vidriosos. Él ya no está lloriqueando. Hay una calma que lo cubre que no me gusta. Es como si estuviera entre dos mundos y la puerta fuera una ventana opaca.

—Tu culpa te obligará a elegir un día —resopla, la muerte vibrando en su pecho.

Inclinándome, le dirijo una rara sonrisa.

—Siempre elijo la venganza.

Retiro el brazo y balanceo el cuchillo, clavándolo en su arteria carótida.



Lola levanta la cabeza cuando abro las puertas de cristal de las oficinas ejecutivas. Empujando su silla hacia atrás, ella se desliza





alrededor de su escritorio, sus altos tacones haciendo clic a un ritmo entrecortado.

—¿Dónde has estado?

—Fuera.

Frunciendo el ceño, me golpea el pecho con la palma de la mano, deteniendo mi movimiento.

—Son las diez de la noche. Las secretarias normales no tienen este tipo de horarios, *Santi*.

—Las secretarias normales no tienen a tres cuartas partes de su familia en la lista de los diez más buscados, *Lola*.

Eso la hace callar, lo que me daría un poco de satisfacción si todo este día no se hubiera ido completamente a la mierda.

Dejando que le dé vueltas a eso en su testaruda cabeza, doy un paso adelante solo para encontrarla bloqueando mi camino de nuevo.

—Te he llamado seis veces. Ese tipo Spader ha estado esperando en tu oficina por más de cuarenta minutos. —Resoplando, mira por encima de su hombro hacia la puerta cerrada de mi oficina—. Él es un verdadero barril de risas, ¿eh?

Conozco ese tono. La sutileza no es una de las mejores cualidades de mi hermana. En vez de pasar de puntillas por un tema, ella prefiere golpearlo de frente, atropellarlo, y arrastrarlo un par de kilómetros.

Con los nervios de punta por la falta de sueño y la disminución de la adrenalina, me restriego la mano por la cara: dos días de barba raspando la palma de mi mano.



—Dime que no fuiste grosera con el comisionado de apuestas de Atlantic City.

—Vale, no te lo diré.

—Lola —le advierto.

—¡Ay, Dios mío! Estoy bromeando. —Ella me da una palmadita en el pecho—. Relájate o te va a dar un ataque antes de los treinta. —Cuando no me rio, suspira—. Mira, puede que me hayas puesto en un trabajo de mierda, y francamente degradante, pero no voy a hacer quedar mal a mi propio hermano.

Me pongo rígido ante su afecto, pero me obligo a no reaccionar. Nadie tiene permitido tocarme. Es un desafortunado subproducto de tener una madre que no supo quién era yo hasta que tuve casi ocho años. Ese tipo de mierda daña a un niño. Aunque no fue su culpa, las cicatrices son profundas.

*No fue su culpa.*

Un tema común en mi familia con una retorcida raíz colombiana.

La sonrisa en la cara de Lola se desliza junto con su mano.

—Le dije que tu reunión se estaba retrasando, y que estarías aquí en diez minutos, por supuesto eso fue hace cuatro... *diez minutos...* —Su voz se interrumpe mientras ladea la cabeza, su atención de mi cara—. ¿Qué es eso?

—¿Qué es qué?

—Tienes algo en el cuello. —Antes que pueda detenerla, se lame el pulgar y restriega un trozo de piel debajo de mi oreja. Retirando su mano, frota las yemas de sus dedos pulgar e índice, los restos de mis pecados cubriendo su piel. Mientras sus labios fruncidos se



separan lentamente, me preparo para lo que sé que viene a continuación—. Es...

—Nada que deba preocuparte. —Tomando su muñeca, limpio la mancha roja en la chaqueta de mi traje negro—. Me corté afeitándome.

Ella no responde, y por buena razón. Ambos sabemos que estoy lleno de mierda. Mi hermana creció en Ciudad de México en un complejo rodeado de guardias armados con artillería de grado militar, donde el recuento de cadáveres de un día no era nada más que una conversación para la cena.

Nunca le he ocultado quién soy ni lo que hago. Sin embargo, prefiero mantenerla al margen, si es posible.

Soltando su muñeca, deslizo mi mirada hacia mi despacho. Suavizando los desgastados bordes de mi paciencia, aparto a mi familia de mi mente y me centro en el negocio que tengo entre manos.

—Despeja mi agenda —le ordeno, siguiendo el olor a corrupción y crema para afeitar barata en mi oficina.

Al abrir la puerta, encuentro a Monroe Spader inclinado sobre un lado de mi escritorio, la parte de atrás de su grasiento cabello castaño se balancea mientras prueba cada cajón como si su vida dependiera de ello.

—Están todos cerrados con llave —le digo, cerrando la puerta tras de mí. La columna vertebral de Monroe se endurece mientras se endereza lentamente en *todo su metro y medio*—. Buen intento, sin embargo.

—Carrera —balbucea, mostrando una sonrisa tan sincera como la de un vendedor de autos usados—. Solo estaba...





—Ahórratelo. —Haciendo un gesto para que se aparte de mi camino, me desplomo en la silla de mi escritorio—. Estaría más ofendido si *no* trataras de entrar en mis archivos. Cualquier socio de negocios que valga mi tiempo tomaría la palabra de un hombre al pie de la letra.

*Ninguno que siga vivo al menos.*

—Entonces, ¿somos...? —Duda, apretando las solapas de su chaqueta. *Los nervios siempre se manifiestan, lo quieras o no.* Ante mi silencio, él aclara—. Me refiero a socios comerciales.

—Dímelo tú.

Más vale que la respuesta sea un “sí” confiado y con muchos besos en el culo. Nuestra asociación propuesta no solo nos llenará los bolsillos, sino que también nos permitirá incursiones en territorio enemigo.

Un acuerdo que se infiltra en el único lugar que no están protegiendo, y todo arreglado por la estúpida marioneta sonriente que me mira.

Hace tiempo que sé que el comisionado jefe de apuestas de Atlantic City es un cretino con la mano extendida. Como la mayoría de los políticos, la moral de Monroe es una puta de dos caras: una cara vomita promesas políticas, mientras la otra se sienta en un callejón de subastas.

Uno que puede ser atrapado y jodido por el precio correcto.

*Por otra parte, el video que envié de él follando con su amante aceleró las cosas.*

—No me gusta el desequilibrio de riesgos, Santi —dice, tirando de su cuello.





Enarco una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Yo soy el que carga con todo. Si este acuerdo va al sur, pierdo todo, mi trabajo, mi reputación, bueno, si se suman suficientes violaciones, tal vez incluso mi libertad. ¿Qué demonios te juegas tú?

El hecho que tenga que preguntarlo me irrita.

—A la mierda con lo que te juegas. Los riesgos de tu política blanca no significan nada. Los puestos de trabajo pueden ser reemplazados. La reputación se puede reconstruir. Incluso la libertad puede eventualmente ser recuperada. —Apretando los dientes, golpeo con el dedo en mi escritorio—. Pero si esto se jode, no me dan una reprimenda, *pendejo*. Me tiran al Hudson con una bala en la nuca. Querías jugar en las grandes ligas, pues aquí está. —Extiendo mis brazos de par en par—. Bienvenido al escalón superior. O ganas a lo grande o pierdes la vida. Eso es lo que está en juego. ¿Aún quieres jugar?

El sudor le recorre la frente, pero a su favor, no se rinde. En cambio, suelta el agarre mortal de sus solapas.

—Sí, todavía quiero participar.

*Baila, marioneta, baila.*

—Bien. —Me doy la vuelta y señalo a través del escritorio negro hacia las dos sillas vacías—. Toma asiento y ponme al día sobre el estado de la situación en Nueva York.

*La situación de Nueva York* ha sido una espina en mi costado durante meses. Después de convertir con éxito a Legado en una lavandería de oro, solo tenía sentido replicar una fórmula ganadora y extenderla por el territorio enemigo. Por desgracia, un grupo de



santurrones se las arregló para conseguir que la ordenanza de juegos de azar de Nueva York fuera revocada hace cinco años.

Pero no acepto la derrota. Siempre encuentro una manera de evitarla.

—No sé cómo él lo hizo —dice, sacudiendo la cabeza mientras se sienta en la silla justo enfrente de mí—. Pero el senador Rick Sanders consiguió que se aprobara otra propuesta de comisión estatal de apuestas en la Asamblea General. Después de enterrarla en lo más profundo de un proyecto de ley de ochocientas noventa páginas del Senado, todo lo que queda es conseguir que sea aprobado por el Estado.

—¿Hay alguna posibilidad de que la eliminen?

—No es probable. Sanders ha consolidado un voto casi unánime.

*No es de extrañar.* El senador más interesante de Nueva York está acostumbrado a influir en la oposición a su favor. Hace veinte años, dirigió la distribución de cocaína en Nueva York para Dante Santiago. Hoy en día se esconde detrás de ese sello americano mientras su hijo adoptivo juega a ser el chico malo del nuevo protegido de Santiago.

Edier Grayson: la otra cara de esta jodida moneda de la Costa Este. Una pieza de moneda que va a desear no haber estampado nunca su cara.

Una sonrisa de satisfacción me hace elevar las comisuras de mis labios. Parece que el resbaladizo de Rick ha perdido su ventaja. Con toda su inteligencia callejera, el imbécil de Brooklyn convertido en político no se lo pensó dos veces a la hora de deslizar unos cientos de miles a Monroe a cambio de su experiencia en la elaboración de un nuevo proyecto de ley de apuestas.



Y en joderme.

*Bueno, sorpresa, cabrón.* El nombre de ese pedazo de mierda ha estado en mi nómina durante dos años.

—¿Y no tiene ni idea de lo que va a pasar? —pregunto, presionando mis dedos.

Las cejas de Monroe se disparan hasta la línea del cabello.

—¿El Senador Sanders? No, ninguno. Y en lo que respecta al hijo de Sanders y a Edier Grayson, esto es un juego de poder de Nueva York. —Imitando mi gesto, él presiona sus dedos bajo su barbilla—. Una vez que el proyecto de ley se apruebe, serán libres y el camino estará despejado para convertir sus bares y clubes en casinos de alto nivel para que puedan...

—Obtener una parte de la acción de Legado —termino por él.

Por supuesto. ¿Por qué no iban a hacerlo? Con la actual prohibición de cualquier apuesta legalizada que no implique un raspa y gana, Nueva Jersey está desviando el dinero directamente de los profundos bolsillos de Santiago. Los neoyorquinos enojados no tienen ningún problema en cruzar las fronteras del estado para gastar sus cheques a la hora de lanzar los dados.

Y Legado está más que feliz de complacer.

Juntando las manos, me froto el pulgar contra el labio inferior.

—¿Así que estamos firmemente en la ofensiva?

—La adquisición de BarNone es un sólido cierre —responde con seguridad—. Tengo un contacto en el departamento de salud que me debe un favor. Después que Sanders entregó una lista de violaciones del código... —Él sonríe, mostrando unos dientes





directamente del sueño húmedo de un ortodoncista—. Bueno, digamos que el “buen senador no es uno de los que se molestan con las renovaciones y actualizaciones”.

*O con los detalles.*

—¿Así que ha fijado un precio de venta?

Asiente con la cabeza.

—Y está muy motivado para vender. Deberíamos ser capaces de añadir su club a nuestros activos a finales de mes. Su primera tras las líneas enemigas.

*El primero de muchos.*

—¿Nuestros activos? —Le dirijo una intensa mirada.

Una risa nerviosa se escapa de su sonrisa torcida.

—Mis disculpas, Santi. Fue un lapsus. Me refería a *tus* activos, por supuesto.

—Encárgate que no vuelva a ocurrir, Spader —le advierto sombríamente—. O el próximo “resbalón” puede ser en el suelo.

Haciendo un gesto de dolor, se sube las gafas a la nariz.

—Podría haber un leve contratiempo.

—¿Cómo de *leve*?

Sacando un pañuelo del bolsillo interior de su traje azul barato, se limpia la frente.

—Otro comprador ha lanzado su sombrero en el anillo y está ofreciendo el doble que nosotros.





No me gusta la vacilación en su voz.

—¿Quién?

Vuelve a hacer una mueca.

—Su hijo.

Golpeo con la palma de la mano sobre el escritorio.

—*¡Hijo de su puta madre!*

Sam Sanders es como el regalo que sigue llegando. Un maldito veneno infectando repetidamente a mi familia. Hace dos años, Valentin Carrera envió a su única hija a los Estados Unidos, y permití que cayera en *sus* manos.

Un parpadeo y el Cartel Santiago dejó su mancha en uno de los míos.

Mi hermana pequeña.

*Una chica que confundió el afecto con la destrucción.*

Lola era mi responsabilidad y le fallé.

Y aquí está este *pinche cabrón* de nuevo, metiendo su polla donde no pertenece.

Esta guerra entre los Carrera y los Santiago puede haber comenzado una generación atrás, pero su legado ha sido alimentado por el río de mala sangre que divide a Nueva Jersey y Nueva York. Entre el territorio gobernado por los Carrera y terrenos propiedad de los Santiago. Entre una nueva generación empeñada en avivar el fuego de una disputa de veinte años. Entre el hijo de Valentin Carrera y el engendro del círculo íntimo de Dante Santiago.



La deuda original aún no ha sido pagada.

El pecado contra mi hermana aún no ha sido expiado.

Y ahora con los Santiago tratando de traspasar mi puerta trasera, la Costa Este se ha convertido en un polvorín de anarquía.

—Si Sanders quiere unirse al juego, que lo haga —digo, encontrando la mirada sorprendida de Spader con una mía endurecida.

—¿Qué?

—Haz que tu contacto en Nueva York duplique la oferta de Sanders. —*Cortesía de una empresa fantasma en el extranjero*—. Mientras él esté allí, haz que se pase por la oficina del padre de Sanders y le dé esto. —Presionando mi pulgar contra otro control de acceso, espero a que haga clic antes de abrir el cajón de mi escritorio y sacar un sobre marrón de tamaño de oficina. Monroe no dice nada mientras lo lanzo al otro lado del escritorio—. Esto debería desinflarle las pelotas durante un tiempo.

Él alarga la mano y se detiene. No quiere mirar dentro, pero lo hará. El sobre es una manzana prohibida, tan tentadora como venenosa.

Tarda menos de tres segundos en ceder. Lo arrastra desde mi escritorio y lo pone en su regazo, lo abre, agacha la cabeza y mira dentro, todo el color de sus mejillas sonrojadas.

—Jesús, Carrera. Recuérdame que nunca que me ponga en tu lado malo.

—Ya estás en él, Spader. Es el único lado que tengo.



—¿Santi? —Monroe y yo nos giramos cuando Lola aparece en la puerta.

Le lanzo una mirada endurecida, su tono casual chirría como uñas en una pizarra.

Ella pone los ojos en blanco.

—Quiero decir, *señor Carrera*.

Sigue siendo petulante, pero es una concesión.

—Estoy ocupado, Lola.

—Lo sé, pero...

—Eso significa que no hay llamadas, y no hay interrupciones —digo, en un tono cortante—. Si necesito algo, te lo haré saber.

La temperatura de la habitación cae en picado cuando sus dedos se tensan alrededor del marco de la puerta. Sonrío para mis adentros cuando capto un destello del infame temperamento Carrera bailando en esos ojos azules helados.

—Entendido, *señor*. Sin embargo, pensé que le gustaría saber que acabo de recibir una llamada de vigilancia. Uno de sus invitados ha sido captado en cámara contando cartas.

—Entonces que la seguridad se encargue de ello.

—Es tu casino. —Se encoge de hombros, cerrando lentamente la puerta—. Así que, si no te importa que te estafen con cincuenta mil dólares...

Me levanto de la silla antes que pueda terminar su frase. Agarrando el borde de la puerta, la abro de golpe, con fuego ardiendo en mis venas.



—¿Un *cabrón* me ha estafado con cincuenta mil dólares?

—Oh, confía en mí. —Lola se ríe y me sigue cuando la paso—. El único *cabrón* por aquí eres tú.

Monroe y su frente sudorosa quedan en el olvido cuando salgo del vestíbulo con un asesinato en mi mente. Ya he matado a un hombre por robarme.

Derramar sangre dos veces en el mismo día solo va a empeorar mi estado de ánimo.





Bad  
BLOOD

## 7

## THALIA



HAY UNA PALABRA PARA ESE MOMENTO EN EL QUE LA VICTORIA TE ES ARREBATADA. Cuando estás llegando a la línea de meta y alguien se te adelanta a menos de un metro.

Incredulidad.

Se funde con otra cuando hay cincuenta mil dólares en fichas de casino en tu bolso, y la pesada mano de la autoridad acabando de tocar en tu hombro izquierdo.

—Tiene que venir con nosotros, señora.

*No, gracias.*

Su acento me asusta más que su tono. Son todas las vocales planas y el grueso almíbar...

*Mexicano.*

—¿P-por qué? —Con el corazón palpitando, me levanto de mi asiento para encontrar una pared de músculos en traje detrás de mí. Miro a cada uno de ellos por turnos, pero sus expresiones son como un segundo uniforme—. ¿Pasa algo?



Bad  
BLOOD

La mano en mi hombro se tensa. Un segundo después, mi salida de la mesa es una espectáculo y tropiezo cuando me sacan a tirones por el piso de apuestas, rodeada por dos intensos, mientras me obligan a hacer el paseo de la vergüenza del jugador.

*Se acabó mi concurso de gladiadores. El emperador acaba de condenarme, y ahora los leones están sueltos.*

—¿Es así como tratan a todos sus clientes? —Aparto la mano, recuperando algo de mi mordacidad, pero se esfuma de nuevo cuando bordeamos la entrada principal y nos dirigimos directamente a la puerta marcada como “privada”.

—Mira, si vas a echarme, échame, ¿okay?

—No puedo hacer eso. —Una mano encuentra mi hombro de nuevo.

—¡Esto es una mierda! ¡Gané ese dinero limpiamente!

Pero es como hablar con concreto, concreto de piel dorada, con ojos planos y negros que son inquietantemente similares a los del hombre que vi caminando por el casino hace media hora.

—No podemos echarte por contar cartas —admite el más alto—. Lástima que las leyes estatales no sean las únicas leyes en este lugar.

*Lástima para mí, querrá decir.*

Me llevan a un ascensor que tiene espejos de pared a pared. Mantengo los ojos fijos en el suelo mientras ellos también se amontonan, llenando el pequeño espacio con sus amenazas tácitas. No quiero ver mi miedo reflejándose. *No quiero ver mi fracaso.*

—Al menos dame mi bolso.



—No puedo hacer eso.

*Si me dice eso una vez más, voy a destrozar su bota con mi tacón de aguja.*

Entonces observo, indignada, cómo lo abre, saca mi celular y se lo mete en el bolsillo.

—¡Si haces alguna llamada con ese aparato, pagarás la factura!

—Lo que usted diga, *señora*.

La cabina del ascensor se detiene en el tercer piso. Me sacan y me llevan por un largo pasillo hacia un par de puertas dobles. Hay un escritorio de recepción a mi izquierda, pero la silla está vacía.

Uno de los tipos en traje golpea los nudillos contra la puerta y una voz grave responde:

—Hazla pasar.

—Tu funeral, *puta* —sisea uno de ellos, abriendo y dándome un fuerte empujón al interior—. No olvides sonreír para la cámara cuando *Santa Muerte* te sople un beso.

—¿Quién demonios es...?

Mi pregunta es ahogada por sus risas, y entonces las puertas se cierran detrás de mí.

Silencio.

—Bienvenida.

Es un saludo oscuro, pero todo lo que veo es carmesí. Está a mi alrededor, en un color profundo y castigado que hace que las paredes parezcan desangrarse.



El efecto es tan molesto que tardo un minuto en concentrarme en el hombre alto y moreno apoyado en la parte delantera de su escritorio, con los dedos enroscados en el borde del cristal pulido, y sus largas piernas estiradas y cruzadas por los tobillos.

*El mismísimo Príncipe de las Tinieblas.*

A primera vista, es una postura bastante permisiva teniendo en cuenta la razón por la que me ha arrastrado hasta aquí. Después de todo, acaba de atraparme estafando cincuenta mil dólares, *de lo que supongo*, es su casino.

El caso es que nunca me he fiado mucho de las primeras impresiones. Si se mira con más atención, se encuentran los pequeños detalles que pintan la verdad, cosas como la desagradable inclinación de sus labios, la rigidez de sus anchos hombros, la quietud de sus maneras y las tenues manchas de sangre en el cuello de su camisa blanca de vestir... No es el primer hombre que conozco que ha cambiado el carmín por la carnicería.

Me enderezo el vestido y me pongo tan alta como me lo permite mi metro setenta, en cinco centímetros de tacones.

—¿Por qué estoy aquí?

Es una pregunta de la que ambos sabemos la respuesta, pero cuando hay un momento difícil, tiendo a hablar de más, y normalmente es una carrera hacia los problemas.

—¿Por qué *crees* que estás aquí? —dice lentamente.

Su voz es como el pastel de chocolate más oscuro y rico que he probado, solo para encontrarlo relleno de chiles Carolina Reaper<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> También llamado Segador de Carolina, es un pimiento parte de la especie *Capsicum chinense*, originalmente llamado "Don pedrito", mejorado por Ed Currie, quien lidera la





después de la primera mascada. También tiene acento, y es uno que me esfuerzo por no ubicar en caso que deje entrar el miedo.

—¿Porque estás impresionado con mis habilidades en el blackjack?

Al principio, él no responde. En cambio, inclina su cabeza para cubrir cada centímetro de mi cuerpo con esos aterradores ojos oscuros.

Si el odio tuviera un nombre, él poseería los derechos de autor. Nunca he visto tanta antipatía en la expresión de un hombre.

A su vez, puedo sentir mi propio escudo de fuerza de hostilidad entrando en juego. Sí, metí la pata, pero él no tiene que hacer todo el interrogatorio de Miami Vice en mí. Prefiero arriesgarme con la policía.

—Corríjame si me equivoco, *señor* —digo, dando un par de pasos hacia él—. ¿Pero no es costumbre sentarse *detrás* de su escritorio en un entorno de oficina, en vez de contra él?

Sus labios ni siquiera se mueven.

—Todo depende del tipo de negocio. El papeleo requiere sillas. Reprender a un ladrón requiere de algo un poco más *ingenioso*.

Se me cae el estómago. Reconozco una amenaza cuando la oigo.

—¿Cómo te llamas?

—Mickey Mouse —suelto—, pero solo los fines de semana. ¿Cuál es el tuyo?

---

compañía de pimientos PuckerButt Pepper Company en Fort Mill, Carolina del Sur, Estados Unidos.



—No juegues conmigo a estúpidos juegos. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno.

Él se burla.

—*Maldita mentirosa.* Muéstrame alguna identificación.

—*No* soy una maldita mentirosa. —*Hasta donde él sabe*—. Y eso puede ser complicado —digo, mirándole fijamente—, teniendo en cuenta que tu seguridad se acaba de ir con mi bolso.

—Robar es una enfermedad contagiosa, *muñeca*.

—Pero fácilmente explicable si eres inocente en primer lugar —miento, erizándome por su desprecio. ¿*Muñeca*? No soy su maldita muñeca. Soy mitad colombiana, lo que significa que domino el español y los nombres de mierda de los hombres que se niegan a decirme los suyos.

—Ya lo veremos. —Él se levanta de su escritorio y camina hacia la puerta, lanzándome al pasar un aroma de especias, madera de cedro, siniestro, y la sensación primordial que hay un subtexto aquí que todavía no he entendido—. RJ —le oigo gritar en el pasillo—. Tráeme su bolso.

Hay un destello plateado cuando se lo entregan, y luego la puerta se cierra de nuevo.

Los segundos pasan mientras él se vuelve hacia mí, colgando mi bolso entre sus dedos como si fuera algo repelente.

Me mira con desprecio y vuelca todo el contenido de mi bolso en el suelo. El sonido del plástico que se desplaza por las baldosas de mármol negro es el ruido de mi última esperanza estrellándose y ardiendo.



—¡Bastardo!

—¡Silencio!

Una vez hecho esto, tira el bolso vacío y vuelve a colocarse detrás de mí. Me estremezco cuando un par de fichas de casino golpean mis pies y salen rodando en espirales de muerte.

—Ojos al frente —me dice cuando intento girarme hacia él.

—¿Acaso eres una especie de bicho raro...?

—¡No me pongas a prueba, *muñeca*!

—Bien —murmuro, haciendo lo que dice, pero solo porque su proximidad está haciendo a mis defensas funcionar mal. Mi cuerpo se contrae cuando su colonia se filtra en mi piel. En mi mente, él ya está inclinando su cabeza de nuevo y mirando mi espalda con más odio.

—No veo ninguna identificación aquí, Mickey —le oigo murmurar—. No veo ni siquiera una tarjeta de crédito.

—Debo haberlas dejado abajo —digo con rigidez—. Tal vez tus hombres las tomaron cuando se llevaron mi celular.

—Admítelo, *muñeca*. No has dicho una palabra honesta desde que entraste en mi oficina.

No me atrevo a responder a eso cuando la felicidad de mi hermana yace en ruinas a mis pies.

—Voy a exigir una compensación por las molestias que me has causado a mí y a mis hombres esta noche.

—No tengo dinero —digo, temblando de miedo y odio cuando siento su aliento caliente acariciando mi nuca.



Él se ríe, grueso, gutural e incrédulo.

Más de ese aliento caliente.

*Más miedo y aversión.*

—¿Ves ese cuadro detrás de mi escritorio?

De alguna manera, arrastro mis ojos desde el desorden en el suelo a un marco dorado de seis por cuatro, colgado en la pared, que representa una calavera sonriente de una mujer con plumas rojas trenzadas en su largo y oscuro cabello. Es terrible en su belleza. Inquietante, intimidante... su perfil esta de medio lado, envuelta en una nube de humo espeso y gris, y algo me dice que nunca quiero que dirija su mirada vacía en mi dirección.

—¿Qué es ella? —susurro.

—¿Quién es ella? —corrige, acercándose tanto que puedo sentir el contorno de su gruñido contra mi cabello—. *Nuestra señora de la Santa Muerte de México...*

Si él escucha mi aguda respiración al oír esto, no comenta nada.

—*La Santa Muerte* me sirve de protección contra mis enemigos... *Thalia Santiago.*

Mierda.

Antes que pueda correr, un agarre de acero se envuelve alrededor de mi muñeca y me hace girar para enfrentarlo.

—Tú eres Santi... el hijo de Valentin Carrera —jadeo en horror.

—Y tu estas traspasando un territorio muy peligroso. ¿Por qué mierda está aquí, *señorita?*





—No sabía que este era tu casino, lo juro.

—Si cruzas la línea estatal, tendrás a los Carrera estampando tu maldito pasaporte. ¿Tu padre te envió a espiar? ¿Para robarme?

—¡No! —Intento apartar mi muñeca, pero su agarre es demasiado firme—. ¡Él ni siquiera sabe que estoy aquí!

—¡Maldita mentirosa! —maldice de nuevo.

—¡No soy una maldita mentirosa! ¡Y tampoco soy una *muñeca*!

—Todas las muñecas se rompen si se aplica la presión adecuada. ¿Acaso la pobre princesa del cartel ha decidido divertirse a mi costa, o es cosa de Edier Grayson?

*Oh Jesús, él es aterrador. Nunca voy a salir de aquí con vida.*

—¡Necesito el dinero!

Él suelta mi muñeca como si le quemara; como si no pudiera soportar mi toque durante un solo segundo más.

—¿Esperas que crea que la hija de uno de los canallas más ricos del mundo se queda sin dinero en el bolsillo?

—¡Es la verdad!

—¿Con un vestido de mil dólares? —Él estudia mi rostro durante un rato y luego da un paso atrás—. Pruébalo.

—No creo que...

—Ponte de rodillas, *princesa* colombiana —aclara con desprecio—. Adelante, recoge tus ganancias si tanto las necesitas. —Patea un par de fichas sueltas en mi dirección con la punta de su



zapato de vestir—. Siempre he querido ver lo bajo que puede llegar un Santiago.

*No puede hablar en serio.*

Es entonces cuando sé que su odio hacia mí nunca igualará el mío hacia él.

—¿Y bien? —Él mete las manos en sus bolsillos y espera, desafiándome a exponerme como un fraude aún mayor de lo que él ya cree que soy.

Es solo una cuestión de poder, me digo mientras me hundo en el suelo. *Piensa en Ella. Piensa en la hoguera que voy a hacer con ese video.*

Aun así, eso no impide que las lágrimas de vergüenza me quemen los ojos mientras recojo trozos de plástico negro y dorado a los pies de uno de los mayores enemigos de mi padre.

—¿Por qué me has preguntado mi nombre si ya lo sabías? —murmuro.

Hay movimiento en mi periferia cuando se pone en cuclillas, poniendo su cara a la altura de la mía.

—Porque a los gatos grandes les gusta jugar con sus ratones antes de matarlos... *Mickey.* —Hay una pausa—. *Dios mío,* mírate —murmura con disgusto—. De manos y rodillas como una puta. ¿Por qué lo necesitas tanto? ¿Papá te ha quitado la mensualidad?

—Como he dicho —digo con voz temblorosa—. Él no lo sabe.

Me encuentro mirando el cañón de su pistola.

—¡Espera!



—No soy conocido por mi paciencia, *señorita* —dice, flexionando lentamente sus dedos alrededor de su agarre—. Si yo fuera tú, empezaría a hablar. Porque en mi lado del río, el castigo se ajusta al crimen, y ya he arruinado el día de un ladrón. ¿Quieres que sean dos?

*Por supuesto que no. Pero no puedo permitirme echarme atrás ahora.*

—Tampoco eres conocido por tu compasión, Santi Carrera —digo con fuerza—. ¿Por qué demonios me molestaría en decirte algo si vas a matarme de todos modos?

—Tienes tres segundos.

—Adelante. Aprieta el gatillo. Comienza la guerra para acabar con todas las guerras. Ve hasta dónde mi padre irá para vengar la muerte de su hija menor. —Ahora es mi turno de sacudir la cabeza con disgusto—. Lo sé todo sobre ti, Carrera, y tus sucios trucos y engaños. Me llamas una *maldita mentirosa*, pero dime, ¿te has mirado bien en el espejo últimamente?

Mis palabras son recompensadas con un frío acero presionado contra mi frente. Cualquier hilo de paciencia que tuviera este hombre acaba de romperse ante mis insultos.

*Yo y mi gran boca...*

Cierro los ojos y espero la bala.



Bad  
BLOOD

## 8

## SANTI



ES SU INSOLENCIA SIN DISCULPAS LA QUE DESTROZA LA POCA CONTENCIÓN QUE ME QUEDA.

¿Qué mierda ha pasado con la patética *princesa* que se arrastraba sobre sus manos y sus rodillas delante de mí, arrastrando las fichas del casino como si fuera su último billete de comida?

Ahora hay esta... *intrepidez*, pero esa emoción se sienta demasiado cerca de la estupidez. Thalia Santiago parece haber confundido las dos cosas. No hay otra explicación para que me insulte con una Glock cargada contra su frente.

Cuando dejé de pasearme lo suficiente como para ver el vídeo, la reconocí inmediatamente. La guerra de los carteles no se contiene con muros fronterizos, se derrama como un veneno, convirtiendo el suelo extranjero en una partida de ajedrez terrestre. La diferencia entre un buen jefe y uno muerto es conocer a todos los jugadores. Y al igual que en el ajedrez regular, sé cuándo vigilar y cuándo atacar. Una vez vi ese rostro con forma de corazón y el cabello largo y oscuro, una visión que tocó una sensación inquietantemente familiar en mi interior, jugar estratégicamente ya no era una opción.





Un Santiago es una amenaza, *sea cual sea la forma que adopte.*

—O respondes a la pregunta o aprietas el gatillo. —Su voz jadeante se abanica en mi cara—. La indecisión es una mala cualidad en un líder, Señor Carrera.

Un esfuerzo valiente, pero veo a través de ella. Es como mi padre siempre dijo, *un enemigo en un vestido de diseño sigue siendo un enemigo, y la seducción envuelta en la bravuconería forzada sigue siendo miedo.*

Ella tiene miedo, pero su orgullo la hace caminar por una línea muy delgada sin red de seguridad. No debería sorprenderme. Después de todo, es el primero de los siete pecados mortales, seguido de cerca por la codicia, el que la trajo aquí en primer lugar. Entonces, ¿por qué he absorbido las afiladas púas que brotan de esos deliciosos labios y no he apretado el gatillo?

*No tengo ni idea.*

Thalia Santiago debería haber exhalado ya su último aliento. En cambio, mi dedo se enrosca alrededor del gatillo, la bala sigue alojada dentro del cargador.

—Eres una ladronzuela valiente, *señorita.*

—No soy una ladrona —dice ella, con las fosas nasales encendidas.

—Sí. Y yo no soy un asesino. —Extiendo un dedo por la larga y elegante línea de su cuello. El movimiento la agarra desprevenida. Ella se estremece, su cuerpo la delata. Sonriendo para mis adentros, rozo con mi pulgar su errático pulso—. A nadie le gustan las etiquetas, pero a la realidad le importa un carajo tus sentimientos. Además, teniendo en cuenta tu linaje, deberías estar acostumbrada a escuchar cosas mucho peores.



# Bad BLOOD

Esos ojos de medianoche se desvían hacia un lado, evitando mi mirada. Su boca puede escupir veneno, pero sus ojos dicen la verdad.

Yo tenía razón. Esta chica está ocultando algo.

*Y este enfrentamiento acaba de tomar un desvío interesante.*

—No soy una ladrona —repite, con la voz quebrada por la emoción—. Me he ganado ese dinero.

—Engañándome con el mío. ¿Agregamos también “mentirosa” a tu lista de ofensas?

Thalia me devuelve esa mirada ardiente, su pequeña muestra de debilidad ahora firmemente escondida detrás de ese hermoso exterior.

*Un exterior que encuentro demasiado intrigante.*

No puedo permitir que el deseo distorsione la realidad. No aquí. No con *ella*. Los negocios son mi amor, y el poder mi amante. Las mujeres son simplemente un pasatiempo agradable, no una necesidad. Ver la humanidad de mi padre erosionarse después del “accidente” de mi madre me enseñó a separar las emociones de las necesidades físicas.

*La Boda Roja.*

El día en que mi padre sostuvo a mi madre en sus brazos mientras la luz se drenaba de sus ojos. Por suerte, sobrevivió, pero los milagros tienen un coste. La mujer que sostenía su corazón negro se despertó para descubrir que una hemorragia cerebral le había robado tres años de su vida, incluidos los recuerdos de su marido y sus hijos.



La verdad se volvió intrascendente. A los ojos de mi padre, Dante Santiago le había maldecido con un destino mucho peor que la muerte de mi madre. Él borró su amor.

Han pasado veinte años, y aunque las heridas han sanado, las cicatrices nunca se desvanecen...

—Jódete, Carrera —sisea, su arrebatado atrae mi atención de nuevo a ella—. Contar cartas no es ilegal en Nueva Jersey. Tus hombres lo acaban de decir como mucho. Uno pensaría que, como propietario de un casino, estarías más familiarizado con la ley local. De hecho, podría hacer que te arrestaran.

—¿Por qué? —pregunto, ligeramente divertido.

—Acoso. Agresión. —Ella mira el contenido desparramado de su bolso—. Robo. Escoge lo que quieras. Los tres se sostendrían en un tribunal.

Su tono ofendido me hace reír. Los Santiago solo se preocupan por las leyes cuando están tratando de eludirlos. No es que un Carrera haya sido nunca acusado de plantar una bandera manchada de sangre en un terreno moral. Sin embargo, Yo no soy el que está de pie aquí escupiendo jerga judicial como la *maldita* Lady Libertad.

Al ponerla de pie, el dulce aroma del jazmín me desorienta mientras la atrapo contra la pared. Irritado por la respuesta de mi cuerpo, me deleito con su inhalación aguda mientras mi antebrazo se asienta profundamente en el escote de su vestido.

—La única ley que importa aquí, *muñeca*, es la mía.

—¡Te he dicho que no soy tu muñeca!





—Y yo te dije... —El resto de mi amenaza muere en mi garganta por el sonido de los disparos que estallan fuera de la puerta de mi oficina. No son solo uno o dos disparos.

Mi mente ya va tres pasos por delante de mis pies. Agarrando la muñeca de Thalia, la alejo de la pared para ir a investigar cuando un peso muerto me arrastra de nuevo.

*Lo juro por Dios, esta mujer...*

Miro hacia abajo y la encuentro agachada, con los talones clavados en el suelo.

—Levántate —le ordeno con los dientes apretados—. Estás dejando marcas de rozaduras por todo mi mármol Lux Touch.

—¿Adónde me llevas?

—A una cita —gruño, sopesando las consecuencias de meter una bala entre esos bonitos ojos aquí mismo—. ¿Adónde crees? —Agito mi arma hacia la puerta cerrada—. Ahí fuera para ver qué mierda está pasando.

—Pero esos son disparos.

*Y el acto de inocencia con los ojos abiertos continúa.*

Apretando la empuñadura de la Glock contra mi frente, lucho por dominar mi temperamento mientras otra ronda de disparos ilumina el nivel inferior de mi casino.

—Sí, y esos también los son. —Un parpadeo de emoción aparece en su rostro ante mi tono sardónico—. Si esperamos otros treinta segundos, explotarán la parte trasera de nuestras cabezas contra esa pared. Ahora, ¡levántate!





Ya sea motivada por la intimidación o por la idea de morir junto a un Carrera, Thalia se pone en pie. Arrastrándola detrás de mí, atravieso el vestíbulo y las puertas de doble cristal. Mirando a mi izquierda, tomo una decisión rápida.

No hay tiempo para el ascensor.

Thalia tropieza a mi paso mientras corro por el pasillo y entro en una pequeña alcoba. Abriendo un cuadrado camuflado en la pared, presiono con el pulgar un teclado de acceso oculto. En cuestión de segundos, una puerta sellada se abre, permitiéndonos entrar al acceso más rápido y discreto hacia la planta principal del casino: una escalera privada.

Tomando un riesgo calculado, suelto mi agarre sobre Thalia para meter mi mano en mi bolsillo y sacar mi celular. Presionando un botón familiar, me lo acerco a la oreja. Después del primer timbre, miro por encima de mi hombro para encontrar a Thalia que me sigue paso a paso. Al segundo timbre, RJ contesta, con el sonido de guerra de fondo.

—¿Qué mierda? —rujo, con el pulso acompasado a la cadencia de mis pasos.

—Invasión —él responde, su tono uniforme está fuera de lugar entre el tumulto—. Diez, al menos doce hombres salieron de la nada y empezaron a disparar. Había algunas AR-15 pero, Santi...

—¿Qué? —digo abruptamente.

—La mayoría lleva M27. —Él no dice nada más. Ambos sabemos lo que está insinuando. Los M27 son rifles automáticos de infantería de grado militar. El favorito del Cuerpo de los Marines.

Mi agarre se estrecha alrededor de mi celular como el aroma de jazmín flota sobre mi hombro. *¿Y adivina que papi es un exmarine?*



—¿Bajas? —pregunto, con la voz tensa. *Ya me ocuparé de ella más tarde.*

—Negativo.

*Gracias a Dios.* No es que llore por la gente sin rostro, pero la sangre civil derramada es mala para el negocio.

—Contacta con Rocco. Que se reúna conmigo en la puerta ejecutiva. —No espero una respuesta. Desconectando la llamada, deslizo mi celular en el bolsillo.

Thalia permanece en silencio, con sus tacones altos haciendo clic a un ritmo frenético mientras bajamos el tercer y último tramo de escaleras, atravesamos una segunda puerta, y directamente a las fauces de la anarquía.

Los gritos rebotan en el cromo y el cristal mientras los clientes bien vestidos se dispersan como una presa. Están atrapados en el corazón de una caótica red tejida en el piso del casino: un epicentro de destrucción donde al menos una docena de pares de botas de combate negras aplastan el caro fieltro verde de mis mesas de juego.

Evalúo la situación. Con ojos de acero, observo los trajes militares negros de los intrusos enmascarados abriendo fuego, el ra-ta-ta-ta de sus rifles automáticos casi ahogando los gritos. La rabia no hace más que diluir mi pensamiento crítico e incitarme a cometer costosos errores, así que la guardo y apunto con mi arma.

—¡No les dispaes! —grita Thalia, agarrándose a mi brazo.

*Jodidamente increíble.*

—¿Prefieres estar en el extremo receptor? —digo, apartándola—. Será un placer organizarlo. —Apuntando de nuevo, disparo, sin



molestarme en ocultar la sonrisa que curva mis labios mientras mi mesa de blackjack verde brillante se tiñe de un profundo tono rojo.

—Oh Dios mío.

Mientras mi objetivo cae al suelo, Thalia parece sorprendida. Nos miramos el uno al otro y descubrimos que no podemos apartar la mirada. Por primera vez desde que entró en mi despacho, no hay fachada, pretensión o chulería entre nosotros. Nos vemos tal y como somos, dos productos de una historia oscura y retorcida.

—Jefe...

Una voz áspera a mi izquierda interrumpe el enfrentamiento, y me giro para encontrar a Rocco Altieri, mi mejor teniente y jefe de seguridad, que aparece de la nada, con los puños cerrados y la pistola desenfundada. Él luce como el infierno, que es exactamente a lo que se dirige.

Me olvido de Thalia cuando me abalanzo sobre él y le pongo la pistola bajo la barbilla.

—¿Cómo demonios han pasado la seguridad?

—No lo hicieron —dice, mirándome fijamente a los ojos. *No tiene miedo.* Que le apunten con un arma es simplemente parte del trabajo—. He estado apostado en la entrada principal toda la noche. No han pasado por mis detectores. —Desliza una mirada endurecida sobre mi hombro—. *Alguien* los dejó entrar por la parte de atrás.

Ya he oído suficiente.

Retirando mi arma, me doy la vuelta para agarrar el brazo de Thalia. Con aspecto aturdido, ella no protesta mientras la lanzo hacia el pecho de Rocco.





—Toma. Llévala a mi oficina. Y no la pierdas de vista. —Él asiente secamente con la cabeza, y veo con los dientes apretados como su delicada muñeca es tragada por su mano enorme.

—¡No, espera! —Mientras la arrastra hacia la escalera, Thalia lanza una mirada de pánico por encima del hombro—. ¡No puedes dejarme con él!

No le ofrezco una respuesta mientras le doy la espalda y me abro paso entre la multitud de clientes que aún se empujan y pisotean hacia la salida.

Primero, me ocuparé de la destrucción y la carnicería que ella ha causado.

Luego, volveré y crearé la mía propia.

A medida que más de mis hombres inundan el piso del casino, la emboscada se asienta en un sordo rugido. Disparo un par de veces más, enviando a dos hijos de puta a dos metros bajo tierra.

Con la planta principal menos congestionada, examino los daños.

Mi casino es un desastre, pero los únicos cuerpos que están en el suelo están envueltos en negro y cubiertos con pasamontañas. No tiene sentido. ¿Por qué irrumpir con armas para fallar todos los malditos objetivos?

Es casi como si esto no tuviera la intención de ser un asesinato en masa tanto como...

Me detengo en seco.

*Una misión suicida.*

La pistola se asienta como el concreto en mi mano mientras avanzo, pasando por una fila de silenciosas máquinas





tragamonedas. Cuando doblo la esquina para entrar en una de las salas de póquer privadas, cada músculo de mi cuerpo se retuerce de odio. Cada gota de sangre hierve en busca de venganza. Y cada instinto que tuve desde el momento en que puse los ojos en esas imágenes de vigilancia rugen con la reivindicación.

Porque es entonces cuando lo veo... Una declaración de guerra, perfectamente dibujada en la pared del fondo por una lluvia de balas, su cola enroscada como un signo de exclamación.

El Escorpión de Santiago.

*Thalia.*

Un entumecimiento gélido se apodera de mí mientras me giro lentamente, su nombre es un canto rítmico en mi cabeza.

*Thalia. Thalia. Thalia.*

Mi mente es un embudo giratorio de venganza mientras hago mi camino de vuelta a través del ahora tranquilo casino. No es hasta que una mano agarra mi hombro, que el embudo toca tierra, nivelando todo a su paso.

—Jefe.

La voz profunda y acentuada me resulta familiar, pero estoy demasiado ido para distinguir un aliado de un enemigo.

—Santi —Él lo intenta de nuevo, poniéndose delante de mí.

La niebla negra se aclara y vuelvo a enfocarme con un parpadeo.

*RJ.*

—Llama a un equipo de limpieza —le ordeno, apartándolo de mi camino—. Saquen esos colombianos muertos de mi casino.



—Santi.

—Y llama al jefe Rinaldi de la policía de Atlantic City. Si ese cabrón sabe lo que es bueno para él, se asegurará que no haya rastro de un informe.

—¡Santiago! —grita.

—¿Qué? —Me sobresalto, volviéndome por fin a mirar hacia él.

—Es Lola...

Por segunda vez en menos de diez minutos, me detengo en seco. De repente, ya no es el nombre de Thalia el que retumba con furia en mi cabeza.

*Es Lola.*

He estado tan consumido por la hija y el ataque, que he dejado todo lo demás a un lado, incluyendo el paradero y la seguridad de mi propia familia.

Después de reconocer a Thalia en las imágenes de vigilancia, envié a Lola al vestíbulo y a Monroe de vuelta al agujero por el que se arrastró. Necesitaba estar sola cuando me la trajeran. No podía proteger y castigar al mismo tiempo, pero mientras yo llevaba mis colmillos arriba, los lobos ya habían hundido los suyos en una arteria principal.

—¿Dónde está ella? —exijo.

Su respuesta es volver a caminar hacia la destrucción, sabiendo muy bien que le seguiré.

Mi propio casino se convierte en un laberinto de luces y giros ciegos. Todo lo que puedo oír es mi corazón golpeando mi caja torácica.



Mis movimientos son mecánicos cuando llegamos al vestíbulo. Lola está en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y las piernas desnudas extendidas frente a ella como una muñeca de trapo. Tiene los ojos cerrados y su piel bronceada es del color de la tiza. El ajustado vestido negro del que me he pasado todo el día quejándome está rasgado desde su medio muslo hasta la cadera.

Y está cubierto de sangre espesa y pegajosa.

Caigo de rodillas.

—Chaparrita...

Lola abre los ojos y fuerza una débil sonrisa.

—Estoy bien.

No puedo pensar con claridad. La niebla negra ha vuelto, y esta vez, me está asfixiando.

—Lo pagarán —juro, apartando un trozo de cabello empapado de su rostro mientras le doy un beso en la frente—. Lo pagarán todos.

—Santi, es solo un rasguño.

—Herida de carne —señala RJ detrás de mí—. Apenas rozó la piel. Unos pocos puntos de sutura y estará como nueva.

Arrastrando mi dedo por el charco de sangre que mancha el suelo, me pongo de pie y se lo acerco a su cara.

—¿Ves esto? Esto es sangre de Carrera. *Sangre de la familia.* ¿Qué significa eso para ti, RJ?

—Venganza —él dice solemnemente.



—Llévala al auto —instruyo mientras *La Muerte* se despierta—. Estaré allí en un minuto.

—¿Qué? —Los ojos de Lola se abren de par en par cuando rodeo la recepción y me dirijo de nuevo hacia el casino principal—. ¡RJ! ¡Bájame! ¿A dónde va? ¡Santi!

Sigo caminando, sin permitirme mirar hacia atrás. Si lo hago, insistiré en llevarla al hospital yo mismo, y no puedo.

No cuando tengo una oscura promesa arriba que aún espera ser cumplida.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E





Bad  
BLOOD

## 9

SANTI



ABRO DE UNA PATADA LA PUERTA DE MI DESPACHO. Y me encuentro a Thalia paseándose como un animal enjaulado. En el momento en que me ve, ella se congela, la respiración saliendo de su pecho.

—¿Dónde has...?

El resto de sus palabras se cortan. En cuatro pasos amplios, estoy al otro lado la habitación con mi mano alrededor de su cuello. Esos ojos oscuros brillan con pánico segundos antes de inmovilizarla contra la pared.

—Tú —digo con un gruñido.

Ella me araña la mano, los dedos de sus pies apenas rozando el suelo.

—¡Me estás haciendo daño!

Agarrando su barbilla con la otra mano, giro su cabeza hacia un lado y presiono mis labios contra su oreja.



—Los moratones son una bendición, Thalia Santiago —murmuro, con un tono engañosamente tranquilo—. Deberían ser balas por lo que has hecho.

—No sé lo que...

—¡No me mientas! —gruño—. Una docena de hombres acaban de disparar a mi casino. Mi maldita hermana quedó atrapada en el fuego cruzado.

Thalia se queda quieta.

—¿Está...?

—¿Muerta? No, desgraciadamente has fallado.

—¿Yo? —Sobresaltada, parpadea como si la hubiera abofeteado—. ¿No puedes pensar que he planeado esto?

No a los diecinueve años... Sé cuántos años tiene, y seguro que no son veintiuno como ella dice. No, este giro de los acontecimientos tiene Edier Grayson escrito por todas partes en él.

—Creo que fuiste el señuelo: una distracción brillante que abrió las puertas y desvió mi atención. Alguien debería haberte avisado, *muñeca*. Yo siempre gano al final.

—¡Te equivocas!

Apretando mi agarre, la empujo más fuerte contra la pared, el espacio entre nosotros casi se evapora.

—Esos escorpiones que ahora decoran mis paredes te contradicen. Si Grayson quería que salieras de aquí con vida, debería haber calmado la teatralidad.



Finjo no notar la suavidad de sus pechos presionados contra mi pecho. Pero mi cuerpo lo nota. De hecho, este puto traidor está teniendo dificultades para concentrarse en otra cosa.

*Maldita sea esta mujer.*

—El teatro no es el estilo de Edier.

—Puede que no. Pero definitivamente es el de tu padre.

Eso toca un nervio, uno crudo.

Thalia se pone rígida y mira hacia otro lado. *Interesante*. Parece que hay disensión en la isla Santiago. Un hilo suelto que pide ser tirado... Uno que podría desenredar toda una dinastía.

Las comisuras de mi boca se mueven mientras un plan toma forma en mi cabeza. Uno en el que no acabo con Thalia Santiago aquí mismo por los pecados que ha cometido esta noche, sino uno en el que la uso en mi beneficio.

Uno en el que vengue un ataque contra uno de los míos.

*Un ojo por ojo.*

—Llévala arriba a mi ático y enciérrala en el ala este —le instruyo al hombre que ha estado observando en silencio nuestra confrontación con interés.

Thalia mira por encima de mi hombro mientras Rocco se levanta de una de las dos sillas frente a mi escritorio. Cuando sus pesados pasos se acercan, ella intenta, sin éxito, apartarme.

—¿Qué? ¡No! ¡No voy a ir a ninguna parte con él!

—Oh, *muñeca*. —Me rio, soltando mi agarre de su garganta—. No tienes elección. —Le guiño un ojo y asiento a Rocco—. Ve.



—¡Esto es un secuestro! —grita cuando el gigante la levanta y la arroja sobre sus hombros como si no pesara nada. Miro con diversión mientras ella le clava el puño en la espalda, pero es como golpear una pared de ladrillos con una almohada.

—¿No te enseñó tu padre que las acciones tienen consecuencias? —le digo, riéndome de mi propia pregunta—. Pero supongo que un hombre así no lo haría.

Cuando Rocco cruza el umbral entre mi oficina y el vestíbulo, Thalia se lanza hacia delante y se agarra al marco de la puerta con ambas manos.

—Lo juro, yo no hice esto. Solo he venido a ganar suficiente dinero para... —Ella maldice mientras sus dedos son arrancados uno a uno—. He venido a ganar dinero, no a hacer daño a nadie.

Si ella fuera cualquier otra persona, podría creerle.

Pero no lo es. Así que no lo hago.

—No me importa —digo, mi sonrisa se desvanece cuando Rocco reajusta su sujeción y la lleva a través del vestíbulo de la oficina ejecutiva—. Has sacado sangre de un Carrera, *muñeca*. Así que, será mejor que le pidas a Dios, al diablo o a quien sea que tu familia reza, que mi hermana viva. Porque si ella no lo hace, tú tampoco.

Me deleito con la conmoción que se dibuja en su rostro mientras Rocco la lleva a través del vestíbulo y desaparece por las puertas de cristal.

¿La seguiré?

*Tal vez.*





Pero, preferiría destruir el valioso cuadro de la *Santa Muerte* que tengo sobre mi cabeza, que a una obra de arte como Thalia Santiago. Sin embargo, los deseos y las necesidades están por encima del honor y el juramento. A veces hay que destruir la belleza para alimentar un bien mayor.

*Y una venganza de toda una vida.*

Pasando una mano por mi cabello revuelto, los acontecimientos de esta noche caen sobre mis hombros como un bloque de ceniza. La tensión entre Nueva York y Nueva Jersey ha llegado finalmente a un punto crítico. La sangre nueva del cartel de Santiago ha disparado primero. Una represalia se justifica y se espera, y la que voy a entregar será una bola roja rebotando que distraiga a Edier Grayson de la bomba que le espera.

Soy el hijo de mi padre. No juego con reglas, y no sigo las expectativas. Haré mi movimiento, pero será uno que no esperan. Además, la única ventaja que un hombre tiene sobre sus enemigos es el elemento sorpresa.

Con otra mirada reverencial a mi preciada pintura de la *Santa Muerte*, me abrocho la chaqueta del traje y me dirijo al vestíbulo de los ejecutivos. Solo he dado unos pasos antes de encontrar a RJ de pie en la entrada, con una mirada magra en su rostro.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le digo, pasando por delante de él. *Si Grayson quiere ensuciar a mi bebé con balas, yo le prenderé fuego a uno de los suyos.*

—Santi...

—Muévete. —Tan volátil como me siento, es la única palabra que puedo reunir, y aun permanecer en control.



En lugar de seguir una orden directa, RJ se mantiene firme, con el cuerpo rígido, la rabia nadando en sus ojos oscuros.

—Tenemos que hablar.

—Eso puede esperar. —Voy a empujarle, cuando da dos pasos atrás para bloquear mi camino—. RJ, más vale que tengas una buena razón para hacer eso. No es el momento de poner a prueba los límites.

Él no se inmuta ante mi amenaza.

—Durante el ataque, aseguramos el terreno. Nuestros hombres no volvieron con las manos vacías.

No hay necesidad de dar más detalles. Puedo oler su sed de sangre, y eso impulsa la mía.

—¿Vivo?

Es la única palabra que digo. La única pregunta que quiero que se responda. Cuando él asiente, ambos salimos del vestíbulo y caminamos en silencio hacia los ascensores.

Cuatro pisos por debajo del nivel del suelo, las puertas del vagón se abren y mi pulso se dispara.

Alguien se quedó atrás.... Y ahora, ese alguien pagará.

RJ es el primero en atravesar la puerta de acero, manteniéndola abierta para mí mientras me encuentro con una tranquila sensación de déjà vu. Una silla de metal se encuentra encima de la lona en el centro de la habitación, y en esa silla se sienta un hombre: uno con un mal traje, una nariz rota y dos ojos hinchados. Las súplicas a las deidades católicas caen de sus labios partidos.



Las palabras son su única arma, ya que arrodillarse y levantar las manos para rezar está descartado. Ambas están un poco atadas en este momento.

—Se llama Marco Bardi —divulga RJ, señalando con la cabeza al llorón de mierda—. Seguridad lo atrapo afuera con esto... — Buscando en su bolsillo, saca un celular—. El mismo número marcado doce veces en veinte minutos. Dos adivinanzas sobre a quién estaba llamando.

No tengo que *adivinar*. Está escrito en la pared de yeso como una tarjeta de llamada de mierda de cobarde. Lástima que no tuviera el sentido común de darse cuenta cuando un plan ha tomado un desvío importante.

En la dirección equivocada.

Tomando el teléfono, me desplazo a través de él, reconociendo el número que mis hombres sacaron del teléfono de Thalia.

—¿Algún mensaje de texto o de voz?

Él sacude la cabeza.

—No. Al menos el imbécil fue lo suficientemente inteligente como para borrarlos. Pero llamé a Gianni Marchesi y descubrí que Bardi y la hermana de Thalia tuvieron algo de una noche el año pasado.

*Gianni Marchesi*. Jefe de la extensión de la Costa Este de Nueva Jersey, mafia italiana y firmemente plantado en el lado de los Carrera en la guerra de carteles.

—¿Cuál?

—Ella. Dos años mayor. Viven juntas.

*Bueno, esto acaba de volverse un lío.*





¿Ella se dio cuenta del pedazo de mierda que era él y elevó sus estándares, o, simplemente se cansó y se pasó a la hermana más crédula?

Sea como sea, su gusto deja mucho que desear. No solo está fuera de la liga de las hermanas Santiago... está un par de kilómetros más allá del estadio vendiendo pajas para un saco de mierda.

Pruebas concretas habrían acelerado el infierno fuera de esto, pero, de nuevo, no he llegado a donde estoy hoy esperando que la oportunidad caiga en mi regazo.

—¿Se ha quebrado?

—Todavía no. —RJ mira con disgusto mientras Bardi suelta otro chillido—. Nuestros *sicarios* no se contuvieron, pero el *pendejo* sigue negándose a hablar.

*Oh, él hablará.*

—Bardi —digo, acercándome sin prisa hacia él—. Parece que te has encontrado en un buen aprieto.

—No sé nada, Carrera.

—Bueno, eso te pone en desventaja, ¿no?

Su cabeza se agita como un pez.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Pues, si no sabes nada, entonces no me sirves —digo, mi arrogancia tomando el centro del escenario mientras sostengo su teléfono—. Porque estas llamadas a Thalia Santiago son todo lo que necesito para condenarte. Aquí y ahora mismo.

—Tal vez yo también me la esté tirando.





*Y tal vez no necesites una lengua.*

—No insultes mi inteligencia —le advierto, mi mano apretando el respaldo de su silla—. Esto es un negocio que salió mal. Verás, Bardi, creo que estabas afuera de mi casino porque estabas esperando a que Thalia Santiago volviera. —Inclinándome, le ofrezco una sonrisa fría—. Con sus ganancias robadas, por supuesto.

Es una suposición educada. No tengo ni idea de si estaban trabajando juntos para dividir el dinero o si había algunas partes más en movimiento. Lo que sí sé, es que Marco Bardi es un criminal de mente simple. Uno que carece de delicadeza y estilo.

Él se desmoronará como una rosquilla rancia si se le da el incentivo *equivocado*.

—¡Vete a la mierda, Carrera!

*Fuerte insulto. Entrega débil.*

Son las palabras de un hombre acorralado. Él no tiene ninguna refutación, así que afilo mis cuchillos y voy a matar.

—Ella está en mi ático, ahora mismo. Lo que sea que le hayas ofrecido no debe haber satisfecho sus necesidades, Marco —miento—. Porque cuando cambié la protección por la verdad, ella te tiró debajo del autobús más rápido de lo que puedes decir “traidor”.

—Mentira.

—¿Eso crees? Entonces, ¿dime por qué hace solo media hora, ella cayó de rodillas suplicando por su vida mientras te vendía? me dijo todo lo que le estás haciendo.



*Más mentiras.* No tengo ni puta idea de lo que le está haciendo. Esto es un juego de poder con un pago de cincuenta/cincuenta.

—Estás mintiendo.

—Tal vez —digo, metiendo su teléfono en el bolsillo interior de mi chaqueta—. Tal vez no. ¿Estás dispuesto a correr ese riesgo? —Me separo de su silla y levanto un dedo—. Antes que respondas, déjame darte un consejo: ya hay un trato sobre la mesa. Puede haber dos, y puedes demostrarme tu valía, o puedes seguir protegiendo a la mujer que te vendió y ver como RJ aquí te arranca el corazón del pecho. —Hago un gesto detrás de mí donde RJ hace girar una daga antigua en su palma.

Mi puño urge por clavárselo en la cara, pero lucho contra el impulso, dejando que la amenaza se detone por sí misma.

No tengo que esperar mucho.

La mirada frenética de Bardi rebota entre RJ y yo.

—¡No he sido yo! —espeta, con saliva en las comisuras de la boca—. Fue idea de esa perra venir aquí y robarte.

—Eso no es lo que ella ha dicho. —Suspirando, miro por encima del hombro—. Esto no va a ninguna parte. Ya sabes lo que tienes que hacer.

RJ avanza con un asentimiento de cabeza, la daga en una mano, y una pistola en la otra.

Eso es todo lo que necesita Marco Bardi para hablar como una pequeña perra. Su cuerpo se sacude, haciendo que la silla patine un par de centímetros.



—¡No! ¡No! —Traga con fuerza, el sudor mancha la parte delantera de su camisa—. Así que sabes lo del video...

*No, pero ahora sí.*

—¿Qué te parece?

Su cara palidece.

—Esta bien, puede que haya usado la piel de la dulce pequeña Ella como incentivo para obtener dinero extra. Es medio millón, por el amor de Dios. Ella es una maldita Santiago. No es que no se lo puedan permitir.

Controlo una reacción instintiva de meterle una bala entre los ojos. *Jesús Cristo*. ¿Este hijo de puta estaba chantajeando a Thalia con un video sexual de su hermana? ¿Es por eso que estaba tan desesperada por el dinero?

—Incentivo... —digo, caminando a su alrededor como un tigre evaluando a su presa—. ¿Así es como llamamos a la extorsión estos días?

Las manos atadas de Bardi tiran de sus ataduras.

—¿Por qué te importa?

No le doy una respuesta porque, francamente, no tengo ninguna.

—¿Fue disparar a mi casino parte de tu *incentivo*, Marco?

—Ya te dije... no tuve nada que ver con eso. Soy oportunista, no suicida.

Los hombres condenados dirán cualquier cosa para salvar sus propios culos. Marco Bardi es un desperdicio de espacio que explota



a las mujeres en su mayor debilidad, un aspirante a gánster con la inteligencia de un trapo de cocina y las bolas de un niño pequeño.

Sin embargo, él no fue el autor del ataque a mi casino esta noche. Este maldito tonto estaba en el lugar equivocado, en el momento equivocado.

*Entonces, qué hacer...*

Podría matarlo solo por ser un idiota. Ese sería el más fácil y más satisfactorio final de la noche. Pero es obvio lo fácil que es manipularlo.

Moldeable.

*Utilizable.*

Thalia me robó y se negó a decirme por qué. Ahora que lo sé, es información que fácilmente puedo aprovechar para mi ventaja.

RJ da un paso adelante, con el cuchillo apretado en su puño.

—¿Puedo cortar su garganta ahora? Este *pinche cabrón* me está dando dolor de cabeza.

Levanto una mano.

—¿Dónde está el video, Bardi?

—¿Por qué?

—Porque a diferencia de ti, tengo planes para ella que no implican masturbarse en un Kleenex.

La cara hinchada de Bardi se frunce.

—Si te lo doy, ¿qué hay para mí?





—Vives para ver el mañana —digo, apoyando ambas manos en los brazos de su silla—. Y tal vez incluso algunos después de eso...

Una mirada derrotada cubre sus ojos inyectados en sangre.

—Está en una caja de seguridad en Queens. —Ante mi ceja levantada, suspira y añade—. La cuenta bancaria está a nombre de Donatella Bardi, mi abuela.

*¿Él vendió a su propia abuela?*

Antes odiaba a este hijo de puta, pero ahora no solo quiero cortarle los dedos, si no sus labios traidores de nieto traicionero.

La deslealtad familiar es el pecado más mortal a los ojos de un Carrera.

—¿Sabe la *Abuela* Donatella que su nieto pedazo de mierda la ha involucrado en una maldita guerra de carteles?

—No —admite, negando débilmente con la cabeza—. Ella no hizo preguntas.

—Por supuesto que no lo hizo. —Aprieto los dientes. ¿Por qué iba a hacerlo? Es solo otra vida inocente manchada por su codicia—. Haz un viaje a Queens —le digo a RJ, mis ojos todavía fijados en Bardi—. Acompaña a Donatella Bardi al banco para recuperar nuestra propiedad robada.

—No es robado...

—¡Cállate! —gruño, forzándome a no clavarle el puño en la cara. Joderlo no me hará ningún favor con Thalia—. No asustes a la mujer. Dile cualquier mentira que necesite oír para cumplir. Regresa con el video, no con la sangre, ¿comprendes?

Los ojos de Bardi se mueven entre nosotros.



—Te he dado todo lo que me has pedido, Carrera. Ahora déjame ir.

Tiene razón. Lo que demuestra que está diciendo la verdad sobre una cosa: que no está trabajando con los Santiago. Cualquier socio del cartel sabe que la única cosa que siempre se interpone entre la vida y la muerte es la información.

Es hora de subir la temperatura y ver cómo arde este pedazo de mierda.

Miro por encima de mi hombro, donde RJ sigue empuñando ambas armas.

—Ve por la carótida y hazlo un desastre...

—¡No, espera! —Las extremidades atadas de Bardi se agitan en la silla—. ¡Eso no es todo! ¡Si me matas, nunca sabrás lo que él ha planeado!

—¿Él?

—Edier Grayson —dice vacilante—. Es quien disparó a tu casino, ¿verdad? Hay más viniendo en su camino que solo unas pocas balas perdidas golpeando la pared, Carrera. Y este disparo se escuchará en todo el mundo.

Me pongo rígido y lo agarro por el cuello.

—Pensé que estabas aquí solo por una limosna, Bardi. ¿Qué mierda sabes tú? Y no me mientas esta vez.

La nuez de Adán de Bardi se contrae contra mi palma.

—Si te lo digo, ¿no me entregarás a Grayson?



—¿Por qué iba a hacer eso cuando puedes ser mucho más útil con tus manos todavía unidas? —Mi lenta sonrisa acentúa la amenaza apenas velada mientras suelto mi agarre.

Si la familia extendida de Thalia descubrió que Bardi no solo filmó a Ella en una posición comprometedora, sino que procedió a chantajearla con ello, su muerte se convertiría en folclore colombiano. Nada de lo que pudiera hacerle sería la mitad de sádico. La venganza tiene una hoja mucho más afilada cuando la familia está involucrada.

—No, Bardi. No te entregaré a Grayson.

*Prefiero acabar con los problemas yo mismo.*

—Entonces te lo diré —dice él, lanzando su nueva herramienta de negociación en el aire como una ficha de póker de cincuenta mil dólares—. Después de salir de aquí y recoger mi dinero.

—Eres un maldito codicioso, ¿lo sabías? —Irritado, me acaricio la barbilla, la espesa barba rastrillando las yemas de mis dedos y pulgares. Él podría estar mintiendo, pero el instinto me dice lo contrario.

Él está metido hasta las pelotas en la mierda de Santiago. Hasta que tenga el video en la mano, necesitaré mantenerlo vivo para que su lengua pueda soltar sus secretos.

Y entonces la cortaré.

—Tienes un indulto temporal, Bardi —le digo—. Tengo asuntos urgentes que atender en este momento. Sin embargo, cuando vuelva, tú y yo vamos a tener otra charla. —Le doy una firme palmada en la mejilla magullada—. Y vas a decirme todo lo que sabes, o no solo se cancela el trato, sino que también te arrojaré al río con la pérdida de algunas extremidades. ¿Está claro?



# *Bad* **BLOOD**

Él asiente con tanta fuerza que me sorprende que su cuello no se rompa.

—S-sí. Lo que sea que digas, Carrera.

Apartándome de la silla, le doy una sonrisa lenta y quebradiza, que él devora como si fuera su última comida. No me engaña su fervor. Un hombre que se muere de sed, beberá su propia orina si está lo suficientemente desesperado.

No le mentí. Simplemente no dije toda la verdad.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E





Bad  
BLOOD

## 10

SANTI



—¿DÓNDE ESTÁ? —DIGO, IRRUMPIENDO EN EL PASILLO DEL HOSPITAL MÉDICO con el diablo corriendo por mis venas.

Las enfermeras, sorprendidas, retroceden mientras avanzo con la mano en la pistola. Soy interceptado por una sombra amenazante y una mano en mi hombro.

—Por ahí. —Rocco inclina su calva cabeza hacia una habitación escondida en una esquina al final del pasillo.

No espero a que me acompañe. Apartando su mano, cierro la distancia en cinco largas zancadas y atravieso la puerta.

—Lola, ¿estás...?

—Qué bien que te unas a nosotros —me dice mi hermana, mostrándome una sonrisa condescendiente.

Exhalando un suspiro de alivio, miro a Rocco por encima del hombro.

—¿Qué ha dicho el médico?



—¡Oye! —Me vuelvo para encontrar a Lola chasqueando los dedos hacia mí—. ¿Por qué le preguntas a él?

—Él es el que te trajo aquí.

—Y yo soy la que recibió la bala, ¿recuerdas? —dice ella, echando la manta hacia atrás.

Rocco tenía razón, su lesión es apenas una herida superficial. Solo siete pequeños puntos de sutura marcan su piel. Es una vista que debería calmarme...

Pero no lo hace.

Estoy demasiado preocupado por Marco Bardi y mi invitada colombiana.

Exhausto, me froto la mano por la cara y entonces un movimiento atrae mi atención hacia la cama.

—¿Qué demonios estás haciendo? —digo, mientras ella balancea ambas piernas a un lado fuera de la cama.

—¿Qué parece que estoy haciendo? —Me mira con su mejor mirada mortífera—. Me voy.

—¡Y una mierda!

—Santi, me han dado el alta —dice con un gemido—. No hay problemas de salud, y con las recetas ya compradas... —Señala la mesa lateral donde hay dos frascos de píldoras junto a una jarra de agua—. Podríamos haber salido hace una hora, pero alguien seguía bloqueando la puerta. —Arruga la nariz hacia Rocco, que responde con un gesto de la mano.

—No vas a ir a ninguna parte.



—Pero Santi...

—No me presiones con esto, Lola. No estoy de maldito humor.

Que la den de alta supone un gran problema. Ella está viviendo conmigo en Legado, donde tengo a Thalia encerrada. Necesito tiempo para averiguar qué diablos voy a hacer con ella antes de añadir otra mujer furiosa a la mezcla.

Una llamada al jefe de Medicina. Eso es todo lo que se necesita. Cada jugador en esta ciudad me debe un favor, y él no es una excepción.

Dándole un rápido beso en la frente, me vuelvo hacia Rocco.

—No la dejes fuera de tu vista hasta que llegue RJ.

—Entendido, jefe.

—¡No puedes hacer esto! —dice Lola enfadada cuando salgo al pasillo.

Me detengo en la puerta.

—Puedo hacer lo que quiera, *chaparrita* —le digo tranquilamente—. Soy el dueño de esta puta ciudad.

—¡No puedes mantener a la gente encerrada contra su voluntad, Santi!

—Mírame.

Dándole una sonrisa deliberada, cierro la puerta tras de mí.



# Bad BLOOD



El tráfico está casi parado en el Conector Atlantic City-Expressway, pero estoy entrando y saliendo de ambos carriles como si estuviera enhebrando una aguja, por Lola, con sus protestas resonando en mis oídos.

—*¡No puedes mantener a la gente encerrada contra su voluntad, Santi!*

En eso, ella se equivoca.

Puedo, y lo he hecho. *A más de uno, de hecho.*

Presiono el acelerador con más fuerza mientras mi mente se desplaza a la princesa colombiana encerrada en mi ático en el último piso de Legado.

Que es precisamente el momento en que suena mi teléfono.

No tengo que mirarlo para saber quién es. He estado esperando esta llamada. Cualquier hombre remotamente conectado a él no podría cagar en Siberia sin palabras cruzando la frontera. Diablos, probablemente sabía lo que estaba pasando el momento en que la primera bala golpeó la pared.

Exhalando fuertemente, pulso el botón de respuesta.

—Las buenas noticias viajan rápido.

—¿Cómo fueron capaces los hombres de Santiago de infiltrarse en Legado? —Un acento grueso gruñe sobre la conexión estática.

EROTIC  
BY  
PORN  
LOVE





¿Mi padre *me* está preguntando? Él es Valentín Carrera. Un capo mexicano y un dios entre los ladrones. En todo caso, supuse que tendría mi culo entregado a él por permitir que la hija de su enemigo jurado caminara a través de la puerta de mi ...

*Él no sabe acerca de Thalia.*

*Interesante...*

Debería decirle lo que ella hizo, dónde está, y mis planes para ella. Yo nunca le he mentado a mi padre. Los Carrera funcionan mejor como una máquina, no como piezas sueltas. Pero la ira en su voz clava un cuchillo afilado directamente en todo lo que considero sagrado.

—¿Qué vas a hacer? —brama, rompiendo mi tira y afloja interno. El que existe entre mantener mi juramento y satisfacer una necesidad.

—¿Qué crees que voy a hacer?

Solo hay una manera de cortar la cabeza de una serpiente y es convertirse en la serpiente. Voy a aprovechar mis dos activos y a infiltrarme desde dentro.

Pero no digo nada de eso. En su lugar, aprieto la mandíbula mientras una peligrosa risa retumba en mi oído.

—Esta es la segunda vez que tu hermana ha sido herida bajo tu mirada, Santi. *Si esta vez no te vengas en nombre de tu hermana, estarás acabado.*

—¿Qué demonios quieres decir con que “si no me vengo, estoy acabado”?



—Exactamente lo que he dicho, hijo —dice, con naturalidad, como si no acabara de soltar una bomba a doscientos kilómetros de distancia—. Los Carrera protegen a los suyos. Es la primera lección que te enseñé, ¿recuerdas?

*¿Me acuerdo?*

Él nunca me deja olvidar. Es mi primer recuerdo de niño. La mayoría de los niños tienen cuentos para dormir como “*Buenas noches, luna*”. Me sentaba en el regazo de mi padre escuchando cuentos de venganza, sangre, demonios y destino.

—Lo recuerdo —respondo con frialdad.

—Entonces, si no puedo confiar en ti para mantener la regla más básica de nuestra familia, ¿cómo se supone que voy a confiar en ti para dirigir todo un cartel?

*Y ahí está la zanahoria colgada.* La promesa de un imperio fuera de las fronteras americanas. Uno que se extiende por el mundo, construido a partir de las espaldas de tres generaciones de hombres Carrera.

—Los Santiago sufrirán por lo que han hecho —juro a través de dientes apretados. Es una promesa que honraré hasta mi último aliento, si lo que Bardi dice es cierto, puede llegar más pronto que tarde.

—Procura que lo hagan. Porque, Santi, si no lo hacen... Tendré que asumir que he cometido un grave error de juicio. —No ofrece otras palabras ni se despide antes que haya un sutil clic y la línea se corte.

Me agarro con fuerza al volante.



Se refiere a Nueva Jersey: un grave error al entregarme el control de la Costa Este.

Puede que mi padre sea el jefe de este cartel, pero ya no soy un adolescente con los ojos abiertos que adora el suelo que él pisa. Lo respeto, pero soy un hombre ahora, y Nueva Jersey es mía. La única manera que regrese a México es en una bolsa para cadáveres.

Nadie me va a quitar lo que he pasado los últimos dos años construyendo.

Ni siquiera Valentín Carrera

*Ojo por ojo.*

Para probarme a mí mismo, tomaré más que una vida para hacer pagar a los Santiago.

Encontraré otra manera de rasgar el corazón por sus costuras. Algo más personal. Algo que marcará el nombre Carrera en su legado para generaciones por venir.

—Carrera. —Mientras mi propio apellido sale de mi lengua, mi pulso ruge con la forma de un nuevo plan. Un plan tan peligroso, que me convertirá en un dios o lo destruirá todo.

Al entrar en mi plaza de aparcamiento privada detrás de Legado, apago el motor y miro fijamente el ático brillantemente iluminado, el que lame el cielo a cuatrocientos treinta y un pies en el aire. Thalia necesita dinero. Yo quiero vengarme. La deuda que ella tiene es tan personal que hará casi cualquier cosa por ella...

Sonrío para mis adentros.

*Incluso cometer el último pecado.*



Bad  
BLOOD

11

THALIA



LA HISTORIA SE REPITE, Y ENTONCES MUERES. PREFERENTEMENTE NO EN EL ÁTICO DEL JEFE DE UN CARTEL EN MEDIO DE ATLANTIC CITY.

El fin.

Me pongo las rodillas contra el pecho y me ciño el edredón negro alrededor de los hombros. Todo lo que hay en esta habitación es de ese color, desde la costosa mesa auxiliar y las mesillas de noche, hasta la tumbona que hay frente a los enormes ventanales que llegan hasta el techo, y las sábanas de algodón de hilos egipcios sobre las que estoy tumbada. Parece que la bestia violenta que me encerró aquí nació sin imaginación, sin decencia, unas habilidades sociales aceptables y una actitud agradable.

Mis dedos se dirigen a las marcas en mi cuello donde me mantuvo sujeta a la pared de su oficina. Nunca nadie me había puesto las manos encima, no de esa manera. Nadie se ha atrevido... ¿Y luego acusarme de haber tenido su precioso casino como blanco? ¿O de herir a su hermana en el fuego cruzado?

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E



Al igual que a Santi Carrera, por retenerme en contra de mi voluntad de esta forma.

Al igual que a Marco Bardi, por aterrorizar a mi hermana.

Mi corazón se estremece desagradablemente cuando pienso en el asqueroso italiano. ¿Sigue esperándome aun fuera del casino? ¿Se ha hecho daño en el caos? La forma en que la noche se está desenvolviendo, la suerte no fue mi amiga...

Doy un par de vueltas más en la cama. No consigo acomodarme en ninguna posición. Hay tanta incertidumbre que es como intentar descansar en una cama de clavos. *Hay tanta historia en peligro de repetirse.*

Posiblemente se trate del destino. Puedes luchar contra el todo lo que quieras, pero sigue sucediendo de todos modos, dejándote con más cicatrices con las que lidiar. No hace mucho tiempo, mi padre secuestró a mi madre y la encerró en un dormitorio como este. Ella no sabe que lo sé, por supuesto. Su ama de llaves, Sofía, me lo contó después de haber bebido demasiado *Aguardiente* la Navidad pasada. Y como el peor de los chistes:

—Por cierto, tu padre es un hombre brutal que descuartiza personas por diversión, pero no te preocupes, que solo retuvo a tu madre contra su voluntad y la obligó a casarse con él.

¿En qué me convierte eso? ¿El engendro impuesto por el diablo? ¿Acaso nos quería a mí y a Ella en primer lugar, o también le quitó esa decisión?

Me tumbo de espaldas y miro fijamente al techo, disimulando lágrimas calientes y furiosas. Siempre consigo hacerme esto. Soy una campeona mundial de auto sabotaje. Pienso en cosas horribles para castigarme por haber defraudado a Ella.



Conseguí ganar su futuro, y luego lo arruiné.

Conté con las cartas, pero nunca pensé que *él* arruinaría mi plan.

*Santi Carrera.*

Me estremezco al recordar aquellos primeros momentos que pasamos juntos en su despacho. ¿Quién iba a saber que el odio podía provocar electricidad entre dos personas? ¿Cómo iba a saber que unos ojos sin vida podían brillar en forma de gotas de oro, como si se tratara de secretos ocultos en un pozo de oscuridad?

Afuera, los primeros colores del amanecer pintan una masacre en el horizonte, y lo peor está por venir. Reece no se quedará callado sobre mi última fuga. Lo más probable es que mi padre ya esté planeando la Tercera Guerra Mundial con Edier, y Ella... Aprieto los ojos todo lo que puedo.

*Lo siento mucho, Ella.*

Se oyen pasos por el pasillo. La cerradura de mi puerta se abre con un chasquido y los suaves rojos y rosas que iluminan la pared del fondo son apagados por una alta sombra oscura.

Una sombra que huele mucho mejor de lo que debería.

—Levántate.

Su voz ya no es de un tono pastel con chispas de chocolate. Ahora es un pastel suave de Mississippi con un toque de Arsénico.

Al tirar del edredón negro, me pongo de pie cuando la sombra revela al hombre que actualmente comparte el primer puesto en mi lista de peores seres con vida.

—¿Dormiste bien?



—Como un bebé —miento, tirando del vestido hacia abajo, pero pierdo mi actitud en cuanto veo más manchas de sangre en su camisa blanca.

Se hace una pausa.

—¿Cómo está tu hermana?

Se queda congelado en la puerta, mi preocupación lo toma desprevenido.

Se recupera rápidamente.

—El hecho que sigas con vida y respirando debería darte una señal. —Cierra la puerta de una patada y hay algo en ese movimiento despreocupado de "te odio, maldita sea" que me hace sentir una presión entre las piernas.

—Escucha, sé que no crees una palabra de lo que digo, pero te juro que no tengo nada que ver con esto. Sam...

—¡Silencio! —Al mencionar el nombre de Sam, su bello rostro se transforma en algo salvaje—. Te juro, *muñeca*, que, si vuelves a mencionarlo en mi presencia, te enviaré de vuelta con tu padre hecha pedazos.

Da un paso hacia mí, y retrocedo tan rápido que me golpeo contra el lateral del colchón. Nunca he conocido a un hombre con tanta rabia e intensidad brotando de sí mismo. Es como un volcán en permanente erupción.

—Aquí.

Me sobresalto cuando tira algo sobre la cama junto a mí. Hay un suave revoloteo contra mi pierna, y luego otro conjunto de verde sucio está estropeando todo lo que hay en la cama.





—¿Me estás dando dinero? —digo estúpidamente.

—Cincuenta mil en billetes de cien dólares. Eso es lo que "ganaste", ¿no es así?

No me gustan las comillas implícitas alrededor de la palabra "ganar". Y me gusta aún menos la mirada maquiavélica de su rostro.

—¿Cuál es la trampa?

—Primero, dime para qué lo necesitas.

Desvío la mirada, dirigiéndola a cualquier otro lugar que no sea él o su dinero, el cual prácticamente queda en el suelo.

—¿Se acaba el trato si *no* te lo digo?

—Al final hallaré la forma de sacarte la verdad, pero prefiero que me lo digas tú y que sea rápido.

*Bastardo arrogante.*

—¿Alguien te ha agregado a la lista de donantes para un trasplante de personalidad? —digo con amargura—. Si no es así, estaré más que feliz de ser yo esa persona.

Su sonrisa final se asemeja a la de un pez muerto y congelado.

—No soy yo el que se tiró al suelo por un par de fichas de casino... ¿Vendes tu alma muy a menudo?

—Al menos aún tengo una para vender.

Su siguiente paso en dirección hacia mí es una amenaza muy bien vestida con un traje caro con manchas de sangre.





—Tienes una boca desafortunada, Thalia Santiago. Uno de estos días se grabará tu nombre en el costado de una bala.

—¿De verdad, *señor*? —digo, perdiendo de nuevo los nervios—. Todas las amenazas y ningún decoro hacen que el jefe del cartel mexicano sea un pedazo de mierda más grande.

Se queda inmóvil a un par de metros de mí, tan quieto como una estatua y tan frágil como una hoguera.

—Adelante entonces, explícame la inversión que tengo que hacer en este negocio —digo, señalando el dinero con la cabeza. *Inversión. Solución. La misma cosa, diferentes colores*—. Estoy segura que aquí nada es gratis. ¿Qué gloriosa humillación tendré que sufrir por ello esta vez? ¿Recoger los billetes con mis dientes? ¿Desnudarme encima de ellos y que un arco iris salga de mi culo?

Hay un breve estiramiento en su boca y luego desaparece. Lo más extraño de todo. *Ahora*, estoy intrigada... ¿Hay otro hombre que danza por debajo de sus superficies? ¿Uno que no actúa como un personaje del Salón de la Fama del *Padrino*?

—Antes que lo preguntes, no voy a dar información sobre mi familia —adviento, abalanzándome sobre la obvia disyuntiva antes que tenga oportunidad de decirla.

—¿Por qué tienes que hacer algo tan dramático? —Se acerca, pero esta vez me mantengo firme. Es por lo menos un pie más alto que yo sin mis tacones. Y lo odio aún más por eso—. Necesitas el dinero y yo necesito venganza, *señorita*. Algunos dirían que es una pareja salida del infierno y bendecida por el cielo.

—No me hace tanta falta —miento, sintiendo una sensación de fatalidad inminente.



—Oh, sí, lo necesitas. No puedes contar tus cartas en este caso, *muñeca*. Puedo oler la desesperación a una milla de distancia. En mi oficinaapestabas a ella.

—Tengo una pregunta para ti —digo temblorosamente—. ¿Me odias más por el apellido que tengo o por lo que "crees" que hice anoche?

—*Muñeca*, nunca sabrás cuánto te odio. A todos ustedes... No hay un abismo en este mundo que sea lo suficientemente profundo como para contenerlo —retrocedo ante la contundencia de sus palabras. *Esa seguridad*—. Ahora, yo tengo una pregunta para ti... ¿Piensas vestir de blanco en tu próxima boda?

—¿Boda? —Me inclino ligeramente hacia adelante, segura de haber escuchado mal—. ¿Qué boda?

Me ofrece otra de sus sonrisas vertiginosas.

—En la salud y en la enfermedad, *señorita* —Me hace un guiño que es más bien una amenaza—. Vamos a hacer que tu *papá* se enfade de verdad, ¿te parece?

*Oh.*

*Por.*

*Dios.*

El aire se aloja en el fondo de mi garganta y no fluye.

—Estás realmente loco —susurro, escudriñando su rostro en busca de una burla, pero solo veo una certeza vacía—. De un momento a otro me pones del lado de Hitler y al siguiente quieres...



No puedo ni siquiera decir las palabras, y mucho menos respirar. Entonces recuerdo por qué hice este viaje a Atlantic City en primer lugar, y de repente el futuro está pavimentado con negro, oro y una animosidad mutua de tipo asesina.

—Debe haber otra manera —balbuceo.

—O tomas el dinero y aceptas, o puedo acabar con todo esto ahora. —Se abre el lado izquierdo de la chaqueta de su traje para revelar la pistola y su funda.

¿Más chantajes?

*Qué semana más encantadora.*

—No es una elección. Se trata de una extorsión de sótano. Felicidades, Carrera, acabas de establecer un nuevo límite de intimidación, muy bajo, de hecho. —Empiezo a balancearme. Me parece que estoy a punto de desmayarme.

—Acostúmbrate a ese nombre, *muñeca*. En veinticuatro horas, tú también lo usarás.

¿Thalia *Carrera*?

Mi corazón se estremece en señal de protesta.

—Mírame. —Se lanza hacia delante y mantiene mi rostro prisionero a centímetros del suyo. Siento el roce de su tacto, pero no es nada comparado con el escozor de su indecente propuesta—. Tienes razón. No tienes elección, así que no voy a malgastar palabras tratando de convertir esto en algo que no es.

—Tengo diecinueve años —jadeo—. Las chicas de mi edad piensan en casarse con Henry Cavill, no con el diablo.





—Entonces puedes conseguir un maldito precedente, ¿no es así?  
—Me suelta, y esta vez pierdo el equilibrio por la prisa que tengo de alejarme de él, cayendo de espaldas sobre el colchón y cubriendo los billetes de cien dólares por la conmoción, la vergüenza y una aplastante inevitabilidad—. ¿Quieres ese dinero? —Me mira fijamente con la misma expresión de desagrado que tenía la noche anterior—. Entonces este es el precio que tienes que pagar.

—Yo también te odio —murmuro, mientras un joyero color carmesí es arrojado descuidadamente junto a mi cabeza.

*Príncipe de las Tinieblas.*

*El Rey de la Locura.*

*El mejor triturador de almas.*

—¿Supongo que eso es un "sí"? Espero que el anillo te quede bien, mi prometida.

—Espero que te pudras en el infierno —siseo, luchando por incorporarme y recuperar la poca dignidad que me ha dejado.

—Le concederé ese honor a tu padre y a sus *sicarios* de Nueva York.

*Oh, mierda, mi padre.* Santi Carrera no tiene ni idea de lo que está a punto de desatar.

—Un vestido blanco será —le oigo decir—. Aunque si eres virgen, seré la mismísima *Santa Muerte*. Santiago te concedió demasiada libertad. No cometeré ese mismo error. Quizá empecemos con un vestuario que no sea provocativo y no excite a todos los hombres del lugar.





Bad  
BLOOD

—¿Cómo te atreves? —Me enfurezco, lanzando lo primero que tengo a la mano, que resulta ser un bloc de notas de la marca Legado sobre la mesita de noche.

Sin ningún tipo de peso detrás, se desvanece hasta convertirse en una patética caída en picado entre nosotros, lo que, para ser sinceros, es una buena representación de cuánto control tengo sobre mi vida en este momento.

Luego, levanta una ceja mordaz hacia mí.

—De cualquier manera, lo averiguaremos pronto.

*¿No me digan que también tendré que compartir la cama con este monstruo?*

Girando sobre sus talones, comienza a caminar hacia la puerta.

—Nos casaremos mañana. Vivirás aquí, conmigo. Te entregaré el dinero en una semana exactamente. Y no te molestes en huir. Hay cien guardias armados entre tú y la libertad que esperas conseguir.

—¿Una semana? —El pánico florece en mi estómago. La fecha límite de Bardi ya se ha vencido.

—En ese tiempo, serás respetuosa y obediente conmigo y con todos los que trabajan para mí. Convencerás a tu familia de lo malditamente irresistible que te parezco, y que el libre albedrío es una fiesta de veinticuatro horas en este ático. ¿Entendido?

—Lo necesito ahora, Carrera —digo, poniéndome en pie—. Él no... —Me detengo justo a tiempo—. Por favor, te lo ruego.

—Una semana. Nada más y nada menos... Para endulzar el trato, aquí tienes un regalo de boda anticipado. —Al pasar, lanza un celular con pantalla de encendido sobre la mesa—. Puedes usarlo



para contarle a papá las buenas noticias, o tal vez no. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

Sin esperar respuesta, la puerta se cierra de golpe tras él.

Un instante después, cojo el móvil y marco el número de Bardi. Y cuando salta a buzón de voz me dan ganas de llorar.

—Bardi, soy yo. Tengo tu dinero, pero necesito un par de días más. Reúnete conmigo en el bar donde me recogiste ayer a las nueve de la noche, el próximo viernes. Mira, incluso te haré una foto, para que sepas que no te estoy engañando —Miro los dólares sucios sobre la cama—. Sé que es mucho pedir, pero te ruego que no hagas ninguna estupidez con esa cinta hasta que hables conmigo. Por favor... Maldita sea. Llámame. —Cuelgo y es en ese momento cuando se me quiebra la voz.

Me deslizo por la pared hecha furia y confusión. No solo me han secuestrado a punta de pistola, sino que además me obligan a casarme en contra de mi voluntad, como le ocurrió a mi madre.

*La historia se repite.*

Pero es aquí donde terminará.

Jugaré sus estúpidos juegos. Llevaré su malnacido anillo, pero tan pronto como le pague a Bardi y consiga esa grabación, mataré a Santi Carrera tan pronto que se desangrará por todos los cortes.



Bad  
BLOOD

## 11

## THALIA



LA HISTORIA SE REPITE, Y ENTONCES MUERES. PREFERENTEMENTE NO EN EL ÁTICO DEL JEFE DE UN CARTEL EN MEDIO DE ATLANTIC CITY.

El fin.

Me pongo las rodillas contra el pecho y me ciño el edredón negro alrededor de los hombros. Todo lo que hay en esta habitación es de ese color, desde la costosa mesa auxiliar y las mesillas de noche, hasta la tumbona que hay frente a los enormes ventanales que llegan hasta el techo, y las sábanas de algodón de hilos egipcios sobre las que estoy tumbada. Parece que la bestia violenta que me encerró aquí nació sin imaginación, sin decencia, unas habilidades sociales aceptables y una actitud agradable.

Mis dedos se dirigen a las marcas en mi cuello donde me mantuvo sujeta a la pared de su oficina. Nunca nadie me había puesto las manos encima, no de esa manera. Nadie se ha atrevido... ¿Y luego acusarme de haber tenido su precioso casino como blanco? ¿O de herir a su hermana en el fuego cruzado?





Al igual que a Santi Carrera, por retenerme en contra de mi voluntad de esta forma.

Al igual que a Marco Bardi, por aterrorizar a mi hermana.

Mi corazón se estremece desagradablemente cuando pienso en el asqueroso italiano. ¿Sigue esperándome aun fuera del casino? ¿Se ha hecho daño en el caos? La forma en que la noche se está desenvolviendo, la suerte no fue mi amiga...

Doy un par de vueltas más en la cama. No consigo acomodarme en ninguna posición. Hay tanta incertidumbre que es como intentar descansar en una cama de clavos. *Hay tanta historia en peligro de repetirse.*

Posiblemente se trate del destino. Puedes luchar contra el todo lo que quieras, pero sigue sucediendo de todos modos, dejándote con más cicatrices con las que lidiar. No hace mucho tiempo, mi padre secuestró a mi madre y la encerró en un dormitorio como este. Ella no sabe que lo sé, por supuesto. Su ama de llaves, Sofía, me lo contó después de haber bebido demasiado *Aguardiente* la Navidad pasada. Y como el peor de los chistes:

—Por cierto, tu padre es un hombre brutal que descuartiza personas por diversión, pero no te preocupes, que solo retuvo a tu madre contra su voluntad y la obligó a casarse con él.

¿En qué me convierte eso? ¿El engendro impuesto por el diablo? ¿Acaso nos quería a mí y a Ella en primer lugar, o también le quitó esa decisión?

Me tumbo de espaldas y miro fijamente al techo, disimulando lágrimas calientes y furiosas. Siempre consigo hacerme esto. Soy una campeona mundial de auto sabotaje. Pienso en cosas horribles para castigarme por haber defraudado a Ella.





Conseguí ganar su futuro, y luego lo arruiné.

Conté con las cartas, pero nunca pensé que *él* arruinaría mi plan.

*Santi Carrera.*

Me estremezco al recordar aquellos primeros momentos que pasamos juntos en su despacho. ¿Quién iba a saber que el odio podía provocar electricidad entre dos personas? ¿Cómo iba a saber que unos ojos sin vida podían brillar en forma de gotas de oro, como si se tratara de secretos ocultos en un pozo de oscuridad?

Afuera, los primeros colores del amanecer pintan una masacre en el horizonte, y lo peor está por venir. Reece no se quedará callado sobre mi última fuga. Lo más probable es que mi padre ya esté planeando la Tercera Guerra Mundial con Edier, y Ella... Aprieto los ojos todo lo que puedo.

*Lo siento mucho, Ella.*

Se oyen pasos por el pasillo. La cerradura de mi puerta se abre con un chasquido y los suaves rojos y rosas que iluminan la pared del fondo son apagados por una alta sombra oscura.

Una sombra que huele mucho mejor de lo que debería.

—Levántate.

Su voz ya no es de un tono pastel con chispas de chocolate. Ahora es un pastel suave de Mississippi con un toque de Arsénico.

Al tirar del edredón negro, me pongo de pie cuando la sombra revela al hombre que actualmente comparte el primer puesto en mi lista de peores seres con vida.

—¿Dormiste bien?



—Como un bebé —miento, tirando del vestido hacia abajo, pero pierdo mi actitud en cuanto veo más manchas de sangre en su camisa blanca.

Se hace una pausa.

—¿Cómo está tu hermana?

Se queda congelado en la puerta, mi preocupación lo toma desprevenido.

Se recupera rápidamente.

—El hecho que sigas con vida y respirando debería darte una señal. —Cierra la puerta de una patada y hay algo en ese movimiento despreocupado de "te odio, maldita sea" que me hace sentir una presión entre las piernas.

—Escucha, sé que no crees una palabra de lo que digo, pero te juro que no tengo nada que ver con esto. Sam...

—¡Silencio! —Al mencionar el nombre de Sam, su bello rostro se transforma en algo salvaje—. Te juro, *muñeca*, que, si vuelves a mencionarlo en mi presencia, te enviaré de vuelta con tu padre hecha pedazos.

Da un paso hacia mí, y retrocedo tan rápido que me golpeo contra el lateral del colchón. Nunca he conocido a un hombre con tanta rabia e intensidad brotando de sí mismo. Es como un volcán en permanente erupción.

—Aquí.

Me sobresalto cuando tira algo sobre la cama junto a mí. Hay un suave revoloteo contra mi pierna, y luego otro conjunto de verde sucio está estropeando todo lo que hay en la cama.



—¿Me estás dando dinero? —digo estúpidamente.

—Cincuenta mil en billetes de cien dólares. Eso es lo que "ganaste", ¿no es así?

No me gustan las comillas implícitas alrededor de la palabra "ganar". Y me gusta aún menos la mirada maquiavélica de su rostro.

—¿Cuál es la trampa?

—Primero, dime para qué lo necesitas.

Desvío la mirada, dirigiéndola a cualquier otro lugar que no sea él o su dinero, el cual prácticamente queda en el suelo.

—¿Se acaba el trato si *no* te lo digo?

—Al final hallaré la forma de sacarte la verdad, pero prefiero que me lo digas tú y que sea rápido.

*Bastardo arrogante.*

—¿Alguien te ha agregado a la lista de donantes para un trasplante de personalidad? —digo con amargura—. Si no es así, estaré más que feliz de ser yo esa persona.

Su sonrisa final se asemeja a la de un pez muerto y congelado.

—No soy yo el que se tiró al suelo por un par de fichas de casino... ¿Vendes tu alma muy a menudo?

—Al menos aún tengo una para vender.

Su siguiente paso en dirección hacia mí es una amenaza muy bien vestida con un traje caro con manchas de sangre.





—Tienes una boca desafortunada, Thalia Santiago. Uno de estos días se grabará tu nombre en el costado de una bala.

—¿De verdad, *señor*? —digo, perdiendo de nuevo los nervios—. Todas las amenazas y ningún decoro hacen que el jefe del cartel mexicano sea un pedazo de mierda más grande.

Se queda inmóvil a un par de metros de mí, tan quieto como una estatua y tan frágil como una hoguera.

—Adelante entonces, explícame la inversión que tengo que hacer en este negocio —digo, señalando el dinero con la cabeza. *Inversión. Solución. La misma cosa, diferentes colores*—. Estoy segura que aquí nada es gratis. ¿Qué gloriosa humillación tendré que sufrir por ello esta vez? ¿Recoger los billetes con mis dientes? ¿Desnudarme encima de ellos y que un arco iris sálga de mi culo?

Hay un breve estiramiento en su boca y luego desaparece. Lo más extraño de todo. *Ahora*, estoy intrigada... ¿Hay otro hombre que danza por debajo de sus superficies? ¿Uno que no actúa como un personaje del Salón de la Fama del *Padrino*?

—Antes que lo preguntes, no voy a dar información sobre mi familia —adviento, abalanzándome sobre la obvia disyuntiva antes que tenga oportunidad de decirla.

—¿Por qué tienes que hacer algo tan dramático? —Se acerca, pero esta vez me mantengo firme. Es por lo menos un pie más alto que yo sin mis tacones. Y lo odio aún más por eso—. Necesitas el dinero y yo necesito venganza, *señorita*. Algunos dirían que es una pareja salida del infierno y bendecida por el cielo.

—No me hace tanta falta —miento, sintiendo una sensación de fatalidad inminente.





—Oh, sí, lo necesitas. No puedes contar tus cartas en este caso, *muñeca*. Puedo oler la desesperación a una milla de distancia. En mi oficinaapestabas a ella.

—Tengo una pregunta para ti —digo temblorosamente—. ¿Me odias más por el apellido que tengo o por lo que "crees" que hice anoche?

—*Muñeca*, nunca sabrás cuánto te odio. A todos ustedes... No hay un abismo en este mundo que sea lo suficientemente profundo como para contenerlo —retrocedo ante la contundencia de sus palabras. *Esa seguridad*—. Ahora, yo tengo una pregunta para ti... ¿Piensas vestir de blanco en tu próxima boda?

—¿Boda? —Me inclino ligeramente hacia adelante, segura de haber escuchado mal—. ¿Qué boda?

Me ofrece otra de sus sonrisas vertiginosas.

—En la salud y en la enfermedad, *señorita* —Me hace un guiño que es más bien una amenaza—. Vamos a hacer que tu *papá* se enfade de verdad, ¿te parece?

*Oh.*

*Por.*

*Dios.*

El aire se aloja en el fondo de mi garganta y no fluye.

—Estás realmente loco —susurro, escudriñando su rostro en busca de una burla, pero solo veo una certeza vacía—. De un momento a otro me pones del lado de Hitler y al siguiente quieres...



No puedo ni siquiera decir las palabras, y mucho menos respirar. Entonces recuerdo por qué hice este viaje a Atlantic City en primer lugar, y de repente el futuro está pavimentado con negro, oro y una animosidad mutua de tipo asesina.

—Debe haber otra manera —balbuceo.

—O tomas el dinero y aceptas, o puedo acabar con todo esto ahora. —Se abre el lado izquierdo de la chaqueta de su traje para revelar la pistola y su funda.

¿Más chantajes?

*Qué semana más encantadora.*

—No es una elección. Se trata de una extorsión de sótano. Felicidades, Carrera, acabas de establecer un nuevo límite de intimidación, muy bajo, de hecho. —Empiezo a balancearme. Me parece que estoy a punto de desmayarme.

—Acostúmbrate a ese nombre, *muñeca*. En veinticuatro horas, tú también lo usarás.

¿Thalia *Carrera*?

Mi corazón se estremece en señal de protesta.

—Mírame. —Se lanza hacia delante y mantiene mi rostro prisionero a centímetros del suyo. Siento el roce de su tacto, pero no es nada comparado con el escozor de su indecente propuesta—. Tienes razón. No tienes elección, así que no voy a malgastar palabras tratando de convertir esto en algo que no es.

—Tengo diecinueve años —jadeo—. Las chicas de mi edad piensan en casarse con Henry Cavill, no con el diablo.



—Entonces puedes conseguir un maldito precedente, ¿no es así?  
—Me suelta, y esta vez pierdo el equilibrio por la prisa que tengo de alejarme de él, cayendo de espaldas sobre el colchón y cubriendo los billetes de cien dólares por la conmoción, la vergüenza y una aplastante inevitabilidad—. ¿Quieres ese dinero? —Me mira fijamente con la misma expresión de desagrado que tenía la noche anterior—. Entonces este es el precio que tienes que pagar.

—Yo también te odio —murmuro, mientras un joyero color carmesí es arrojado descuidadamente junto a mi cabeza.

*Príncipe de las Tinieblas.*

*El Rey de la Locura.*

*El mejor triturador de almas.*

—¿Supongo que eso es un "sí"? Espero que el anillo te quede bien, mi prometida.

—Espero que te pudras en el infierno —siseo, luchando por incorporarme y recuperar la poca dignidad que me ha dejado.

—Le concederé ese honor a tu padre y a sus *sicarios* de Nueva York.

*Oh, mierda, mi padre.* Santi Carrera no tiene ni idea de lo que está a punto de desatar.

—Un vestido blanco será —le oigo decir—. Aunque si eres virgen, seré la mismísima *Santa Muerte*. Santiago te concedió demasiada libertad. No cometeré ese mismo error. Quizá empecemos con un vestuario que no sea provocativo y no excite a todos los hombres del lugar.





—¿Cómo te atreves? —Me enfurezco, lanzando lo primero que tengo a la mano, que resulta ser un bloc de notas de la marca Legado sobre la mesita de noche.

Sin ningún tipo de peso detrás, se desvanece hasta convertirse en una patética caída en picado entre nosotros, lo que, para ser sinceros, es una buena representación de cuánto control tengo sobre mi vida en este momento.

Luego, levanta una ceja mordaz hacia mí.

—De cualquier manera, lo averiguaremos pronto.

*¿No me digan que también tendré que compartir la cama con este monstruo?*

Girando sobre sus talones, comienza a caminar hacia la puerta.

—Nos casaremos mañana. Vivirás aquí, conmigo. Te entregaré el dinero en una semana exactamente. Y no te molestes en huir. Hay cien guardias armados entre tú y la libertad que esperas conseguir.

—¿Una semana? —El pánico florece en mi estómago. La fecha límite de Bardi ya se ha vencido.

—En ese tiempo, serás respetuosa y obediente conmigo y con todos los que trabajan para mí. Convencerás a tu familia de lo malditamente irresistible que te parezco, y que el libre albedrío es una fiesta de veinticuatro horas en este ático. ¿Entendido?

—Lo necesito ahora, Carrera —digo, poniéndome en pie—. Él no... —Me detengo justo a tiempo—. Por favor, te lo ruego.

—Una semana. Nada más y nada menos... Para endulzar el trato, aquí tienes un regalo de boda anticipado. —Al pasar, lanza un celular con pantalla de encendido sobre la mesa—. Puedes usarlo





para contarle a papá las buenas noticias, o tal vez no. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

Sin esperar respuesta, la puerta se cierra de golpe tras él.

Un instante después, cojo el móvil y marco el número de Bardi. Y cuando salta a buzón de voz me dan ganas de llorar.

—Bardi, soy yo. Tengo tu dinero, pero necesito un par de días más. Reúnete conmigo en el bar donde me recogiste ayer a las nueve de la noche, el próximo viernes. Mira, incluso te haré una foto, para que sepas que no te estoy engañando —Miro los dólares sucios sobre la cama—. Sé que es mucho pedir, pero te ruego que no hagas ninguna estupidez con esa cinta hasta que hables conmigo. Por favor... Maldita sea. Llámame. —Cuelgo y es en ese momento cuando se me quiebra la voz.

Me deslizo por la pared hecha furia y confusión. No solo me han secuestrado a punta de pistola, sino que además me obligan a casarme en contra de mi voluntad, como le ocurrió a mi madre.

*La historia se repite.*

Pero es aquí donde terminará.

Jugaré sus estúpidos juegos. Llevaré su malnacido anillo, pero tan pronto como le pague a Bardi y consiga esa grabación, mataré a Santi Carrera tan pronto que se desangrará por todos los cortes.



Bad  
BLOOD

12

SANTI



CONducir se estaba convirtiendo en una tarea arriesgada.

—Bardi, soy yo. Tengo tu dinero, pero necesito un par de días más. Encuéntrame en el bar donde me recogiste ayer a las nueve de la noche, el próximo viernes.

Es la tercera vez que la escucho suplicar a ese italiano de mierda que la llame. Tengo que apretar el volante para no atravesar el parabrisas con el puño. Suena desesperada. Con pánico.

*Tan jodidamente rota.*

Anoche dijo la verdad. No le entregó a Bardi la información sobre el caso al que se aferra como un salvavidas. Aun así, un Santiago inocente es la definición viva de óxido.

Sin embargo, pienso en cómo me enfrentó anoche en mi despacho, llena de actitud y confianza. En la forma en que absorbió mis amenazas, eligiendo enfrentarse a su destino con dignidad en

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E

lugar del llanto. Pienso en la mujer que entró a mi casino con un vestido carmesí, arriesgando su vida para salvar la de su hermana.

Lo vuelvo a escuchar.

Oír el dolor en su voz me hace desear oírlo suplicar. Romperlo como *él* la ha roto a ella. No tengo ni idea de cómo conciliar el impulso de proteger a una Santiago contra el odio que se supone que debo sentir por ella.

Sabía que lo llamaría. Había contado con ello. Mi plan no puede continuar sin una cita programada entre mi futura esposa y el hombre que la traicionó. Thalia no tiene ni idea de cómo estoy moviendo los hilos en este espectáculo de marionetas. Ahora que hay una fecha confirmada, solo queda abrir el telón y hacer bailar a mis títeres.

—¿Conoces la definición de locura, Santi? —pregunta Lola, señalando con la cabeza el teléfono donde tengo a Bardi pegado a un lado de mi cabeza.

—¿Recogerte, en lugar de llamar un Uber?

Inclina la cabeza y arruga la nariz.

—Sería lo más práctico, pero no. Es hacer lo mismo una y otra vez y esperar un resultado diferente. Como escuchar el mismo mensaje cuatro veces, pensando que tal vez la quinta no hará que esa vena en medio de tu frente estalle y te provoque un aneurisma.

Con el ceño fruncido, dejo caer el teléfono de Bardi en la consola.

Lola murmura una retahíla de maldiciones y se abalanza sobre la manivela del techo mientras yo conduzco en una curva cerrada hacia Legado.



—¡Dios mío, baja la velocidad! —grita, haciendo una mueca de dolor cuando su hombro se golpea contra la ventanilla—. No sobreviví a que me dispararan solo para morir por homicidio involuntario.

—Fuiste rozada por una bala. No seas dramática.

—¿Estoy siendo dramática? Me mantuviste encerrada en una habitación de hospital en "observación". —Puntuó la palabra con comillas—. Unos cuantos puntos de sutura y actuaste como si me tuvieran que amputar.

No pienso discutir con ella nuevamente. Está enfadada y con razón. Le he dado una retahíla de respuestas vagas y verdades a medias sobre los sucesos de anoche y mis motivos; *así que, y cito*:

—Actué como un completo imbécil y la traté como a una delincuente.

Quiero decirle que lo que estoy haciendo es por *ella*. Por mi madre. Para el apellido Carrera. Por dos décadas de pecados contra los tres.

Detengo el vehículo en la estación circular de aparcamiento frente a la entrada principal del casino. Cuando se detiene, la miro de reojo.

—Después de lo que pasó en Rutgers, ¿puedes culparme por ser sobreprotector?

Mis palabras dan en el blanco. Lola se estremece, sus hombros se curvan ante el impacto directo. A pesar de lo que diga, no ha dicho *toda* la verdad sobre lo que pasó entre ella y Sam Sanders el año pasado. La historia del "secuestro" que le contó a nuestro padre tenía más agujeros que una rebanada de queso suizo.





Sin embargo, la verdad acabará revelándose.

Siempre lo hace.

Al igual que ocurrirá con Thalia.

*Thalia...*

Su nombre me hace sentir una extraña sensación en el pecho. Es un signo distintivo entre el desfile de putas insulsas que compiten constantemente por mi atención. Puede que la menor de las Santiago se sienta intimidada por mí, y esa lengua ácida que tiene es muy fácil de provocar.

La mayoría de las mujeres con las que me encuentro abren la boca para una cosa, y esto suele impedir una conversación posterior. Pero Thalia... Esa voluntad de hierro y su agudo ingenio me endurecen la polla más de lo que podría hacerlo cualquier mamada. Me muevo incómodo en mi asiento. *Algo con lo que tendré la obligación de ocuparme yo mismo, lo antes posible.*

Los recuerdos del esfuerzo que hizo anoche para mantenerse firme me hacen sonreír. Mi pequeña ladrona mantiene sus cartas cerca, pero olvida que este es mi casino. Mi patio de recreo. Mis reglas. Anoche, aceptó el juego más importante de su vida, y nunca me siento en la mesa sin un as bajo la manga.

Pienso en el horror de su rostro cuando le lancé el anillo de diamantes. ¿La ventaja de ser dueño de un casino? Siempre hay imbéciles borrachos dispuestos a atar el lazo por un giro en la ruleta. Legado atiende todas sus necesidades, siempre que su crédito sea bueno.

Una capilla. Un juez de paz. Una floristería. Una boutique.

*Y un anillo.*



# Bad BLOOD

Thalia parecía tan asqueada al escuchar aquellas palabras; del mismo modo en el que yo me sentía al pronunciarlas. ¿*Matrimonio*? Nunca tuve la intención de casarme con nadie, y mucho menos con una Santiago, la maldita raíz de todos los males. Sin embargo, los votos y un trozo de papel no son lo importante.

Es lo que simboliza todo esto.

*Posesión.*

Mi padre pedía venganza, pero manchar mis manos sería simplemente una bengala de advertencia: una solución a corto plazo para un problema mucho mayor. Los colombianos contraatacarían, lo que daría lugar a un interminable vaivén de muertes y pérdidas, y una falta de compensación.

La sangre y las balas son pasajeras, pero la traición... bueno, eso permanece en la memoria. Y no hay mayor traición para un padre que su hija tomando el apellido de su enemigo.

Marco Bardi me dio la moneda de cambio perfecta, y si los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas han revelado algo, es que Thalia lo sacrificará todo para proteger a su hermana, incluida ella misma.

Cumpliré mi palabra. Pagaré su deuda. Salvaré la reputación de su hermana. Pero mi generosidad tiene un precio, una posición en el corazón de Nueva York.

Dante Santiago sufrirá de una manera que nunca imaginó.

Y su hija lo dirigirá todo.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E



Bad  
BLOOD

Lola mira las muletas que le ofrezco como si acabaran de insultar a nuestra madre.

—¿De verdad las necesito?

*¿Es realmente necesaria toda esta maldita conversación?*

—A menos que quieras caminar cojeando por el resto de tu vida, sí. Ahora, no discutas más.

Me quita las muletas y frunce el ceño mientras se queja en español. Sin embargo, usa las muletas sin protestar y cojea hacia la entrada de Legado.

En el momento en el que entramos al gran vestíbulo, se le corta la respiración.

—Vaya.

Un sentimiento carente de expresividad, pero preciso, no obstante. Los equipos de construcción se amontonan en cada rincón disponible en un estado de movimiento perpetuo. Mi Legado "el casino más lujoso y de mayor categoría de Atlantic City", ha pasado de ser el epicentro de la opulencia, a ser un eje de demolición.

Mientras Lola se queda boquiabierta, poso mi mirada a unos metros, donde RJ está hablando con un hombre fornido que supongo es el capataz de la cuadrilla.





—Ahora vengo —le digo por encima del hombro, sin esperar respuesta.

Como si sintiera mi presencia, RJ se paraliza, asintiendo con la cabeza al trabajador y despachándolo.

Con el ceño fruncido, golpeo la suela de mi zapato de vestir Santoni sobre un trozo de mármol que falta.

—Te preguntaría cómo va todo, pero no estoy seguro de querer saberlo.

—Las reparaciones no deberían tardar más de setenta y dos horas.

Levanto una ceja. Los servicios de urgencia suelen tener un precio elevado. Tendré que hacer un repaso de algunas cuentas en el extranjero para cubrir el costo, pero si los agujeros de bala han desaparecido y ya no hay una gota de sangre de Santiago que manche mi mármol, vale la pena.

—¿Y la situación de la *abuela*...?

—Se encargarán de eso mañana. Conseguir cosas con tanta *delicadeza* no es una práctica habitual, Santi.

*Delicado* no es una palabra familiar para ningún *sicario*. Queremos, tomamos, por todos los medios. Poner una sonrisa ingenua y hablar dulcemente con las ancianitas no es una táctica que nos convenga.

No tolero los retrasos, pero es una posibilidad que estoy dispuesto a conceder. Además... hay asuntos más urgentes que discutir.

—¿Hiciste lo que te pedí?

Se cruza de brazos, con una sonrisa de satisfacción en los labios.





—El club de Sanders se iluminó como el 4 de julio. Debiste haber venido. Podríamos haber asado malvaviscos y verlo arder.

Se lo reconozco; el hombre es muy eficiente. Y no solo eso, sino que se enorgullece de convertir hasta los actos de violencia más simples en una obra de arte.

—Tal vez en otro momento. —*Porque si Bardi dice la verdad, habrá muchas más oportunidades*—. ¿Y lo otro?

RJ ofrece un asentimiento vacilante, con los puños cerrados. Dios mío. El hombre tiene una muy mala cara de póquer. Lleva su desaprobación como un traje barato. Si el lenguaje corporal tuviera voz, la de RJ sería una sarta de obscenidades lanzadas hacia mi rostro.

Cree que estoy cometiendo un error. Si alguien debería estar listo y dispuesto a lanzarse a la guerra, es él. Después de todo, Dante Santiago asesinó a su padre biológico a sangre fría, un acto brutal que lo dejó huérfano a los tres años.

RJ Harcourt probablemente estaría muerto ahora mismo si mi Tía Adriana y mi Tío Brody no lo hubieran acogido y finalmente lo hubiesen "adoptado". No me importa que haya crecido en Houston. Su lealtad está ligada a un documento falsificado enterrado en lo más profundo de la frontera mexicana.

—Borra el prejuicio de tu rostro —advierto—. Tu trabajo es ser mi segundo, no mi conciencia.

Se burla.

—No la tienes.

—Algo que deberías tener en cuenta, *primo*. —El énfasis en la palabra "*primo*", no es una expresión de cariño familiar. Es un sutil



recordatorio. Cuando no responde, lo tomo como una aceptación silenciosa—. Bien, entonces espero que todo vaya según lo planeado más adelante. Quiero el doble de seguridad. —Ante su ceja levantada, me palmo la nuca en señal de frustración—. En caso que alguien con los pies bien puestos en la tierra intente hacer algo estúpido.

Sabe leer entre líneas. Hoy no tendremos una novia fugitiva.

Al dejarlo para que se encargue de los detalles, me dirijo de nuevo hacia el mostrador, solo para chocar con un *tornado* de metro y medio, que sostiene una muleta de acero como un guerrero samurái.

—¿Qué mierda ha sido todo eso? —exige, clavando el extremo de goma de la muleta en mi pecho.

Sé que escuchó fragmentos de nuestra conversación. La verdadera pregunta es, qué tanto, y si fue suficiente para causar problemas. No tengo dudas sobre la lealtad de mi hermana. Sin embargo, no confío en las mujeres. Especialmente no en las mujeres que tienen cosas en común.

*Dos princesas de dos carteles.*

*Dos hijas del pecado.*

*Dos mujeres cuyas vidas están controladas por el mismo poder que las creó.*

En este momento he decidido que lo mejor es que Lola conozca a su nueva cuñada hasta *después* que se seque la tinta de nuestro certificado de matrimonio.

—Negocios —respondo secamente. Por la forma en que se curvan sus labios, bien podría haberle dicho que estábamos



intercambiando consejos de jardinería. Estoy irritado e impresionado a la vez. Se comporta como una Carrera. Y ese es exactamente el problema. *Está actuando como una Carrera* suspicaz, despiadada e implacable para conseguir lo que quiere.

—No me vengas con esa mierda de discurso sobre el “rey del cartel”. Me dispararon en la pierna, no en la cabeza.

Desvió la mirada para no reír.

—¡No es gracioso! —La muleta se clava más en mi esternón—. Hablo en serio, maldita sea.

Yo también. Ocultarle mi inminente boda a mi hermana es un movimiento estratégico, no un castigo. En algún momento, tendré que informarles a mis padres mis acciones y aguantar las repercusiones. Es más seguro para Lola si está tan sorprendida como el resto de mi familia.

Mi padre reprobará mis métodos. Una tormenta letal se abrirá paso a través de la frontera, y mientras Lola no sea cómplice de mi crimen, menos posibilidades tendrá *la niña de papá* de ser arrastrada por la tormenta. Además, solo trataría de disuadirme, lo que ambos sabemos que sería una pérdida de tiempo. Una vez que tomo una decisión, no vacilo. La primera ficha de dominó se ha inclinado y la reacción en cadena ya está en marcha.

No se puede detener una avalancha una vez que baja de la cima de una montaña.

Tomando la varilla de acero de la muleta de Lola, la alejo tranquilamente de mi pecho, bajándola entre nosotros hasta que el equilibrio la obliga a depositarla en el suelo.

—Yo también hablo en serio, *chaparrita*. Eres mi secretaria, no mi socia. Si necesitas información para hacer tu trabajo, te la diré.





Se hace más difícil de lo que pensaba, pero mi trabajo es garantizar su seguridad, no acariciar su ego.

—¿Tiene esto algo que ver con Thalia Santiago? —La forma de hablar de Lola me toma desprevenido.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Oh, no sé, ¿tal vez el sentido común? Yo estaba ahí en la sala de control, ¿recuerdas? Estaba justo detrás de ti cuando viste su rostro en la pantalla de seguridad. Susurraste su nombre en voz baja, por el amor de Dios.

—¡Dios mío, Lola! —Apoyo mi mano en la parte baja de su espalda, y la dirijo suave pero firmemente hacia los ascensores.

Una vez que las puertas se cierran, levanto una ranura situada debajo de la fila de botones y presiono con el pulgar una tecla de acceso oculta. Enseguida se ilumina y empezamos a subir. Observo cómo se alejan los pisos, y mi enfado se desvanece lentamente con cada uno de ellos. Cuando pasamos por el vigésimo segundo piso, ya estoy lo bastante calmado como para volver a enfrentarme a ella.

—Eso fue muy imprudente. Cualquiera podría haberte escuchado.

—Quizás si dejaras de tratarme como a una niña, no tendría que recurrir a medidas tan drásticas. —Ella golpea su muleta en el piso—. Reconozco un ataque fugaz cuando lo veo. No hace falta ser un genio para ver que dos más dos siempre suman cuatro. —Suspirando, apoya la cabeza en la pared del ascensor—. Te conozco, Santi. Si la hija de Dante es la responsable de convertir Legado en un maldito tiro al blanco, no vas a quedarte sentado y aceptarlo así como así.





Cruzo los brazos sobre el pecho y la miro fijamente, desde sus palabras entrecortadas hasta el temblor en sus labios. Su nerviosismo se nota a simple vista, junto con su humanidad.

*Hay mucho de nuestra madre en ella.*

—¿Qué es lo que te preocupa tanto?

—No es nada —balbucea, mi pregunta la toma desprevenida—. Es que no me gusta que me obliguen a estar fuera de mi círculo íntimo, eso es todo.

Antes que pueda responder, el ascensor suena y las puertas se abren revelando la entrada a la "casa de verano" de mi hermana: un apartamento extravagante, un piso por debajo del mío.

—Es tarde —le digo, guiándola a través del umbral y hacia el lujoso alojamiento—. Necesitas descansar y yo necesito un trago. Hablaremos de esto mañana.

Para mi sorpresa, no discute. Después de acomodarla en su habitación, me escabullo hacia la cocina, una sala con suficientes campanas y silbatos como para emplear a toda una flota de chefs con estrellas Michelin. También es brillante. El tipo de luz que hace que te preguntes si estás a punto de sentarte a comer o de conocer a tu Creador.

Es por el diseño.

Renové todo el lugar cuando Lola anunció sus planes de pasar el verano en Nueva Jersey. Quería que su entorno fuera brillante, blanco y puro.

*A diferencia del ático que está justo encima.*



# *Bad* **BLOOD**

Es esa necesidad de preservar su inocencia lo que finalmente me lleva a destruir su confianza.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E



Bad  
BLOOD

## 13

SANTI



LLENO UN VASO DE CRISTAL CON JUGO, LO PONGO SOBRE EL MOSTRADOR. Y saco dos frascos de medicamentos del bolsillo interior de mi chaqueta. Coloco uno junto al vaso, destapo el otro y deposito dos cápsulas en la palma de mi mano.

No me detengo a pensar en lo que estoy haciendo. Si lo hago, cambiaré de opinión. Abriendo cada cápsula, vierto diez miligramos de OxyContin<sup>3</sup> en el líquido naranja. Lo revuelvo y agarro el vaso con una mano y el segundo frasco con receta en la otra antes de cruzar al dormitorio.

Lola está arropada bajo las sábanas, el estrés y el cansancio ya la están reclamando.

—Toma —le digo, ofreciéndole el vaso y el frasco de pastillas—. Tómate la medicina para que no se te infecte.

---

<sup>3</sup> OxyContin, nombre comercial del narcótico clorhidrato de oxicodona, es un analgésico que se vende en los Estados Unidos solo por prescripción. El OxyContin se receta legalmente para aliviar dolores moderados a severos ocasionados por lesiones, bursitis, neuralgia, artritis, y cáncer.



—Que emocionante. —Se mete las dos pastillas en la boca, y contengo la respiración mientras se las bebe con la mitad del vaso.

—Tómatelo todo. Necesitas vitamina C.

*Y necesito asegurar que mi boda no se vea interrumpida.*

Ella pone los ojos en blanco, pero no discute.

Quince minutos después, una bola de demolición podría atravesar los cristales que van desde el suelo al techo y Lola no se daría cuenta. Eso es porque pasará las próximas diez o doce horas en un país de las maravillas narcóticas.

¿Fue una jugada sucia? Por supuesto.

El hombre que llevo dentro se odia a sí mismo por drogar a su propia sangre. Sin embargo, el jefe del cartel lo acepta como lo que es, “un mal necesario”. Esto es una guerra, y a veces, el fin justifica los medios.

Mientras contemplo a mi hermana, con el rostro desmaquillado y el cabello oscuro disperso por sus mejillas, me sorprende lo joven que parece. *Apenas veinte años*. Mayor que Thalia, pero aún más joven que Ella. Mi pecho se enciende de rabia al pensar que alguien intente hacerle daño. Convertiría los cielos en negros y los mares en rojo para protegerla.

*Como hizo Thalia con su hermana.*

En este momento, mi odio hacia Marco Bardi se convierte en algo real y vivo. Ella Santiago podría haber sido fácilmente Lola Carrera, y entonces la desesperación atemorizada de una hermana se habría convertido en la cruzada impía de un hermano.





No puedo excusar sus métodos, y no voy a ignorar su papel en lo que todavía creo que es un ataque planificado contra mi casino... Pero como hermano devoto, respeto lo que Thalia estaba *y sigue estando* dispuesta a hacer en nombre de la familia.

Apago la luz y beso a Lola en la frente.

—Lo siento —susurro—. *Te amo, chaparrita.*

Al volver a subir en el ascensor, todo rastro de arrepentimiento se desvanece mientras asciende a la última planta. Cuando se abren las puertas, me abrocho la chaqueta del traje y doy un paso hacia mi guarida de ónice de mil metros cuadrados de luz solar desterrada y de gran tensión, solo para encontrarme con un par de manos cruzadas y un rostro contraído.

Siento que mis cejas se arquean. Mi ama de llaves no se pone nerviosa con facilidad. Es una de las razones por las que la mantengo a mi lado. No solo es eficiente, sino que también sabe mantener la boca cerrada.

—Svetlana.

—Señor, su *invitada*...

Por alguna razón, su tono de voz me eriza la piel.

—Ella tiene un nombre.

Se estremece, pero no ofrezco ninguna disculpa ni explicación. No necesito que mi ama de llaves y mi prometida sean las mejores amigas, pero preferiría mantener el derramamiento de sangre al mínimo.



—Por supuesto —dice, moderando su actitud—. La señorita Santiago se niega a comer. François le ha preparado tres comidas y ella... Bueno, señor, las ha rechazado con vehemencia.

—¿Con cuánta *vehemencia*?

—Lo tiró al otro lado de la habitación, señor —responde ella, con la indignación brillando en sus ojos.

En mi opinión, no es una crisis, pero Svetlana se ofende cuando hay desperdicio. Y con razón. Es una mujer clásica rusa, abandonada por el anterior propietario de Legado como si fuera una máquina tragamonedas rota. Svetlana ha conocido el hambre como pocos lo sufrirán.

Negarse a comer es un pecado.

—¿Han entregado mi paquete?

Asiente con la cabeza, señalando detrás de ella una caja larga y rectangular que descansa sobre una mesa de centro de cristal con lacado negro.

*Puede que RJ no esté de acuerdo con mis técnicas, pero es altamente eficiente.*

—La llave —digo, extendiendo la palma de la mano. Svetlana saca un pequeño llavero de su delantal y me lo coloca en la mano sin preguntar—. *Spasibo* —le doy las gracias en ruso mientras cruza el vestíbulo hacia el salón principal. Una risa macabra se apodera de mi pecho mientras guardo la caja bajo el brazo y hago girar el llavero alrededor de mi dedo índice mientras me dirijo a la escalera de caracol que se encuentra en el centro de la habitación.

Dos pisos, dos corredores y al final de un rápido desvío, abro la puerta y entro a la habitación donde me encuentro con Thalia



sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared opuesta, abrazando sus rodillas contra su pecho.

Y deja caer las piernas en cuanto me ve.

—*Feliz noche de bodas, muñeca.*

Frunce el ceño, pero las ojeras la delatan.

—Estás de buen humor. ¿Has pateado algunos cachorros de camino hasta aquí?

—Atribuiré tus groserías a los nervios previos a la boda. —Al entrar en la habitación, aprieto los dientes cuando el tacón de mi zapato se hunde en algo suave y pegajoso. Miro hacia abajo y exhalo con fastidio—. La Crème Brûlée es un clásico francés, no un arma fermentada.

—Creo que la palabra que buscas es *encubierta* —dice.

—No cuando ensucian mis zapatos.

Esa breve chispa de fuego parpadea y se apaga cuando ve la caja que traigo.

—No quiero nada de ti.

Gira la cabeza bruscamente, con su larga y oscura cabellera alrededor de los hombros. Su lenguaje corporal es un fuego infernal combinado con azufre, pero su perfil es un lienzo vacío lleno de preocupaciones. Las comisuras de su boca se curvan hacia abajo, lo que la hace parecer un peón del diablo, no su herramienta.

*Esta* es la Thalia que escuché en el buzón de voz de Bardi.

*Esta* es la Thalia frágil, una *muñeca* rota oculta bajo una capa de acero que se desvanece.





*Esta es la Thalia que vuelve a encender esa calidez extraña en mi pecho. Aquella que no comprendo y que no me apetece destruir.*

*Esta es la Thalia que toca una fibra sensible en lo más profundo de un rincón sombrío de mi mente. Uno con una solitaria luz flotante.*

*Contrólate, Santi. Esto es lo que ella quiere. Un destello para poder hacer lo que desea...*

—Esta huelga de hambre tuya no le hace daño a nadie más que a ti misma —digo, recomponiéndome mientras me sacudo la natilla de la suela de mis zapatos—. Ambos sabemos que no vas a morirte de hambre. La autodestrucción no está en tu ADN. Así que puedes comer lo que hay en tu plato en este momento, o comerlo del suelo después y aventurarte a contraer salmonela. Tú eliges.

Su respuesta es darme el dedo medio.

*Chica mala.*

Miro al otro lado de la habitación, donde el teléfono desechable que le regalé está en silencio sobre la mesita de noche.

—¿Sabe tu papi que su hijita está a punto de arruinar todo su legado? —Como no contesta, vuelvo a reírme para mis adentros y le doy un ligero golpe al paquete que llevo bajo el brazo—. ¿No vas a preguntar qué hay en la caja?

—No.

*Esa maldita boca suya.*

—Eso es una tontería. ¿Y si es un billete de avión? ¿O un cheque por cincuenta mil, gratis y sin intereses?





Me lanza una mirada fulminante.

—No eres tan imbécil y no soy tan ingenua. Inténtalo de nuevo.

—Bueno, qué bien. Podemos estar de acuerdo en algo.

Su resoplido de disgusto me hace sonreír.

Le guiño y le arrojo la caja a sus pies.

—Inteligente y hermosa. Mi novia sí que es un buen partido.

*Hermosa.*

Thalia se congela al oír aquella palabra, y me doy una paliza interna que me hace sangrar. Le da un rápido vistazo a la caja y vuelve a mirar hacia otro lado, desinteresada:

—Vete al infierno.

—Oh, mi amada... —Mi tono es condescendiente mientras me pongo en cuclillas frente a ella—. El deseo fue concedido hace mucho tiempo. Esforcémonos por un poco de originalidad, ¿de acuerdo?

Un destello de incertidumbre ilumina sus ojos castaños y luego se desvanece, sustituyéndose rápidamente por un mortífero abismo de cansancio y aversión.

—¿Qué quieres, Santi? Ya he aceptado casarme contigo. ¿Quieres que lo firme con mi sangre?

*Sí. Solo que no la tuya.*

—Tal vez más adelante. Por ahora, con que abras la caja será suficiente.



—Bien —sisea entre dientes—. Si con eso logro que desaparezcas.

Al cruzar las piernas, se inclina hacia delante, arrancando la cinta dorada de la caja como si las llaves de su libertad estuvieran enterradas en ese lugar. La tapa es extraída con la misma *delicadeza*, la burla se dibuja en sus labios mientras el papel es arrojado sobre su hombro como si fuera basura...

Y entonces se congela.

—¿Qué mierda es esto?

—Estoy casi seguro que en Estados Unidos a eso se le llama *vestido de novia*.

—¿Es así como bromeas? —dice, sosteniendo la extensión de satén blanco.

Mi sonrisa se desvanece.

—Rara vez bromeo, Thalia, y jamás si se trata de negocios.

—Negocios —repite, escupiendo la palabra como si su sabor la torturara—. Bueno, devuélvelo. No pienso vender mi alma usando una imitación de vestido tan barata y ordinaria.

—Costó veinte mil dólares.

Si no la hubiera observado con detenimiento, no me habría dado cuenta de cómo sus hombros se estremecieron, como si la propia etiqueta del precio le diera un fuerte puñetazo en el pecho.

—No es de mi talla.

—Revisa la etiqueta. Eres cuatro, si no me equivoco.



Se queda boquiabierta.

—¿Cómo...?

—Presto atención a los detalles. Es una habilidad que debes aprender si planeas sobrevivir en mi mundo al menos una semana.

Técnicamente, no es una mentira. Presté una cantidad exorbitante de atención a la forma de su cuerpo cuando la tenía aprisionada contra la pared de mi oficina. Cada curva. Cada pieza. Cada puto centímetro de ella...

—Mira debajo —le digo, señalando con la cabeza la bata—. Hay más.

No quiere, pero no puede evitarlo. Después de todo, la curiosidad y la impulsividad son los dos rasgos entrañables que la han traído hasta aquí. No tengo que mirar para saber el momento exacto en que lo ve.

Ese jadeo es música para mis oídos... *Y para mi dolorida polla.*

Thalia levanta el sujetador de encaje negro y la tanga a juego en el aire como si acabara de arrancarlo de una prostituta muerta.

—¡Oh, vete a la mierda, Carrera! —Respira—. No hay una maldita manera en la que me vaya a poner esto.

—Tal vez no fui claro —digo pacientemente—. No fue una petición.

A pesar de su deseo de creer que soy un monstruo sin alma, no lo soy. *Al menos no completamente.* Puede que no sea la boda de ensueño que ella deseaba, pero se merece usar cosas bonitas, a pesar de todo. El vestido no es una bofetada de diseñador. Es un intento de contrarrestar la miseria que le hizo sentir Bardi.



Sin embargo, ¿la lencería? Es para demostrarle que, aunque estemos en lados opuestos en el campo de batalla, sigo siendo un hombre que sabe apreciar a una mujer segura de sí misma.

Sin embargo, ese color no va con ella.

*Va conmigo.*

Es un símbolo de la oscuridad que consume la luz. Un recordatorio que, mientras el corazón y la inocencia pueden irradiar en el exterior, debajo de todo ese satén y cristal, el pecado y el encaje la envuelven de forma blasfema.

Parpadeando, se pone en pie.

—Esto no es una boda de ensueño, Santi. Esto es... —Sus palabras se cortan cuando sus ojos se posan en el encaje que cuelga de sus manos extendidas—. Esto es terrorismo matrimonial. —Exhala dramáticamente, y luego se sonroja cuando la sexy lencería se agita bajo la fuerza de su respiración.

La verdad mancha sus mejillas como una carta carmesí. El instinto animal básico no se puede controlar. No conoce límites y no le importa cruzar las líneas enemigas. *Ahora mismo, Thalia me está imaginando arrancando esto de su pequeño y firme cuerpo.*

Ni siquiera intento reprimir mi sonrisa.

—¿Crees que esto es divertido? —dice, el rubor de sus mejillas se oscurece por la ira.

*No, Thalia Santiago. Nada de lo que quiero hacerte es divertido.*

—Te dije que nunca bromeo, *mi amada.*





—No soy tu amada. Soy tu prisionera, y esto. —Me lanza en puños los trozos de encaje al pecho—. Es repugnante. Si crees que un par de votos sin sentido te dan derecho a algo más que a una ducha fría, estás muy equivocado. Si me pones un dedo encima, te aseguro que te romperé.

Al soltar la tanga enganchada sobre uno de los botones de mi camisa, doy un paso adelante, borrando todo el espacio que nos separa, excepto un centímetro.

—Son palabras muy fuertes para una mujer tan pequeña.

Esperaba que se derrumbara bajo mi ruin tortura, pero debería haberlo sabido. Esta chica no es una margarita marchita, es una rosa salvaje con espinas del tamaño de sus pétalos.

—¿No has oído nunca que las cosas peligrosas vienen en paquetes pequeños?

—No, estoy acostumbrado a manejar... *cosas grandes*. —Mi mirada baja hacia mis pantalones hechos a medida. Como si fuera arrastrada por una cuerda invisible, los suyos la siguen. La insinuación no está oculta. Está enmarcada por un letrero en neón parpadeante. Sus labios se redondean en señal de sorpresa y suelto otra carcajada—. Es un regalo, Thalia. Un simple gesto.

Se recompone y lanza la lencería y la caja al otro lado de la habitación.

—¿Quieres ser generoso? Tráeme un vestido negro largo y un velo.

—Es una boda, no un funeral.

—Semántica.



Bien, ya está. He consentido su rabieta demasiado tiempo.

Un gruñido grave retumba en mi garganta mientras me acerco a ella. Un grito de sorpresa se escapa de esos tentadores labios cuando Thalia da un paso atrás, justo contra la pared. Colocando una palma de su mano a cada lado de su cabeza, la aprisiono sin que pueda ir a ningún sitio...

No hay lugar a donde correr.

—¿Quieres hablar de funerales, *muñeca*? Anoche, estuviste a un paso de ser la invitada de honor en el tuyo. La única razón por la que todavía estas respirando... —No pido permiso antes de arrastrar una mano desde la pared y colocarla entre sus pechos—. Es porque yo lo permití.

—Pero tú...

—Has elegido vivir, Thalia. *Elegiste* nuestra unión profana. *Elegiste* la deuda sobre la lealtad. Así que no actúes como si me hicieras un favor al cumplir.

Se queda callada un momento, con el corazón palpitando con fuerza bajo mi palma.

—Sigues sin creer que no tuve nada que ver con el ataque de anoche.

No es una pregunta.

—La palabra de un Santiago no significa nada para mí.

—Y la promesa de un Carrera no significa nada para mí. —El odio crudo se enciende en sus ojos, convirtiendo el calor de mi pecho en un maldito infierno—. Eres un desgraciado.



—Y pronto serás cincuenta mil dólares más rica. Entonces, ¿en qué la convierte eso, *señorita*?

También podría haberla golpeado. Cuando mis palabras llegan a su fin, Thalia se desinfla visiblemente, y toda la audacia que le quedaba se disipa en una nube de verdad y engaño. A nadie le gusta que le pongan un espejo delante, especialmente cuando el reflejo no es bonito.

—Necesito salir de esta habitación, Santi —susurra—. Al menos déjame ir a casa y ofrecerle una explicación a mi...

—¿Te parezco un puto imbécil?

—Me buscarán. Me rastrearán hasta aquí, y cuando lo hagan...

—Que vengan. —mi tono desafiante es tan oscuro como un cielo sin estrellas en México—. No serás lo único que les quite. Es solo cuestión de tiempo antes que Nueva York sea mío también.

En el momento en que Thalia diga "sí, quiero", encenderé un fuego bajo el culo de Monroe Spader. Si Grayson cree que puede mantenerme fuera de Nueva York, se llevará una sorpresa.

Independientemente de lo que haya planeado.

Por segunda vez desde que atravesó las puertas de mi oficina, mi futura esposa deja de actuar como una reina maldita. Esa mirada abrasadora se atenúa, solo para ser llenada por lágrimas no derramadas.

—Por favor... —dice entrecortadamente, apretando su mano contra mi pecho—. Sé que...



*Un toque.* Un simple toque enciende un fuego vivo y mortal. La piel me arde debajo de la camisa, la presión de su mano me graba un tatuaje permanente en el pecho.

*Todo se distorsiona.*

Envolviendo mis dedos con fuerza alrededor de su muñeca, le quito la mano y la golpeo contra la pared por encima de su cabeza.

—No. Tocar. No me toques —gruño, con la voz afilada—. No me toques nunca sin mi permiso.

—Lo siento —tartamudea—. No lo sabía.

*¿Cómo podría?* Soy el heredero de un imperio de un cartel. No le doy explicaciones a nadie.

*Necesito salir de aquí.*

Me doy la vuelta y me llevo las manos al cabello mientras me dirijo a la puerta.

—Santi...

Me detengo dándole la espalda. No la reconozco, pero tampoco puedo alejarme. *Atrapado en el puto limbo, como siempre.*

—¿Qué ganas de esto? —pregunta suavemente.

—¿Qué ganas *tú* con esto? —le contesto, devolviéndole sus propias palabras—. ¿Qué cosas harán que valgan mis cincuenta mil dólares?

Ninguno de los dos responde.





—En una hora todo estará listo. —Me doy la vuelta para irme—. Le diré a Svetlana que traiga maquillaje y un cepillo y cualquier otra cosa que necesiten las chicas para estar presentables.

—¿Y si no lo estoy?

—Entonces necesitarás ese velo negro después de todo —advierto, cerrando la puerta tras de mí.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E



Bad  
BLOOD

14

THALIA



NUNCA ME HE CONSIDERADO UNA REBELDE.

Es difícil romper las reglas cuando pasas los primeros dieciocho años de tu vida en un complejo armado, aislado en medio del Océano Pacífico, rodeado de más armas que diversión. Incluso mis palabras ya no tienen tanto valor de asombro. Mi boca siempre ha sido una casilla con la cubierta rota.

Arrodillada sobre las frías baldosas, recojo las tijeras y las examino de nuevo, deslizando mis dedos en los ojaes y sintiendo lo ajustado que está el metal contra mi piel. Están demasiado desafiladas como para causar un daño real, pero son lo suficientemente afiladas como para hacer una escena. Y ése es el objetivo del juego ahora: deslizarme como un trozo de cristal bajo las superficies de Carrera hasta desangrar su paciencia.

Más allá de la protección de mi padre, estoy aprendiendo que las reglas pueden ser doblegadas por el más sutil de los motines. No empujaré a Carrera tan lejos como para que mi dinero esté en peligro, pero al final de esta semana, me rogará que me vaya.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E

Vuelvo a entrar en el dormitorio y miro el sedoso material blanco que se esparce por la caja en el suelo. *¿Y esto le ha costado veinte mil dólares?* Aprieto los dientes con frustración. Eso es casi la mitad del dinero que necesito para pagarle a Bardi.

El vestido de novia en sí mismo grita dinero y poder, desde los intrincados cristales Swarovski cosidos en el escote, hasta los detalles de costuras del corpiño. Incluso si sintiera una pizca de emoción por él, que no es así, *no me vería ni muerta* con algo tan llamativo. Este hombre no reconocería la delicadeza ni aunque le golpeara en la cabeza con una Glock cargada.

Me lleva más de una hora y, cuando termino, me duelen el índice y el pulgar. Para el toque final, arranco los pétalos de terciopelo del ramo de rosas rojas que su rubia ama de llaves me entregó con sus bolsas de maquillaje, y luego los acomodo en cuatro palabras en el contrapiso de la cama que hablan por mí y por todos los miembros del Cartel Santiago.

*Vete a la mierda.*

Al ver mi reflejo en el espejo, sonrío ante la carnicería.

Y entonces espero.



Bad  
BLOOD

15

SANTI



NUNCA HE IMAGINADO EL DÍA DE MI BODA.

No porque no haya encontrado a la mujer adecuada, o porque esté demasiado ocupado probando a todas las equivocadas. Ni siquiera porque haya comparado la institución del matrimonio con una celda de prisión de seis por ocho, con un alcaide y una marcha de cincuenta años hacia el corredor de la muerte.

Es por lo que soy. Por lo que he hecho. El suelo que he manchado.

Es porque un hombre como yo se pasa la vida adquiriendo tantas deudas como cobrándolas. Vienen en diferentes formas, como un socio de negocios despreciado. Una viuda afligida. Un amigo celoso.

*Un rival peligroso.*

A lo largo de los años, cada deuda se convierte en un juramento, y los pecados no expiados inclinan la balanza del juicio en su contra. Desde el día en que nací, he estado viviendo en deudas. ¿Y esas deudas? ¿Esos votos? ¿Esos pecados? Todos tienen una fecha de caducidad.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E



Como yo.

Era demasiado joven para recordar el día en el que el mundo de mi padre dejó de girar, pero se aseguró que las imágenes pintadas en mi cabeza mientras crecía le hicieran justicia. *Skyfall*, lo llamó.

*La Boda Roja.* El día en que los cielos se abrieron y los ángeles lloraron. El día en que la tragedia de nuestra familia marcó el rumbo de mi destino. El día en que una bala destinada a él casi se lleva a mi madre de este mundo. Y el día en que, dos años después, mi padre dejó caer tres balas en la recámara de un revólver, le dio una vuelta y miró el cañón de su propia pistola.

Fue entonces cuando supe que nunca me dejaría consumir tanto por una mujer. Al punto en el que preferiría morir por mi propia mano que vivir en un mundo sin ella.

Por eso nunca imaginé el día de mi boda, porque el matrimonio no es más que un juego de ruleta rusa, también. Los pecados del padre pueden recaer sobre sus hijos, pero los errores son suyos. Cuando la *Santa Muerte* venga por mí, pienso dejar este mundo de la misma manera en la que vine a el.

Solo.

Pero todo eso se fue al infierno anoche, cuando, por una decisión repentina, intercambié mi alma y también la de Thalia. Rompí mis propias reglas. Ahora, con dos brillantes anillos de oro, no solo tendré una compañera en la vida, sino que, gracias a la brillante bala de oro que inevitablemente nos llegará por esto, también tendré una en la muerte.

Me tiro del cuello de mi camisa blanca. El traje gris oscuro que he elegido para ponerme se parece más a un ataúd de seda que a un traje de etiqueta, algo que preferiría no tener que amplificar en



Bad  
BLOOD

un espejo de treinta y seis por cuarenta y seis pulgadas, *gracias*. Quienquiera que haya decidido revestir el interior de este maldito ascensor con espejos angulares debería ser ejecutado dentro de él.

No quiero ver una imagen mía vestido así, mucho menos un par de docenas. No porque el traje cueste más que la casa de una persona promedio. El exceso es mi carta de presentación. Es porque la imagen que me devuelve se parece menos a mí...

Y exactamente como *él*.

Desde mi pelo oscuro peinado hacia atrás hasta la sombra de las cinco que no dura ni un minuto más de las seis, la imagen de Valentin Carrera está grabada en cada línea y grieta de mi cara como una maldita piedra.

Es una constatación que amarga aún más mi estado de ánimo.

—Que se joda el destino —murmuro cuando las puertas del ascensor se abren, revelando mi paraíso del diablo.

—¿Thalia? —grito, sin escuchar nada más que mi propio eco rebotando en las paredes negras—. Thalia Santiago —repito, cada vocal de su apellido como un bocado de cristal roto—. Ven aquí ahora mismo. Es de mala suerte llegar tarde a tu propia boda.

Por lo que a mí respecta, todas las bodas dan mala suerte... *y punto*.

—Me voy a casar *contigo* —dice una voz—. Obviamente, Lady Luck ya me ha dado un portazo en la cara.

Recorro la habitación con una mirada inquieta, solo para que mis ojos sean asaltados por lo que solo puede describirse como una guerra visual.



—¿Qué carajo?

Thalia está de pie en el último peldaño de la escalera de caracol, con el cuerpo colgando de la barandilla como una serpiente. Entre sus manos hay un ramo de largos tallos verdes, cada uno de ellos despojado de sus pétalos.

Y eso es solo el principio... Mientras yo me he pasado el día asegurándome que cada detalle de mi plan se ejecutaba según mis especificaciones, esta loca se ha puesto en plan *Eduardo Manostijeras* con un vestido de novia de veinte mil dólares.

Lo que antes era una falda completa con una larga y adornada cola, ahora parece un vestido de cóctel digno de una maniática. Kilómetros de piernas suaves y doradas pavimentan un camino mortal desde sus Louboutins de marfil hasta el material irregular que ahora apenas le cubre el culo.

Al menos lleva el corpiño negro que le regalé, como un puto top.

Sin embargo, es su cara la que hace que se me caiga la mandíbula. No solo su maquillaje parece haber caído en una caja de lápices de colores de sesenta y cuatro cuentas, sino que también se ha hecho coletas en el pelo.

*Malditas coletas.*

Salí del ascensor esperando encontrarme con Grace Kelly y en su lugar recibí una bofetada de Harley Quinn.

—¿Te gusta? —dice, despegándose de la barandilla y caminando hacia mí con un giro dramático—. Quería que toda la alegría que sentía por dentro al convertirme en tu esposa se reflejara en el exterior. —Una sonrisa malvada baila en sus labios pintados de púrpura—. No soy nadie para presumir, pero creo que lo he conseguido.





Si no estuviera tan enojado, me impresionarían los *huevos* de acero de esta mujer.

—Le diste en el clavo, sin duda —digo secamente—. Directamente a través de la parte de tu cerebro que controla tu sentido común. —La agarro del brazo para detener su incesante giro—. ¿Esta es tu idea de una broma?

—Oh, Santi... *Rara vez bromeo* —dice, muy satisfecha consigo misma mientras repite mis propias palabras de antes.

—Pareces una psicópata.

—¡Oh, no! —Jadeando dramáticamente, Thalia se lleva una mano al corazón—. Mi prometido está disgustado. Pero me he esforzado mucho para tener el aspecto de una *Carrera*.

—Cuidado —le advierto, tragándome la retahíla de obscenidades en español que reposa en mi lengua. Sus pequeños insultos se están convirtiendo en un gran problema que pienso solucionar *después* de la ceremonia.

He heredado el temperamento de mi padre, pero también sé cuándo elegir mis batallas. El acto de desafío de Thalia fue un esfuerzo encomiable, pero un completo desperdicio de energía. ¿Esta mujer cree que por destrozar su vestido y luego cubrirlo con el corpiño como una puta confundida en un burdel, voy a asumir que está *loca de la cabeza* y la enviaré de vuelta a su casa?

*No, por supuesto que no.*

Thalia quiere que pierda los nervios para poder odiarme aún más. Ella quiere mi ira. Quiere que mi odio y su miedo se retuerzan y se muestren en toda su jodida gloria.

Y casi lo tiene.





Mi instinto inicial es arrastrarla de vuelta al cuarto de baño y obligarla a cambiarse después de quitarse toda esa mierda de la cara. *¿Pero por qué?* Esto no es una boda de verdad, al menos no en el sentido tradicional. No es más que un acuerdo vinculante, un grillete de oro que le asegura un asiento en primera fila para la destrucción de su familia.

Si Thalia quiere ir al altar vestida como un fenómeno de circo, que así sea. Su acto de rebeldía no es más que una monstruosidad.

La *princesa* colombiana está a punto de recibir una lección sobre jugar con fuego.

—Es corto. —Observo, mientras mis ojos recorren el corte desigual que apenas roza la parte superior de sus muslos—. Creí que te había dicho que dejaras de enseñarle el coño a mis hombres, *muñeca*.

—¿Qué pasa, Carrera? —gruñe, batiendo esas largas pestañas—. ¿No te gusta lo que ves?

¿Gustar? Podría devorarlo. Incluso siendo un paquete envuelto en una actitud de mierda, sigue brillando. Si la sangre de mi enemigo no corriera por sus venas, destrozaría con gusto ese bonito coño que sigue desfilando en mi cara. Sin embargo, prefiero cortarme la polla yo mismo antes de follarme a una *santiaguera*, a pesar de mis pensamientos tácitos de lo contrario.

—Definitivamente es una declaración.

Hace una pausa, claramente tomada por sorpresa.

—Espera, ¿no estás enfadado?

—¿Debería estarlo?



Esa mandíbula orgullosa se tensa cuando me acerco.

—Estás jugando conmigo, ¿verdad?

Percibo el leve aroma del jazmín cuando bajo mi boca hasta su oído.

—Todavía no —susurro, con esa electricidad cargada que vuelve a crepitar entre nosotros que llamo engaño—. Lo reservo para nuestra noche de bodas. —Disfrutando de su respiración entrecortada, doblo el codo y le ofrezco el brazo con una sonrisa salaz—. ¿Vamos, *mi amada*?

—No soy tu amada, ni tu esposa —murmura, rodeando el brazo con el mío antes de hundir sus brillantes uñas amarillas en mi piel—. Al menos no durante los próximos minutos.

Decido ignorar su último acto de desafío. No es la primera vez que una mujer intenta dejar cicatrices, y no será la última.

Ella saca sangre bajo la chaqueta de mi traje mientras caminamos hacia al ascensor.

—Disfruta de estos minutos, Thalia —le advierto—. Porque después que digas "sí, acepto", todos los minutos posteriores me pertenecen.



Alimentar la esperanza es como alimentar un pozo de los deseos.



Puedes pasar por el mismo pozo todos los días durante años, echando a ciegas un centavo tras otro, creyendo que, finalmente, una moneda mágica hará que todos tus sueños se hagan realidad.

La cruda realidad es que no lo hará. Porque un céntimo no es más que un sucio trozo de cobre, y a un charco de agua le importan un carajo tus deseos.

Los deseos no pueden cumplir los sueños.

Y la esperanza no cambia el destino.

Dos duras lecciones que Thalia Santiago está aprendiendo hoy.

No ha abierto la boca desde que salimos del ático. No es que espere mucho más que la mirada perdida que se dibuja en su rostro mientras nos dirigimos por un estrecho pasillo hacia la "capilla" de Legado.

Una parte de mí se pregunta si, a pesar de su lengua afilada y sus palabras ácidas, hay una pequeña parte de ella que creía que el destino no sería tan cruel como para asestarle golpes consecutivos. Que seguramente no se vería obligada a vender su alma a dos hombres malvados dos veces en una semana; que si se mantenía fuerte y solo tenía esperanza, en el último momento la familia a la que tanto ama llegaría en sus caballos negros y salvaría el día.

Pero aquí no hay caballos.

No hay salvadores.

Y solo hay un Santiago.

*Ella.*





Media docena de guardias con gafas de sol oscuras permanecen inmóviles frente a las puertas dobles cerradas. Cuando Thalia y yo doblamos la esquina, asienten en señal de respeto, separándose como el Mar Rojo.

Cuando se abren las puertas de la capilla, Thalia inhala con fuerza. Es su primera concesión emotiva desde que me tomó del brazo.

—Te preguntaría si te lo estás pensando —digo, observando las caras curiosas de los pocos hombres de confianza a los que les he permitido asistir—, pero supongo que eso es más bien retórico en este momento.

La respuesta de Thalia es clavar sus uñas aún más en mi brazo.

No me siento ofendido. De hecho, cuanto menos hable mi intención, menos posibilidades hay de que algo se desvíe. He permitido sus rabietas. He soportado su falta de respeto y la destrucción de mi generosidad. Incluso he tolerado su reciente intento de violencia física. Sin embargo, esta ceremonia es algo que no permitiré que nadie impida, especialmente la novia.

Hay un lado de mí que Thalia nunca ha visto.

Y prometo que no quiere hacerlo.

Deslizando la mirada hacia mi izquierda, observo los ojos sombreados de Rocco y arquea una ceja. Él inclina la barbilla en señal de afirmación silenciosa a mi pregunta no formulada.

*Excelente.*

No necesito palabras para saber lo que ha ocurrido. Después de acomodar a Lola, le encomendé a Rocco una tarea específica: *rastrear al escorpión*. Sus hallazgos fueron tal como lo anticipé.





Edier Grayson ya sabe de nuestra inminente unión, y el jet privado de papá Dante ya ha aterrizado en Nueva York.

Todo se está desarrollando perfectamente.

Con una última inclinación de cabeza hacia Rocco, sonrío para mis adentros cuando mete la mano en su pantalón de traje y saca su teléfono.

—Sonríe, *muñeca*.

Thalia me mira, pero antes de poder protestar, se oye un clic y un brillante destello de luz.

—¿Nos acaba de hacer una foto? —dice, sonando sorprendida.

—Sí —respondo. Levanto la barbilla y la miro fijamente sin disculparme.

—No quiero ningún recuerdo de este día.

—No son para ti, *mi esposa*. —Thalia se estremece cuando puntualizo las palabras "*mi esposa*" con una lenta sonrisa—. Son para mi nuevo suegro.

Por una vez, se queda sin palabras.

A medida que la realidad de mis palabras se hunde, ese arco iris de color que salpica su cara se desvanece bajo un espeso velo de miedo blanco como la cal.

Dicen que una imagen vale más que mil palabras.

Esta vale cincuenta mil, pero la reacción de Dante Santiago al verla...

*No tiene precio.*



# Bad BLOOD

## 16

### THALIA



HAY MÁS PELIGRO EN EL SILENCIO QUE EN UNA AMENAZA EN VOZ ALTA.

Mi padre me lo enseñó.

Cuando tenía doce años, visitamos a la familia de Edier en Colombia durante todo un verano. Una noche después de la cena, trajeron a un hombre encadenado a la casa principal. Recuerdo haber visto desde una ventana del piso superior cómo él y el padre de Edier salían al porche de abajo para recibirlo. Abrí el vidrio con la esperanza de escuchar la ofensa de ese hombre, pero solo oí sus ruegos y súplicas de perdón.

No hubo ni una palabra de nadie más, ni siquiera de los guardias.

Después de diez minutos de esto, vi el destello de plata en la mano de mi padre. El hombre estaba muerto antes de caer al suelo, con sus ojos lúgubres mirando a un cielo que nunca volvería a llenar de ruegos y súplicas.



No fue el asesinato lo que me impactó. Fue la forma brutal en que se impartió su justicia.

En silencio.

A veces me pregunto si esa es la razón por la que hablo demasiado. El porqué derramo mis pensamientos y emociones en una habitación para mantener una especie de equilibrio desordenado, porque cuando el mundo está en silencio, las cosas se ponen serias.

Como la larga y dolorosa pausa del mes pasado antes de decirle a mi padre que no quería volver a verlo. Que me pasaba todos los días deseando ser hija de otro hombre.

Como cuando Bardi me mostró su cinta...

*Como ahora.*

No hay ninguna delicadeza en la forma en que me llevan por el pasillo de la capilla. Es la única sala de su casino que no es negra y dorada. Las paredes son blancas y la luz del día entra por otro de esos techos de cristal en forma de cúpula, haciéndome sentir como si estuviera bajo una especie de interrogatorio divino.

Lo siento, Dios, pero no hay nada sagrado en este matrimonio.

Tropiezo con los tacones cuando pasamos junto a las filas de bancos vacíos, pero su fuerte agarre del brazo no me da la oportunidad de caer. Odio que haya ganado la primera batalla de este matrimonio. Mi traje no dio en el blanco y ahora me siento como una idiota.

Cuando llegamos al altar, me hace girar para que me enfrente a él.



—¿Y bien? —dice irritado.

—Bien, ¿qué?

—Me estoy preparando para tu última puñalada de hostilidad como mujer soltera.

—¿Apuñalar? —Me suelto el brazo, negándome a reconocer cómo el corte de su traje de novio gris oscuro me hace sentir extrañas mariposa en el estómago—. Esa es una palabra interesante para usar con tu compañera de odio... Y será un placer decepcionarlo, *señor*. Me he quedado sin palabras.

—Excepto por las que cuentan en un lugar como éste.

—Soy una mentirosa, ¿recuerdas? —digo entre dientes apretados—. Esto debería ser fácil para mí.

Levanta una ceja inclinada, pero no comenta nada.

Se oye un ruido de roce detrás de nosotros cuando un par de sus sicarios entran en la capilla y toman asiento en el banco más lejano. Detrás de ellos viene un hombre bajito con un traje azul, con la cara seria y el cabello castaño ralo. Lo reconozco como el hombre que vi paseando por el casino hace un par de noches con Santi.

—Ah, los testigos —dice, señalando con la cabeza al juez de paz que ha estado mirando con cara de horror mi rostro y mi traje—. Pueden empezar.

—¡Espera!

Todas las cabezas se vuelven hacia mí. Un destello de fastidio baila en la cara de Santi, pero lo mata de un plumazo.

—Me lo imaginaba. Vamos entonces, escúpelo.





—No, no es eso... —Me quedo sin palabras, luchando por expresar la profunda tristeza que siento de repente.

¿Es así como se sintió mi madre el día de su boda?

Mis dedos tantean el colgante que llevo en el cuello, el que me regaló cuando cumplí dieciocho años. El que siempre había admirado de niña, y el que llevo todos los días. El mismo que mi padre le regaló a ella, hace más de dos décadas.

Es una cadena de plata con tres números incrustados de diamantes que parecen tan adecuados para hoy.

666

—¿Y bien?

Si este colgante la protegió de lo peor de su demonio, tal vez pueda hacer lo mismo por mí.

—¿Thalia? —dice—. Estoy esperando.

—Solo te estaba dando la oportunidad de echarte atrás en el trato —le digo, sonriendo dulcemente, mi tristeza se convierte en ácido—. Mi padre siempre dijo que era una especialidad de los Carrera.

Detrás de nosotros surgen murmullos de enfado.

La sonrisa de Santi es material pornográfico de tortura.

—Comienza —le dice de nuevo al oficiante—. Y esta vez no pares hasta que esta puta Santiago tenga un nuevo apellido.

Resulta que no se necesita mucho tiempo para deshonar a toda tu familia. Cinco minutos, para ser exactos... Al final, todo es una cuenta atrás de números para el último castigo:



Tres testigos con los dedos en el gatillo de un arma, por si decido huir.

Dos votos de engaño visceral.

Un matrimonio, nacido de la sangre y las espinas.

Mientras me colocan el anillo de boda en el dedo, dejo que una sola lágrima se escape de su estricto confinamiento, girando la cabeza para que mi nuevo marido no lo vea. Esto es algo temporal para mí, pero para Edier y Sam... para Ella... no lo entenderán. No hasta que la verdad salga a la luz.

Hasta entonces, me quedo con Carrera, para bien o para mal.

Como si pudiera ser peor.

No hay desayuno de boda después. No hay brindis de celebración para enmarcar la ocasión. En cambio, me deja colgada en el vestíbulo mientras mantiene un breve intercambio de palabras con el hombre del traje azul. Después, me conducen por un tramo de escaleras a un garaje subterráneo privado donde está aparcado un Aston Martin DBS negro.

Seguro que conduciría un auto tan bonito y brutal como él.

—Sube, esposa mía. —Abriendo la puerta, me empuja al asiento del copiloto.

Me gustaría que dejara de llamarme su esposa. Es repugnante.

Lo veo deslizarse a mi lado.

—¿A dónde vamos?

—Es hora de otro regalo de bodas. —Con eso, acelera por el camino de entrada y se pone rumbo a la Garden State Parkway.



Más silencio.

Más palabras perdidas.

Mi corazón se hunde como el sol al cruzar a Manhattan.

—Si esto es una concesión tuya, es una verdadera mierda —le digo—. Gracias a esa foto de boda, ahora soy tan mal recibida en esta ciudad como tú.

—Parias en el matrimonio —murmura.

—¿Quién era ese hombre en la boda? —Me sale el tiro por la culata mientras conducimos por la 9ª Avenida.

—Uno de mis guardias de seguridad.

—No, el tipo bajito. La lechuga flácida entre el sándwich de carne. Parecía una rata con traje.

—Los roedores son los animales más leales y dedicados.

*Ahora se está burlando de mí. Me doy cuenta.*

—Oh, olvídale —digo, mientras se detiene en la acera a 30 metros de mi bloque de apartamentos—. ¿Qué estás haciendo ahora?

—No voy a hacer nada. Tú, sin embargo, vas a recoger tus cosas. —Apaga el motor y tira de su corbata plateada para aflojar el botón superior. Al mismo tiempo, toma su pistola y la apoya en su regazo—. Tienes treinta minutos, y luego no volverás.

Eso es lo que él piensa. Una semana. Siete días. Ciento sesenta y ocho horas, y definitivamente volveré.



Voy a tomar el pomo de la puerta y siento su pesada mano en mi muslo.

—Recuerda las reglas, Thalia. Una semana de luna de miel feliz y con sonrisa falsa, o mi mitad del acuerdo se cancela. Sabes muy bien que tu hermana no va a ser el único miembro del Cartel Santiago en tu apartamento ahora mismo. Finge, o *lo jodes* ¿Comprendes?

Sin responder, aparto su mano y salgo del auto, viéndome en la ventanilla. Dios, me veo ridícula.

Me quito el corpiño negro, lo vuelvo a dejar en el asiento y me quito las coletas. Voy a dar un portazo y le sorprendo mirándome.

—Pervertido del cartel —siseo, mostrándole el dedo corazón.

—Tu pervertido del cartel —corrige fríamente—. Firmado, sellado, entregado.

—No en esta vida —murmuro en voz baja mientras cruzo la calle, consciente de su oscura mirada sobre mí constantemente.

Al entrar en el edificio, me dirijo directamente al ascensor. Estoy tan nerviosa que podría morir. ¿Va a volver a hablarme Ella? ¿Va a ponerme Edier contra la pared y dispararme? Me tiemblan las rodillas, así que me quito los zapatos de tacón para mantener el equilibrio. Sigo restregando frenéticamente los últimos restos de maquillaje cuando se abren las puertas del ascensor.

Recogiendo mis tacones, me dirijo a la salida y me quedo paralizada. Dos de los hombres más letales de Nueva York están apoyados en la pared del fondo, esperándome. Por sus posturas rígidas y sus expresiones amargas, supongo que no se trata de





una visita amistosa. Sam parece como si acabara de llevar su Bugatti a una prueba de conducción y golpeará cada poste de luz de aquí a Central Park, mientras que el rostro de Edier es tan impenetrable como el de su padre en estos días, pero sus ojos marrones bailan de rabia.

Es entonces cuando sé que los próximos treinta minutos van a ser los más largos de mi vida.

—¿Qué mierda has hecho, Thalia? —ruge Sam, alejándose de la pared para golpear con la mano las puertas que se cierran—. Acabas de llevar esta guerra al siguiente nivel.

Edier vuelve a tirar de él mientras yo me encojo contra la pared del vagón.

—Déjala —murmura, autoritario como siempre—. Se explicará cuando esté preparada.

—Claro que sí. —Dando un paso atrás, Sam me abre la puerta de mi apartamento de un tirón—. Entra y quítate ese estúpido vestido. Pareces un payaso.

—Un payaso, ¿eh? —Por un segundo, estoy tan enojada que no puedo hablar—. Intenta caminar una milla con estos, Sam Sanders. —Me adelanto para sacudir mis Louboutins en su apuesto rostro—. Créeme cuando digo que te romperías los putos tobillos antes de llegar a la acera.

—¿Tienes idea de los problemas que has causado?

—¿Por qué no me doy una ducha extra larga y luego me lo cuentas todo?

Su mirada se dirige de nuevo a lo que queda de mi vestido de novia.



—Puedes lavarte todo lo que quieras, pero seguirás apestando a Carrera.

—Díselo a tu polla después de que te follaras a su hermana el año pasado.

—Basta ya —nos gruñe Edier a los dos—. No dejes que ese *cabrón* de Carrera nos divida más de lo que ya lo ha hecho.

Es entonces cuando me golpea. El peso de esta mala sangre siempre iba a ahogarnos, pero estando aquí en este pasillo con dos chicos con los que solía robar autos, por primera vez puedo sentir que nuestras cabezas se hunden.

Ahora estamos todos conectados, queramos o no: Santi, yo, Edier, Ella, Sam, Lola. Es una cagada generacional, como un fallo informático en nuestra matriz. Estamos programados para odiarnos mientras nuestros padres nos lo digan, sin importar el dolor, la angustia, la violencia...

Miro mi anillo de boda y veo a Sam haciendo lo mismo.

Maldiciendo en voz baja, se aleja por el pasillo, y por un momento me pregunto si sabe que el otro día dispararon a Lola. No conozco los detalles de lo que ocurrió entre ellos, pero fue suficiente para convertir al chico más popular del campus de Rutgers en una máquina de matar.

—¿También vas a señalarme? —le pregunto a Edier con recelo.

Me mira por un momento, con sus dos metros de seguridad en sí mismo. Nadie más se atrevería a provocarlo así y esperar salirse con la suya.

Pero Ella y yo tenemos una descompensación especial. O Ella la tiene... Creo que mi estatus fue revocado hace un par de horas.



—Jesús, Thalia. ¿Por qué lo hiciste? —dice, sacudiendo la cabeza hacia mí—. ¿Tienes un problema en esta ciudad y no vienes a mí?

La decepción en su voz me mata más que sus palabras.

La vergüenza se convierte en acusación.

—¿Anoche dispararon en Legado?

—¿De qué mierda estás hablando?

Incluso Sam se detiene y se gira ante esto.

—Me lo dijo, Edier.

—¿Y le creíste?

—Solo dime que no es verdad...

—Oíste lo que él quería que oyeras. —Ve la mirada de Sam por encima de mi hombro y le dice un nombre, pero lo dice tan rápido que no tengo oportunidad de leer los labios.

—Entonces, ¿dices que no lo has orquestado?

—Digo que Santi Carrera tiene una agenda, y no incluye importarle un bledo, piense lo que piense. —Edier mueve la cabeza hacia la puerta abierta—. Es hora de dar la cara. Ha estado esperando casi toda la noche por ti.

Apuesto a que sí.

Suponiendo que se refiere a Reece, arrastro mi culpabilidad al entrar en el apartamento. Se ha portado bien conmigo a lo largo de los años, y yo se lo he echado en cara. Mi padre tampoco estará contento, así que será necesaria una temida llamada



telefónica para desviar esa bala. Voy a tener que arrastrarme para arreglar esto.

Mis pies descalzos suenan como suspiros en el suelo de caoba. Estoy justo en la puerta del salón cuando un rico y familiar aroma me envuelve la garganta, haciéndome parar en seco, con el corazón explotando en mi pecho.

No puede ser...

Y entonces observo con horror su presencia en el umbral de la puerta: un hombre mucho más alto y ancho que Reece Costello, con una tormenta de fuego en sus inquietantes ojos negros y una expresión tan oscura como las sombras que se extienden tras él.

La edad no lo ha ablandado. En todo caso, lo ha hecho más fuerte, más duro... Más mortal.

El único hombre en el mundo que me da más miedo que Santi Carrera.

Los zapatos que tengo en la mano caen al suelo.

—*Hola, papá*—susurro.





Bad  
BLOOD

17

THALIA



AHÍ ESTÁ ESE SILENCIO DE NUEVO... ESE LARGO Y DOLOROSO PRECURSOR DEL INFIERNO.

Me lleva de vuelta a una noche nevada de hace diez años, sentada en un auto robado frente a una iglesia abandonada, esperando que algo sucediera y sabiendo que no me gustaría cuando lo hiciera. Esa fue la noche en que escuché por primera vez el apellido “Carrera”, la noche en que supe por primera vez algo de esta guerra.

Quién traicionó a quién primero ya no importa. Lo único que sé es que una tregua tentativa se convirtió en un baño de sangre, y desde entonces no ha dejado de salpicar los lados.

A lo largo de los años, se han disparado más balas, se han cerrado tratos, se han perdido vidas... Como predijo mi caballero de las nieves, pasó a la siguiente generación, y ahora me he visto obligada a casarme con el y afrontar las consecuencias.

Mi padre no hace ningún comentario sobre mi aspecto al principio, pero el descenso de su boca lo hace todo por él.



—Thalia —saluda, con esa entonación animosa y burlona suya, que da órdenes de matar de la misma manera que me contaba cuentos para dormir—. Es un placer que te unas a nosotros.

—Puedo explicar...

—No puedo esperar a escucharlo.

—Sobre el vestido...

—No hace falta que empieces por ahí, *mija* —dice levantando las cejas hacia mí—. Está claro que Santi Carrera no es exigente con el aspecto de su venganza.

Y así comienza...

—No lo hagas. No lo hagas. —Pasando por delante de él, me tumbo en el sofá más cercano y me pongo un cojín en el estómago para protegerme.

—No, ¿qué?

—No... esto. —Hago un gesto hacia su postura casualmente engañosa. Está apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados, pero no me engaña ni un segundo. No se disculpa por nada. Es a su manera, o se carga la autopista. Hay una buena razón por la que nunca acudí a él sobre las imágenes de Bardi en primer lugar. La situación necesitaba tacto, y él solo sabe cómo pisotear.

—¿Quieres decir que no puedo felicitar a mi hija menor por su boda?

Su tono podría desollar la piel... Lo cual es algo que él sabría muy bien.



—Lo siguiente será decirme que estás enamorada de él.

—Estoy enamorada de él —miento—. Ha sido un día perfecto.

—Ya veo.

—Lástima que mamá no pudiera decir lo mismo del día de su boda.

El efecto de mi golpe enfría el ambiente de la habitación hasta las cifras más bajas. Incluso a sus cincuenta años, papá tiene una seriedad que reduce a los hombres adultos y a las hijas discolas a montones temblorosos y dudosos.

—No trates de entenderlo, *mija* —advierte—. Solo sé que traje luz a un lugar oscuro.

—¡La secuestraste y la obligaste a casarse contigo!

—Y está tan malditamente infeliz por ello.

Hay un tic que trabaja duro en su mandíbula.

Esa es otra cosa de mi padre. No le gusta que le cuestionen nada. Aparcó su conciencia hace mucho tiempo y perdió el ticket del estacionamiento a propósito.

—No me parece muy bien la deferencia de tu marido hacia su nueva familia. —Dando un paso hacia mí, lanza su teléfono sobre mi regazo—. ¿Se supone que esto es una especie de dote inverso con pinchos?

Mirando de reojo, veo de repente por qué Sam estaba tan enfadado.



—¿Qué pasó? —susurro, sabiendo lo mucho que amaba ese lugar. El Barfly era la propiedad favorita de Sam en Manhattan, el bar que su padre le regaló en su vigésimo primer cumpleaños.

Ahora no es más que brasas y cenizas ardientes.

—Incendio en la cocina sin motivos. —Vuelve a tomar el celular con un golpe vicioso—. Te daré una oportunidad de saber a qué teniente atraparon junto al horno con una caja de cerillas en la mano.

—¿Tal vez no deberías haberle provocado grafitando tu escorpión por todo su casino?

—Quizá deberías haberte quedado en el lado derecho del puto río —gruñe, perdiendo los nervios—. Esta locura termina hoy, Thalia. Ya te has divertido. Has llamado mi atención...

—¿Tu atención? —Me pongo en pie de un salto, con las afiladas garras de la indignación deshaciéndose de mi autocontrol—. ¡He estado ignorando tus llamadas durante el último mes porque no quería tu maldita atención! Necesitaba volar, sin que me arrancaran las alas por una vez.

—¿Directo a la red de Carrera? —Sacude la cabeza con disgusto—. Te di demasiada libertad, *mija*. Nunca debí haberte dejado venir a Nueva York.

—Nunca esperé que te gustara esto. Sé como te sientes por...

—Nunca me ha gustado mucho la palabra "como" —reflexiona sombríamente—. No describe el *asesinato premeditado* de la manera en que debería.

—¡Eres increíble! —grito—. *Pisotón, pisotón, pisotón*, por todo. Ya he terminado de hablar de esto. Sabes dónde está la salida.





Estoy a medio camino de la puerta cuando empieza a hablar de nuevo.

—Hay una bolsa preparada y lista sobre tu cama, *mija*... te sugiero que elijas bien.

—¿Elegir qué? —digo, volviéndome lentamente, sabiendo que cualquier opción que me dé va a ser un billete de ida a la angustia.

—Puedes irte conmigo hoy y volver a la isla, o el francotirador entrenado que tengo en el Aston Martin negro en la mitad de la calle exterior recibe la llamada que está esperando. —Me enseña su móvil para mostrarme que no está bromeando. No es que le vaya a acusar de eso—. Santi Carrera es una mierda vengativa... Ayer envió a la oficina de Rick Sanders un sobre con documentos falsos en los que aparecía manipulando cajas de ballet. Hizo falta diez millones de dólares para que desapareciera.

—¿Cómo sabes que eran falsas? —murmuro desafiante—. El tío Rick no me parece el tipo de hombre que siempre juega siguiendo las reglas.

—Eso no tiene nada que ver —dice—. Carrera va a cosechar las repercusiones de ese pequeño truco muy pronto. El hijo de Rick se está encargando de ello personalmente.

No me gusta cómo suena eso. Sé cómo es Sam. La venganza es su pasatiempo favorito.

Me siento cansada de repente. Muy cansada.

—¿Cómo está *mamá*? —pregunto, echando de menos su tranquila diplomacia, ahora más que nunca. Es la única persona que puede calmar a papá cuando es un infierno de malevolencia como este.



—Enfadada. Dolida. —Sus ojos se entrecierran y se me cae el estómago. Cuando Ella y yo éramos jóvenes siempre nos metíamos en los peores líos con él cuando hacíamos algo que la molestaba—. Lo mismo que tu hermana, de hecho.

*Ella.*

Llevo un día entero intentando localizarla y sigue sin contestar. Busco sus cosas, pero no hay ningún ordenador portátil, ningún sistema de altavoces, ninguna de sus ropas está colgada en el respaldo de los sofás...

—¿Dónde está? —digo, sintiendo pánico.

—No es seguro para ella estar en Nueva York... No ahora que su hermana ha encendido una bomba bajo una caja de fuegos artificiales.

—¡Pero si tiene los exámenes finales el mes que viene! No se graduará.

Oh Dios, es como si Bardi me exigiera otro medio millón.

—¿Y de quién es la culpa?

—No lo hagas. —Alargo la mano para tocar su brazo, para reducir la distancia entre nosotros por el bien de Ella—. Deja que vuelva. Hablaré con Santi. Haz una tregua con Valentin Carrera antes que arruine nuestras vidas.

—¿Has perdido la puta cabeza? —ruge—. Cuanto antes entres en razón y contrates un puto abogado de divorcios, antes podrá volver y graduarse.

¿Hay alguien que no intente chantajear en estos días?

—¿Dónde está Reece?



—Reubicado —dice con maldad.

—¿Le hiciste daño?

Sonríe, pero no hay calidez ahí.

—Podría haberle mostrado a él y a su equipo mi disgusto por dejarte caer entre los tiburones de Atlantic City. Tu seguridad no será tan indulgente en el futuro.

Los barrotes de mi celda empiezan a asomar de nuevo.

—¿Qué tiene el hijo sobre ti, Thalia?

Trago rápidamente.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Quiero la verdad *mija*, para clavársela en el pecho antes de arrancarle el corazón.

*Mierda. Mierda. Mierda.* Sabía que se daría cuenta de esta boda en un minuto, pero me niego a arruinar la vida de mi hermana más de lo que ya lo he hecho.

—No me mientas, *mija*...

—El matrimonio es real —gruño—. Mi vida está ahora en Nueva Jersey. Con él.

—Una pena. —Su palabra suena como una bala golpeando un hueso. Aturdida, le veo acercarse el teléfono a la oreja—. Espero que sepas que nunca quise esta vida para ti, Thalia. Tú misma te lo buscaste.

—Te equivocas —digo, sacudiendo la cabeza—. Esta vida y todas sus mezquinas venganzas me envolvieron como una



camisa de fuerza desde el día en que nací. No podía escapar de ella, aunque lo intentara, así que tuve que adaptarme. Aprendí a vivir con ello... A sobrevivir. Y ahora quieres castigarme por ello.

—Jackson —dice al teléfono—. Un minuto.

—¿Un minuto para qué? —exijo.

Vuelve a dedicarme esa fría sonrisa.

—Un minuto antes que el Aston Martin reciba un nuevo trabajo de pintura.

—Por favor, no le dispares —susurro—. Por mí.

Si Carrera muere, no voy a conseguir el dinero que necesito. Bardi gana.

Ese tic empieza a saltar en su mandíbula de nuevo.

Sin esperar su respuesta, me doy la vuelta y corro.

Con mi bolsa de viaje en la mano, puedo sentir su oscura sombra moviéndose detrás de mí mientras llego a la puerta principal.

—Si sales así, Thalia Santiago, serás una maldita viuda al anochecer —advierde.

Cierro los ojos mientras algo se desgarran en tiras dentro de mí.

—Salgo de aquí como Thalia Carrera —le digo en voz baja y con pesar—. Y ahora toma sus propias decisiones.





¿Quién iba a saber que el desamor podía ser algo tan físico? Me duele todo el cuerpo mientras aprieto el botón de llamada del ascensor.

Salgo al vestíbulo y llego hasta el auto de Santi antes que la primera bala rebote en la acera detrás de mí.

Me quedo helada, demasiado sorprendida para moverme.

*¿Mi padre me está disparando?*

—¡Thalia! —Santi sale del Aston Martin con su pistola en la mano cuando otra bala se acerca demasiado a mi cabeza—. ¡Sube al auto!

Observo aturdida cómo dispara cinco veces en dirección a mi bloque de apartamentos, los chillidos y los jadeos de los transeúntes resuenan a su alrededor. Mientras se agazapan para cubrirse en los portales de las tiendas, otra bala perdida impacta en la acera y me arrojo al Aston Martin. Un instante después, una cadena de disparos de vuelta destroza el parabrisas trasero.

—Mantén la cabeza baja —ordena Santi, balanceándose a mi lado. Es frío como el hielo, pero su agarre en su arma es un paseo de nudillos blancos—. ¿Supongo que nuestra feliz noticia no ha sido muy bien recibida?

Sin esperar mi respuesta, hace girar el auto en un salvaje giro de 180 grados en medio de la calle. Con el vapor que aún sale de los neumáticos, hace tres disparos más como despedida final antes que su pie pise el acelerador y me arroje hacia atrás en mi asiento.

Se salta los semáforos en rojo como si estuviera en una misión suicida, zigzagueando entre los taxis amarillos para poner la mayor distancia posible entre nosotros y la 9ª Avenida.



En cuanto a mí, estoy demasiado entumecida para llorar. A pesar de todas las palabras de enfado intercambiadas, de todo el resentimiento y la frustración que he sentido hacia él y esta vida a la que me ha llevado, en el fondo siempre he amado a mi padre.

Creía que éramos irrompibles.

Pero la forma en que me miró allí... La furia en su voz. La traición que escuchó en mis palabras... Sé que no hay vuelta atrás de eso.

*No conté bien las cartas.*

*Hubo demasiados disparos.*

He apostado y perdido todo por un hombre que me desprecia.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E



Bad  
BLOOD

18

SANTI



MANTENGO EL ACELERADOR AL FONDO HASTA QUE ESTAMOS EN LA AUTOPISTA DE ATLANTIC CITY. Es difícil aflojar cuando hay más octanaje que sangre bombeando por mis venas.

El parabrisas trasero está completamente quebrado. Lo único que crepita en mi Aston Martin es el aire. No hay conversación. No hay explicaciones. No hemos hablado desde la Novena Avenida, pero a ella no le gusta el silencio. Está ahí, en la forma en que abraza sus brazos sobre su cuerpo y mira por la ventana, la brisa envolviendo su largo cabello alrededor de su cuello como un lazo de seda negra.

Parece atrapada.

*Está atrapada.*

Pero, ¿qué hacer ahora con mi presa?

Como regalo de bodas, su padre acaba de sacar el seguro de una granada invisible y la ha lanzado en el asiento trasero. Es como si se escudara, esperando a que *la granada* explote.



Bad  
BLOOD

Hoy no, *mi amada*.

Una compostura controlada provoca una reacción incluso más fuerte que la rabia. Si la presiono lo suficiente, tal vez empiece a abrirse a mí. Tal vez por fin tengamos una maldita conversación en este matrimonio, en lugar de intercambiar insultos entre nosotros.

Cuando meto el auto en el estacionamiento subterráneo de Legado, la iluminación superior atraviesa el parabrisas destrozado y proyecta un prisma dentado sobre el rostro de Thalia.

Qué apropiado: la sombra y la luz, retorcidas en una unión prohibida.

Al apagar la ignición, me quedo sentado un momento, absorbiendo la tensión y fortaleciéndome con ella... Más fuerte.

Thalia abre la boca para decir algo, pero rápidamente la vuelve a cerrar.

Si es una disculpa, se la puede ahorrar. Estoy enojado, y no es solo porque Santiago haya abierto fuego y destruido mi auto. Habría sospechado más si no hubiera intentado dispararme.

Es porque le disparó a ella.

Si cierro los ojos, sigo viendo su rostro cuando la primera bala impactó en la acera. Destrozó algo dentro de Thalia, más que cuando estaba de pie en el altar prometiendo honrar y obedecer mientras cruzaba los dedos a su espalda. No aprueba las prácticas *empresariales* de su padre, como tampoco aprueba las mías, pero sigue queriéndolo. Lo que ocurrió allí fue un violento punto de inflexión en su relación padre-hija.





Bad  
BLOOD

Debería estar jodidamente extasiado por ello. Debería estar nadando en Dom Pérignon. ¿No era este mi plan todo el tiempo? ¿Romper esa familia, pieza por pieza? Los cortes más profundos y permanentes son siempre a través del corazón.

Pero no lo estoy.

*¿Por qué diablos no lo estoy?*

Vuelvo a mirarla. Se está mordiendo la uña, con la cabeza inclinada. No puedo evitar esa sensación, que nos estamos desviando hacia un camino desconocido.

La tensión finalmente se rompe. Intenta abrir la puerta del lado del pasajero, sus pequeñas manos luchan con una manilla que no cede. Se rinde y deja escapar un suspiro de frustración.

—Desbloquéala... Por favor.

—Lo haré cuando me cuentes lo que pasó allí.

Sigo el movimiento en su garganta mientras traga, preguntándome a qué sabría su piel si siguiera ese mismo camino con mi lengua.

—Alguien disparó una bala que estuvo a punto de arruinar mi vestido. —Me mira, sus labios se inclinan en una sonrisa reticente mientras señala la prenda ya destrozada—. Oh, espera... Demasiado tarde.

—Hablo en serio, Thalia.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que mi padre estaba allí esperándome? ¿Que cuando sus tácticas de amor duro no funcionaron, recurrió a medidas más drásticas? —Puedo oír la



vulnerabilidad que se filtra a través de las grietas de su confusión—. ¡Dios, debes estar amando esto!

Ni mucho menos.

—Eso no es lo que...

—Esas balas eran para ti. —Su tono es agudo, pero la falsa certeza que se entreteje en él, es demasiado familiar. Los hijos de los criminales son tan jodidamente hábiles para mentir, especialmente a sí mismos.

Me lanza una mirada aguda y empieza a golpear con el puño la ventanilla del acompañante.

—Abre la puerta, Santi. Tienes lo que querías. Al menos déjame entrar para poder acostarme, cerrar los ojos y fingir que todo es una pesadilla.

Ofrecer consuelo no forma parte de mis habilidades. Normalmente soy yo quien inflige el dolor, no quien lo calma, pero algo me obliga a acercarme e inclinar su rostro hacia mí con la mayor suavidad posible.

—Digamos que la celebración está en espera.

—¿Por qué?, ¿porque te sientes culpable? —Ella aparta la cabeza, dejando escapar una risa desdeñosa—. ¿Puede un Carrera siquiera deletrear esa palabra?

Ella arremete con razón, pero yo no soy un hombre razonable. Puede insultarme todo lo que quiera, pero nunca a mi familia.

Eso me pasa por dar una mierda por ella.

Desbloqueo las puertas y salgo del Aston Martin, cerrando la mía tras de mí. Llego hasta el ascensor antes de sentir sus dedos



rodeando mi bíceps. Ese pequeño impacto es suficiente para provocar un cortocircuito en mi cerebro.

El fuego.

Su piel se siente como fuego que quema la mía.

Antes de que pueda reaccionar, maldice y se suelta rápidamente.

—Mierda, se me olvidó... No tocar.

En silencio, alcanzo el botón de llamada, sus respiraciones superficiales caen al ritmo del caótico latido de mi corazón.

¿Qué mierda me está pasando hoy?

—Mira, lo siento. Eso fue una falta de respeto. ¿Todo lo que dije sobre la culpa y los Carrera? Bueno, no es que tenga moral para lanzar piedras... —Su voz se interrumpe de nuevo y deja escapar un suspiro—. ¿Podemos hacer una tregua temporal y volver a odiarnos mañana?

Le respondo con un movimiento de cabeza.

—También siento lo de tu Aston Martin. —Entra en el elevador a mi lado, pareciendo aún más una muñeca sin zapatos—. Aunque mi madre siempre me decía que los autos grandes y costosos eran una compensación excesiva por algo.

Capto una pequeña sonrisa que se dibuja en las comisuras de sus labios.

—He oído que tu padre tiene una gran colección.

Esa misma sonrisa desaparece, y de repente me enfado conmigo mismo por haberlo mencionado.



—Aun así —dice ella, con un tono rebuscado—. Menos mal que golpeó con el lateral del auto y no con el de tu cabeza.

Arqueo una ceja.

—Me sorprende oírte decir eso, *mi amada*. Ya has manifestado tu preferencia por un velo negro sobre el encaje blanco. Supuse que tener la oportunidad de llevarlo habría sido el final perfecto para tu día.

Deja caer los ojos al suelo.

—No si me faltan cincuenta mil dólares.

Porque todo es cuestión de dinero, ¿no?

Y la venganza... No olvidemos esa hermosa y venenosa cereza.

Mi teléfono emite un pitido. Al mirar, encuentro más llamadas perdidas de mi padre de las que puedo contar, y un breve mensaje de Monroe.

**El proyecto de ley fue aprobado.**

Escribo una respuesta rápida.

**Excelente. Reunión en Legado 10 a.m. mañana**

Parece que Rick Sanders puede marcar otra casilla en su corrupta tarjeta de puntuación política: una victoria prepagada. No solo ha comprado ya los votos de sus electores, sino que ahora ha comprado los derechos de las opiniones de sus compañeros senadores. Un par de pasos insignificantes más y las luces brillantes de Las Vegas volverán a brillar sobre la Gran Manzana.

Nueva York ha vuelto a abrir sus puertas.





A mí, para que lo tome.



Cuando llegamos al último piso, me quedo atrás para permitir que Thalia salga primero. Se vuelve ligeramente sorprendida cuando no la sigo.

—Negocios —murmuro, metiendo las manos en los bolsillos y alcanzando de nuevo el botón.

Mientras se cierran, juro que veo un destello de frustración en su rostro.

Al bajar un piso al apartamento de Lola, me alivia encontrar a mi hermana profundamente dormida.

Incluso sedada, es un animal de costumbres. Desde que era una niña, ha dormido en posición fetal. Autodefensa mental, lo llama mi padre. Mecanismo de defensa. Dice que es un trauma residual que aún flota en su subconsciente por haber estado a punto de morir en el útero, gracias a otra de las balas de Santiago.

Se puso muy filosófico después del accidente de mi madre. Hablaba mucho de la suerte, las cicatrices y el destino. Empezó a creer que todos los pecados cometidos se repetían una y otra vez en un bucle continuo, en un reino entre los sueños y la realidad, como la reencarnación, solo que nadie aprende nunca. Nadie se arrepiente. Lo único que se espera es un castigo interminable.

*Los pecados del padre deben recaer sobre los hijos.*



Como una guerra que mancha a una nueva generación, y a la siguiente, y a la siguiente...

Por segunda vez, aparto el cabello del rostro de mi hermana.

—Autodefensa mental... —decía ella—. Incluso en el sueño, el alma recuerda.

Con suerte, no recordará haber sido drogada por su propio hermano. Supongo que me quedan otras cuatro o cinco horas antes que se le pase el efecto de los narcóticos y venga a buscar respuestas.

Con suerte, para entonces, tendré algo.

Un timbre estridente llena la silenciosa habitación, haciendo que Lola se revuelva.

—Mierda —murmuro, tomando de nuevo el teléfono. Al silenciar el timbre, vislumbro el número codificado que parpadea en la pantalla.

Es otra bengala de mano como advertencia. Su vigésima hoy...

Debería contestar.

En su lugar, vuelvo a meterlo en el bolsillo. Habrá repercusiones por ignorar a Valentin Carrera, pero ahora no estoy de humor para tratar con mi padre. Es otro que querrá respuestas que no puedo dar.

Dejo que Lola duerma y me dirijo al bar Platinum, donde me espera RJ. Tiene un vaso de whisky en la mano y el juicio dibujado en su cara.



—No empieces —le advierto, desabrochándome la chaqueta antes de desplomarme en una de las sillas de gran tamaño que hay frente a él.

—No lo tenía previsto. —Levantando la palma de la mano en señal de paz, asiente hacia otra bebida puesta en la mesa entre nosotros.

No puedo tomarlo lo suficientemente rápido. *Tequila Añejo*. Directo y fuerte. Necesitaré más de uno después de hoy.

—¿Qué ha estado haciendo nuestro invitado italiano de abajo? —pregunto.

—Cagándose en los pantalones, sobre todo.

Me rio por primera vez en lo que parece una eternidad. Qué mierda tan estúpida. No es que esperara mucho más de un hombre como Marco Bardi.

—Entonces, ¿debo asumir que ha cantado como el pedazo de mierda de canario que es?

—No exactamente —refunfuña—. Sigue parloteando sobre cosas irrelevantes que a nadie le importan. —El resto de su frase se ahoga en Glenfiddich Special Reserve de quince años.

Maldita sea. Supuse que ese idiota ya se habría roto.

—¿Tenemos la cinta?

Asiente con la cabeza.

—Original, más siete copias y un plato de lasaña. —Ante mi ceja levantada, añade—. La abuela Bardi se mostró más que cooperativa para ayudar a su pequeño *patatino*... E insistió en agradecérmelo con guisos congelados.



Me rio del apodo. Su pequeña patata se ha convertido en un enorme lastre.

—Muy bien... —digo, levantando mi copa en honor a un trabajo bien hecho.

RJ frunce el ceño, la vacilación aparece en su rostro mientras saca su celular del bolsillo. Una larga pausa se extiende entre nosotros mientras lo mira fijamente.

—Escúpelo, RJ. Estoy demasiado cansado para juegos mentales.

—Lo he visto —dice lentamente.

—¿Y?

—Creo que tú también deberías.

Sacudo la cabeza.

—Es un rotundo no. No me gusta el porno casero, gracias.

—Lo digo en serio. —Baja su mirada a su teléfono, su tono pesado arrastrando el mío para el paseo—. Tienes que ver esto.

Se me revuelven las tripas mientras me inclino hacia delante y lo tomo. El vídeo ya está en la cola. Sé que es la hermana la que aparece en esa cinta, no Thalia, pero algo dentro de mí me advierte que no mire.

*Autodefensa mental.*

Ignorándolo, pulso play, y rápidamente veo por qué RJ está tan torturado.





Hay una chica desnuda desmayada en una cama. No es una chica cualquiera, sino una con la misma cara en forma de corazón que la de Thalia y el mismo cabello negro exuberante que se derrama alrededor de su rostro como una oscura promesa.

De la misma manera que he imaginado que la esposa que digo odiar se vería acostada debajo de mí.

Observamos en silencio cómo la cámara se desplaza de un lado a otro, cubriendo cada centímetro de su bronceada piel, antes que Bardi la empuje bruscamente hacia su frente y continúe. Cuando le da la espalda y empieza a abrirla las piernas, pulso el botón de pausa y tiro el teléfono al otro lado de la mesa.

—Ya he visto suficiente. ¿Qué mierda le está haciendo? ¿Medirla para un vestido nuevo?

—Es una audición.

—¿Una qué?

—Para una subasta de tráfico sexual, creo.

El aire sale disparado de mis pulmones. A pesar de todos los pecados de mi familia, el comercio de carne es un trueque que no toleramos. A unos cuantos miles de kilos de cocaína no les importa cómo se les corte o mancille, pero un ser humano -una mujer cuyo único delito fue existir- nunca se recupera. Las cicatrices que provoca la trata de esclavos sexuales son permanentes.

Si es que sobrevive a la mordedura de su hoja.

—*¡Hijo de su puta madre!* —digo entre dientes apretados—. Nunca tuvo la intención de entregarle esto a Thalia.



RJ sacude la cabeza.

—¿Podemos matarlo ahora? —Hay mordacidad en su voz. Del tipo que haría reflexionar incluso al más duro de los criminales.

—No hasta que haya cumplido su propósito.

Gruñe su descontento.

—¿Cuál es el plan, entonces?

—Ganar.

—Santi...

—Esto no está a discusión, Harcourt. —En verdad, necesito tiempo para formular uno nuevo después de todo lo que ha salido a la luz esta noche—. Investiga al grupo que está detrás de esta subasta. Ve lo que puedes encontrar.

—Hay una cosa más —señala RJ, vaciando su vaso—. Bardi sigue afirmando no tener conocimiento de lo que pasó aquí la otra noche.

—Creo que es bastante obvio que no está trabajando para Santiago si está utilizando el pellejo de una de sus hijas para intentar chantajear a la otra. —Frustrado, me paso una mano por el cabello y me desprendo de los últimos restos de su peinado hacia atrás. Ninguna de las piezas de este rompecabezas encaja. Son todas de diferentes tamaños y formas, con imágenes totalmente separadas en el frente.

—¿Debemos poner la compra del bar en espera por un tiempo?

—No. —En todo caso, quiero el control de Nueva York aún más—. Tengo otra reunión con Monroe programada para mañana por la mañana.



—Mientras tanto, esto debería animarte. —RJ vuelve a ojear su teléfono y muestra una foto de los restos en llamas del que fuera el bar insignia de Sam Sanders, el Barfly.

—Dile a Rocco que lo ha hecho bien —le digo con una sonrisa sombría—. Envíale un extra de mil dólares como bono.

¿Fue esto lo que finalmente hizo que Santiago estallara y soltara un “especial de disparos de papá” a su hija menor?

La idea hace que mis labios se aplanen en una línea apretada.

—Thalia ha solicitado reunirse con Bardi el viernes por la noche. Hablando de eso... —Metiendo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta de mi traje, saco el teléfono del italiano. Es hora que mi nueva novia reciba la respuesta que ha estado esperando.

Feliz maldito día de bodas, Thalia Carrera.

Me tomo el último tequila y escribo un breve mensaje, golpeando mentalmente la cara de ese imbécil al pulsar enviar.

**Ya es hora. El viernes a las nueve. No llegues tarde, perra.**

Estoy a punto de guardar el teléfono cuando cambio de opinión y escribo una última línea.

**Bonita foto de MI dinero... La próxima vez, envíame una con las piernas abiertas.**

Asqueado, le doy a enviar y vuelvo a tirar el teléfono sobre la mesa de cristal, pidiendo rápidamente otra copa para diluir mi culpa.

RJ baja la mirada, riéndose mientras lee el texto.



—¿Preguntas por Marco o por ti mismo?

—Vete a la mierda. —Quitando el teléfono de la mesa, le hago un gesto con el dedo corazón mientras me pongo en pie para volver a subir—. Yo no follo coño colombiano... Me caso con él, y luego lo ignoro.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E





Bad  
BLOOD

## 19

SANTI



SIENTO UN PESO EN LA BOCA DEL ESTÓMAGO MIENTRAS RECORRO LOS PASILLOS DEL ÁTICO.

Me apetece una copa de tequila *Gran Patrón Burdeos Añejo*, y me irrita descubrir que el bar de mi oficina está vacío. Entrando en la cocina, con oscuros pensamientos sobre el desempeño de mi ama de llaves, me recibe la visión de un culo perfectamente redondeado en un par de pantalones cortos de mezclilla, con las costuras estrechas en todos los lugares correctos.

¡A la verga! Voy a necesitar algo más fuerte que el tequila.

—¿Puedo ayudarte?

La cabeza de Thalia vuelve a salir rápidamente de la nevera. Se endereza y se gira de golpe, con las mejillas sonrojadas.

—¿Qué haces aquí? Creía que habías salido por la noche. — Mira a la puerta—. ¿Quieres que me quede en mi habitación? No estaba cerrada, así que pensé...



Bad  
BLOOD

—Estamos casados. Haz lo que te dé la gana. Ya conoces las reglas. —Inclinándome sobre la isla de la cocina, aprieto los codos contra la fría superficie, fingiendo ignorar la mirada dolida de su rostro. Esta mujer es una maldita máquina de culpas. Es lo único que parece que siento hoy.

Sin embargo, no le diré que tengo la cinta. Bardi es mi única moneda de cambio -lo controlo a él, la controlo a ella- y puedo hacer mucho daño al Cartel Santiago en una semana con Thalia de mi lado.

Diablos, ya lo he hecho.

—¿Significa esto que la huelga de hambre ha terminado oficialmente? —La veo remover una cacerola, el fragante aroma del ajo y los tomates endulzando la tensión entre nosotros—. ¿O me deslizaré hasta la cama más tarde, por cortesía de otra cera de piso a base de crème brûlée?

La agitación se detiene.

—¿Pensé que habías dicho que teníamos habitaciones separadas?

—Relájate. Es una broma —le digo, viendo cómo se le desinflan los hombros de alivio—. ¿Qué demonios estás comiendo de todos modos? Estoy seguro que hay algo más refinado de mi chef formado en París ha hecho...

—Me gustan los espaguetis con salsa de tomate —dice rotundamente, y se da la vuelta para apagar el gas.

—Como quieras. —Ojeo los mensajes de mi teléfono, pasando por alto otros dos de mi padre, mientras le echo más miradas. Lleva una camiseta blanca suelta metida en la parte delantera



de sus pantalones cortos. Está moldeando sus pequeños pechos en algo mucho más apetecible que la cena.

Además, se nota la vulnerabilidad y juventud de sus diecinueve años como el infierno.

—¿Tienes algo en particular contra la cocina francesa? —le pregunto.

—Necesito comida reconfortante esta noche.

—*Autodefensa mental* —murmuro.

Ella ladea la cabeza, con las cejas apretadas.

—¿Eh?

—Autodefensa mental —repito en inglés. Sosteniendo la caja vacía de pasta procesada, le doy una sacudida—. Esto no es comida reconfortante, *mi esposa*; es un ataque al corazón en un bol. —Inclinándome hacia la nevera, saco un plato de paté de foie gras.

—Al menos no es puré de hígados de animales —dice, frunciendo el ceño.

—Esto es un lujo francés. Toma, Pruébalo. —Saco un tenedor e intento acercarle una porción a los labios, pero ella retrocede con cara de asco.

—Ugh. No gracias, soy vegetariana. ¿Y sabes lo cruel que es eso? Alimentan a los patos y gansos a la fuerza hasta que les explota el hígado. Sin mencionar que los mantienen en jaulas diminutas.

—Comida cruel para un hombre cruel —digo secamente, añadiéndolo a un trozo de brioche y metiéndome todo en la boca.



Me lanza una mirada fulminante y vuelve a la estufa, recompensándome con otra vista de esos pantalones cortos como postre. *Comida reconfortante, ciertamente...*

—Las mejores comidas no siempre tienen que venir de los animales, ya sabes.

—Bien, señorita *PETA*. Edúqueme.

—Habla con mi hermana. Ella es la cocinera vegetariana.

Intento no pensar en las imágenes de la cinta. La indignidad de esos diez minutos ha hecho que a Bardi le falten unos cuantos dedos antes del amanecer.

En cuanto al resto de él...

La veo escurrir el agua de la olla y mezclar el bote de salsa.

—Dime que tu hermana cocina mejor que esto.

—Ella es genial. Y una escritora brillante también. —Hay una calidez repentina en su voz—. Es increíble realmente, después de todo lo que ha pasado... —Se detiene bruscamente, como si sus palabras se hubieran desviado hacia algún lugar al que no deberían.

—¿Qué es sorprendente? —Hago a un lado el foie gras. Ahora tengo antojo de espaguetis, y nunca como esa mierda. Es oficial. Mis papilas gustativas tienen TDAH<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> El trastorno por déficit de atención e hiperactividad (TDAH) es una afección crónica que afecta a millones de niños y a menudo continúa en la edad adulta. El TDAH incluye una combinación de problemas persistentes, tales como dificultad para mantener la atención, hiperactividad y comportamiento impulsivo.





Thalia mete un tenedor en la olla, sus oscuras cejas se juntan de nuevo mientras se revuelve.

—Está enferma... Lupus. Se lo diagnosticaron hace diez años. Los síntomas van y vienen, pero cuando tiene una crisis, es... — La agitación se detiene—. Es realmente malo.

Bardi acaba de perder una maldita mano ahora.

—¿Qué pueden hacer por ella?

La agitación se reanuda; esta vez con un ritmo rápido y castigador.

—Nada —corta, la palabra envuelta en ira—. No hay cura. Su cuerpo seguirá atacándose a sí mismo hasta que un día...

—Lo entiendo —digo con rigidez, mirando la botella de *Gran Patrón Burdeos Añejo* que me falta y que está en el mostrador detrás de ella. Dios mío, necesito un puto trago...

—Sí, claro que sí —murmura en voz baja.

No comparto asesinatos, y seguro que no comparto la mierda personal de mi familia con la hija de mi enemigo, pero mi boca está jugando al amotinamiento esta noche.

—Mi Tía Adriana, la hermana de mi padre. Nació con diabetes juvenil tipo 1. Cuando era una bebé, tuvo un fallo renal.

—Oh Dios, lo siento mucho. —Se da la vuelta, con sus delicadas facciones arrugadas por la compasión. Es una reacción tan genuina que me hace rodearla para coger la botella de *Añejo* y servirme un doble grande—. ¿Ella...?



—¿Murió junto con sus órganos? —termino, haciendo que Thalia se estremezca. Sacudiendo la cabeza, vuelvo a dejar la botella sobre la encimera—. No. Se compró uno nuevo.

—Déjame adivinar. El Rey de México hizo que sus *sicarios* sacaran pajitas, y el pobre desgraciado que sacó la más corta “ofreció” su órgano vital.

—No, pero uno de ellos lo hizo.

Vete a la mierda, boca. Vete. A. La. Mierda.

—¿Hablas en serio? —Parece sorprendida.

—La sangre es la sangre. Hasta los criminales llevan capa de vez en cuando... Hablando de eso, ¿cuándo aprendiste a contar cartas? —Doy un trago a mi bebida, no solo saboreando el ardor, sino ese rubor que mancha su rostro. Tal vez incluso más...

Hay una pausa.

—¿Tuviste tus cámaras sobre mí todo el tiempo?

Mis labios se vuelven en una sonrisa de mala gana.

—Solo cuando pasaste de veinte mil en la misma mesa. Política de la casa.

—Maldita sea. Sabía que debía seguir adelante. Es parte de mis 101.

—*Mi esposa*, una maestra criminal —me burlo—. ¿Cuánto has ganado en otros casinos?

—Cuatrocientos cuarenta y cinco mil dólares —dice en voz baja—. En cuatro días.



—¿Cuatro días? —Vuelvo a dejar el vaso de golpe en la encimera. Mierda. La necesito en mi nómina. Ni siquiera mis mejores traficantes pueden mover suficientes cargamentos de cocaína lo suficientemente rápido para ese tipo de pago.

—Sin embargo, odio hacerlo. No me parece bien.

—No me digas, ¿me casé con el único Santiago con conciencia?

—No, esa es mi hermana. He hecho muchas cosas malas. — Señala la botella de *Gran Patrón Burdeos Añejo*—. ¿Puedo tomar una?

—Adelante. —Desenrosco el tapón y sirvo otro doble—. A diferencia de ti, no me importa infringir la ley. Servir alcohol a un menor está al final de una larga lista de delitos en mi vida. — Extendiendo el brazo, le ofrezco el vaso. Ella lo toma y se retira a su parte de la cocina.

—¿Alguna vez quisiste hacer algo diferente con tu vida? —me pregunta mientras me quito la chaqueta y la funda, colocando mi pistola en la isla entre nosotros.

—No —respondo escuetamente, lanzándole una mirada por encima del borde de mi vaso—. El ático y los millones en el banco son una verdadera patada en las pelotas a la madura edad de veintidós años.

Como hijo primogénito de la sangrienta versión mexicana de Camelot, esto es lo que se esperaba de mí. Nunca me preocupé por explorar otras opciones porque para mí no había ninguna. Los hombres Carrera honran a sus familias protegiéndolas y haciendo llover el infierno sobre cualquiera que intente hacerles daño. El apellido de mi padre es sagrado. Nuestra forma de vida no siempre es honorable, pero nunca es desleal.





Un hombre no elige su destino. Éste lo elige a él.

—¿Veintidós? —parece sorprendida—. Me imaginaba que eras mayor.

—Las apariencias engañan, *mi amada*... ¿Y tú? ¿Universidad? ¿Trabajo?

—Intenté la universidad. Duró un semestre. Quería un trabajo. No me lo permitieron. —Vuelve a escudriñar mi arma y luego frunce el ceño—. La violencia es como un terremoto, ¿no crees? Hay muchas secuelas y consecuencias, incluso si no puedes verlas. El hombre al que mataste podría haber tenido una familia que ahora lo echa de menos. Una mujer víctima de la trata puede haber tenido la suerte de escapar, pero siempre tendrá un severo Trastorno de estrés postraumático.

—Soy más bien un señor del crimen que sobrevive al momento —digo, apoyándome en el mostrador, intrigado por su extraño arrebatado de sabiduría metafórica.

Una cosa es segura. Thalia Santiago es mucho más inteligente de lo que yo percibía. Atlantic City está llena de mujeres ansiosas dispuestas a someterse a todas mis órdenes. Sin embargo, soy un hombre que satisface sus necesidades y luego sigue adelante. No tengo interés en nada más que una follada dura. Además, normalmente no hay nada entre sus orejas, salvo aire y una lengua perversa. Hace una semana, eso es todo lo que se necesitaba para satisfacerme.

*Las cosas cambian.*

Mi nueva esposa no sigue las reglas, y está claro que no encaja en ningún molde prefabricado. Es perspicaz, valiente y astuta,





una mujer que entiende esta vida salvaje que el destino ha elegido para nosotros.

Thalia Santiago Carrera estimula más que mi polla. Ella desafía mi mente.

Y eso me excita más de lo que podría haber imaginado.

Su rebeldía y su intelecto, los dos atributos que la hicieron caer en mis garras, son los mismos que me hacen querer mantenerla allí.

Es una mierda psicológica que no me interesa analizar.

—La madre de mi amigo dirige un santuario de mujeres en Colombia —continúa, sirviendo con una cuchara los espaguetis en dos cuencos, asumiendo que quiero uno—. Apoya a las víctimas de abusos y de la trata de personas... Ayudé un verano y lo disfruté mucho.

Hecho con tacto, Thalia. Su supuesto “amigo”, es mi rival número uno, Edier Grayson. Lo sé todo sobre él y el drama de su familia, digno de una telenovela.

Me muerdo la lengua ante mis propias palabras. Eres uno de los que habla, Carrera.

Sin embargo, me parece que nuestras dos familias tienen algo en común: una aversión compartida al tráfico de personas. Ninguno de nuestros carteles lo apoya. De hecho, ambos lo condenamos activamente.

Thalia se aclara la garganta.

—Escucha, no estoy diciendo que sea una santa ni nada...



—Engañar casinos con medio millón esta semana ciertamente te pone en una zona gris. —Me tiro de la corbata y aflojo el botón superior de mi camisa blanca de vestir.

—Oh, olvídale. —Frunce el ceño, empujando uno de los tazones hacia mí—. Aquí tienes, *querido*.

Estoy empezando a disfrutar de su lengua mordaz. Tal vez demasiado.

Inclinándose sobre la isla, toma un mordisco de su cuenco, y el obsceno ruido que hace me golpea directamente en la polla.

—¿Me vas a decir para qué necesitas el dinero? —pregunto, imitando su postura. Apenas estamos a un par de metros el uno del otro, pero puedo oler ese dulce perfume de jazmín con tanta fuerza como si estuviéramos piel con piel.

—Tienes tus cláusulas de trato —dice ella, sacudiendo la cabeza—. Esta es la mía.

Esos ojos oscuros me atrapan con la mirada.

—¿Otra vez me estás “cartelizando”?

—No se puede *pervertir* a alguien a quien se odia.

Su tenedor vuelve a sonar en su cuenco.

—Esta es oficialmente la peor semana de mi vida —murmura—, y todavía quedan seis días más.

Por lo que ella sabe...

—Vivirás.



—Necesito respirar, Santi —suplica—. ¿No puedes al menos intentar darme un respiro?

Muestro una sonrisa salaz.

—Te daría diez, pero dudo que puedas soportarlo.

—Dios, eres tan arrogante... —Lo siguiente que sé es que tengo un puñado de espaguetis: la salsa de tomate se extiende como manchas de sangre por toda mi camisa de vestir Tom Ford.

Nadie habla hasta que los espaguetis pierden finalmente su tracción sobre el material de ochocientos dólares y golpean las baldosas junto a mis pies con un chapoteo.

—Realmente no debiste hacer eso —digo lentamente.

Los ojos oscuros de Thalia brillan con triunfo.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer al respecto? ¿Obligarme a casarme contigo? Demasiado tarde, ya...

Se calla bastante rápido cuando un puñado de mis propios espaguetis golpea la parte delantera de su camiseta blanca.

—Eres un *cabrón* —sisea.

—Y tú eres una princesa colombiana mimada —gruño.

—¡Al menos cuando me case de verdad, no tendré que chantajear a mi prometido hasta el altar!

—No vas a ir a ninguna parte, *mi amada* —gruño, una emoción desconocida surge en mi interior mientras rodeo la isla para alcanzarla como si fuera un animal acechando mi próxima comida—. Cuando termine esta semana, me estarás suplicando una llave del castillo Carrera.



—¡Deja de llamarme así! No soy tu amada ni nada. De hecho, cuando termine esta semana, me rogarás que me vaya. —Sella la promesa con un movimiento del dedo corazón antes de quitarse las hebras de espaguetis del pecho, un movimiento que deja una mancha húmeda en sus tetas, haciendo que su camiseta se vuelva transparente. Puedo ver el contorno duro de sus pezones debajo, pero no están ni de lejos tan duros como lo está mi polla ahora mismo.

—¡Nunca te perdonaré lo que me has hecho hacer hoy!

—¡No recuerdo haber pedido tu maldito perdón!

—Eres un cruel, despiadado y asesino...

—Te estás quedando sin palabras, mujer. —La aprieto contra el mostrador, y ella empuja ambas palmas en el desorden de mi pecho, congelándose mientras emito otro gruñido bajo.

Abre la boca, y no estoy seguro de si es para gritar, disculparse o lanzar otro puto insulto, pero mi autocontrol ya ha escuchado suficiente. Su calor, su olor, su espíritu... Es todo demasiado.

Agarrando las puntas de su larga melena, le tiro de la cabeza hacia atrás y estrello mi boca contra la suya antes de que pueda disuadirme de hacerlo.

Siento que su suavidad se convierte en piedra, y entonces sus dedos se convierten en lianas que se retuercen en mi cabello. ¿Pero cuando paso mi lengua por sus labios? Ahí es cuando las cosas se ponen realmente feas.

—*Mierda... Me vuelves loco.* —Enganchando mis brazos por debajo de sus muslos, la subo a la encimera y separo bruscamente sus piernas.





—Dilo en inglés —jadea.

—Me vuelves loco, Thalia. Tan jodidamente loco.

Deslizo un rastro de calor hacia su pecho, sintiendo su corazón palpitante bajo las yemas de mis dedos mientras ella se restriega contra mi polla.

—¿Has hecho esto a propósito, *pequeña seductora*? ¿Desfilas por mi ático con esos pantalones cortos solo para tentarme?

—No... yo.... Oh Dios...

—No hay ningún Dios, aquí, mi amada. Se fue de mi vida el día que tu familia entró en ella. —Siento que estira la mano para tocarme de nuevo, así que le inmovilizo las manos en la encimera, resistiendo el impulso de hundir mis dientes en su labio inferior de puchero solo para probar el sabor de la sangre Santiago—. Te gusta romper las reglas, ¿no? —Al sonreírle, siento que se estremece. Con un solo beso, es mía—. Levanta las caderas. Quiero saber si tu coño se siente tan bien como el resto de ti.

Capto el latido de su vacilación antes que acceda, y entonces estoy rasgando los short por sus largas piernas. La arrastro hasta el borde de la encimera, tiro de la entrepierna de sus bragas hacia un lado y apoyo el dedo corazón en la entrada de su coño empapado.

Mojada para mí, y solo para mí.

*Esto es un error.*

*Es una maldita Santiago.*



Hace menos de una hora, le estaba diciendo a RJ que nunca la tocaría.

Mi odio es un gran torbellino. Ahora mismo lo siento más por mí que por ella.

—Suplícame que te folle con los dedos, Thalia Carrera —exijo, acercándome a ella como el demonio que soy.

—¿Q-qué? —Sus párpados se abren con sorpresa.

—Suplica, *mi pequeña seductora*.

—De acuerdo entonces, fóllame —susurra.

Le ofrezco una oscura sonrisa con la calidez de una lámina de hielo, y luego le meto el dedo hasta el fondo, hasta el nudillo.

Se abre más, dejando escapar un gemido de impotencia mientras le acaricio el clítoris con el pulgar.

—Ahora, suplica que te haga correrte.

Mientras lo digo, empiezo a bombear y a exhalar, esperando que sus palabras se conviertan en una melodía triunfal para mis oídos.

—No.

Hago una pausa, sintiendo cómo sus suaves músculos me atraen más profundamente.

—¿No?

Ya está tan jodidamente cerca. Pero si se niega a someterse a mí, nos haré sufrir a los dos.



Volviendo a empujar su cabello, mantengo su cabeza prisionera mientras deslizo mi dedo fuera de su apretado calor y le unto su deseo por mí en los labios.

—¿Por qué te has detenido? —dice confundida.

—Porque, a pesar de lo que está escrito en un papel, sigues siendo una *santiaguera*, Thalia —murmuro, inclinándome aún más cerca para entregar mi verdad—. Y si no se le vas a suplicar a un Carrera, entonces no me interesa follar.

Pasando mi lengua por la comisura de su boca, pruebo su adictiva dulzura antes de apartarla.

—Sueños placenteros —digo, girando sobre mis talones y golpeando con un maldito martillo su máquina de culpa.

Por un breve momento, toqué su luz. Imaginé otra versión de Camelot.

Entonces vi lo que realmente era: una hermosa bala en una cámara giratoria.

He perdido de vista lo que es importante.

He perdido de vista el objetivo final.

No volveré a perder el control así con ella.



Bad  
BLOOD

## 20

## THALIA



LA VERGÜENZA ES UN PAÑO APRETANDO TU CARA MIENTRAS TE SALPICA CON LA FRÍA CRUELDAD. El orgullo es el aire que intentas aspirar desesperadamente en tus pulmones, incluso cuando es una recompensa esquivada.

Una hora después, todavía no me he movido de la encimera de la cocina. Ahora sé qué y quién soy. Soy una de las víctimas de tortura de Santi Carrera, pero en lugar de faltarme dedos, mis cicatrices están en el interior, como líneas de supervivencia rayadas en la pared de una prisión.

Los segundos pasan.

Creo que he olvidado cómo moverme.

De sentir todo con él a no sentir nada... Le ofrecí un trozo de mí misma, ¿y qué hizo él? Lo aplastó con su puño.

*Lección aprendida.*

Muévete, Thalia. Muévete.





Ella utiliza una aplicación de meditación para mejorar sus niveles de estrés. Oigo la voz tranquilizadora en mi cabeza, mientras mis pies golpean el piso y mis músculos acalambrados protestan.

*Respira.*

*Aguántalo.*

*Exhala.*

Hago esto durante un par de minutos, sintiendo que el paño se desprende lentamente de mi rostro y que mis pulmones vuelven a expandirse.

*Respira.* Bardi finalmente me devolvió el mensaje. El encuentro está confirmado.

*Aguanta.* En seis días, me iré de este lugar y escaparé de ese hombre para siempre.

*Exhala.* Haré todo esto bien de alguna manera. Sé que lo haré.

Coloco los cuencos desechados en el fregadero y me pongo a limpiar los restos de la cena y a ordenar la cocina. Tardo una eternidad en fregar la salsa seca de las encimeras y el suelo, pero una vez que he terminado, el lugar está reluciente y es más de medianoche.

Estoy metiendo la mano en un armario para guardar las cacerolas cuando Svetlana, el ama de llaves de Santi, entra a toda prisa en la cocina. Se detiene en seco al verme, su mirada se dirige al estado de mi ropa, y luego retrocede rápidamente y cierra la puerta tan silenciosamente como puede.

—He limpiado lo mejor que he podido...



—Shhh —susurra ferozmente, llevándose el dedo a la boca. Me agarra de la mano y me arrastra hacia una despensa—. ¿Estás bien, zvezda moya<sup>5</sup>? —Sus manos me recorren, palmeándome como si buscara agujeros de bala.

—Estoy bien —digo, encogiéndome de hombros. Es un comportamiento extraño para alguien que apenas me ha hablado. Además, ya he tenido más que suficiente con ser maltratada por una noche—. Es solo salsa. Tuve un accidente.

*Uno que no repetiré pronto.*

—Me refiero a lo de antes —insiste—. ¿Los disparos fuera de tu apartamento?

Se me cae la boca.

—¿Cómo...?

Me arrastra aún más hacia la despensa.

—Un socio de tu padre me ha pedido que te entregue un mensaje.

El aire vuelve a salir disparado de mis pulmones. Debería haber sabido que sus espías estarían por todas partes.

—¿Qué mensaje?

—Él no te disparó esas balas, zvezda moya. Él nunca, nunca te haría daño.

Lágrimas de alivio pinchan mis párpados.

—Pero mi padre tenía un francotirador...

---

<sup>5</sup> Mi Estrella



—Murió durante el tiroteo. El señor Santiago encontró su cuerpo hace un par de horas.

Incluso en la penumbra de la despensa, puedo ver las ojeras. Las líneas de su rostro parecen grietas. Lo está arriesgando todo para decirme esto.

—¿Pero si no era mi padre...?

—Todavía no sabe quién está detrás de esto. Todo lo que tiene es un rifle M27 desechado. Sus hombres lo están rastreando ahora. —Mira por encima del hombro hacia la puerta cerrada—. Debo irme, zvezda moya. El señor Carrera me mataría si supiera que estoy hablando contigo. Es mucho más peligroso de lo que crees.

—Espera —siseo de nuevo, mientras ella alcanza el pomo de la puerta—. ¿Puedes entregar un mensaje a mi padre por mí?

Asiente con la cabeza, con movimientos espasmódicos y nerviosos como un ratón asustado.

—¿Puedes pedirle que confíe en mí?

Otro asentimiento. Se da la vuelta para marcharse de nuevo.

—Una cosa más... —Ella espera impaciente—. Dile que lo siento.



Bad  
BLOOD

21

SANTI



EL COÑO DE THALIA SANTIAGO ME VA A ENVIAR A LA TUMBA TEMPRANO.

Doy un portazo a la puerta de mi habitación, sin saber si estoy a punto de meter una bala en la pared o en mi propia cabeza. Quería que ella rogara por mí. No, *necesitaba* que ella rogara por mí.

Por mi toque... Mi beso... Mi polla.

*Por favor.*

Una palabra y la habría devorado. Habría hecho que se corriera con mis dedos y luego hundiría mi lengua en ese coño codicioso hasta que gritara pidiendo clemencia.

*Gritando mi puto nombre.*

No puedo decidir si estoy más furioso conmigo mismo por dejarla llegar tan lejos o con ella por negarme el placer de romperla. Una simple palabra de esos labios, y habría tomado más que su apellido...

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E



El aroma de su excitación aún cubre mis dedos mientras me quito la corbata. Es un cóctel exasperante de jazmín y jugo de coño que me hace desgarrar la camisa hasta que los botones saltan. Encogiéndome de hombros, rompo la cremallera de mis pantalones en un intento desesperado por liberar mi polla hinchada.

En el momento en que se enrosca contra mi estómago, me doy la vuelta y clavo el puño en la pared.

Esto solo endurece aún más mi polla.

Agarrando con saña la base, bombeo mi mano, mi polla soportando un castigo salvaje destinado a ella.

Cuanto más rápido acaricio, más fuerte golpea mi puño contra la pared.

Pump. Pump. Pump. Pump.

—Dios mío, carajo... Thalia... —Está a mi alrededor, su cara en mi cabeza, su olor en el aire, su sabor en mi lengua. Mientras mis caderas se agitan en mi mano, imagino que es su coño en el que estoy conduciendo. Su coño el que me estoy follando. Un coño Santiago, un coño que voy a manchar con el semen Carrera.

Es esa imagen la que me lleva al límite.

Mis pelotas se tensan como mis golpes rítmicos y se vuelven frenéticos y enardecidos.

Pump. Pump. Pump. Pump.

Cierro los ojos y veo su cara, con las mejillas enrojecidas y los ojos vidriosos de deseo. Mi respiración es fuerte y entrecortada. En mi fantasía, la agarro por la nuca y la levanto del mostrador.



—Mira —le digo con rudeza, empujando con más fuerza—. Mira el momento en que te poseo, Thalia Carrera.

Entonces mi mente se queda en blanco, y rujo mi liberación como si estuviera derramando cada gota de mi semen dentro de ella.

Cuando la niebla se despeja, vuelvo a tomar aire en mis pulmones y abro lentamente mis ojos.

Mi puño cerrado está rodeado por innumerables abolladuras en una pared, donde a unos pocos centímetros más abajo, un rastro de semen gotea lentamente por la pintura oscura.

Apartándome, doy un paso atrás y lo miro fijamente, y decido no limpiarlo.

Dejo que manche.

Que sea un recordatorio para los dos.

Es una niña pequeña jugando con una caja de cerillas y un bidón de gasolina.

Me obligué a alejarme esta noche, pero la próxima vez...

La próxima vez, no tendré el control.

La próxima vez, avivaré la llama y nos arrojaré a los dos al fuego.



Me despierto con el sonido de un timbre incesante.



Me doy la vuelta y pongo una mano pesada en la mesita de noche, buscando la fuente, mientras me las apaño para derribar un vaso medio vacío de *Añejo*.

—Hijo de puta... —murmuro, deslizando mi teléfono en mi mano segundos antes que nade en tequila. Me doy la vuelta, miro la pantalla parpadeante y grito.

RJ...

¿Y cómo demonios son ya las nueve? Acabo de cerrar los ojos.

—Más vale que esto sea importante —digo con un gruñido en el micrófono.

—¿Qué estás haciendo?

—Haciendo una maldita fiesta del té. —Dejo caer el antebrazo sobre los ojos. *Maldita luz del sol*—. ¿Qué te parece? Estoy durmiendo, o al menos lo estaba haciendo.

—Vístete. Tienes que venir a Elizabeth ahora mismo.

Elizabeth Marine Terminal, el puerto de embarque de Newark propiedad Carrera utilizado para la importación y distribución de cocaína. Hace dos años, cuando mi padre me entregó Nueva Jersey en bandeja de plata, le di la vuelta y lancé un ataque a la terminal de Red Hook, en el territorio de Brooklyn-Santiago.

Los Carrera perdieron ocho hombres leales, y yo perdí algo que me ha costado dos años para recuperar. La confianza de Valentin Carrera.

Fue una dura lección de ambición temeraria.

Sin embargo, es esta misma lección lo que me permite captar el cambio sutil en su tono. Suena nervioso. En veinte años, nunca he



conocido a un RJ Harcourt que no fuera apático a la implacable realidad de la vida del cartel.

Me incorporo, totalmente alerta.

—¿Qué pasó?

—Santiago desvió cien kilos de un cargamento que llegaba de Guadalajara. Tres trabajadores del muelle fueron encontrados cerca con sus gargantas cortadas.

—¿Estamos seguros que fue un golpe de Santiago? —Hay una vacilación que no me gusta.

—¿RJ?

—En los tres cofres estaba grabada una “S” —dice en voz baja.

*La tarjeta de visita del escorpión.*

Los recuerdos que he guardado durante dieciocho meses salen a la superficie. Los de estar sentado frente a Lola en una pizzería de Camden, Nueva Jersey, con mi corazón empalado en la imagen mellada en mi mano. Una foto que ella tomó a regañadientes de la “S” de puta<sup>6</sup> que un chico de la fraternidad cortó en su cadera después de alterar su bebida.

Solo que no era cualquier chico de fraternidad. Era Sam Sanders.

Y la “S” no era de puta. Era de Santiago.

Ese bastardo marcó a mi hermana con la misma marca que había encontrado grabada en un estibador muerto no hacía ni veinticuatro horas.

---

<sup>6</sup> Inglés original slut.





Bad  
BLOOD

Mis pies inestables me llevan hacia la ducha mientras mis pulmones luchan por respirar.

—Estoy en camino.

Antes que pueda terminar la llamada, escucho mi nombre.

—¿Santi?

Me congelo, con la mano en la puerta de la ducha. Vuelve a sonar ese tono. Ese tono desconocido que da conciencia a un asesino.

—¿Y ahora qué?

—El cargamento robado y los trabajadores muertos fueron la apertura de su espectáculo de mierda. Hay más.

—¿Cuánto más?

Hay una tensa pausa y luego:

—El evento principal.



El evento principal consiste en diecisiete chicas muertas, despojadas de su ropa y dignidad, arrojadas como basura en un contenedor de cuarenta pies.

Algunas de tan solo diez años, otras de tan solo veinte, llenan un mausoleo oscuro y húmedo. Algunas sanas, otras muertas de hambre hasta no tener más que una capa de piel y huesos. Algunas con la cara y las uñas pintadas mientras otras llevan la máscara demacrada de la pobreza.



La muerte no discrimina. Solo toma.

—¿Llegaron por aquí? —pregunto, incapaz de apartar la mirada de sus rostros.

*Congelado en el miedo por la eternidad.*

Asintiendo, RJ se palpa la nuca.

—Rocco llegó primero. Él es el que descubrió el cargamento perdido y esto... —Mueve la cabeza hacia el hedor, como si no pudiera soportar otra mirada—. Cuando abrió el contenedor, los cuerpos ya habían empezado a...

No termina. Ambos sabemos lo que quiere decir.

*Descomponerse.*

—Eso no vino de Guadalajara —digo.

Nadie en México se atrevería a traficar con mujeres a espaldas de mi padre. Su lucha por acabar con ello dio lugar a los orígenes de *La Boda Roja*.

*El comienzo de todo.*

—No. —Asiente RJ, deslizando su mano hacia arriba para frotar su cabello negro corto—. Pero seguro que alguien quería que se viera así.

Mi mente se remonta a una conversación cuatro pisos por debajo de la superficie de mármol de Legado.

—¡No, espera! —Los miembros atados de Bardi se agitan en la silla—. ¡Eso no es ¡todo! ¡Si me matas, nunca sabrás lo que ha planeado!



—¿Él?

—Edier Grayson —dice vacilante—. Es quien disparó a tu casino, ¿verdad?

Hijo de puta...

—No es alguien —digo mientras otra pieza del rompecabezas encaja en su lugar—. Grayson.

Las gruesas cejas oscuras de RJ se elevan hasta la línea del cabello.

—¿No es Santiago?

—Ni siquiera Santiago se mancharía las manos con sangre traficada. El hombre ha dejado un rastro de partes de cuerpos de aquí a Rumanía durante más de treinta años en venganza por mierdas como esta. —Ante la mirada de soslayo de RJ, aprieto la mandíbula.

—Razones personales.

—¿Crees que Grayson tiene los *cojones* para ir contra él?

—¿*Cojones*? No. ¿Ignorancia temeraria? Sí. —*Incluso el más pequeño sabor de poder puede hacer daño*—. Somos la segunda generación de esta guerra, RJ. Tu incluido. A veces, a medida que evoluciona, también lo hacen los valores.

Ninguno de los dos vuelve a hablar. En parte por rabia, pero sobre todo por respeto. Diecisiete chicas inocentes acaban de ser víctimas de una guerra de la que no sabían nada. Eran la hija de alguien... La hermana de alguien...

*Y me rebasa.*



La reverencia se rompe por un timbre estridente que sale de mi bolsillo. No me molesto en sacar el teléfono para ver quién llama.

Sé quién está en la otra línea.

—Trae un equipo de limpieza aquí inmediatamente, y luego encárgate de que tengan un entierro apropiado. —Con una última mirada hacia el contenedor, permito que la imagen imprima su maldad en mi mente antes de girarme para alejarme.

—¿Adónde vas? —me dice.

—A atar los cabos sueltos.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E





Bad  
BLOOD

22

THALIA



DUERMO CON DIFICULTAD, DANDO VUELTAS EN LAS SÁBANAS DE UNA CAMA EXTRAÑA. Sábanas que son frías, rígidas y poco acogedoras. La oscuridad está debilitando mis defensas, y los malos pensamientos siguen entrando en mi cabeza, como lo estúpida que fui al creer que el intercambio de secretos podía unir dos mundos.

*Cómo caí en su toque tan fácilmente.*

Me despierto aún más enfadada y confundida, con la luz del sol que cae sobre mi almohada. Me visto con unos jeans negros ajustados, una camiseta blanca limpia y mis Chucks con estampado de leopardo favoritos, y compruebo el celular desechable para ver si Ella ha llamado, le he dejado este número repetidamente, y grito de frustración cuando me encuentro con otra pantalla en blanco.

Espero que esté bien.

Espero que no esté demasiado enfadada conmigo.

*Espero que se esté cuidando.*



Bad  
BLOOD

A continuación, envío otro mensaje a Bardi. Para alguien que quiere su dinero tanto, está siendo inusualmente frío sobre el retraso. *Más preocupación. Más fe ciega.*

Estoy tentada a irrumpir en la oficina de mi nuevo esposo y exigir que me devuelva mi propio celular, pero cuando finalmente me armo de valor para hacerlo, la habitación está vacía.

Sin embargo, sigue oliendo a él: rico, amaderado, masculino... *Irremediablemente cruel.*

Cerrando la puerta tras de mí, observo el costoso mobiliario, las estanterías, la barra de la esquina, con su querido tequila *Gran Patrón Burdeos Añejo*. Anoche lo probé, mezclado con una invitación persuasiva y una fuerte pizca de pecado.

Me acerco a la barra, desenrosco la tapa y bebo un sorbo. No es la cosa más imprudente que he hecho antes del desayuno, pero está bastante cerca.

Tomo otro, las llamas del licor queman el recuerdo de la lengua de Santi Carrera. Me tomo un tercero para asegurarme que mi boca está limpia de él para siempre, y luego vacío el resto de una botella de seiscientos dólares por el fregadero y la lleno de agua.

Eso debería servirle por ser un bastardo de corazón tan frío.

No puedes jugar con un corazón Santiago y esperar celebrarlo con una bebida después.



Cuando salgo de su despacho, todavía no hay rastro de Santi. Los pasillos están vacíos. La cocina, estéril. Después del incidente del Añejo, me siento audaz, así que me dirijo a la puerta principal, esperando sentir una mano desaprobadora en mi brazo en cualquier momento.

Nunca llega.

Incluso los guardias de seguridad con los ojos en blanco que bloquean el camino desde su ático hasta el ascensor me dejan pasar.

Al salir a la planta baja, me encuentro con un hervidero de actividad. La restauración del casino de Legado está a punto de terminar. Un rápido vistazo a través de las puertas de doble vidrio revela una nueva alfombra, nueva decoración en negro y oro, nuevas mesas de juego de color verde prístino... La arena de juego de Santi está cerca de volver a funcionar, y al pasar junto a un par de trabajadores de la construcción, les oigo mencionar que el lugar está programado para reabrir el jueves por la noche.

Un pensamiento perverso se introduce en mi mente mientras vuelvo al vestíbulo. Podría darle a Santi un par de Oxy y escabullirme aquí para ganar el resto de mi dinero mientras él está desmayado y babeando. Pero por muy tentador que parezca, mi plan requeriría estar a menos de tres metros de él, y ahora mismo preferiría clavarme alfileres en los ojos.

Sigo las señales hacia el Bar Platino. Es otra sala elegante con techos abovedados y paredes con espejos. Fleetwood Mac suena suavemente en el estéreo. El favorito de Ella. Es un dardo musical al corazón.

*Faltan cinco días y luego somos libres.*



Hay un camarero puliendo un mostrador ya reluciente. Mira hacia arriba y se da cuenta que estoy en la puerta.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber, señora Carrera?

Eso me borra la sonrisa de la cara.

—Jugo, por favor —digo deslizándome en uno de los taburetes de la barra. También puedo arrojarlo en un mezclador con todo el tequila añejo que tengo en el estómago.

Coloca un posavasos limpio y un vaso delante de mí y vuelve a levantar la vista.

—Señor Spader —dice, sin sonar tan entusiasta con ese saludo.

—Andrew —viene una voz delgada y carrasposa—. Lo de siempre, si quieres.

El taburete de al lado se retira y la “compañía no deseada” sienta su ligero cuerpo con un gruñido.

—Señora Carrera —dice, inclinando su delgada cabeza.

—Es la segunda vez que me llaman así en los últimos sesenta segundos —reflexiono, observando su traje azul, sus gruesas gafas de montura negra y su apariencia.

*La rata del traje.*

—Los nombres nuevos pueden llevar un poco de tiempo para acostumbrarse —dice, acariciando mi mano.

Su tacto es frío y húmedo, como el de un lagarto privado de luz solar.





—Los nombres nuevos también pueden revertirse. —Retiro la mano, resistiendo la tentación de limpiarla en mis jeans.

—Tienes muy buen aspecto. —Su mirada fija se concentra en mi pecho.

—La vida de casada debe de darte la razón.

*¿Quién demonios es este tipo?* Me está dando serias vibraciones de Marco Bardi.

—¿Supongo que Santi no me ha mencionado? —Frunce el ceño cuando me cruzo de brazos a propósito para evitar que me vea.—. Qué negligencia por su parte cuando me invitaron a tu boda.

—Santi y yo tenemos una barrera lingüística —afirmo sin rodeos—. Él habla en amenazas, y yo le ignoro.

El sarcasmo es fuerte en mí hoy. Le echo la culpa al *Añejo*.

El hombre se ríe. Al menos creo que es una risa. Suena más como una hiena yendo a toda velocidad.

—Qué divertido... Soy Monroe Spader —dice, mientras el camarero pone un Bloody Mary delante de él—. Soy de la comisión del juego en este estado.

—Ah, ¿entonces eres uno de los secuaces de Santi Carrera?

—Prefiero el término “socio comercial”.

—Tengo la impresión que usted hace algo más que emitir licencias de juego a mi esposo, señor Spader.

Se sube las gafas a la nariz.

—Me temo que no sé a qué se refiere.



Sigo sus ojos hacia mi entrepierna y luego de vuelta a mi cara. Es espeluznante y evasivo, pero también es extrañamente metódico, como si estuviera memorizando mis estadísticas.

—¿Supongo que te has enterado de las noticias?

—¿Qué noticias?

—El senador Sanders aprobó ayer su proyecto de ley en el Senado estatal. La siguiente parada es la Asamblea y luego llega a la mesa del buen Gobernador. —Se inclina cerca—. No será un problema. Pronto, el juego será legal en Nueva York de nuevo. Va a abrir las puertas a todo tipo de nuevas y emocionantes empresas de negocios.

—Empresas como los casinos propiedad de los Carrera, quieres decir —digo, comprendiendo rápido.

*El Rey del Loco ataca de nuevo.*

Es una locura que Santi siquiera considere esto. Edier arrasaría cualquier establecimiento suyo antes de abrir las puertas.

—Pequeña cosa perceptible, ¿no es así?

*Pedazo de mierda condescendiente, ¿no?*

Tomando un cauteloso sorbo de su Bloody Mary, se pone en pie.

—Me temo que debo dejarlo ahí. Tengo una reunión con tu esposo en cinco minutos. —Tras esta declaración, se toma el resto de la bebida de un tirón, como si fuera el Jekyll y Hyde del consumo de cócteles—. Delicioso —dice, chasqueando los labios—. Disfruta del resto de tu luna de miel.

—Te refieres a pasar en una jaula —digo con dulzura.



—Los barrotes de una mujer son la libertad de otra, señora Carrera. Sin duda nos volveremos a ver pronto.

*Me muero de ganas.*

Todavía estoy contemplando sus palabras cuando se oye un suspiro exasperado detrás de mí.

—Andrew, dame algo fuerte y rápido. Mi hermano está de mal humor otra vez, y si me dice que hago una mierda de café una vez más vez, se lo voy a tirar a la maldita cabeza.

Un par de muletas grises y dos delgados codos golpean el mostrador a mi lado, seguidos de una masa de cabello oscuro y sedoso que no se diferencia del mío.

—Hola, siento el drama... —Sus palabras mueren en sus labios cuando se gira para mirarme. Un momento después, se tambalea hacia atrás desde el mostrador, como si estuviera ardiendo.

*—Hijo de su puta madre...*

—Tú debes ser Lola —le digo con calma.

—Y tú eres un escorpión Santiago en Chucks —responde jadeante—. Tú sabes quién es el dueño de este lugar, ¿verdad? Cuando mi hermano se entere...

—Oh, él lo sabe. —Levanto la mano para mostrarle mi dedo anular y sus brillantes ojos azules se abren de par en par.

—¿Andrew? —respira, sentándose con fuerza en el taburete recién desocupado del señor Spader—. Será mejor que sea doble, y rápido.

—¿Cómo está tu pierna? —pregunto, señalando sus muletas.



—¿Cómo está tu estado mental después de aceptar casarte con un Carrera?

—Cuestionable.

Se señala el muslo.

—Me duele.

—¿Puntos?

—Siete... No los treinta y siete que mi hermano parecía creer que necesitaba. La bala de tu *padre* no dio en el blanco —añade, dirigiéndome una sonrisa despiadada.

No es menos de lo que me merezco, sentada aquí en el centro de la guarida de Carrera con todos los dedos apuntando hacia mí.

—Edier no destruyó Legado, Lola.

Ella se burla.

—¿Esperas que me crea eso? ¿Después del infierno que tu padre le ha hecho pasar a mi familia?

—Creo que descubrirás que hay dos infiernos en cada historia.

—¿Sabes que mi madre y yo estuvimos a punto de morir la noche de la boda?

—La mía también.

—Tu padre disparó primero.

—Según él, no.

Su mueca se desliza sin esfuerzo hasta convertirse en un ceño fruncido.





—Vamos a tener que acordar que no estamos de acuerdo, ¿no es así? Aunque sin las armas —añade con sequedad—. El carmesí no hace juego con mi vestuario.

—Con el mío tampoco —digo, con la boca crispada.

Empiezo a entender cómo Sam se enamoró tanto de ella el año pasado. Él podría tener cualquier mujer que quisiera. Dios sabe que ha probado a la mayoría de ellas a lo largo de los años. Siempre supe que se iba a necesitar a alguien realmente espectacular para dejar a mi amigo playboy con el culo al aire.

Sigue una larga pausa, llena de mil posibilidades, mientras Andrew deja otro zumo en el mostrador con una mueca de disculpa.

—Lo siento, señorita Carrera. Usted sabe que el señor Carrera no le permite tomar alcohol a estas horas de la mañana.

—Jodido controlador. —La oigo murmurar mientras lo tira hacia atrás y ofrece el vaso vacío para rellenarlo—. ¿Si no te importa?

Andrew sonríe, pareciendo aliviado.

—Es un placer.

Le sorprendo mirando de nuevo mi dedo anular.

—Ahora sé por qué me pasó esos OxyContin anoche.

—¿Él qué?

*No actúes tan sorprendida, Thalia. Estabas considerando hacerle lo mismo a él.*

—Sabía que trataría de disuadirlo de la boda, el maldito hipócrita. —Su expresión se endurece—. Así que dime, oh, tentadora bruja. ¿Cómo pasaste de contar cartas en su casino a casarte con mi



hermano en dos días? Yo estaba allí cuando él vio las imágenes de vigilancia —me confiesa, viendo mi confusión—. Se volvió *loco*. Pensé que iba a golpear a RJ en la cara.

—Nosotros... llegamos a un acuerdo.

—Eso es más beneficioso para él, me imagino. Conozco bien a mi hermano, *señorita*.

Puede ocultarlo todo lo que quiera, pero veo el amor detrás de su brutal burla de él también.

—Me llamo Thalia.

—Thalia. —Ella lo repite lentamente—. Entonces, ¿qué hay para ti?

—Dinero —digo con sinceridad, mirando mi jugo sin tocar.

—Eso es algo que no esperaba oír de un Santiago.

—Es complicado.

—Las mejores historias siempre lo son. —Me llama la atención de nuevo—. ¿Cómo está Sam?

—Suspirando.

Me doy cuenta que está sopesando cuidadosamente sus próximas palabras.

—¿Te ha contado alguna vez lo que pasó?

Sacudo la cabeza.

—No mucho. Pero lo cambió.



—Nos cambió a los dos. —Mira su celular—. Mierda. Tengo que volver antes que Santi detone otra bomba nuclear sobre mí por no responder a su celular.

—¿Te tiene trabajando como su secretaria? —digo sorprendida.

—La peor clase de penitencia por atreverme a amar al hombre equivocado —dice, poniendo los ojos en blanco—. No me deja fuera de su vista después de lo que pasó con Sam. Se culpa. También es para cumplir con un requisito de prácticas de la universidad. Qué suerte tengo, ¿no? Ven. Te mostraré el lugar si quieres... —recoge sus muletas—. Déjame ser tu coja guía turística por hoy.



Para cuando llegamos a su oficina, estoy a punto de detonarme a mí misma. Por mucho, la idea de verlo después de lo que pasó anoche me da ganas de vomitar. Hay otra emoción que me atrae.

La curiosidad.

*Sabía que era una masoquista.*

—¿Café? —pregunta Lola, mientras me desplomo en la silla frente a su escritorio.

—¿Viene con un edulcorante tóxico?

—Imagino que compartir la cama con mi hermano es suficientemente tóxico —responde con una sonrisa lenta.

Me sonrojo hasta las raíces de mi cabello oscuro.

—Nosotros no... No hemos...



—Claro que no —acorta ella, percibiendo mi incomodidad—. Solo te conozco hace cinco minutos, y ya sé que no eres estúpida.

—Solo una víbora —digo socarronamente. *Y desesperada.*

—Bueno, no todos podemos ser perfectos. —Me da un guiño.

—Estoy tan lejos de la perfección que es irreal —digo con un suspiro, pensando en Ella.

Hace una pausa y empieza a mordisquearse el labio inferior.

—No te hace daño, ¿verdad?

*No físicamente.*

—En realidad, no respondas a eso.

—Háblame de él —pido, curiosa de nuevo—. Todas mis experiencias hasta ahora no han sido exactamente...

—¿Satisfactorias? —Se ríe—. ¿Qué esperabas? Cuando se trata del Cartel Santiago, nuestro padre le enseñó a odiar primero, amar nunca. —Vuelve a acercarse a mí y se apoya en el lado del escritorio.

—Desgraciadamente, lo que principalmente mueve a Santi es la familia. Teniendo en cuenta quién es tu padre, no creo que sea un buen augurio para el éxito de tu matrimonio.

—No quiero que nuestro matrimonio sea de oro —le digo—. Solo quiero sobrevivirlo.





Bad  
BLOOD

23

SANTI



ME INCLINO HACIA ATRÁS EN LA SILLA Y ME PELLIZCO EL PUENTE DE LA NARIZ EN UN INTENTO INÚTIL De alejar el dolor de cabeza que se ha estado gestando durante la última hora.

En lugar de tomarlo como una señal para cerrar la boca, Monroe se sienta en el extremo opuesto de mi escritorio y deja escapar un resoplido.

—Tengo que admitir, Carrera, pensé que estarías más contento con la votación del Senado.

Levantando la vista, le miro fijamente a través de mis dedos separados. Si escribiera "político sórdido" en cualquier buscador, la sonrisa plástica de Monroe Spader y su cara marcada por la viruela, aparecerá como una ETS<sup>7</sup>.

No tengo ni idea de cómo este idiota fue nombrado en la Comisión de Juego de Atlantic City. Con sus trajes baratos, su cabello castaño desfilado y peinado hacia atrás, y esas gafas de montura negra que se niegan a permanecer en su cara, parece que debería

---

<sup>7</sup> se utiliza con una fecha para indicar cuándo se inició una empresa u organización



estar junto a una furgoneta blanca repartiendo caramelos en lugar de emitir citaciones de juego.

Pero, de nuevo, a la gente mala le pasan cosas buenas. Especialmente cuando su hermano se está tirando al Gobernador.

—¿Qué quieres, Spader? ¿Un desfile? No has jodido unas simples instrucciones. —Dejando caer mi mano, le doy un lento aplauso—. Felicidades.

—Alguien está de mal humor. —Volviendo a sentarse en su silla, mete la mano dentro de su chaqueta y saca una bolsa de cacahuets a medio comer. Agita un puñado en la palma de la mano y lanza uno al aire, que falla perdiendo su boca por unos buenos 15 centímetros.

—Por si lo has olvidado, mi casino fue tiroteado la otra noche. Tú estabas allí, creo... hasta que dejaste de estarlo.

—No me quedo para los fuegos artificiales, Carrera. —Lanzando otro cacahuete en el aire, maldice mientras rebota en uno de los cristales de sus gafas—. Hablando de fuegos artificiales, ¿cómo te trata tu nueva esposa?

De repente me arrepiento de haberle hecho venir a mi boda... aunque fuera una estrategia.

—Es una mujer infelizmente casada, como era de esperar.

—Tengo que admitir, que fue un infierno el traje de ella...

—¿Hay alguna razón por la que todavía estás aquí? —pregunto, cortándolo. No hablaré de Thalia con él. Ni siquiera quiero que diga su nombre. Una segunda mirada a su sonrisa lasciva casi me hace tomar mi arma.



No quiero que piense en ella en absoluto.

Ella es mía.

*Espera, ¿de dónde mierda ha salido eso?*

El único derecho que tengo sobre Thalia es uno legal. Solo porque ella me dejó tocar su coño anoche, no significa que vayamos a tener toallas con nuestra insignia.

—La nueva señora Carrera es la menor de mis preocupaciones desde que un cargamento de mujeres muertas se dejó caer en mi puerta.

Un tercer cacahuete vuela en el aire, esta vez dando en el blanco. Los ojos de Monroe se abren de par en par y deja escapar una tos seca.

No estoy seguro de si se está ahogando con el cacahuete o con mi revelación.

—Lo he oído. —Se aclara la garganta y se mete lo que queda de la bolsa de cacahuetes en la chaqueta—. Uno de los operadores de la terminal portuaria es un viejo amigo. Nosotros... hablamos.

*Jack Wentworth.* Otro *pendejo* en mi nómina con la mano extendida. Lo que significa que los dos socios cuyos culos me pertenecen por la moralidad que compré, han estado intercambiando historias de guerra.

—Sabes lo que dicen de los labios sueltos, ¿no, Monroe?

—Santi...

—Hunden los barcos... y las carreras. Así que te sugiero que cierres los tuyos.



Su cara palidece.

—Quiero salir.

—¿Qué acabas de decir?

—Mira, sé quién es tu familia, Santi. Sé lo que hacen... —Empuja sus gafas hacia atrás en su nariz, tragando con fuerza mientras agarro el borde de mi escritorio—. Acepté tu trato porque no es asunto mío si alguien quiere tomar una línea por la nariz. Pero no firmé por prostitutas muertas.

—No son putas —digo, mi tono es bajo y mortal—. Eran mujeres traficadas.

Agita la mano.

—De cualquier manera, están muertas. Algo en lo que no quiero estar. Estuve de acuerdo en mover algunos hilos políticos, pero ninguna cantidad de dinero vale la pena, Carrera. No por el riesgo de quedar atrapado en medio de una guerra de carteles.

—¿Riesgo? —ladro una risa oscura—. Monroe, ya no hay riesgo. Te hundiste hasta las pelotas en esta mierda en el momento en que cruzaste mi puerta. Solo hay una manera de salir de nuestro acuerdo, y conduce a dos metros bajo tierra.

—Pero he hecho mi parte. El Barfly no es más que hollín y ceniza.

Una sonrisa fría parte lentamente mis labios.

—Querías que fuéramos socios de negocios, ¿recuerdas? Te advertí entonces que, si elegías jugar en mi liga, ganarías a lo grande o perderías tu vida. Has tomado el anillo de bronce, Monroe. Si se queda en tu mano o se enrolla alrededor de tu cuello depende





de ti. —Espero un momento o dos, y dejo que lo asimile antes de asentir hacia la puerta—. Ahora, vete. Tengo trabajo que hacer.

En cuestión de segundos, su silla vuela hacia atrás y Monroe Spader se convierte en un borrón de grandes almacenes con traje azul.

Una vez que la puerta de mi oficina se cierra tras él, me alejo de mi escritorio y me desplomo de nuevo en mi silla. *Dios mío, ¿qué otra mierda va a salir mal?*

Mis ojos se dirigen al óleo que hay sobre mi cabeza, donde mi desafío silencioso se encuentra con la reverencia sonriente de la *Santa Muerte*.

—No respondas a eso... —le digo, y después de otra vista a su mirada inquietante, añado rápidamente—. *Por favor.*

Incluso con el peso del ataque a la Terminal pesando sobre mí, mis pensamientos vuelven a Thalia. Anoche bajó la guardia. No solo me ofreció un vistazo detrás de ese muro de hierro tras el que siempre se esconde, sino que también se ofreció a sí misma.

Tomé lo que quería.

*Y luego rompí lo que quedaba.*

Me aflojo la corbata y me desabrocho el primer botón de la camisa. Algo en mi interior duele. Arde. Presiono la palma de la mano contra mi pecho. Empieza a extenderse.

Mierda, quizá Lola tenía razón. Me va a dar un ataque antes de los treinta años.

Como si me hubieran convocado, mi mirada vuelve a dirigirse a la *Santa Muerte*, que me mira con juicio.



—Bien —refunfuño, sacando mi celular del bolsillo—. Lo entiendo.

Svetlana contesta al primer timbre.

—¿Señor?

—Que François haga espaguetis para la cena. —Antes que pueda hacer cualquier pregunta, añado—: Y nada de esa mierda de caja. Quiero pasta fresca y salsa gourmet.

—Por supuesto, señor Carrera. —Puedo escuchar la sonrisa en su voz tan fuerte que bien podría haber terminado con el maldito prepotente.

—Y tira esa mierda de Day-glo que se untó en la cara para la boda. Cómprale maquillaje con clase y un vestido nuevo. ¿Qué más necesitan las mujeres para sentirse seguras?

—Libertad —dice rotundamente.

—Entonces, solo los espaguetis.

Una risa baja retumba al otro lado de la línea justo antes que termine la llamada.

*Malditas mujeres.*

Hablando de mujeres...

Spader ya estaba en mi oficina esperándome cuando llegué de Newark. No tuve la oportunidad de hablar con ella, pero a juzgar por la mirada entrecerrada de Lola cuando pasé corriendo por delante de su mesa, no me hizo falta.

El fuego que ardía en sus ojos azules lo decía todo.



Los espaguetis no son suficientes para mi hermana. Si espero tener algún sentido de paz en una vida que ya está explotando, voy a tener que tragarme mi orgullo y disculparme.

*Pedir disculpas.*

Maldiciendo en voz baja, atravieso mi oficina y abro la puerta para descubrir que mis dos mundos han colisionado, arrojando restos astutos y gasolina infundida en forma de un par de morenas en cada centímetro del vestíbulo ejecutivo.

Thalia está sentada en el borde de una silla, mientras mi hermana descansa contra el lado de su escritorio como la reina de los condenados. Están inmersas en una conversación, y aunque no puedo distinguir sus palabras, tengo una idea bastante buena de quién es el tema principal.

*El pinche cabrón que dejó que el tiempo se le escapara, solo para que le mordiera en el culo.*

Que las mujeres hablen nunca es algo bueno. Pero, ¿dos mujeres Carrera sumidas en una discusión? Es un cóctel molotov.

Me aclaro la garganta y un par de ojos azules brillantes giran hacia mí.

—Santi... —Lola me muestra una sonrisa letal—. Estábamos hablando de ti.

—Ya lo creo. —¿Sobre qué limpiador doméstico común se puede utilizar para inducir un paro cardíaco?—. Thalia... Mi oficina. Ahora.

Ella no se mueve.

—He dicho que ahora.



Lanzándome una mirada afilada como una daga, se levanta lentamente. Antes que pueda dar un solo paso, Lola le pone una mano alrededor de la muñeca.

—Tu esposa no es un Cocker Spaniel, Santi. Inténtalo de nuevo.

Aprieto los dientes.

—Por favor.

*Voy a degradarla a asistente de baño después de esto.*

—Ahora, eso no fue tan difícil, ¿verdad? —Sonriendo, suelta la muñeca de Thalia y se deja caer en su propia silla—. Diviértanse, chicos.

Girando sobre mis talones, regreso a mi oficina antes de lanzar algo a esa sonrisa y arrancarle un diente. Para cuando la puerta se cierra detrás de mí, ya estoy caminando. Estoy enfadado, y no es solo porque Lola me desafiara delante de Thalia.

Es porque no me extrañaría que mi nueva esposa tratara de atraer a mi hermana a su esquina.

Lo que acaba de suceder allí fue Lola siendo... bueno, Lola. Había planeado contarle sobre mi matrimonio. Yo. Su hermano. No era el lugar de Thalia cruzar esa línea.

Thalia. Con su largo cabello oscuro apilado en la parte superior de su cabeza, en un moño desordenado que es de alguna manera elegante en su caos. Thalia, su cara fresca y hermosa con solo un toque de color en sus labios y pestañas. Thalia, con unos jeans negros ajustados mostrando sus largas piernas y otra camiseta blanca.





—No tienes que preocuparte —la oigo decir—. Hice mi papel, pero tu hermana no es estúpida. Tenía que ser honesta sobre nosotros...

—¿Nosotros? —Haciendo una pausa, enarco una ceja.

En respuesta, me mira como una mujer que ha pasado las últimas doce horas planeando mi dolorosa muerte.

—No te preocupes, *esposo*. Lola ya sabe que su hermano es un *pinche sangrón*.

Mi cabeza se levanta de golpe.

—¿Acabas de llamarme pinche sangrón?

—Soy mitad colombiana. ¿No crees que también sé español? Ahora bien, si eso es todo...

Mierda, es preciosa cuando se enfada.

La agarro del brazo antes que pueda dar un paso más.

—Sobre lo de anoche...

—Fue un error por parte de ambos. Yo tengo mi agenda, y tú tienes la tuya. Mientras recordemos eso, no habrá más de *esto*. —Hace un gesto entre nosotros con una mirada de disgusto.

—¿Y qué es esto? —exijo, imitando su gesto.

Sonríe dulcemente, con veneno goteando de sus labios.

—Extorsión emocional. Algo con lo que me he familiarizado de manera deprimente en la última semana. —Thalia se vuelve hacia la puerta y una vez más, me encuentro deteniéndola con un firme agarre en su brazo. Su cuerpo se tensa bajo mis dedos.

—Ya he dicho todo lo que tenía que decir, Santi.



—Bien, entonces tal vez escuches por una vez.

—Vete a la mierda —gruñe, apartándome. Hay fuego en sus ojos, pero no es una emoción solitaria. En algún lugar, en ese río de rabia fundida, hay también corrientes de dolor—. Puede que sea tu esposa, pero no dejaré que me trates como una puta.

—No eres la puta de nadie, *mi amada*.

Una risa dolida retumba en su garganta.

—¿Después de cómo actuaste anoche? Bajé la guardia. Te confié lo de la enfermedad de mi hermana, y tú lo tergiversaste en algo horrible.

—¿No crees que yo también bajé la mía? —Avanzo cada vez más cerca de ella mientras hablo. A este paso, ambos nos estrellaremos contra ese muro.

—Durante un segundo quizás —admite de mala gana—. Luego se esfumó bastante rápido.

—Y con razón.

Maldita sea. No quería tener esta conversación, pero me está forzando. No quiere reparaciones, quiere sangre.

*Bien.*

Cortaré una vena por ella. Pero el resultado no va a ser lo que ella espera.

—No soy un monstruo. —Extendiendo la mano, paso el dorso de mis dedos por su rígida mandíbula—. No todo el tiempo, al menos. Soy un hombre de extremos. Si hay un término medio, nunca lo he encontrado. La línea entre el odio y la lujuria se desdibuja con demasiada facilidad para mí. Una vez cruzada, anheló... algo más.



Ella traga con fuerza, su garganta se constriñe contra mi piel.

—¿Querías hacerme daño?

—Sí.

—Por eso querías que te rogara anoche —susurra—. Porque sabías que no lo haría.

La cruda verdad en sus palabras es algo que ella nunca entenderá. Es una verdad enterrada en lo profundo de las abolladuras que salpican la pared de mi habitación. Su rechazo fue la única salvación que pude ofrecerle.

Mi crueldad no era simple malicia. Era un salvavidas.

Acuno su rostro entre mis manos, un gesto tierno envuelto en una aguda advertencia.

—No soy un hombre amable... ni dentro ni fuera de la cama. Y tú, mi esposa, eres virgen. —Abre la boca para refutar mis palabras, pero presiono mis pulgares sobre sus labios—. No tienes ni idea de lo que te haría, Thalia Carrera. Cosas viles que ninguna virgen debería conocer.

El silencio se arroja en cada rincón de la habitación. Esperando... Escuchando...

—Solo quiero ir a casa —dice, sus labios tiemblan bajo mi contacto.

Esos profundos pozos marrones rebosan de lágrimas no derramadas. Una finalmente se libera y recorre su mejilla. Cuando toca mi pulgar, en lugar de limpiarla, se la unto en la piel.

—Tú y yo nacimos en una pesadilla, y también moriremos en una. Esta es la mano que nos ha tocado. Pero incluso en las



pesadillas, podemos controlar nuestro propio destino. Podemos reclamar lo que es nuestro y vivir con nuestras propias reglas... nuestros propios deseos.

Se le corta la respiración.

—¿Qué desea, *Señora Carrera*?

Sosteniendo mi mirada, Thalia abre su boca y envuelve sus labios alrededor de mi pulgar. Hay un latido de corazón en el que nos miramos fijamente, uno de nosotros probando los límites, y la otra atreviéndose a cruzarlos.

Entonces, ahueca las mejillas... y chupa.

Y una vez más, mi preciado control se rompe como una rama seca.

Le quito el pulgar de la boca, solo para golpearla contra la pared y sustituirlo por mi lengua. Introduzco los dedos en su moño desordenado y tiro de los mechones mientras me restriego contra ella.

Sus gemidos alimentan al monstruo del que le advertí.

Se lo advertí, carajo...

Me devuelve el beso con la misma fuerza, tomando todo lo que tengo para dar, pero cuanto más nos besamos, más sé que sus labios no serán suficientes para calmar esta tormenta.

Quiero más.

La quiero a ella.

Llevo la mano a la cremallera de sus jeans y ella se pone rígida.





—Santi... para. ¡Para!

Pero es demasiado tarde. Mi monstruo ya me ha consumido. Todo lo que puedo hacer es apoyar mis palmas contra la pared y bloquear mis brazos para evitar hacer algo que no pueda retirar.

Tras un par de parpadeos con los ojos muy abiertos, Thalia se agacha bajo mi brazo.

Presionando las yemas de sus dedos contra sus labios hinchados, se aleja, sus ojos sin dejar de mirarme.

—No puedo... No después de...

—Thalia.

—Me apartaré de tu camino. —Busca detrás de ella el pomo de la puerta—. Yo... me tengo que ir.

Cierro los ojos, tratando de respirar a través de la espesa niebla de la insatisfecha lujuria. Lo ha vuelto a hacer. Me ha hecho perder el control de nuevo. Este vaivén de calor y frío tiene que parar. No puedo destruir a alguien y tener hambre de ella al mismo tiempo.

Tengo que poner en orden mis cosas.

Cuando mi cabeza finalmente se aclara, abro la puerta y me encuentro con un tornado de metro y medio listo para arrasar conmigo.

—¿Mereció la pena?

—Si te refieres a mi nueva esposa, vas a tener que ser más específica. —Voy a dar un paso alrededor de mi hermana cuando ella cojea delante de mí, bloqueando mi camino.



—Aunque no tengo duda que arrinconarla fue lo mejor de tu año. Me refiero a mí.

Bien, así que estamos haciendo esto ahora mismo.

—¿Qué pecado atroz he cometido esta vez? —digo, cruzando los brazos sobre el pecho con un suspiro.

—¿Qué tal drogarme para que no pudiera asistir a la boda de mi propio hermano?

Me pongo rígido. La mordacidad de su discurso me dice que no es solo una acusación.

Cuando Lola está enfadada, reacciona como un Carrera: metódica y calculadora con muy poca emoción. Pero cuando está herida, es despiadada.

—No soy estúpida, Santi. —Frunce el ceño y me da un golpe sorprendentemente fuerte en el pecho—. Me drogaron, ¿recuerdas? Sé lo que se siente. —La tensión en su rostro se desvanece, solo para ser reemplazada por un devastado ceño fruncido—. Pero hasta ahora, no sabía lo que se siente ser drogada por mi propio hermano.

Mierda, fue directo a la yugular.

—Lo hice por tu protección.

—Mentira —sisea, con los ojos entrecerrados en señal de acusación—. Lo hiciste por tu protección.

—¿De quién? —grito, el dolor en mis entrañas se convierte en algo mucho más oscuro—. ¿De ti? Soy el rey de este imperio.

Esos ojos azul claro se estrechan de nuevo mientras me estudia.

—Bueno, su alteza, las balas no son tan afiladas como las flechas.



—Probablemente deberías tomarte el resto del día libre. Parece que las drogas no están completamente fuera de tu sistema. —La empujo de nuevo. Esta vez no intenta detenerme.

—He visto cómo la mirabas —me dice—. Esto no es solo venganza, Santi. Te está afectando.

*Mierda. Mierda. Mierda.*

No sé por qué me detengo. Debería seguir caminando, pero no lo hago.

—No sabes de qué estás hablando.

—¿No lo sé? No puedes elegir de quién te enamoras, Santi. El corazón no se preocupa por las líneas de batalla.

—¿Hablas por experiencia, *chaparrita*? —No es la única que puede lanzar piedras. Miro por encima de mi hombro y la encuentro mirándome—. Porque eso te funcionó muy bien.

Como siempre, cualquier mención a Sam Sanders y la boca de Lola se convierte en una bóveda sellada. Inclinando la cabeza, exhala un aliento derrotado.

—No estoy peleando contigo, Santi. Estoy de tu lado.

—Podrías haberme engañado. Por el aspecto que tenían las cosas cuando entré aquí, ya has saltado a la nave de Thalia y has zarpado.

Ella gime, sacudiendo la cabeza.

—Solo porque lo sienta por la chica, no significa que no sepa lo peligrosa que puede ser. —Oigo sus muletas arrastrarse por el mármol y luego se quedan quietas.



Me digo a mí mismo que camine. Que me aleje, mierda. Pero, una vez más, me quedo allí, inmóvil, mientras mi hermana apoya su mano en mi hombro antes de retirarla rápidamente.

—Somos Carrera. Entiendo que tenemos que romper las reglas. Solo prométeme que no la romperás.

—Realmente crees que soy un bastardo, ¿no?

—No. Creo que harías cualquier cosa para demostrar tu lealtad a papá... y a ti mismo.

Solo la mención de su nombre y mi barbilla se desliza hacia atrás sobre mi hombro.

—¿Qué se supone que significa eso?

Me mira fijamente a los ojos, su mirada se suaviza.

—La lealtad no siempre es un camino recto, Santi. A veces se bifurca cuando menos lo esperamos.





## 24

## THALIA



NO QUIERO VOLVER A SUBIR. NO QUIERO ANALIZAR EL ESTADO en el que se encuentra mi matrimonio de un día dentro de una habitación vacía otra vez. Es una opción cuando estás a cuarenta y dos pisos de altura y el cielo está a distancia. Si Santi entrara sin avisar para otra ronda no resuelta de tensión sexual mezclada con odio, podría acabar empujándolo por el balcón.

En lugar de eso, me encuentro de nuevo en el Bar Platinum, pidiendo otro jugo de naranja de Andrew que sé que no voy a beber.

—Aquí tienes —dice con una sonrisa irónica. Sabe que este tampoco me lo voy a beber, pero es demasiado educado para decir algo.

Lo observo pulir el mostrador por enésima vez, hasta que puedo ver mi miseria reflejada con perfecta definición.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Dos años.

—¿Te gusta?



Se ríe.

—¿Es una pregunta con trampa? Sé con quién está casada, señora Carrera, y valoro mi... empleo.

—Me parece justo —digo, devolviéndole la sonrisa.

Le veo colocar una caja de Johnnie Walker Blue en la encimera y empezar a desempaquetar las botellas. Es guapo como un quarterback americano, pero sé que, si alguna vez me encontrara a solas con él, sus caricias no me abrasarían la piel, y sus besos no arderían como el fuego.

No como los de otro... Cuando me toca, sé que ya estoy en el infierno.

*Maldito seas, Santi. ¿Por qué tuviste que ir y volverlo todo tan confuso?*

—¿Eres nativo de Nueva Jersey?

—Nacido y criado —dice con orgullo.

—Cuéntame un chiste —digo de repente, y luego me sonrojo, dándome cuenta de lo atrevido que ha sonado.

—¿Estás bien? —dice, frunciendo el ceño.

—No es una insinuación, lo juro —tartamudeo—. Cuando era una niña, mi amigo solía intentar hacerme reír con chistes malos todo el tiempo. —Impotente, me encojo de hombros—. Supongo que me vendría bien ahora mismo.

Me mira de reojo con una sonrisa lenta.



—Un chiste, ¿eh? —Inclinándose sobre el mostrador, asiente con la cabeza y acepta mi reto—. Bien, entonces, dos tipos entran en un bar... El tercero se agacha.

Es demasiado estúpido para ser gracioso, pero me encuentro riendo de todos modos.

O lo hago hasta que un puño pasa volando frente a mi, y golpea la mandíbula de Andrew antes que este tenga la oportunidad de agacharse.

—¡Lárgate de mi casino! —Santi ruge, tomando el pulido mostrador como si fuera Bo Duke, de Dukes of Hazzard, deslizándose por el capó de un coche, mientras Andrew retrocede hacia un estante de vodkas.

—¡Santi, para! —grito, subiéndome a la barra para intentar apartarlo. pero es como intentar calmar una avispa enfadada. Cuanto más lo intento, más picaduras siguen lloviendo sobre el camarero.

—¿Te tocó? —Se da la vuelta de repente y me agarra la barbilla en un agarre severo. Su rostro está ardiendo. Su toque es salvaje.

—Dios mío, ¿estás celoso? —jadeo.

—Eres mía, Thalia Carrera —gruñe—. Ese maldito anillo en tu dedo lo demuestra.

—¡Un trozo de metal no prueba nada! Voy a solicitar la anulación a menos que vuelvas a contratar a Andrew de inmediato.

—¿Ya te tuteas con el personal? Te mueves rápido, Thalia.

—En cinco días, voy a estar corriendo fuera de este lugar. ¡Verás lo rápido que me muevo entonces!



Murmurando una disculpa a Andrew, que está sosteniendo el lado izquierdo de su mandíbula y parece aturdido, empujo hacia atrás para liberarme, prometiendo hablar con Lola tan pronto como pueda sobre el comportamiento irracional de su hermano. Si Andrew no es contratado de nuevo en veinticuatro horas, haré algo más que llenar sus botellas de *Gran Patrón Burdeos Añejo* con agua.

—Thalia Carrera, vuelve aquí —le oigo gritar al llegar a la entrada del bar.

Ignorándolo, muevo el dedo corazón hacia arriba como un *au revoir*<sup>8</sup>, y luego espero a que me siga un estruendo de pasos enfadados.

Me alcanza cuando entro en el ascensor.

—Déjame en paz —le digo, mientras entra al ascensor detrás de mí, me aprieta en una esquina mientras las puertas se cierran.

—¿Te ha tocado? —repito mientras el ascensor empieza a subir, junto con la temperatura en su interior.

—Le pedí que me contara un chiste —respondo con amargura—. No esperaba que mi esposo fuera el protagonista.

Es un gran juego de palabras, pero ninguno de los dos está de humor para reírse ahora mismo.

—¡Estás mintiendo!

—¡Y tú eres *el Rey del Loco*! —digo, clavando mi dedo en su pecho.

—¿El qué?

---

<sup>8</sup> Adiós





—Es el nombre que te he estado llamando en mi cabeza desde el día que nos conocimos. Siempre tomas estas decisiones locas, y solo tú puedes ver la lógica. ¿Es cierto que vas a abrir casinos en Nueva York ahora que tío Rick pasó por el Senado?

—¡Oh, *hija de tu puta madre!* —escupe—. No lo digas como si te importara mi seguridad.

—Tienes razón, ¡no lo hago!

Nuestros pechos se agitan al ritmo del otro. Estamos tan cerca que estamos creando nuestra propia fricción por el movimiento.

Puedo sentir su dura erección presionando contra mi estómago. Mis pezones son como balas.

—Me estás mintiendo otra vez —me acusa con dureza.

—¡Jódete!

—Buena idea.

Justo entonces, el ascensor da un bandazo. Bien podría haber roto sus cables por todo el autocontrol que queda dentro del ascensor.

Es difícil saber quién se mueve primero. ¿Quién empezó esta guerra primero? Pero de repente, estoy llena de él otra vez. Besos posesivos y tensos que introducen su lengua tan profunda en mi boca, que no hay cantidad de Añejo que vaya a quemar este recuerdo.

A su vez, descargo mi rabia en su cuerpo, enredando mis dedos en su espeso cabello negro y tirando con fuerza. Él gime, soltando maldiciones en español y palabras sucias en medio de nuestro beso mientras el calor entre mis piernas se convierte en un infierno.



Deslizando sus manos hacia mi culo, me levanta, forzando mis piernas alrededor de su cintura, y me aprisiona contra la pared del ascensor.

—Si alguna vez...

*Beso.*

—Te ríes así con otro hombre de nuevo...

*Beso.*

—Lo mataré, mierda...

*Beso.*

—Y luego te asesinaré.

*Beso.*

—Eso es si puedes atraparme —gruño, inclinando mi cabeza hacia atrás para ofrecerle mi garganta para el fatídico final.

En algún lugar en la distancia, las puertas vuelven a sonar.

Me lleva así envuelta a su apartamento, gritando a sus guardias de seguridad que aparten la vista cuando pasamos.

Cierra la puerta de una patada y me deja sobre la mesa en medio del pasillo, me arranca los jeans y las bragas se arrojan entre mis piernas.

—Creí que era la que tenía que suplicar —jadeo, levantando la cabeza.

Nuestras miradas se encuentran.

Nuestros mundos chocan.



—Oh, vas a suplicar, *mi amada* —dice con una sonrisa malvada, abriendo aún más mis piernas: más amplias para él—. No dejaré de devorar este coño hasta que lo hagas, y entonces te daré la vuelta y te follaré el culo con la lengua hasta que olvides que alguna vez tuviste un nombre antes de *Carrera*.

Todos mis pensamientos se fragmentan, excepto uno.

—¿Qué hay de...?

—Puedo esperar —dice, adivinando mi pregunta—. Porque cuando estés lista para tomar mi polla... cuando vengas a mí voluntariamente... sé que tu inocencia valdrá cada segundo que pases deseándola.

Nunca me había detenido a pensar en cómo se sentiría que un hombre me besara ahí abajo, pero cuando su lengua pinta una línea dura a través de mis pliegues, ya no recuerdo casi nada. Cuando rodea mi clítoris con sus labios y lame con fuerza, el universo deja de existir.

Cuando me arranca un primer orgasmo con tanta violencia que mi espalda se levanta de la mesa y su nombre queda tatuado permanentemente en mis labios, creo que he alcanzado el olvido.



Bad  
BLOOD

25

SANTI



MI CELULAR ESTÁ SONANDO DE NUEVO CUANDO VUELVO A BAJAR AL Bar Platinum una hora más tarde. RJ ya tiene un vaso lleno de tequila Añejo esperándome. Por primera vez, observo mi veneno con una mezcla de emociones.

Necesito una copa. Este día está empezando a justificar muchas de ellas. Sin embargo, Acabo de probar una adicción mucho más poderosa, y ahora el familiar y relajante ardor tiene competencia.

Hago girar el cuello, mis músculos tensos se contraen en señal de protesta. Aunque el primer sorbo puede aliviar los nudos creados por el contraataque de Grayson y la patética mierda de Monroe, también borrará el sabor de ella. Y ahora mismo, la dulce esencia de la lujuria de mi esposa es lo único que mantiene el cráneo de Marco Bardi en una sola pieza.

Me meto la mano en el bolsillo para silenciar su incesante timbre antes de desabrochar mi chaqueta y deslizarme sobre el taburete. Con una mirada de reojo de lado, los camareros se dispersan, ocupándose de limpiar derrames invisibles en el otro extremo del mostrador.





Por suerte, ese *pendejo*, Andrew, no aparece por ningún lado. La advertencia de Thalia se filtra en mi cabeza... *Contrátalo de nuevo, una mierda...* Tiene suerte de que aún tenga manos para levantar la polla para mear, y mucho menos para servir bebidas en mi casino. Después de lo que acaba de pasar arriba, la apuesta es aún mayor. Thalia no es solo un peón más. Mi hambre por ella está inclinando la balanza en la dirección equivocada.

Yo quería ser dueño del mundo.

Ahora, ella lo está poniendo patas arriba.

Nunca me he alejado de un coño tantas veces sin follarlo. Sin embargo, aquí estamos de nuevo “la virgen y el villano” cargando el mismo campo de batalla lujurioso. Avanzar y retroceder. Ataque y rendición. Estamos cruzando dos territorios llenos de minas terrestres ocultas, y eventualmente, una de ellas va a explotar.

*Voy a necesitar ese trago, después de todo...*

—*Gracias* —murmuro, y me bebo la mitad del vaso antes de tomar aire.

RJ deja su whisky medio vacío en la barra al lado.

—¿Un día duro con la señora?

*Rudo y brutalmente delicioso.* Una imagen de Thalia tumbada de espaldas, con las piernas abiertas y el cuello arqueado en éxtasis invade mis pensamientos, y mi polla se hincha de nuevo con la necesidad de poseerla. *Toda ella.*

Su inexperiencia me atrajo, pero es su vulnerabilidad lo que me mantiene interesado.



Hago una pausa, con el tequila a medio camino de mi boca, y le dirijo una mirada dura.

—Si sigues así, enviaré tus pelotas a Houston en una Ziploc. — Se ríe, y el sonido me irrita hasta el último nervio—. ¿Qué dijo nuestro amigo Bardi sobre el regalo que Grayson dejó en nuestro muelle?

—Todavía no le he preguntado. Me imaginé que querrías hacer los honores.

Mi primo me conoce demasiado bien. Después de tener mi puerto convertido en una escena del crimen... y de ver a mi hermana montar un motín, no hay nada que quiera más que sacarle una confesión a golpes a ese italiano hijo de puta.

—Bueno, al menos sabemos que él no fue el responsable — ofrezco, acomodándome de nuevo en el taburete con exagerada despreocupación—. Está un poco atado en el momento.

El chiste cae tan bien como el del camarero antes.

—Hablando de eso —dice RJ—. Si has terminado de usar su celular para usurpar a tu esposa, entrégalo. Haré que uno de nuestros hackers vea si pueden sacar algo de el.

—Ya lo he hecho. Nada más que porno pirateado y fotos de pollas.

Está buscando más whisky cuando su celular empieza a sonar. Es rápidamente seguido por el mío, otra vez.

Su mandíbula se endurece cuando saca el celular del bolsillo y se da cuenta que yo no hago lo mismo.

—¿No vas a contestar?

—No.



—Harcourt —responde.

Un golpe de mi vaso vacío en la barra hace que los camareros se dispersen una vez más. En cuestión de segundos, una nueva bebida se coloca delante de mí, todo envuelto con un lazo invisible.

—¿Qué quieres decir? —una nota aguda en la voz de RJ llama mi atención. Miro y lo encuentro agarrando su celular con tanta fuerza que me sorprende que no se haya convertido en polvo—. ¡Pues búscalos, *carajo pinche cabrón!*

—Dime. —Es todo lo que puedo hacer para forzar la orden a través de dientes apretados.

—Bardi se ha ido.

*Cuatro palabras.* Cuatro malditas palabras, y todos mis mejores planes se desmoronan como un castillo de naipes.

—¿Qué quieres decir con que *se ha ido*? —me quejo—. ¿Dónde mierda podría irse? El hijo de puta estaba atado a una silla en una habitación cerrada.

RJ se levanta y se pasa los dedos por el cabello corto.

—Tengo que averiguarlo. Rocco acaba de bajar y la puerta estaba abierta, junto con dos sicarios muertos. No hay silla. Ni Bardi.

Mis dedos se aprietan alrededor de mi vaso momentos antes de lanzarlo al otro lado de la barra, viendo cómo se rompen las paredes de espejo.

—¿Y qué? ¿Acaso a él le han salido alas y ha levitado hacia la libertad? ¡Encuéntrenlo, carajo! ¡Ahora!

—Santi, yo...



Lo interrumpe otro timbre estridente, y entonces me pongo a gritar.

Alcanzo mi propio celular y lo silencio antes de golpearlo contra la barra.

—¿No sabes dejar un puto mensaje?

—Sí, pero prefiero entregarlos en persona.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa cuando el acento profundo y familiar se amplifica en sonidos envolventes, controlados y engañosamente suaves.

Lentamente, me giro para encontrar los ojos fríos e implacables de mi padre mirándome fijamente.

Con el celular en la cara.

El asesinato oscurece sus ojos.



Valentin Carrera no se sienta. Está de pie como el mismísimo Zeus, presidiendo mi oficina como si fuera el Monte Olimpo.

No ha hablado una palabra desde que cerré la puerta, pero para ser justos, yo tampoco. Nuestra fría reunión atrajo más que unas cuantas miradas en el bar, así que mi reacción fue sugerir que lo trasladáramos a otro lugar.

Un lugar más privado, con menos testigos que pudieran ser llamados a declarar en caso de un asesinato.





Me inclino hacia atrás en mi silla, ensanchando los dedos y presionando las yemas de los dedos juntos. Elegir estar sentado en lugar de estar de pie fue un movimiento estratégico. La silla de mi escritorio es un asiento de poder, un trono construido por mí mismo bajo la atenta mirada de la *Santa Muerte*.

Esto no es México.

Esto es Nueva Jersey.

Y aquí, yo soy el rey, no él.

Mi celular suena para avisarme que me han dejado un mensaje de voz. No estoy de humor para lidiar con nada más en este momento, así que lo arrojo sobre el escritorio entre nosotros como una granada.

Bajando los ojos, mi padre le echa una mirada medio interesado.

—Así que tu celular no está roto después de todo.

Tampoco estoy de humor para explicaciones, así que tomo la botella de cristal que está a mi lado y me sirvo un trago.

—Sírvete —murmuro.

Su mirada oscura se dirige a la botella y luego se posa de nuevo en mí.

—No me gusta que me ignoren, Santi.

Con el vaso en la mano, me siento en mi silla e imito su tono tranquilo y letal.

—Y no me gusta que me cuestionen. Exigiste que me encargara del ataque de Grayson a Legado, así que lo hice. No sabía que mis decisiones necesitaban una autorización. —Sosteniendo su mirada,



tomo un largo trago, dejando que el desafío cuelgue en el aire. Nunca he sido más que reverente con mi padre, así que ambos estamos navegando aguas inexploradas aquí.

—Depende de la decisión —dice, escudriñando mi despacho con los mismos ojos tormentosos que veo en el espejo todos los días. Marrón oscuro con destellos dorados, lo que significa que apenas está conteniendo su rabia—. Este es un buen lugar, el que tienes aquí, *hijo*.

No es un cumplido.

Y un parpadeo no es más que un fuego inminente.

Aunque las manos de mi padre están metidas sin apretar en los bolsillos de sus pantalones de traje negro, es una postura dudosa. A juzgar por la dureza de su mandíbula y su mirada inquebrantable, no me sorprendería que sacara un rayo y me lo lanzara a la cara.

—Las reparaciones han ido bien, por lo que veo.

Asiento.

—El apellido Carrera tiene una forma de acelerar las cosas.

—De nada.

Mi sangre bombea a un ritmo furioso ante la insinuación.

—¿Por qué? —pregunto, mordiendo las palabras, luchando por mantener mi temperamento bajo control—. ¿Crees que has hecho esto? ¿Crees que es tu nombre el que temen en esta ciudad?

Deja escapar una risa oscura.

—Temen a *La Muerte*.



Esas dos palabras son como un disparo. *La Parca*. Un nombre al que se refieren en susurros por todo México.

—En este lado de la frontera, yo soy *El Muerte* —digo, enseñando los dientes y golpeando mi vaso contra el escritorio.

Los labios de mi padre se curvan en una tibia sonrisa. *Hijo de puta*. Me ha provocado a propósito. Quería que yo me rompiera primero.

Mi estómago vacío se revuelve con nada más que ácido y tequila.

—No has venido hasta aquí para hablar de la estructura del edificio —digo con desgana—. Sé que tienes halcones plantados por toda la Costa Este que te informan. Sé que tengo un pájaro cantor enjaulado en mi ático.

No confirma ni desmiente, pero no hace falta. Ambos sabemos que tengo razón.

—Legado... —apunta, ignorándome, la palabra fuertemente acentuada rodando por su lengua—. Es irónico, ¿no crees?

—¿Qué lo es?

—Que le pongas a tu casino el nombre de tu legado... —Su sonrisa de satisfacción desaparece, la calma oscura del capo de un cartel recorre su cara mientras sus palmas golpean sobre mi escritorio—. Solo para ponerle un anillo a una Santiago y cagarse en el.

—Cuidado —adviento en tono bajo, pero no sé qué estoy defendiendo, si mi casino, o mi mujer.

—¿Has dejado que su coño te envenene el cerebro, Santi? —Sus manos se cierran en un puño—. Esa mujer no es tu aliada. ¿Tan



Bad  
BLOOD

solo unos días entre sus piernas te han hecho olvidar todo lo que te he enseñado? ¿Todo lo que su padre le hizo a tu madre? ¿El dolor que causó a nuestra familia? ¿El tiempo que te robó?

El último fue un dardo bien lanzado a mi parte más débil. Un oscuro rincón dentro de mi cabeza lleno de nada más que esperanza hecha trizas y oraciones sin respuesta.

—No, no lo he olvidado —respondo, recuperando mi tono mortal, pero esta vez, se ha cortado en rodajas de papel—. ¿Cómo podría hacerlo? Nunca me dejarías.

—¿Qué demonios se supone que significa eso?

No le respondo. No es una conversación que me interese tener, ni ahora ni nunca.

Discutir sobre el pasado es como girar en círculos dentro de una rueda de hámster y esperar viajar en línea recta.

—Diecisiete mujeres muertas aparecieron en un contenedor en mi puerto esta mañana —digo rotundamente, cambiando de tema.

Aprieta los dientes.

—Sí, lo sé.

Claro que lo sabe. Esta guerra se ha intensificado a un nuevo nivel, y ahora descansa en mis manos.

*En mis malditos hombros.*

—Mi casino fue tiroteado. —Me paso la mano por el cabello y tiro de las raíces—. Lola resultó herida. El bar de Sanders es un montón de cenizas y recuerdos rancios. Santiago utilizó a su propia hija como blanco de tiro, por el amor de Dios.





Se queda callado un momento y luego ladea la barbilla, los destellos dorados de sus ojos pasan de ser un parpadeo a una chispa.

—Sabías que este fue siempre tu destino. Mi batalla es tu batalla.

—¡No! —acuso, clavando el dedo en el escritorio—. Siempre fue tu batalla. La hiciste mi carga.

—Eres un Carrera. Un pecado contra uno es un pecado contra todos. No descansamos hasta que la venganza se ha reclamado y la sangre se ha derramado.

—Esa es tu verdad.

La chispa se convierte en llama, sus nudillos se aplastan contra mi escritorio.

—Y tú la hiciste tu verdad cuando prestaste juramento y aceptaste un puesto en el Senado —devuelve el golpe, su acento se hace más grueso a medida que su ira aumenta—. Puede que te haya preparado para ser rey, Santi, pero tú codiciaste la corona por tu cuenta.

Tiene razón. Y quiero odiarlo por ello, pero no puedo. Valentin Carrera me moldeó para ser su sucesor. Para ensangrentar mis manos y absorber su odio como el mío. Pero al final, elegí esta vida. Tan joven con ocho años de edad, me escabullía de la casa y seguía a mi padre y a mis tíos al edificio de una habitación en el extremo de la finca.

El Senado.

*El Senado de Carrera.*



La única ley que existe entre esas cuatro paredes es la ley del cartel.

Los hombres dentro de esas paredes se ganaron su asiento. Hicieron un juramento. Codiciaba lo que ellos tenían. Mi alma ardía por pertenecer. Por reclamar lo que era legítimamente mío.

Me gané mi puesto la noche que estuve con la nieve de Nueva Jersey bajo mis pies y los disparos estallando a mi alrededor. La noche que tomé mi primera vida...

Y me enfrenté a mi primera debilidad.

Mientras miro fijamente a mi padre, de repente me doy cuenta de lo mucho que me he convertido en él.

No solo físicamente, sino también en nuestros gestos y palabras. Mi oficina está bañada en oscuridad, igual que la suya. Mis trajes italianos están hechos solo de la seda más fina, negros y grises oscuros, igual que los suyos. Mientras que su pelo es ahora sal y pimienta, el mío es negro como el azabache, ambos actúan como barómetros del estado de ánimo: lacados hacia atrás cuando tenemos el control y caótico cuando no lo tenemos.

El reflejo de la verdad es un trago amargo. Incluso ahora, ambos estamos inclinados hacia adelante en lados opuestos de mi escritorio, con los puños cerrados, las mandíbulas apretadas, implacables y tercos como la mierda.

Imágenes en un espejo.

Pecados de espejo.

Los pecados del padre...

Puedo sentir cómo una fría sonrisa se extiende por mi cara.



—Parece que soy el hijo de mi padre, en más de un sentido.

Eleva una ceja oscura.

—¿Qué significa?

—Thalia Santiago vino aquí tratando de ganar dinero para proteger a su hermana de un italiano de mierda que la estaba chantajeando. En lugar de dejar que se quedara con sus ganancias, la retuve contra su voluntad y la utilicé para mi ventaja en medio de una guerra de carteles. —Le sostengo la mirada, mi sonrisa sádica—. ¿Te suena?

Por primera vez, veo a mi padre estremecerse. Era solo unos años mayor que yo cuando mi abuelo lo envió a Houston para dirigir las operaciones en Estados Unidos de la parte sureste del cartel. Mi madre era una mesera en una cantina propiedad Carrera, y de alguna manera, toda su familia quedó atrapada en medio de rivalidades del cartel mexicano.

Que terminó con mi padre secuestrándola.

Él afirma que fue para protegerla, pero Valentin Carrera no hace nada que no le beneficie.

Nunca pregunté los detalles. No quería saberlo. Ahora, estoy pensando que debería...

El silencio alargado pinta la habitación en una oscuridad aún más volátil. Solo una respiración separa la acción y la consecuencia.

Hasta que la puerta se abre de golpe.



—Santi, siento irrumpir, pero no respondes a tu... —La voz de Lola se interrumpe cuando su mirada se posa en la fuerza opositora que está frente a mí—. *¿Papá?* —susurra.

Mi padre desvía su atención hacia la puerta abierta y su ceño se suaviza.

—*Hola, cielito.*

Su pequeño cielo. Su mayor debilidad, solo superada por mi madre.

—¿Qué haces aquí? —pregunta incrédula—. Yo no... —Cuando su mirada se fija en las muletas metidas bajo sus brazos, me lanza una mirada de pánico.

Todo lo que puedo hacer es encogerme de hombros. Tratar de contener su venganza ahora sería como tratar de capturar una brisa. Inútil como la mierda. Si ella tiene la piel herida o un corte de papel, no le importará a Valentin Carrera. Alguien sacó sangre de su pequeño cielito. Alguien morirá.

Lola se aclara la garganta nerviosamente.

—¿Está mamá aquí?

Asiente con la cabeza.

—Sí, está descansando en una habitación de arriba.

Las palabras van dirigidas a ella, pero me golpean directamente en el pecho.

—¿Se queda aquí? ¿En Legado?

—Sí —responde de nuevo, y no me gusta la mirada que tiene—. De hecho, tiene muchas ganas que llegue esta noche.





Lola jadea.

—¿Esta noche?

Mi padre cruza el despacho a grandes zancadas y le acaricia suavemente la mejilla.

—¿No te lo ha dicho Santi? Los cinco vamos a tener nuestra primera cena familiar juntos.

*Santi no sabía una mierda de eso.*

Espera...

—¿Cinco? —pregunto, dándome cuenta que estoy a punto de meterme en otro agujero de mierda.

Me agarro al borde de mi escritorio, preparándome para la respuesta que es tan venenosa como la que anticipo.

—Sí. tú, tu madre, tu hermana... y nuestra nueva nuera.



Bad  
BLOOD

26

SANTI



MI PADRE MIRA SU PLATO CON ASCO.

—¿Qué mierda es esto?

El camarero se convierte en una estatua de cera, su cara se congela de terror mientras mira a través de la mesa en busca de orientación. Por desgracia, no puedo sacarlo de este incendio.

Soy yo quien encendió la cerilla.

El Sótano Bistro de Legado, es un restaurante cinco estrellas de renombre mundial, que ocupa una gran parte del octavo piso. La comida es de alta categoría y ecléctica, y además, está completamente vacío debido a las renovaciones, que es una de las principales razones por las que lo elegí para las festividades de esta noche. Mi padre es un producto de su entorno y una criatura de hábitos.

Valentín Carrera cargará en territorio enemigo con nada más que venganza y un cuchillo de carne, pero cuando se trata de su comida, rara vez se aleja de su zona de confort. Si su plato no tiene raíces



mexicanas o viene con un lado de la nostalgia texana, no está interesado.

Así que puede que haya disfrutado demasiado cuando el camarero puso un plato de pulpo bebé salteado delante de él.

Buen provecho, Zeus.

A mi madre, sin embargo, no le hace tanta gracia. O en absoluto. De hecho, si las miradas pudieran matar, tendría ocho tentáculos de pulpo bebé atadas con nudos alrededor de mi cuello.

—Es Jjukkumi Gui, se... señor. Es un manjar coreano.

El hombre no puede formar una frase sin tartamudear, y en lugar de deleitarme en ello, me encuentro sintiendo pena por el idiota. Esta nueva culpa que Thalia me ha metido en la garganta, está poniendo obstáculos a mi diversión.

Mostrando una amable sonrisa al camarero, mamá se inclina hacia mi padre.

—Esto tiene una apariencia apetitosa, Val. ¿Te importa? —Sin perder el ritmo, cambia los platos, colocando su pato asado frente a él, mientras toma el pulpo para ella.

Delicioso, mi culo. Está llena de mierda, pero nadie se atreve a discutir con ella.

Crisis evitada. Por ahora.

Mamá me mira desde el otro lado de la mesa, con sus labios rojos fruncidos en esa forma familiar, que siempre me golpea en los mismos lugares. Las mismas cicatrices. Pero son sus ojos los que borran todo rastro de petulancia de mi cara, unas estrechas rendijas azules, idénticas a las de Lola, pero mucho menos



inocentes. Ojos que siempre han guardado un pozo infinito de devoción y la fuente más profunda de dolor.

Para los dos.

No ha cambiado mucho en dos años. Incluso a sus cuarenta años, Eden Lachey Carrera sigue siendo atractiva. El largo cabello rojo cereza que solía agarrar como una manta de seguridad cuando era un niño, ahora empolva sus hombros, pero sigue siendo igual de vibrante.

Ojalá los recuerdos felices fueran los únicos que tengo de ella. Aquellos en los que tiré de ese cabello y ella se rio y me abrazó tan fuerte que creí que iba a morir.

Pero no lo son, y tengo que agradecerérselo a Dante Santiago.

Por suerte, la vista a mi derecha ayuda. Tuve que ponerle freno a la extravagancia de espaguetis, pero Svetlana cumplió con el vestido.

Esta vez, Thalia no lo convirtió en un disfraz de Halloween, una concesión que ni siquiera requirió un acalorado debate.

Parece un ángel, con esos sensuales rizos sueltos que le caen por la espalda. Pero la estrella del espectáculo es su vestido. Es blanco, elegante y sofisticado, mientras que todavía muestra suficiente piel para hacerme contemplar las ramificaciones de acompañarla al baño para una segunda ronda.

Esa rusa necesita un aumento.

Negándose a mirar el pato asado por segunda vez, mi padre levanta una copa de Gran Patrón Burdeos Añejo a su boca y toma un sorbo lento, su oscura mirada se posa también en mi costado derecho.





—Brindaría por la feliz pareja, pero parece que no fui invitado a la fiesta.

—Val... —advierte mi madre. Me doy cuenta que ya han tenido palabras, ninguna de ellas agradables.

—Cereza... —replica él, su tono se espesa con reverencia al pronunciar su nombre.

—Está bien, mamá —murmuro, porque a la mierda. Soy un hombre adulto. No necesito que nadie pelee mis batallas—. No había tiempo para invitar a nadie. —Miro a Thalia y le tiendo la mano por debajo de la mesa, más por solidaridad que otra cosa. En cuanto mi piel la toca, la aparta de un tirón. Los orgasmos no son concesiones en su libro. *Anotado*—. De cualquier lado. —Termino, mirando directamente a mi padre.

—Tendrás que disculpar a mi hijo, Thalia —dice suavemente—. Parece haber olvidado sus modales. Por favor... háganos de ti. —La clava con una mirada letal—. Después de todo, ahora eres de la familia.

El insulto no se dice, pero suena alto y claro. Thalia nunca será parte de nuestra familia, en esta vida o en la siguiente.

Dejo la copa de vino de golpe, pero mi réplica se queda en mi lengua cuando veo que Thalia sacude la cabeza hacia mí.

—Santi, está bien. Tu padre tiene todo el derecho a sentir curiosidad por mí. Y tiene todo el derecho a que le respondan a su pregunta.

Sé que está montando un espectáculo para cumplir su parte del acuerdo, y me doy cuenta que está nerviosa por el ligero indicio en su voz. Thalia no tiene miedo de defenderse, pero su valentía tiene límites, y esos límites son claros:



Cuanto más agudas son sus palabras, mayor es su miedo.

Toda su vida le han enseñado a odiar a las mismas personas con las que se ve obligada a mantener una conversación educada esta noche. Esperaba berrinches. Lo que estoy recibiendo es jodidamente digno de un Oscar.

¿Es para ella o para mí?

Hicimos un trato, pero en algún momento, los términos empezaron a desdibujarse.

—Tengo diecinueve años —dice, echando un vistazo a la mesa, encontrándose con los ojos curiosos de todos, incluso de los que le hacen señales indeseadas—. Me mudé a Manhattan para estar con mi hermana mayor, Ella, hace un año...

—¿Asistes a la universidad, o tu padre no lo permite?

—La universidad no es lo mío —admite, ignorando el pinchazo—. Duré un semestre.

La contradicción entre esa boca despiadada y su apariencia inocente me tienen cautivo. No podría apartar la mirada aunque quisiera.

—¿Y qué es lo suyo, Señorita Santiago?

—Señora Carrera —corrige ella en voz baja.

¿Qué carajo?

Mi padre se inclina hacia delante como si hubiera escuchado mal, pero su breve mirada hacia mí tiene el encanto de una hoja de afeitar.

—¿Qué fue eso?



—Me llamó Señorita Santiago —dice Thalia, encontrando su mirada—. Como ha señalado, ahora soy parte de la familia, y eso incluye mi nombre.

Lola se queda boquiabierta.

Mi madre se ríe suavemente.

Mi polla se convierte en piedra.

Pero la mandíbula de mi padre hace un tic al decir:

—Lo siento, Señora Carrera. Mis disculpas.

—Y mía, como dice —añade con dulzura—. Bueno, supongo que todavía estoy averiguando eso. Todo lo que sé es que hay mucha ruina en este mundo, *Señor Carrera*. Quizá haya que arreglar algunas cosas.

No estoy seguro de si quiero sostener mi mano sobre su boca o conducir mi lengua en ella y besarla sin sentido. Aparte de mi madre y mi tía, nunca he visto a ninguna mujer atreverse a enfrentar a mi padre así.

Es jodidamente intrépida.

Espero la explosión, pero en lugar de eso, mi padre se entrega a un largo y lento trago, estudiando cada faceta de su rostro mientras lo hace.

—Me sorprende oír eso, señora. Parece usted más filántropa que ambiciosa... Pensé que la caridad era uno de los pecados capitales de los Santiago.

*Boom.*

Ahí está.



La sonrisa educada de Thalia se desliza mientras devuelve la mirada ponderada de mi padre, ninguno de los dos parpadea.

—Quiero ayudar al mundo, no hacerlo girar. Algo que en mi opinión, a usted y a mi padre parece gustarles mucho.

Nadie respira.

Nadie se atreve.

Lo que está ocurriendo aquí es tan casual en su destrucción, que no habrá nada que reparar de Legado.

—Pintar bonitos colores sobre las manchas de sangre no hará que desaparezcan, *Señora Carrera* —responde finalmente, las venas de su cuello se tensan—. Al final, la pintura se desprende y la sangre queda al descubierto.

—Es suficiente —adviento entre dientes apretados.

Los pecados de los padres deben recaer sobre los hijos.

Eso es lo que significa toda su metáfora de la pintura y la sangre.

No importa lo que yo haga o lo que haga Thalia. Diablos, para el caso incluso Lola, o los malditos Grayson y Sanders. Podríamos curar el cáncer o volar a la luna, pero todo es solo pintura de color que cubre los pecados de nuestros padres.

Su sangre siempre será nuestra mancha.

Y esto no es una cena familiar. Es una matanza. Y yo traje a Thalia aquí como un cordero para el sacrificio.

—Entonces, ¿se supone que debo diseccionar esta cosa primero, o solo cortar un tentáculo e ir por ella? —Mi madre pregunta en voz





alta, tratando de forzar una distracción clavando su tenedor en un tentáculo.

—Lo que está fuera de lugar es todo este acto que ustedes dos están haciendo —dice mi padre bruscamente, ignorándola—. No me importa que convencieras al bastardo de tu padre, pero conozco a mi hijo. —Thalia se estremece, y él aprovecha esa oportunidad para dirigir su vitriolo hacia mí—. Te conozco, Santi —repite con maldad—. Toda la familia te conoce. Y todos sabemos por qué pusiste un anillo en el dedo de esta mujer. No hay nada de real en un matrimonio por conveniencia. Lo que quiero saber es qué la hizo aceptar —añade, lanzando a Thalia una mirada de burla—. ¿Qué haría que una Santiago se abriera de piernas para un Carrera?

Me pongo en pie tan rápido que mis propias piernas chocan con la mesa, volcando las copas de vino.

—¡Dije que ya es suficiente! —grito, sin importarme un carajo quién me escuche—. Eres mi padre. Te respeto y te amo, pero esto no es México. Este es mi territorio y mi casino. En el momento en el que pusiste un pie dentro de el, tu autoridad terminó. Como tal, no le faltarás el respeto a mi esposa.

Lola pone una mano en mi brazo.

—Santi...

—No... —Mi padre alarga la palabra con plena confianza—. Deja que hable. Me gustaría escuchar esto.

Aparentemente, también le gustaría al resto de los camareros del Cellar Bistro, porque cada par de ojos en todo el maldito lugar están sobre nosotros, esperando la conclusión.



Respirando profundamente, trato de recordar de qué lado estoy. De quién llevo el apellido. De quién es la sangre que corre por mis venas. Pero todo lo que puedo ver es blanco.

Todo lo que puedo oler es jazmín.

—El porqué Thalia se casó conmigo no es importante, y francamente no es de tu incumbencia —le digo, bajando la voz—. Lo único que importa es que lo hizo. —Vuelvo a tomar la mano de Thalia, incapaz de detener el torrente de rabia mientras le enseño su anillo a través de la mesa, una parte de mí registrando que esta vez ella no la retira—. Puedes aceptarlo o irte.

Hay un momento de tensión en el que nadie sabe qué decir o hacer. Yo acabo de lanzar el guante, y una parte de mí está empezando a cuestionar mi propia cordura. Se trata de Valentin Carrera. Podría pasar cualquier cosa. Él podría atormentarme y repudiarme, o poner una bala entre mis ojos y disfrutar de un Chianti.

Él no hace ninguna de las dos cosas.

Lo que hace sorprende a todos.

Una sonrisa lenta y arrogante levanta la comisura de su boca.

—Siéntate, *hijo*. No voy a ir a ninguna parte hasta que me termine la copa. Dejar un buen Añejo en la mesa es un pecado, tanto como tirarlo por el desagüe. —Se vuelve hacia Thalia, con una sonrisa más amplia—. ¿No está de acuerdo, señora Carrera?

Ante eso, Thalia palidece.

—Así que estoy suspendiendo química, por si a alguien le importa... —dice Lola, tratando de aliviar la tensión.



A nadie le importa.

Mientras vuelvo a bajar a mi silla, mi padre se lleva el vaso a los labios.

—Tengo una pregunta para ti...

Aprieto los dientes.

—¿Qué tan filantrópica será tu esposa cuando otro cargamento de mujeres muertas, víctimas de trata, sea arrojado en tu muelle?

*Bastardo.*

—¿Mujeres traficadas? —Thalia recita las palabras como un susurro, como si negarse a darles voz hiciera que no fuera cierto.

Mierda. Mierda. Mierda.

Solo entonces mi padre toma el cuchillo y el tenedor y empieza a cortar enérgicamente el pato, ahora frío, que tiene en el plato.

—Dios mío, ¿no te lo ha dicho? —Haciendo una pausa, apunta con su cuchillo al otro lado de la mesa—. La comunicación es la clave de un matrimonio duradero, Santi... El engaño a los pocos días no es buena señal.

Aprieto los puños.

—No...

—Peligro... —advierde mi madre, tratando de difuminarle con un suave pero severo susurro del nombre que solo ella le llama.

Él nos ignora a los dos.

—Entonces permítame, señora. Esta mañana, su amigo de la infancia Edier Grayson interceptó un cargamento Carrera que



llegaba desde Guadalajara. Artículos de recreo, por supuesto. Sin embargo, a cambio nos dejó un regalo. Un contenedor de cuarenta pies lleno de diecisiete mujeres desnudas muertas. Mujeres traficadas.

—No... —Ella sacude la cabeza con vehemencia, sus manos se agarran a la mesa—. Te equivocas. Edier nunca haría eso. —Su respiración es errática, sus pupilas dilatadas y salvajes cuando se vuelve hacia mí—. Su madre es la que dirige el refugio para mujeres en Colombia. Su madre también fue víctima.

Ha crecido con el odio de su padre por el negocio toda su vida. Mi propio padre lo aborrece. Nunca aprobaría esto.

—¡Dile, Santi! —dice ella desesperadamente, volviéndose hacia mí. Aunque no se sabe qué mierda quiere que haga al respecto. Es una incógnita—. ¡Dile que Edier no haría eso!

La extraña pinza alrededor de mi pecho ha vuelto... apretando cada vez más fuerte. Pero no puedo decirle lo que quiere oír solo para evitar herir sus sentimientos.

Antes era personal, esto es un negocio.

—No hay otra explicación —digo sin rodeos—. Tiene razón. La venganza cambia a la gente, Thalia. Nos ha cambiado a todos. —A ti y a mí, incluidos—. Les hace hacer cosas que nunca se creyeron capaces de hacer. —Dirigiéndome a la mirada insensible de mi padre, doy el golpe final—. Tú más que nadie debería saber eso.





# Bad BLOOD

## 27

### THALIA



NO FUE FÁCIL PARA MÍ ALEJARME DE ESA PELEA. Y no puedo negar que me dolió el corazón al hacerlo.

Mi maldito corazón Santiago.

Ella tenía razón. Soy similar a mi padre en algunos aspectos, no importa lo mucho que argumente lo contrario. Nuestra terquedad compartida es lo que me llevó al casino de Santi en primer lugar. Yo provoqué el problema, así que solo había una persona que iba a arreglarlo.

Es esta misma terquedad la que me mantiene jugando los juegos mentales de Santi Carrera.

Sacando las piernas de la cama, compruebo mi teléfono en la mesita de noche.

Todavía no hay una llamada de Ella.

Todavía no hay mensajes de Bardi.

Todavía no se acerca la mañana.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E



Las tres de la mañana es una hora muerta, *la peor hora*, entre la noche y el amanecer. Aun así, necesito un trago de agua y orinar, así que otro día de cautiverio va a tener que empezar extra temprano para mí hoy.

Me pongo una sudadera con capucha sobre mi vieja camiseta gris de dormir y sigo un largo pasillo negro hasta la cocina. Una parte de mí espera encontrarse con Svetlana de nuevo, por si acaso tiene otro mensaje de mi padre, pero cuando enciendo las luces, el lugar está estéril y vacío.

Me sirvo un vaso frío de la botella de la nevera y me apoyo en la isla para observar la escena de la explosión de nuestra pelea en la cena de la otra noche. Resulta que solo fue el principio, porque no hemos dejado de explotar desde entonces. Cada día, cada minuto, cada hora trae consigo una nueva bomba, la última fue la mesa de la perdición de anoche.

Volví directamente al ático después de la comida. No esperaba que él viniera a buscarme porque había dejado claros sus sentimientos. Cuando todo esté dicho y hecho, Santi nunca confiará en mí. Siempre seré el enemigo. Mis palabras y opiniones significan menos que nada para él.

No debería importarme, pero lo hace.

Termino mi vaso de agua, coloco el vaso vacío en el fregadero y me dirijo a la puerta. Veo lo que somos ahora, una guerra dentro de otra guerra. Luchando por ascender en una pendiente resbaladiza. Me encuentro concediendo un poco más con cada hora que paso en su torre negra. Con cada vez que me enfurece, me confunde... *me toca*.

Hace unos días, no me habrían encontrado ni muerta con un vestido blanco sin un look de maquillaje especial Santiago.



Hace unos días, lo odiaba con cada aliento de mi cuerpo.

Hace unos días, no había sentido el cambio de todo mi eje cuando su lengua talló la promesa de su propia concesión en mi coño.

Y todo por culpa de un hombre brutal, exigente y apasionado que preside un reino de huesos.

Me dirijo de nuevo a mi dormitorio cuando oigo un ruido de roce que viene de su oficina.

Al retroceder rápidamente, abro la puerta y lo encuentro sentado en su sillón de cuero negro, con los pies apoyados en el suelo, la cabeza mirando al techo y un vaso, y medio borracho con algún alcohol marrón delante de él.

Para ser un hombre que se enorgullece de su apariencia, hoy no ha recibido el memo. Su corbata gris es una serpiente que se enrosca en su pecho, los dos botones superiores de su arrugada camisa de vestir blanca están abiertos de par en par, y las dos mangas están remangadas hasta los codos.

Es una estatua silenciosa hasta que la puerta se cierra detrás de mí. El sonido resuena como un disparo. Baja la cabeza y me mira con sus duros ojos marrones, con un aspecto estúpidamente enfadado, neciamente guapo y muy, muy borracho.

—Te has levantado temprano.

—No me he acostado. —Suspirando, desliza su vaso por la mesa en mi dirección.

—¿Quieres acompañarme? Es el favorito de tu padre.

Es torpe con sus movimientos y todo empieza a volcarse. Contengo la respiración antes que se corrija milagrosamente.



—No me gusta el bourbon —confieso, acurrucándome en la silla de enfrente—. Me recuerda a las fiestas familiares invariablemente interrumpidas cuando se iba a asesinar a alguien.

Él gruñe y no comenta nada. Tiene el cabello revuelto y furioso, como el resto de él, y me apetece pasar los dedos a través de él.

—Estaba deseando tener mi botella de *Añejo*, hasta que un puto liberador de hígados se coló aquí y la cambió por agua.

Me sonrojo al rojo vivo.

—Supongo que fue una... ¿hígado-tariana? —digo, haciendo una ligera mueca de dolor.

—Nunca creí que te importara. —Señala el bourbon—. Pensé en probar beber junto al enemigo para variar en lugar de intentar enterrarlo.

—¿Cómo sabía tu padre que fui yo quien te sirvió la botella? —pregunto, curiosa de repente.

Sus palmas se doblan en puños mientras las desliza detrás de su cabeza.

—Mi padre lo sabe todo.

—Me suena familiar —digo, abrazando mis rodillas contra mi pecho.

—No es divertido, ¿verdad *mi amada*? —Vuelve a soltar los puños—. Nacer en el caos y pasar toda la vida tratando de darle sentido.

—Creo que lo has hecho bien —digo, echando un vistazo a su despacho—. Has construido tu propio imperio del pecado.





—Lo dices como si fuera algo *muy* malo.

—Solo porque no aprecie el proceso, no significa que no pueda apreciar los resultados. No debió ser fácil salir de la sombra de Valentin Carrera.

*Todavía estoy aprendiendo a salir de la de mi propio padre.*

—Déjate de tonterías —dice, entrecerrando los ojos hacia mí—. Solo estarás feliz cuando mi cabeza esté colgada.

—Igualmente —digo, tratando de no sonreír.

—Prefiero verla en mi cama, unida al resto de ti.

*Solo lo dice porque está borracho.*

Con una mano temblorosa, tomo el bourbon y doy un sorbo. Se ríe cuando hago una mueca y lo vuelvo a dejar en el suelo.

—Dios, qué asco.

—Hay una Coca-Cola en la nevera, si lo prefieres.

—Lo mejor para ahogarte, imbécil condescendiente —digo, con mi temperamento.

—Se llama gratitud, *princesa* colombiana.

Nos miramos mientras nuestra guerra dentro de la guerra se extiende hasta la madrugada.

—Jodida intrépida —reflexiona finalmente.

—Príncipe de las tinieblas —replico.

Se ríe a carcajadas.



—Eso es nuevo. —Me considera por un momento—. Tienes un fuego dentro de ti, Thalia Carrera, y es demasiado distractor. ¿Era este tu plan todo el tiempo? ¿Infiltrarte en mi reino e implosionarlo? Mi padre quiere asesinarme, mi madre está en segundo lugar, y mi hermana... ¡Mierda!

—Edier no plantó esos cuerpos, Santi —digo suavemente—. De la misma manera en que mi padre no asaltó este casino y no disparó esas balas...

—No seas tan ingenua. —Se quita la corbata y la tira por la habitación.

—¡No seas tan ciego! Sé que quieres esta batalla, pero ¿Qué pasa si no somos los únicos que estamos jugando?

—¿Grayson te metió en esto?

—No.

—¿Realmente quieres cambiar el mundo, o solo hacerlo más aceptable? —dice, cambiando de tema.

—¿Es una pregunta seria?

—Me gustó cuando te corraste en mi cara antes. —Deja caer los pies y se inclina hacia adelante sobre su escritorio—. Mi benévola y pequeña virgen.

Vuelvo a agarrar el bourbon. Es un acto reflejo. Esta vez mi sorbo es suficiente para hacer que mis ojos lloren.

—Mi virginidad parece ser más importante para ti que para mí, Santi.

El ambiente de la habitación se recarga con algo más que los vapores del licor.



—Eso es porque voy a ser yo quien te rompa. Mi mujer. Mi coño.  
Me sonrojo de nuevo.

—No puedes reclamar la propiedad de todo, Santi.

—Lo dice la mujer que aún no me ha follado.

Pongo los ojos en blanco en señal de disgusto.

—¿Cómo cabe tu ego en la puerta?

—Resulta que tengo un gran ático. —Le veo sacar una hoja de papel blanco de su cajón y un bolígrafo—. Nuevas condiciones del trato —anuncia, y le veo escribir una frase con un garabato irregular y poco elegante—. Vamos a acelerar esta mierda. Una noche conmigo, y tendrás tu puto dinero por la mañana.

—Eso no es justo —susurro, la sangre dejando mi cara—. Serías un hombre aún más cruel de lo que pensé si me haces tomar esa decisión.

Un rato después, hace una bola con el papel y lo tira a la basura.

—Tienes razón. Estúpida idea.

Parece que quiere decir algo más, pero se detiene a tiempo.

—Podrías darme el dinero ahora —digo esperanzada.

—¿Y tener un coro de portazos diez segundos después mientras te vas corriendo de vuelta a Nueva York?

Algo en su voz me hace detenerme.

—¿Es por eso que estás arrastrando los pies, Santi? —digo lentamente—. ¿Acaso no quieres que tome esa decisión? ¿Que me vaya en cuanto se me pongan los candados? Podrías haberme dado



ese dinero desde el principio, pero me hiciste esperar una semana, aunque el máximo daño que podías infligir a mi familia se hizo en el momento en que dije “sí, acepto”. El resto fue solo un movimiento de cartel. Un bar volado por aquí, un golpe político por allá...

—Una caja llena de mujeres muertas en mi puto muelle. —Se inclina en su silla de nuevo para estudiarme—. ¿Estás diciendo que no te irías si yo te diera los cincuenta mil?

—Tú y yo nunca podríamos funcionar, Santi —digo con un suspiro—. Aunque lo quisiéramos, hay demasiada sangre derramada bajo el puente. Lo que tenemos es lujuria entretrejida en odio. Fascinación por el odio. Es retorcido y es hermoso, pero solo termina de una manera.

Me quito el anillo del dedo y lo coloco en el escritorio entre nosotros.

—No voy a acostarme contigo porque quiera tu dinero, o porque soy tu esposa y es mi deber. Me voy a acostar contigo, simplemente porque quiero hacerlo. Porque es algo que me corresponde dar, sin amenazas ni coerción. Dices que eres un hombre grande y terrible, así que vamos... Muéstrame lo peor de ti. Destruye la inocencia de la hija de tu enemigo. Da ese golpe mortal a mi padre, o dame ese golpe asesino a mí si te niegas.

Poniéndome en pie, con el corazón palpitante, me quito la sudadera y la camiseta gris por encima de la cabeza.

Sus ojos se oscurecen, pero no mueve ni un músculo mientras me subo a su escritorio en mis bragas negras. Estoy a mitad de camino cuando su fuerza de voluntad se rompe, y me arrastra el resto del camino hasta sus brazos.





—No tienes ni idea de lo que me estás ofreciendo —me advierte, acomodándome a horcajadas sobre él—. Pero mi polla no puede soportar la forma en que te arrastras por mi escritorio de esa manera.

—Menos mal que puedo soportarlo —susurro, clavando mis dedos en su cabello como he querido hacer desde que entré en su oficina.

—Tan joven... tan jodidamente ilusa.

—Bésame... Hazme olvidar.

Sabe a bourbon y a tentación: el cóctel favorito del diablo.

No me canso de esto.

*No me canso de él.*

—Jodida intrépida —repite, poniendo una mano sobre mi corazón, y luego me empuja y se levanta de la silla. Hay una mirada primitiva en su cara que me asusta y me excita a la vez.

Me hace girar y me inclina sobre su escritorio, empujando contra mi culo con tanta violencia que me veo obligada a bloquear las puntas de los dedos en los bordes para resistir.

—¡Maldición!

—Pájaro de fuego. —Me cubre con su cuerpo aplastando mis pechos contra la superficie fría de cristal—. Mi hermoso e intrépido pájaro de fuego... no soy capaz de ser gentil en un buen día, pero cuando tengo media botella de bourbon encima, soy un maldito vicioso.

Dando un paso atrás, me da la vuelta de nuevo y arrastra mis bragas hacia abajo por mis muslos.



—Ábrete —ordena, arrancando los botones de su camisa—. Sé que te vas a sentir tan bien como sabes.

Su cuerpo es un arma letal: ancho, bronceado, con cicatrices de bala, tatuado, perfecto... una pared de músculos detrás de un rastro de cabello negro.

—Finge que no soy una Santiago —digo, gimiendo mientras él arrastra una mano por el centro de mi cuerpo desnudo, con la otra rasgando su cinturón y su cremallera—. Pretende...

—No finjas. —Me pellizca el pezón entre los dedos, lo que hace que otro rayo de deseo recorra mi pelvis—. Esta noche no.

Su puño cerrado cae junto a mi cabeza mientras se inclina sobre mí para recorrer con el mismo dedo perverso mis pliegues empapados.

—Este coño —gime, sacudiendo la cabeza hacia mí—. Este puto coño...

No me facilita la entrada con un dedo. La suave cabeza de su polla ya está presionando mi entrada. Como todo lo demás entre nosotros, estamos empujando los límites, rompiendo las reglas...

—Mírame. —Mis ojos se abren de golpe—. Tienes razón. Voy a destruir este coño —dice salvajemente—. Voy a moldearlo para mí.

—¿Esta es la parte en la que tengo que rogar? —susurro, sintiendo el calor y la plenitud de él, y queriendo más. Mucho más.

—No, mi amada —dice, sus dedos trazando mi colgante con el "666"—. Aquí es donde rogaré por primera vez. Porque si no me dejas entrar dentro de ti, si no me dejas llenarte, no seré responsable de la carnicería que causaré en esta oficina.



—Suplícalo entonces, Carrera —susurro, empujando hacia atrás en él, sintiéndolo deslizarse lentamente hasta que encuentra resistencia—. Ruega por el placer de tu esposa Santiago.

Se desliza un poco más profundo, y el primer pinchazo de dolor me hace gemir de placer.

—Mierda, qué apretada estás.

—Santi...

Sus dedos encuentran el hueco de mi cuello. Puedo sentir la calidez de la palma de su mano envolviendo mi piel presionando, apretando....

—Pensándolo bien, te pediré permiso.

De acuerdo.

—Es tuyo.

Su mano se estrecha alrededor de mi cuello. Otro centímetro.

—Como si tuvieras alguna jodida elección en el asunto.

Su siguiente empuje entierra su polla tan profundamente dentro de mí, su nombre en mis labios es un grito y una oración.

Maldice.

—¡Santi!

No hay nada tierno en su forma de follar. Quiere destrozarme.

El dolor se convierte en placer cuando fuerza cada centímetro dentro de mí con cada empuje.



Sus manos están en mis pechos, mi culo, mi boca. No hay ningún lugar que no lleve sus deliciosas cicatrices.

Su control es una locura. Es tan despiadado como él. Cuando acelera su ritmo, cada golpe, cada gruñido desenfrenado, es una clase magistral para expulsar el aire de mis pulmones y más gritos de mis labios, mientras el escritorio de cristal debajo de mí se vuelve tan húmedo y resbaladizo como el interior de mis muslos.

Empiezo a bajar en caída libre y él me mete los dedos en la boca, convirtiendo mi último grito en un lío retorcido de piel y deseo. Mientras mi espalda se arquea y mi cuerpo se estremece, él se retira de mí, su mano bombea con violencia hasta que gruesos hilos de semen cubren mi dolorida abertura.

—Mío —grita, dirigiéndome una de esas miradas ardientes y duras que convierten nuestras mentiras en verdades.

—Nuestro —susurro, atrayéndolo hacia mis brazos.





Bad  
BLOOD

28

SANTI



EL CAMINO AL INFIERNO ESTÁ PAVIMENTADO DE BUENAS INTENCIONES.

El camino a esta cama estaba pavimentado de malas intenciones.

Thalia suspira en su sueño y rueda sobre su lado, metiendo sus manos bajo la barbilla y llevando las rodillas al pecho, como si mantuviera todos sus sueños como rehenes. La sábana blanca retorcida que envolvía su cuerpo desnudo se desprende, y me embriaga el espectáculo que deja tras de sí.

Pase lo que pase, siempre tendré un trozo de ella. Siempre seré el primer hombre en probar esa melodía vulnerable y ronca que hace cuando se corre... apartando la mirada, me recuesto en el cabecero y cierro los ojos.

El primero en arruinarla...

El vaso vacío en mis manos pide que lo rellenen, porque eso es lo que pasa cuando la mujer que se supone que odias le da la vuelta a tu puto guion. Empiezas a beber antes del amanecer.

Se suponía que debía utilizarla y luego devolverla a su familia rota y avergonzada. Ahora, está tumbada en una cama en la que



nunca he permitido que duerma otra mujer, robando algo más que mis sábanas.

Su deuda la encadena a mí, y la llave está enterrada en un voto de mentiras. Pero Bardi se ha ido, junto con toda mi maldita ventaja, así que no hay razón para mantenerla aquí...

Entonces, ¿por qué no puedo dejarla ir?

Colocando el vaso en la mesita de noche, me inclino y le quito un mechón de cabello oscuro de la cara. Es tan hermosa. Tan peligrosa.

Ella me llama el Príncipe de las Tinieblas, pero después de la última noche, después de que ella se rompiera en mis brazos, ahora soy el Príncipe del Engaño.



# 29

SANTI



TRES DÍAS DESPUÉS, Y LA VERDAD SIGUE COLGANDO DE MI CUELLO COMO UNA SOGA.

Cada vez que nos tocamos, puedo sentir que se aprieta más y más.

Y todavía no hay ninguna maldita señal de Bardi.

—¿Estás seguro que esto no es una especie de truco?

Escudriño la vestimenta de Thalia. Jeans y camiseta de nuevo. Su estilo deja mucho que desear, pero le estoy empezando a tomar cariño.

—¿Vas a dar más detalles, o tengo que leer entre las líneas de tu escepticismo? —digo, enderezando mi corbata.

—Me permites salir de Legado para ir de compras. —Sus ojos se estrechan hasta convertirse en agudas rendijas, y añade—. Sola.

—Tendrás escolta.



Se pone en pie.

—¿Tu hermana? ¿Es tu guardia de seguridad?

—Sí —miento. *Como si fuera a dejar a Thalia y a Lola desprotegidas por un momento.*

—¿Estamos hablando de la misma persona? Un metro setenta y cinco, cien libras, le gusta presionar tus botones y hacer que esa vena. —Agita su dedo en mi frente—, se hinche tanto como tu... — Se detiene, sus mejillas se tiñen de rojo de nuevo.

Hace tiempo, esa boca me llevó a apuntarle a la cabeza con una pistola cargada. Ahora, me dan más ganas de mancillarla.

—¿Mi qué, *mi amada*? —digo, mi voz peligrosamente baja. Acortando la distancia entre nosotros, mis dedos se acercan demasiado a su corazón—. Dilo...

—Tu polla —ruge.

Reclamo esa sucia y jodida boca con un beso.

—Volverás hoy, *mi amada*.

—Dame una razón por la que debería hacerlo.

—Te daré cincuenta mil de ellas.

Al oír esto, una sombra cruza su rostro. Pasa una imagen de espejo a través de mi pecho.

—¿He interrumpido algo? —dice una voz divertida desde la puerta.

Perfecta sincronización como siempre, Lola.





—No —dice Thalia, zafándose de mi abrazo—. Santi solo me estaba dando su tarjeta de crédito.

Le enarco una ceja. Abriendo mi cartera, le entrego mi AmEx negra.

—Con un límite preestablecido de diez mil —añado con frialdad.

Su sonrisa vacila cuando por fin ve esta ilusión doméstica como lo que es.

Sigo sin confiar en ella.

*Ni siquiera confío en mí mismo.*

Cuando la puerta se cierra tras ellas, suena mi celular.

Contesto, dispuesto a reñir a RJ por haberme dejado en silencio todo el día, pero me corta antes de decir una palabra.

—Ven a la sala de control. Hay algo que tienes que ver.



Miro fijamente la pantalla en blanco y negro, y todos mis instintos se esfuerzan por atravesar una bala a través de ella.

—Me dijiste que las imágenes de seguridad habían sido pirateadas y borradas.

—Lo fueron. —RJ detiene el vídeo—. Pero el anterior propietario de Legado instaló servidores de respaldo. Nos llevó un día hackear, y no fuimos capaces de recuperarlo todo, pero creo que esto es suficiente para determinar que tenemos un problema.



—Reprodúcelo de nuevo.

Inicia la grabación de vigilancia desde el principio. Vemos como un hombre grande, vestido con un traje negro similar al de los bastardos que destruyeron mi casino, entra en el sótano. Un tiempo después, está disparando dos balas a mis sicarios, que nunca lo vieron venir. Pasando por encima de un cuerpo, agarra la muñeca del cadáver y la tira hacia arriba, presionando el pulgar del muerto contra la almohadilla de acceso.

Esto no fue un accidente.

Esto fue intencional.

Permanezco en silencio mientras el hombre se acerca a Bardi, sentado desplomado y atado a la silla. Se mantiene de espaldas a la cámara, pero la mirada de Bardi cuando lo ve me dice todo lo que necesito saber.

Reconocimiento.

Veo el alivio que se refleja en la cara de ese bastardo.

—¿Hay sonido en esto?

RJ sacude la cabeza.

—Solo imágenes.

A partir de ahí, es la misma ráfaga de movimiento que durante las dos últimas veces he visto. El hombre saca una navaja de su bolsillo, corta a través de las ataduras de Bardi, y luego los dos salen de la línea de visión de la cámara.

—Toma, echa un vistazo a esto. —RJ retrocede la cinta hasta el momento justo antes de que el hombre saque una navaja para



liberar a Bardi—. Ahí —dice, señalando la pantalla—. ¿Te resulta familiar?

Me acerco. La imagen está pixeleada, pero esos duros contornos negros cortan a través de la estática. El tatuaje en el lateral de su cuello es de color negro intenso, y llama la atención como un faro.

—¿Es eso un hacha?

Intercambiamos miradas.

RJ aprieta los dientes.

—La insignia de la mafia italiana de Nueva York.

—Ricci. —El nombre arde al pasar por mis labios—. Es una explosión del pasado.

Hace veinte años, Don Ricci dirigía la distribución de cocaína en Nueva York, un bastón de mando de mil millones de dólares entregado por Rick Sanders cuando entró en la arena política.

Don Ricci. El mismo hombre que se convirtió en testigo del estado contra su propio Sindicato, incitando a la guerra civil y dejando a Nueva York listo para ser tomado. Un territorio que tanto mi padre como Dante Santiago estaban decididos a controlar.

¿Qué demonios hace un hombre muerto de nuevo en la puta foto?

Thalia tenía razón. Esto ya no es solo una rivalidad de la Costa Este. Hay más asientos en esta mesa de los que pensábamos.

—Averigua quién es ese hombre y cómo se metió en mi casino.

RJ se pasa una mano por la cara sin afeitar y asiente.



—Hasta que tengas una identificación de quien ha tomado las riendas de Ricci, y luego encontrar la información sobre cómo Bardi está involucrado, mantenemos esto entre nosotros. ¿Entendido?

—Sí, lo entiendo.

Maldito Ricci. Incluso desde la tumba, sigue haciendo la guerra contra nosotros.

Saco mi celular mientras salgo de la sala de control.

—Rocco, soy yo. ¿Aún las estás siguiendo?

—Sí.

—Intensifica la vigilancia. Pide refuerzos.

No hace preguntas. El tono de mi voz es suficiente advertencia.

Mientras no sepa hasta qué punto los restos del fracturado Sindicato de Ricci están involucrados en esto, todos los Carrera están en peligro.

Y como mi esposa, eso incluye a Thalia.



*Cuatro horas...*

Ese es el tiempo que ha pasado desde que me reuní con RJ y todo se dio vuelta.

Una vez leí que el arte de la guerra era conocer a tu enemigo mejor que a ti mismo, pero no es tan sencillo cuando uno de ellos es un





fantasma del pasado que ha empezado a rondar nuestro cartel de nuevo.

¿Por qué él?

¿Por qué ahora?

Arreglando el cuello de mi esmoquin, escribo otro mensaje a mi segundo al mando. Si alguien respira mal esta noche, lo sabremos. Hay más hombres armados rodeando este casino que invitados, pero hay una tormenta que viene de una dirección no revelada y necesitamos estar preparados.

—¡Thalia! —llamo, comprobando mi reloj de nuevo, que me golpea con una sorprendente sensación de déjà vu—. Baja aquí. Vamos a llegar tarde.

Estas fueron mis palabras exactas hace seis días, justo antes que apareciera con el aspecto de un espectáculo de feria.

—Bien, ya voy.

Esperando unos jeans negros, o tal vez una camiseta limpia si tengo suerte, la visión de pie en la parte inferior de la escalera de caracol drena mis nociones preconcebidas justo en la puerta del ático.

Da una larga y lenta vuelta que atrae toda mi atención. El vestido de tirantes carmesí, que le llega hasta el suelo deja al descubierto las curvas en todos los lugares adecuados. Su cabello oscuro está peinado en un moño bajo en su nuca, exponiendo un tramo de piel bronceada impecable que está pidiendo mi boca.

—Rojo —musito, con las comisuras de la boca inclinadas.



Se encoge de hombros con timidez y pasa una mano por la delicada tela.

—¿Qué puedo decir? Me sentía nostálgica.

—¿Nostálgica o vengativa?

Su sonrisa seductora llega en línea recta a mi polla.

—Citando a mi marido, “la línea entre la nostalgia y la reivindicación se difumina con demasiada facilidad”.

—Creo que me refería al odio y a la lujuria.

—Tú tienes tu interpretación. Yo tengo la mía.

—Estás jugando a un juego peligroso, mi amada —adviento, acercándome a ella—. Esa insolencia sensual está cortando el poco control que me queda. ¿Intentas provocarme?

Ella levanta la barbilla y me sostiene la mirada.

—¿Y si lo hago?

*No hagas preguntas de las que no quieras obtener respuesta.*

Al pasar mi mano por su columna vertebral, siento que se estremece mientras me inclino para susurrar una oscura promesa en su oído:

—Oh, estoy seguro que pensaré en algo para tu retribución.

—Haz lo que quieras —me susurra, con sus ojos marrones brillando—. Solo tienes doce horas más para corromperme.

Dicho como una verdadera Carrera.





Legado brilla como un diamante esta noche.

La joya de mi imperio del pecado.

Mientras nos abrimos paso entre la multitud hacia el Salón Platino, me inclino para rozar la oreja de Thalia con una promesa acalorada:

—He decidido tomar otra de tus primicias más tarde.

Se detiene y se gira, con una pregunta en sus ojos.

Deslizando mi mano desde su cintura hasta su cara, presiono mi pulgar contra sus labios.

—Sueño con esto, ¿sabes? Envuelto alrededor de mi polla... — Enganchando mis dedos bajo su barbilla, la obligo a mirarme... saboreando su vergüenza como si fuera mi mejor botella de Añejo—. Cuando esta noche termine, te quiero de rodillas con ese vestido, mi amada. Vas a abrir esta hermosa boca y vas a tomar todo de mí. Y vas a estar mirándome todo el tiempo mientras follo mi placer dentro de ti hasta que las lágrimas corran por tu cara.

—¿Quieres que te lo suplique? —pregunta suavemente.

—No me gustaría que fuera de otra manera. —Por encima de su hombro, veo a mi padre mirándonos desde el otro lado del salón—. Toma una copa. Toma tres —digo, mi estado de ánimo cambiando—. Lo vas a necesitar.



La mirada de mi padre es inquebrantable. Los segundos pasan como minutos hasta que, finalmente, levanta su vaso de tequila y asiente con la cabeza.

Un mensaje silencioso... hablaremos más tarde.

Volviéndome hacia Thalia, que ahora está en la barra, observo a Monroe Spader deslizándose en el taburete de repuesto junto a ella. Ese maldito hombre está empezando a sobrevivir a su utilidad.

La cuenta ha pasado.

El bar de Sanders es un montón de polvo.

Nuestro negocio ha concluido.

Observo cómo le ofrece una sonrisa educada. Una sonrisa de *irse a la mierda*. Solo que él no puede captar una indirecta, empujando esas gafas de montura negra hacia su nariz mientras se acerca.

*Si la toca, le arranco los brazos.*

—El verde es un color interesante en ti, Santi. —Me doy la vuelta para ver que mi madre se ha materializado a mi lado con una copa de mi mejor vino Malbec en su mano.

Cree que estoy celoso.

*Y tiene razón.*

—Es una Santiago —digo con mala cara, tomando su inferencia, convirtiéndola en algo desagradable—. Sirve para algo. Nada más.

Su mirada reflexiva vuelve a la barra.

—Si alejas a la gente lo suficiente, al final no vuelven.

Y por eso ella no debería hacerlo.





Tomo mi decisión, en ese momento. Es hora de dejar volar a mi pájaro de fuego y ver si me deja por el cielo, o se sienta a mi lado en el infierno. Después de esta noche... después de una prueba más de ella, ese metraje es suyo.

—Santi.

Nos giramos para encontrar a RJ de pie detrás de nosotros. Nunca lo había visto tan tenso. Él le da a mi madre una inclinación de cabeza respetuosa, y luego se vuelve hacia mí con una expresión grave.

—Hay un hombre fuera que pide hablar contigo.

Hay algo en su voz que me hace detenerme. Hay ira en ella. Dolor...

Historia.

—Ve —dice mi madre, dando un paso atrás, sus ojos se dirigen a mi padre.

—Yo me encargaré de él.

—Cuéntame —digo, poniéndome a la par de RJ mientras salimos del bar.

—Hace diez minutos, se acercó a la seguridad de la entrada principal —me corta—. Desarmado y sin invitación. Te está esperando en la escalera de la entrada. Tenemos treinta armas apuntando a él y a sus hombres como precaución. Solo tienes que darnos la orden cuando estés listo.

—Menuda bienvenida —digo, lanzándole una mirada—. ¿Quién es el VIP, y por qué carajo es tan merecedor?



# Bad BLOOD

334

—Es Edier Grayson —dice RJ con mala cara—. Dice que quiere hablar.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E



Bad  
BLOOD

30

THALIA



—SI LE PIDO A SANTI QUE TE COMPRE DIAMANTES, ¿ME ENSEÑARÁS A CONTAR CARTAS?

Lola gira en su taburete para estudiar la mesa de blackjack vacía detrás de ella. Las dos necesitábamos un descanso de toda la tensión Carrera que amenazaba con romper las botellas en el Bar Platinum, así que intercambiamos cócteles Rapple y alivio en una de las salas de juego privadas vacías fuera de la planta principal.

Tiene bebidas gratis y no hay drama, así que ambas estamos en el cielo.

—Lo haría si pudiera. —Me inclino sobre el mostrador de la barra para conseguir más hielo y pongo un par de cubitos más en mi highball—. Algunas personas asignan valores a cada carta de la baraja, pero para mí es más bien algo visual. Es como si mi cerebro estuviera programado para ser una criminal, incluso cuando el resto de mi cuerpo se resiste.

—Me da envidia —silba—. Podría limpiar totalmente el lugar, y Santi no podría hacer una mierda al respecto.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E

—Conociendo a tu hermano, encontraría la manera —digo riendo.

—Al menos no sería un anillo en mi dedo. —Ella gira hacia la barra para terminar el resto de su bebida.

*No por mucho tiempo*, reflexiono, mirando la mía.

Me quito los tacones rojos, estiro los dedos de los pies y bebo otro sorbo de mi Rapple. El día de mañana tiene todos los ingredientes para un cóctel emocional.

Habrà alivio por haber podido pagarle por fin a Bardi y asegurar el video; el miedo a confesar a papá y que me ordene volver a su isla con su próximo aliento... Y luego hay algo más, un sabor no deseado que en la boca del estómago que me inquieta.

No quiero volver a ser como uno de esos insectos sin dirección sobre los árboles en verano. No quiero echar de menos la forma en la que introduce su rabia dentro de mí, como si yo tuviera la culpa de desdibujar estas líneas, solo para después besarme como si fuera la única luz en su vida.

—Tengo que ir al baño —anuncia Lola, poniéndose de pie.

Bebo el resto de mi bebida y miro las filas de tequila que hay detrás de la barra.

—Cuando vuelvas, nos prepararé un par de margaritas.

—Mi bebida nacional —dice con una sonrisa—. No la cagues. Me aseguraré que el anuncio de *privado* esté puesto para que nadie entre.

—Gracias.





Oigo que la puerta se cierra detrás de mí. El silencio se extiende, y luego hay otro clic, seguido de una cerradura que gira.

—Eso fue fa...

Mis palabras se convierten en un grito ahogado cuando una gran mano me tapa la boca.

—Thalia, soy yo —dice una voz familiar—. No muerdas, o te torturaré hasta la muerte con chistes malos hasta el fin de los tiempos.

—¿Sam? —jadeo, mientras la piel áspera se convierte en aire de nuevo, me doy la vuelta para enfrentarme a él. Está vestido con un esmoquin negro, como una especie de James Bond, pero con una sonrisa mucho más suave.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Se lleva un dedo a los labios cuando mi voz se eleva a un chillido indignado.

Un Santiago en territorio Carrera nunca es algo bueno, pero esta noche, es una misión suicida.

—He venido por ti... Órdenes de arriba. —Él señala a los cielos, pero ambos sabemos que ese dedo debería apuntar en la otra dirección—. Edier quería discreción. Hay algo más grande en juego.

—No puedo, Sam...

—Lo sabemos.

Dos palabras. Numerosas posibilidades. Un océano de angustia.

—Lo sabemos todo, loca, hermosa, valiente y jodida mujer —continúa, sonando exasperado—. ¿En qué demonios estabas



pensando, tratando de lidiar con esta mierda por tu cuenta? Casi te meto una bala en el cerebro por tu supuesta traición hace seis días. Edier quería tirarte en el Hudson.

—¿Cuánto sabes? —suspiro, dándome cuenta que mis pulmones no se han expandido realmente desde que esas dos palabras sonaron en la habitación.

Su expresión se ensombrece.

—¿Te refieres a la cinta?

—Oh, Dios. —Me vuelvo a sentar en mi taburete con un silbido, las lágrimas frenéticas llenando mis ojos—. ¡Mierda, Sam, no puedes decírselo, no puedes...

—Él también lo sabe —dice con fuerza, cortando mi histeria—. Marco Bardi es un hombre muerto.

Dejo escapar un sollozo. Este es el peor escenario, la única razón por la que me he partido en dos tratando de evitar estas últimas semanas.

—¡Si lo matas, va a soltar otra copia! No lo conoces como yo. Encontrará una manera. Ella...

—Está bien —dice tranquilizador, limpiando las lágrimas de mis mejillas.

—Ella está a salvo. No sabe nada de esto y nunca lo sabrá. Edier está haciendo un trato por las últimas copias que quedan. Matará a todos en Estados Unidos antes de irse con las manos vacías. Puede protestar hasta que se le caigan las pelotas, pero todos sabemos lo que siente por ella.



Mi mano vuela a mi boca, presionando fuertemente para evitar que mil diferentes emociones se derramen. Empiezo a balancearme en mi taburete.

—Jesús. —Sam me agarra del brazo para estabilizarme antes de deslizar un brazo alrededor de mi hombro y tirando de mí para un abrazo que huele a sándalo, y a garantías fundidas en hierro—. Eres libre, Thalia —murmura en mi cabello—. Tira tus anillos por el lado del Puente cuando lo crucemos haciendo uno noventa más tarde. Los abogados de divorcio están a la espera. Vas a salir de Atlantic City esta noche, cariño, y nunca vas a volver. ¿Me oyes?

Vuelvo a pensar en ese ingrediente.

La única cosa que no me atrevo a considerar.

—¿Cómo te enteraste de lo de Bardi? —tartamudeo.

—Lo atrapamos tratando de volar uno de nuestros almacenes de envío en la terminal de Red Hook ayer. Edier siguió un rastro de mierda que nos llevó a una anciana muy dulce en Queens, que estaba más que feliz de entregar a su nieto. Anoche, tu padre cortó la verdad de su lengua. —Veo cómo la sonrisa de Sam se convierte en algo más desagradable, más acorde con el hombre en el que se ha convertido—. Bardi está actualmente sentado en un auto afuera del casino de tu pronto ex-marido con una 'S' grabada en el pecho. O lo que queda de él.

—Espera. —Le agarro del brazo, confundida—. ¿Me estás diciendo que le has entregado a Bardi a Santi? ¿Después de todo lo que ha hecho? ¿Cuándo aprendieron Edier y papá tal moderación?

—Es una maldita ofrenda de paz —dice, inclinándose sobre la barra para servirse de una botella de vodka. Se sirve un doble, y se lo traga de un golpe antes de continuar—. Es la base de una tregua





temporal. Bardi es de Carrera, siempre y cuando se comprometa a hablar con Edier y no volar la parte posterior de su cabeza.

Le miro verter otro aturdida.

—¿El mundo ha dejado de girar desde que estoy encerrada en un ático? ¿Mi padre realmente estuvo de acuerdo con esto?

—Después de lo que descubrimos ayer, a todos nos conviene cerrar la boca y escucharnos por una vez, en lugar de intentar convertir la Costa Este en la Tercera Guerra Mundial. —Me toma de la mano y me levanta del taburete—. Es hora de irse —anuncia—. Mi auto está fuera.

—¿Pero por qué querría Santi a Bardi? —digo, tratando de ponerme los tacones mientras me lleva hacia la puerta—. ¿Cómo es él una moneda de cambio?

—El hecho de que haya pasado la mayor parte de esta semana como preso en su puto sótano es un buen indicativo. —Me suelta el brazo para abrir la puerta—. Carrera le cortó la mitad de los dedos de la mano izquierda antes de escapar. Edier se deleitó en emparejarla con la derecha.

Me detengo con un jadeo, y mi corazón me sigue.

—¿Estás diciendo que Santi sabía sobre la cinta?

Sam frunce el ceño y asiente.

—Desde la primera noche en que se conocieron.

La explosión de dolor en mi pecho me roba el aliento.

Santi sabía lo mucho que necesitaba ese dinero. En cambio, eligió usar ese conocimiento para convertir cada beso, cada toque, cada follada en una mentira.





—Bardi era el que me chantajeaba —jadeo—. Necesitaba cincuenta mil dólares, pero nunca le dije a Santi para qué eran.

Todo lo que le importaba era ganar golpes en una guerra que ni siquiera había empezado en primer lugar.

—Llévame a casa, Sam —susurro—. He terminado con Atlantic City.

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E



Bad  
BLOOD

31

SANTI



AL FINAL, LA TORMENTA VINO DEL NORESTE, TRAYENDO CONSIGO UN PELIGROSO HOMBRE DE NUEVA YORK.

Vestido de frialdad y negro.

*Con diez hombres dispuestos en un semicírculo detrás de él.*

No están apuntando sus armas. Todavía están ocultos. Pero su amenaza se cierne sobre la *porte/cochère* como un mal secreto que espera ser compartido.

Aflojando mi pajarita y dejando los hilos de seda colgando, me detengo en las puertas tintadas de Legado, me meto las manos en los bolsillos, manteniendo la calma en el exterior, incluso cuando estoy furioso detrás de mi máscara.

Es mi primer movimiento táctico de esta reunión. Cinco escalones de mármol nos separan, y adivina quién tiene la ventaja de altura.

Edier Grayson está de pie como una estatua frente a mí, con las manos unidas frente a él, vistiendo el mismo uniforme que sus

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E

hombres, ellos parecen soldados, y Grayson parece un maldito asesino.

Es un bastardo atractivo, tan alto como yo, con una herencia colombiana que se muestra en sus rasgos, y una educación adoptada que los ha afilado en un arma contundente.

Su quietud es desconcertante.

Su mirada oscura, inquebrantable.

Siento que RJ está a mi lado, su mano se cierne sobre su arma, pero este es el último lugar donde necesito que las balas vuelen. Ya estamos dando a mis invitados un espectáculo gratuito.

Endureciendo mi mandíbula, miro a Rocco, que está dando unos pasos atrás.

—Asegura la entrada. No quiero que nadie entre por esas puertas. ¿Entendido?

Asiente y se retira al interior.

—Has traído nuestra guerra a mi casino, Grayson —digo ociosamente, volviéndome hacia mi invitado no bienvenido, y rompiendo nuestro enfrentamiento con una acusación casual—. ¿Estás aquí para mear en mis paredes esta vez en lugar de dispararles?

Su rostro se ensombrece. Por fin, una reacción.

—Sabes que no fuimos nosotros, Carrera. Si esa fuera la jugada, habría apuntado una bala de escorpión a tu cabeza, no a la pared.

Tiene razón. Grayson lo consideraría una pérdida de tiempo y buena artillería.



Si apunta, apunta a matar. Por lo que su presencia es como línea de energía: un exterior tranquilo pero lleno de suficiente voltaje para encender a un hombre con una sola palabra.

—Me sorprende que tengas los *huevos* de cruzar ese puente. Estás interrumpiendo mi gran noche.

No reacciona. Ni una maldita sonrisa rompe esa fachada.

—Estoy seguro que habría disfrutado enormemente, pero mi invitación se perdió en el correo.

—Sin embargo, aquí estás... y has traído amigos. —Extendiendo mis brazos de par en par, Hago un gesto a su séquito de ninjas—. La obsesión no luce bien en tí, Grayson.

Dando un paso lento a la vez, jugando rápido con la fanfarronería, sostengo su mirada fría hasta que estamos cara a cara. Dos pies de distancia. De jefe a jefe.

De príncipe a príncipe.

No necesito mirar detrás de mí para saber que RJ está justo ahí, o para saber que los treinta cañones de francotiradores que hemos entrenado para la situación solo necesitan una buena razón para disparar.

—Tienes sesenta segundos para decirme por qué estás aquí, Grayson. Después de eso, tú y ese pedazo de mierda de auto que arrastraste a través de las líneas estatales van a recibir un cambio de imagen. —Dirijo su mirada hacia donde un sedán largo y oscuro está estacionado, bloqueando mi puesto de aparcacoches.

El maldito arrogante ni siquiera podía aparcar como una persona normal.





—¿Te atreves a preguntarme eso, Carrera, después de todos los problemas que has causado?

—¿Qué he causado?

—Obligaste a Thalia a casarse contigo. La hiciste mirar a su padre a la cara y mentirle. Ese es el tipo de mierda que Santiago recuerda. —Su propia máscara está deslizándose, y no quiero nada más que arrancarla y metérsela por la garganta—. Ambos tenemos sangre en nuestras manos. Esa verdad es tan real como nuestro odio, pero tú fuiste demasiado lejos cuando manchaste las suyas.

Mi sonrisa desaparece.

—No más de lo que Sam Sanders hizo con mi hermana el año pasado.

Él considera esto por un momento, y ¿Quién soy yo para interrumpir?

*Deja que se ate su propio nudo y se cuelgue con el.*

—Esto no ha terminado —dice, dando un paso adelante para encontrarse conmigo a mitad de camino—. Ese disparo será devuelto en algún momento. Pero ahora mismo, hay cosas más importantes que discutir.

—Ya está bien de mover la polla —le digo—. Dime lo que quieres, o vete a la mierda de Nueva Jersey.

Se endereza, echando los hombros hacia atrás como si se preparara para la pelea de su vida.

—Tienes algo mío, y lo quiero de vuelta.

*Sobre mi cadáver.*



—Thalia es una Carrera ahora, Grayson. —Corto la distancia entre nosotros a un solo pie, escoltado por el sonido de diez rifles de Santiago preparándose para derramar su secreto mortal—. Es mi esposa, en todo el sentido de la palabra.

*Dejo que lo asimile por un minuto, el imbécil colombiano.*

Sus ojos se estrechan mientras levanta la mano para que sus hombres se retiren.

Mi diversión no dura. Como siempre, su alergia a las emociones es un aguafiestas.

—Insinuaciones sin clase —me dice—. Muy Carrera de tu parte. Te estás volviendo irritantemente predecible, Santi. Es por eso que vine preparado para ofrecerte un incentivo.

—Vete a la mierda —respondo, escueto como siempre.

—No estoy aquí por Thalia.

Hago una pausa.

—¿Por qué el incentivo entonces?

Me dedica una sonrisa fría.

—Escúchame antes de que tus francotiradores —Hace un gesto a las ventanas del casino detrás de mí—, decidan arruinar mi noche.

—Escúpelo, Grayson. Me aburro fácilmente.

Su mandíbula se flexiona. Lo estoy empujando cada vez más cerca del borde.



—Tú me das lo que quiero, y te daré algo que has estado buscando. —Él asiente a uno de sus hombres, que se gira y abre la puerta trasera del lado del pasajero del sedán.

Al principio no estoy seguro de lo que veo, y luego me doy cuenta.

*Bardi.*

Está desplomado en el asiento trasero, con lo que queda de sus manos atadas delante de él. Pensé que se veía como una mierda la última vez que lo vi, pero la mierda es un paso más allá de lo que me está mirando. Su cara es un maldito desfile de colores, al menos las partes que reconozco. La mayor parte de ella es un lienzo de sangrientos cortes y carne abierta. Sin embargo, sigue luchando, pero es una pérdida de tiempo y energía de todos modos. A menos que planee rodar por la autopista de Atlantic City, está totalmente jodido.

No me importa por qué está aquí.

Me importa *cómo*.

—¿Cómo diablos conoces a Bardi? —exijo, controlando mi reacción visceral de meterles una bala a los dos—. No tienes ni idea de lo que le ha hecho a Thalia. *Dios mío*, a Ella.

Su nombre es un latigazo, y de repente todos los monstruos de aquí están bailando.

—Por supuesto que sabemos lo que hizo —gruñe Grayson—. ¿Por qué demonios crees que estoy aquí? Los cócteles son para damas, y el póker es un juego de *maricas*. Atrapamos a Bardi en la terminal de Red Hook con una bolsa de napalm y una sonrisa, intentando volar un cargamento nuestro de vuelta a *Barranquilla*. —Le lanza una mirada de asco—. El maldito idiota casi se vuela las pelotas.



¿En qué se ha metido este idiota italiano?

—¿Me estás diciendo que estaba tratando de sabotear una importación Santiago?

Un movimiento brusco de cabeza es la única afirmación que obtengo.

—Nuestros *sicarios* lo trajeron de vuelta al almacén, y tuvimos una conversación complicada. Había planeado quitarle un dedo por cada diez minutos que mantuviera la boca cerrada. —Algo parecido a una sonrisa de satisfacción amenaza con inclinar sus labios—. Entonces vi que a ti y a mí nos gusta divertirnos de la misma forma. —Señala los tres dedos restantes de Bardi.

—Resulta que solo necesita dos para venderte.

—Mierda —murmura RJ a mi lado.

—Estaba jugando a dos bandas. —Los labios de Grayson se inclinan aún más. Él está disfrutando, clavando el cuchillo y dándole un buen y duro giro—. Pero con una pequeña motivación, lo hicimos cantar.

—¿Has conducido hasta Nueva Jersey para decirme esto? ¿No tienen tecnología en la Gran Manzana?

—Sé lo de la cinta, Carrera. Y sé que la tienes. —Su sonrisa desaparece—. Dámela ahora, y entonces podemos estar todos en casa a tiempo para las galletas con leche.

¿Ahora?

*Mal movimiento, Grayson. No me inclino ante putos exigentes.*

—¿Esperas que me impresione tu acto de intimidación? —digo con un suspiro exagerado.





—Sé exactamente lo que hay en esa grabación —dice, perdiendo la calma—. Si crees que voy a dejar contigo una cinta de audición de Ella Santiago hecha para alguna red de tráfico de princesas de la mafia, te equivocas. Te la quitaré de las manos a balazos, si es necesario.

Se me hieló la sangre.

*Sospechábamos que había una red, pero no sabíamos todos los jodidos detalles.*

—Fue solicitado por un anillo especializado —continúa—. Uno que viene con el precio más alto del mercado. Las hijas de los jefes del crimen. Carteles, bratvas, mafia... Esos bastardos rumanos no discriminan, siempre y cuando la línea de sangre esté certificada. —Vuelve a mirar el sedán—. Fue otra confesión de nuestro amigo en común, Bardi. No le creí hasta que nuestros muelles se convirtieron en un cementerio.

*Mierda.*

—Déjame adivinar... Un contenedor de transporte con una terrible sorpresa.

Asiente, los músculos de su cuello se tensan como la cuerda de un arco.

—Once chicas muertas... Esto es personal para nosotros, Carrera. Esto es personal para mí.

Recuerdo lo que dijo Thalia durante la cena del infierno. Cómo su propia madre fue una víctima de la trata.

—Estaba a punto de quemar este lugar hasta los cimientos pensando que eras responsable, hasta que Sanders me recordó algo. —Estamos nariz con nariz ahora. *Esto podría ir de dos*



maneras, y ninguna de ellas termina bien—. A pesar de toda la traición, a pesar de la muerte y la destrucción, a pesar de los años de mala sangre, los Santiago y los Carrera siempre tendrán una cosa en común... No intercambiamos carne. Ese es un pecado que ninguno de nosotros está dispuesto a reclamar.

Es cierto. Esto vuelve a recordarme *La Boda Roja*.

*Hijo de puta. La Boda Roja...*

Las viejas cicatrices se están reabriendo, despidiendo su verdad para una nueva batalla.

Una que ninguno de nosotros vio venir.

—No son los rumanos —le digo fríamente—. Es Ricci.

—¿Ricci? ¿Como Don Ricci? —deja escapar una risa burlona—. ¿El traidor que lleva un par de zapatos de cemento en el fondo del Hudson?

—No, una reestructuración de su Sindicato —decir las palabras en voz alta es suficiente para agitar al monstruo dentro de mí—. Y si tengo razón, la historia está a punto de repetirse.

Se queda quieto.

—Explicate.

Me giro y capto la mirada de RJ, dándole permiso para hablar.

—Tenemos imágenes de vigilancia del hombre que ayudó a Bardi a escapar —dice—. Hay un tatuaje de un hacha en su cuello.

La furia de Grayson vuelve a dirigirse a mí y me clava un dedo en el pecho.



—Si descubro que estás mintiendo sobre esto, Carrera...

Está montando ese borde de nuevo.

—Se metió en mis asuntos —gruño, apartando su dedo—. Él llevaba el mismo uniforme que los hombres que destruyeron mi casino hace seis días. Ahora, ¿por qué supones que dispararían escorpiones a mi pared?

No duda.

—Para que parezca un ataque de Santiago y asegurar una represalia.

—La guerra vuelve a empezar con los italianos como hace veinte años. Solo que esta vez, la hemos llevado a suelo americano, y ellos tienen la ventaja. Ellos están detrás de esta red de princesas de la mafia, no los rumanos. —Apartando a Grayson, miro a Bardi—. Mintió para aferrarse a la única carta que le quedaba.

Un hecho probado por los gritos frenéticos que salen ahora del sedán negro.

Casi espero que mi enemigo me apunte con el cañón de su arma a la nuca. En lugar de eso, se mueve para ponerse a mi lado, y sé que ambos sentimos que algo cambia. Estar juntos. Hablar en lugar de matar...

—Si Bardi está trabajando con los italianos, ¿por qué mantener la cinta sobre la cabeza de Thalia? ¿Por qué chantajearla con ella?

—No lo hizo —digo—. Bardi nunca planeó hacer la cinta pública. Contaba con que el amor de Thalia por su hermana pesaría más que todo. Jugó con sus peores temores y lo utilizó para llenarse el bolsillo. El chantaje fue una aventura secundaria para acompañar el evento principal.



Hay un parpadeo de respeto en sus ojos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Thalia me habló de la enfermedad de su hermana. —Capto una maldición murmurada en voz baja—. Para los hombres para los que trabajaba Bardi, ella es mercancía dañada. No alcanzaría el mismo precio. —Me pongo rígido cuando la última pieza encaja en su sitio.

—No como lo haría Thalia... No la trajo aquí esa noche para cobrar una deuda. La trajo para entregarla. Estaba pre acordado. Intercambiar una hermana por la otra. Es incluso mejor cuando parecen gemelas.

RJ exhala un suspiro.

—Si no la hubiera atrapado contando cartas, ya sería de ellos.

—¡Hijo de puta! —Grayson ruge, haciendo que los diez guardias apunten sus armas a mi cabeza de nuevo—. Thalia...

—Está a salvo —grito.

—¿Y tu hermana?

Un momento después, el cañón de mi Glock está en su frente.

—¿Estás cuestionando mis habilidades para mantenerlas a salvo, Grayson?

En su defensa, ni siquiera parpadea.

—Si la historia se repite, depende de nosotros cambiar el resultado.

—Te escucho. —*Con mi arma aún apuntándolo y cargada.*





—Hace veinte años, Dante y tu padre acordaron una tregua temporal para acabar con un enemigo común. Hagamos que esto cierre el círculo. Volamos este anillo, dejamos de intentar matarnos mutuamente, y acabamos con estos bastardos de una vez por todas.

—Porque eso terminó muy bien la última vez —digo.

Deja escapar una risa oscura.

—No me malinterpretes Carrera, esto no cambia nada. Hago hincapié en lo de "*temporal*". Cuando todo esto termine, seguiré queriendo meter una bala en la parte posterior de tu cráneo y sonreír mientras lo hago.

—No si tengo ese placer primero. Teniendo en cuenta que estoy sosteniendo una pistola en tu cabeza en este momento, estoy llamándolo mierda.

—Bájala, Carrera... He venido aquí con una muestra de buena fe. Dame la cinta, y obtendrás la cabeza cortada de Bardi como un nuevo soporte de pared, y ambos evitaremos que aparezcan chicas muertas en nuestros muelles.

El sentido común me dice que es una mala idea. Nunca confíes en un Santiago. El pasado no se presta para un resultado feliz.

Pero la alternativa...

Mierda.

*No puedo ni pensar en eso.*

—Hay una copia de la grabación en el celular de RJ. Puedes ver cómo la borra. —Bajando mi pistola, me vuelvo hacia mi aturdido segundo—. Llama a Rocco. Que traiga las otras copias.



—Es oficial, el infierno se está congelando. —Grayson sostiene mi mirada durante un tiempo, antes de asentir a sus hombres. Dos de ellos bajan sus armas para arrastrar a Bardi desde el auto, obligando a su cuerpo, que se retuerce frenéticamente, a arrodillarse frente a nosotros.

—Es todo tuyo.

Normalmente, me gusta joder a mis presas antes de matarlas, pero hoy no.

Levantando mi arma, apunto justo entre sus ojos.

—Por Thalia —murmuro, negándome a considerar las alternativas.

Si ese vestido rojo no se hubiera pavoneado en mi oficina y disparado su propia tarjeta de visita a mí.

Si mi intrépido pájaro de fuego hubiera caído en manos de monstruos que son incluso peores que yo.

*Por mi mujer.*

Cuando disparo, la bala es tinta seca en una tregua que acabamos de pactar con sangre.

*Temporalmente, por supuesto.*

Guardando mi pistola en su funda, miro a Grayson.

—Llévalo de vuelta a Nueva York. No quiero esa clase de mancha de mierda en mi puerta.

Hay un movimiento detrás de mí cuando Rocco aparece con la grabación y se la entrega a Grayson.



—Cuida tu espalda, Carrera —murmura, mientras me doy la vuelta para salir—. Ambos tenemos traidores entre nosotros, eso explica que esta carnicería haya sido orquestada así sin problemas.

*Comparto su pensamiento por completo.*

—Una última cosa...

Haciendo una pausa a mitad de camino, veo al colombiano apoyarse en el lado del coche y cruzar los brazos, mientras sus hombres tiran el trozo de carne muerta en el maletero del sedán.

Algo en su postura despreocupada hace que me pique de nuevo el dedo en el gatillo.

—Tengo que confesar algo.

*Por la expresión de su cara, tampoco lo lamenta.*

—Teniendo en cuenta las leyes de juego recientemente reinstauradas en mi estado, estaba intrigado por la competencia... Esta noche, Sanders ha estado dentro de tu casino, tomando notas y poniéndose al día con viejos amigos. Aunque ya debería haberse ido.

En cuanto oigo de nuevo el nombre de ese *pendejo*, me quedo helado.

*Lola.*

*Maldita sea, Lola estaba allí.*

—Tenía instrucciones estrictas de evitar a tu hermana —Me tranquiliza—. Esta vez, de todos modos. La verdad es que echábamos de menos a Thalia. Queríamos ponerla al día sobre el hecho de que has tenido la cinta de Bardi todo el tiempo. Pensamos



que podría ayudar a su lucidez hacia el verdadero estado de su matrimonio.

Observo con creciente furia cómo abre la puerta del pasajero y se desliza en el asiento, como si no hubiera apretado el gatillo después de todo.

—Se viene a casa con nosotros, Carrera —dice, tomando la manilla, y luego bajando la ventanilla para continuar con su az bajo la manga—. Los Santiago no pertenecen a este lado de la Costa Este. Tu lo sabes tan bien como yo.

*Pero los pájaros de fuego sí.*

*Pueden volar a cualquier parte.*

—Pensé que no nos estábamos jodiendo —gruño.

*La bomba que había planeado para otro de los bares de Sanders está a punto de tener un destino.*

—A partir de ahora —grita a modo de disculpa, golpeando con los nudillos el techo del coche—. Sabes, todo esto podría haberse evitado si simplemente hubiera disparado esa noche fuera de la iglesia. Tienes suerte de que nunca apuntara una bala cerca de ella.

Me quedo ahí mucho tiempo después que las luces traseras desaparecen en la noche, en las ruinas de una granada de diez años que acaba de lanzar a mis pies.

La chica de la iglesia.

Por la que arriesgué todo para proteger.

La que me persigue en sueños.

*Thalia.*





Bad  
BLOOD

32

THALIA



EL DOLOR ES UN MARTILLO DISEÑADO PARA DESTROZARTE.

El dolor es lo que ocurre en el impacto.

Estoy sintiendo los efectos brutales de ambos mientras Sam me lleva a través de la entrada trasera de Legado y sale al estacionamiento desierto. En cualquier otro momento, esto estaría completamente lleno, pero esta noche solo había invitación para unos pocos.

Una noche de celebración.

Una noche de últimos recuerdos.

Una noche de traición.

*No mires atrás*, me digo a mí misma mientras mis tacones dejan chispas de miseria sobre el asfalto. Nuestro futuro no está escrito en las estrellas. Está garabateado en una nota que se pasa de un lado a otro entre las líneas enemigas.

Y entonces lo atrapan.

Y ahora lo odio más que nunca. Entonces, *¿por qué demonios hay lágrimas en mis ojos?*

E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E

—¿Voy a tener que desprogramarte? —Sam pregunta mientras llegamos a su Bugatti—. ¿Por qué mierda estás tan alterada? El hombre te engañó para que te casaras con él. Te obligó a traicionar a tu familia. Te mintió en la cara sobre...

—Bien, ya está bien.

Había olvidado que su chip de simpatía fue arrancado y sellado el día que cometió su primer asesinato.

Me libero de su agarre y doy un paso atrás mientras me abre la puerta.

—Fuimos una guerra dentro de una guerra, Sam —digo en voz baja, lanzando una última mirada a Legado, que resplandece en lo alto de la línea del horizonte, tan negra por dentro como el corazón de su emperador—. Tú y Edier no han podido luchar en esta.

—No, solo te liberamos de ella. —Me hace un gesto para que entre en el auto.

Cuando me niego, sacude la cabeza lentamente.

—Thalia Santiago, siempre queriendo salvar el mundo. Sin darse cuenta que es mejor empujar a ciertas personas primero... *Especialmente a un Carrera.*

—Eso es un poco hipócrita, ¿no crees?

Su cara pierde todo rastro de diversión.

—Entra en el auto, Thalia.

—Espera.

Suspirando, apoya su mano en el marco de la puerta.

—¿Cómo lo hiciste?

—¿Hacer qué?



Dudo.

—¿Cómo dejaste de sentir por Lola, si está tan mal preocuparse por un Carrera?

Espero que estalle contra mí, pero me regala una sonrisa gris que no es ni una mentira ni una admisión.

—Simplemente lo haces.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Jesús, Thalía... —Se pasa una mano por su cabello oscuro—. Eres una maldita Santiago. Esta familia es lo primero. Sigue esa regla, y ya te darás cuenta del resto.

*Profundo y evasivo como el infierno.*

—Y todavía no te has subido al auto.

Robo una mirada más al lugar al que reacia llamé mi hogar durante seis días.

—Bien, Sam, estoy...

*Boom*

El disparo estalla en la noche, sembrando el caos en el espacio entre nosotros. Mi corazón golpea contra mi pecho y caigo contra el marco de la puerta del Bugatti. Entonces miro a mi izquierda y encuentro una fea mancha roja que se extiende en la camisa blanca de Sam.

*¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios, no!*

—¡Sam! —El terror me hace doblar las rodillas mientras me alejo del auto, viendo como se desliza por el panel lateral con una maldición seseante y una orden.

—Corre, Thalía... Sal de aquí, mierda.



*Tengo que llegar hasta él. Tengo que ayudarlo. Va a morir.*

Estoy de rodillas y llegando a él, cuando unas manos ásperas me agarran por detrás, apretando tan fuerte alrededor de mí, que solo puedo resoplar un grito de sorpresa.

Cuando me levantan en el aire, me ponen una bolsa en la cabeza mientras suena otro disparo.

*¡Sam!*

No puedo respirar.

*No puedo respirar.*

Lucho con la misma fuerza con la que me enseñó mi padre.

Pateo.

Me retuerzo.

Golpeo...

Entonces algo afilado atraviesa el lado de mi cuello, y todo mi mundo se desliza en la oscuridad.





## Sobre la Autora Catherine Wiltcher

Catherine Wiltcher es una treintañera escritora independiente y ex productora de televisión.

Después de ser diagnosticada con cáncer, Catherine decidió seguir sus sueños y escribir novelas románticas sobre mujeres luchadoras y hombres calientes y conflictivos, y algo que la alejó lo más posible de las salas de oncología. Dieciséis años de trabajo en la producción de cine y televisión le han proporcionado una inspiración infinita para su escritura ...

Catherine vive en un pueblo cerca de Bath, Reino Unido, con su esposo y sus dos hijas pequeñas.

Suscríbase a su boletín para recibir actualizaciones de libros y blogs: [www.catherinewiltcher.com](http://www.catherinewiltcher.com)



## Sobre la autora Cara Kembro

Escribe novelas románticas contemporáneas y de suspenso con heroínas fuertes, chicos malos adorables, mucho peligro y bromas sarcásticas. Le encanta profundizar en la mente de un oscuro villano, así como reírse mientras escribe una comedia romántica desenfadada.

A Cora le encanta hablar de sí misma en tercera persona y es una auténtica sureña del este de Carolina del Norte, que creció entre té dulce, porches y la vida sencilla. Ella dice “y'all”, “fixin' to”, y si te lo mereces “bendice tu corazón”. Es la orgullosa madre de tres hiperactivos y ocasionalmente adorables hijos, y la esposa de un marido que tolera su caótica cueva de escritora.

Aunque la lectura es su pasión, normalmente se la puede encontrar viendo programas de crímenes reales y creando inspiración para nuevas y retorcidas historias. Cora admite ser una horrible cocinera, y una repostera aún peor, y cree que es más peligrosa con un arma de pegamento caliente que cualquier arma en la tierra. Ah, y ella y el coche corrector son enemigos mortales.



# *Bad* **BLOOD**

## La Trilogía Cartel Carrera

Blurred Red Lines (Eden & Val)

Faded Gray Lines (Mateo & Leighton)

Drawn Blue Lines (Brody & Adriana)



E  
R  
O  
T  
I  
C  
B  
Y  
P  
O  
R  
N  
L  
O  
V  
E

